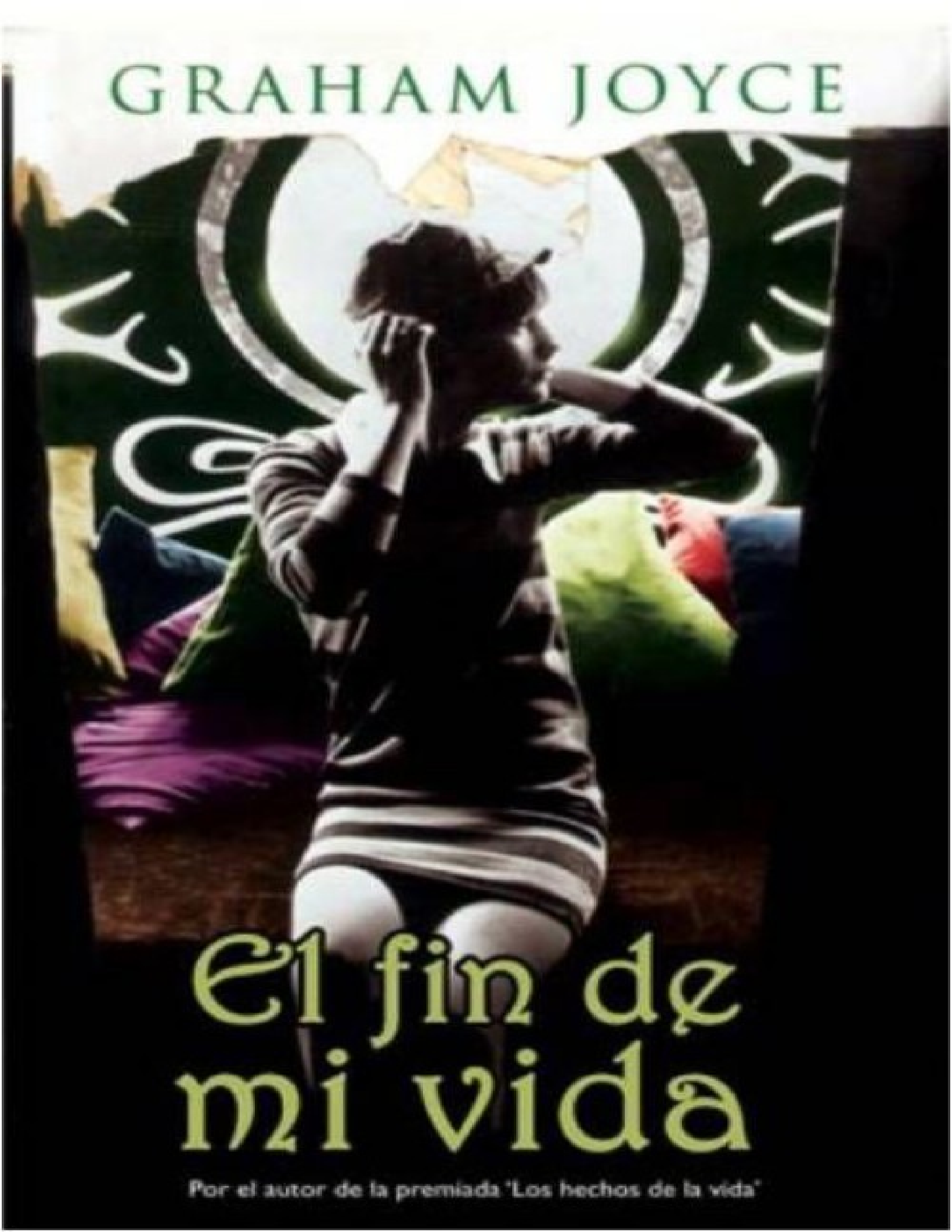


GRAHAM JOYCE

A photograph of a person with short, curly hair, seen from the side, sitting on a dark-colored couch. They are wearing a long-sleeved shirt with horizontal stripes and light-colored shorts. Their hands are raised towards their head. A large, dark-colored blanket with a prominent white circular and swirling pattern is draped over the back of the couch. Several colorful pillows are visible, including a bright yellow one and a red one. The scene is lit with warm, indoor lighting.

El fin de mi vida

Por el autor de la premiada 'Los hechos de la vida'

GRAHAM JOYCE

El fin de mi vida

OceanofPDF.com

Para mis hijos Ella y Joe

OceanofPDF.com

Reconocimientos

Un agradecimiento muy especial para Anna Franklin, autora de *Hearth Witch*, y el doctor Dave Tull, los cuales respondieron de buena gana mis estúpidas preguntas. Toneladas de gracias para Sue, como siempre, y para Simon Spanton, Tracey Behar, Luigi Bonomi, Chris Lotts, Vince Gerardis, Wendy Walker, Iona Jasiewicz, Nicola Sinclair, Brigitte Eaton (de jungawunga.com, por su extraordinario apoyo en Internet), Phil Wheatley, Bill Sheehan, Pete y Anne Williams, Daniel y Julie Hanson, y Helen Willson. Gracias también, por su maravillosa ayuda, a mis colegas y estudiantes de escritura de la Nottingham Trent University.

OceanofPDF.com

Prólogo

Si pudiera contarte esto de una sola sentada podrías llegar a creértelo todo, incluso la parte más extraña. Si pudiera rebobinar todo este relato en un solo carrito o pelarlo como una manzana en una sola munda continua, tal y como hacía Mammy con su pequeño cuchillo reluciente por el jugo, podrías tragarte el anzuelo sin objeciones.

Pero Mammy siempre decía que hemos perdido el arte de escuchar. Decía que vivimos en una época en la que todo el mundo parlotea y nadie atiende, y que no es buena cosa vivir en una época así.

Cuando llegues a conocer la naturaleza de la narradora de esta historia tendrás buenas razones para dudar. Puede que sospeches que no estoy en mis cabales y condenes mi posición. Podrías dejar de creer.

Es posible que estuviera loca en el pasado. Por un breve tiempo. Quizá eso sí sea cierto. Y esto, en una época en la que ya no tenemos paciencia para escuchar, puede provocar que te cierres en banda, que me consideres un caso perdido, que te marches. Después de todo, una jovencita no tiene muchas cosas interesantes que ofrecer. Y una jovencita de temperamento inestable, mucho menos.

Intentaron hacerme a mí lo que ya le habían hecho a Mammy. Soltaron a los perros. Y si quieres que te cuente cómo se llegó a esto, solo voy a pedirte una cosa: cuando la duda arrugue tu ceño, cuando la incompreensión nuble tus ojos, cuando el disgusto se aposente como bruma rancia en tus labios, entonces piensa en cómo unos pocos nos mordimos la lengua durante tanto tiempo. Piensa en cómo nos tragamos la verdad. En cómo dejamos arder nuestros corazones con tal de no arriesgarnos a hablar. Y

cuando te sientas muy, muy lejos de mí, en ese preciso momento escucha con atención. Pero no a tus propios pensamientos, que te despistarían, ni a tu corazón, que te mentiría, sino a la voz que se oculta tras la voz. Confía entonces en la narración, y no en el narrador.

OceanofPDF.com

1

Mammy apoyó la oreja contra la barriga rosada y dilatada de Gwen, y todos los presentes en la habitación tuvimos que callarnos. Los presentes éramos Gwen, por supuesto, lista para abrirse como un melón; y Mammy, también por supuesto; y la amiga de Gwen, Clarrie, que estaba de pie, cruzada de brazos y con un cigarrillo en los labios, un palo de ceniza que colgaba sobre la cama; y yo. Y todas atendimos.

—Será más fácil si me lo cuentas, Mammy —dijo Gwen, pero Mammy agitó un brazo en el aire, «cállate», y apretó aún más la oreja contra el punto que me había mostrado, justo al nornoroeste del ombligo de Gwen.

Mammy se enderezó y se alejó de ella.

—No puedo decírtelo.

—¡Sé que puedes! —protestó Gwen, pasando las manos hinchadas por su enorme barriga—. Me hubieras mirado a los ojos. Así que lo sé.

—Lo sabe, bueno —farfulló Clarrie sin sacarse el cigarrillo de la boca, y después soltó una pequeña tos que por poco hizo caer la ceniza sobre la cama—. La vieja Mammy Cullen lo sabe.

Mammy lo sabía, pero no pensaba ceder.

«Veamos qué nos da la naturaleza y alegrémonos», decía siempre Mammy.

Pero Gwen no pensaba rendirse.

—Oh, Mammy, si lo supiera podría relajarme y esperar tranquilamente a que saliera, y en ningún caso lo querría menos.

Gwen ya tenía cuatro varones berreantes de mejillas sonrosadas, y quería desesperadamente una niñita que restaurara parte del equilibrio en la

casa. Mammy escuchaba y solía acertar, pero no era infalible y por eso no le gustaba decirlo.

Al final, Clarrie se sacó el pitillo de la boca. Lo apagó con habilidad entre el pulgar y el índice, encallecidos por su trabajo en la fábrica de envasado, y depositó la colilla en el bolsillo de su mandil.

—Díselo a la chica —opinó.

Como siempre en estas situaciones, mi mano voló hacia las tres horquillas de hierro que me sujetaban el pelo en la sien. Gwen vocalizó en mi dirección como si fuera un pez, «vamos». Mammy arrugó la nariz y me señaló con un gesto el montículo hinchado de Gwen. Acerqué la oreja al punto y escuché con atención. Pasado un rato me incorporé, y como las otras dos trataban de leerme los labios, me toqué el lóbulo de la oreja izquierda.

—Ella cree que es una niña, y yo también —dijo Mammy, y Gwen empezó a sollozar.

—¡Pero si no ha dicho ni una palabra! —protestó Clarrie.

Mammy estaba más interesada en regañar a Gwen.

—¡Y ahora mírate, hinchándote como un pavo! ¿Y qué vas a hacer si me he equivocado?

—¡Tú nunca te equivocas, Mammy, lo dice todo el mundo! ¡Gracias, Mammy! ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Ya puedo morir feliz!

—¿Morir? ¡No vas a morirte! Y me equivoco bastante a menudo. Bastante a menudo.

—¡Pero si no ha dicho ni una palabra! —volvió a protestar Clarrie, encendiendo otro Craven A mientras me miraba.

No, pero teníamos nuestros propios modos de hablar, y mientras me tocaba el lóbulo de la oreja izquierda había mirado a Mammy buscando una respuesta, porque sabía que las dos habíamos escuchado problemas. Mammy se frotó los dedos una sola vez para confirmar la complicación que yo había detectado en el latido. Plano. Problemas. Oh, Dios no lo quisiera, pero tenía que mantener la calma, Fern, mantener la calma.

Pero Gwen había dicho la verdad y se relajó de inmediato. A la media hora del pronunciamiento de Mammy, la niñita ya se estaba abriendo paso hacia el exterior. Pero aunque queríamos ver a la pequeña sacudir el aire

con sus diminutos puñitos rosados, algo había salido mal. El bebé tenía el cordón umbilical alrededor del cuello, como un nudo corredizo, y era evidente que le faltaba oxígeno. Mammy metió los dedos entre el cuello y el cordón y lo liberó rápidamente, pero no consiguió nada.

—No late —le dije a Mammy en un susurro, para que Gwen no lo oyera.

Pero Clarrie sintió que sucedía algo y se acercó para mirar. Se sacó el cigarrillo de los labios y soltó:

—Pero, ¿por qué está tan azul?

—¿Azul? —preguntó Gwen.

—Hazte a un lado y cierra la boca —dijo Mammy ásperamente a Clarrie. La niña ya había salido del todo, pero no reaccionaba. Mammy le pellizcó con fuerza los pies. Después le dio un cachete en el trasero—. Succionador —me dijo muy bajo.

Rebusqué entre la bolsa de Mammy, encontré el estrecho tubo de goma y se lo entregué.

—¿Está bien? Dime que está bien, Mammy —suplicaba Gwen, de modo que me encargué de su hemorragia con algodones, sobre todo para distraerla mientras Mammy hacía todo lo que podía. Depositó a la niña sobre la cama, le metió el tubo por la garganta y aspiró con fuerza. Escupió en un cuenco. Volvió a darle un cachete, pero aquella cosita azul seguía sin responder. Sin vida. Nada.

No había modo de ocultarlo. Clarrie guardaba silencio y Gwen estaba paralizada. Yo sentía la corriente de miedo que se desplazaba entre nosotras. Todas miramos a Mammy, pero esta parecía estar escuchando con atención, y no al bebé sino en dirección a la ventana. Tenía la cabeza un poco inclinada.

—Un cubo de agua fría, Fern, tan rápido como puedas. Usa el tonel de aguas pluviales. Fría.

No necesité que me lo dijera dos veces. Corrí escaleras abajo, agarré el recipiente más cercano y lo llené con las aguas gélidas del depósito de lluvia que había en el exterior. Regresé con la misma celeridad. Sabía lo que Mammy quería hacer, pero Clarrie dijo:

—Eso ya no lo hace nadie. Cogerá una neumonía.

Mammy la ignoró y metió al bebé directamente en el agua. Lo mantuvo sumergido un rato y lo sacó. Después volvió a sumergirlo y a sacarlo.

—Harina de linaza, Clarrie, ve a buscar un poco, a la carrera. Y tú, Fern, polvo de oro.

Clarrie desapareció a buscar su mandado, pero antes de que yo pudiera abandonar la habitación oí un tosido diminuto, como el farfulto de una bomba de agua cuando la cebas. La niñita había tosido. Sofoqué un grito.

—No te detengas ahora, Fern.

Tuve que bajar a la despensa de Gwen y rebuscar por todas partes la semilla de mostaza, a la que Mammy llamaba «polvo de oro». Machaqué las semillas en un mortero que había encontrado en la cocina. Antes de que yo terminara, Clarrie (que vivía en la casa de al lado) ya había vuelto con la harina de linaza. Se la arrebaté, preparé la cataplasma húmeda y la llevé a la habitación de arriba.

Gwen ya tenía a su hija con ella, muy bien envuelta en una toalla. Mammy examinó la cataplasma, tomó el bebé de manos de Gwen y desenvolvió la toalla. Le untó la pasta amarillenta por toda la espalda, antes de envolverla de nuevo con la toalla y devolvérsela a su madre.

—No va a coger una neumonía —dijo Mammy acusadoramente, mirando a Clarrie.

—¡Oh, Mammy! —sollozó Gwen—. Es la niñita que tanto quería... ¿Se pondrá bien?

Bueno, aunque el peligro hubiera pasado, Mammy nunca decía nada acerca de si algo saldría bien, porque me había contado que la naturaleza era imperfecta; pero Mammy era lo bastante sabia como para comportarse como si no fuera a haber problemas.

—Apúntala —me dijo Mammy—. Anota la hora y el peso. Apunta que Gwen ha tenido a una niñita sana.

La precisión de Mammy en tales asuntos era su concesión a los burócratas que la habían exiliado de su verdadera vocación. Aunque no sabía ni leer ni escribir, y aseguraba no verle el sentido a tales prácticas, estaba orgullosa de que yo sí supiera. Era su modo de mostrar a las demás mujeres que también nosotras sabíamos llevar registros, siendo estos obligatorios como eran. Así que saqué el cuaderno y anoté: «De Gwen

Harding, niña, cuatro kilos, cuatro y dieciséis de la tarde, 4 de febrero de 1966». Y como floritura adicional de mi propia cosecha, escribí: «Hija de la luna llena».

Gwen estaba absorta en el momento de su nueva maternidad. Su amiga Clarrie también volvía a sonreír. Chupaba de un cigarrillo recién encendido, que entre sus dientes ya empezaba a formar un nuevo tubito de ceniza.

—Dicen que siempre aciertas, Mammy. Y vaya si acertaste también con esta pequeñaja.

Al tocarme la oreja izquierda le había dicho a Mammy que yo había oído que era niña. Esto se lo confirmó lo suficiente como para arriesgarse a decírselo a Gwen. Me sentí contenta, porque después de decenas y decenas de partos ya empezaba a ser casi tan buena como ella; me había enseñado a fiarme no del desarrollo del parto sino del latido del corazón, porque el de las niñas palpitaba más despacio que el de los niños, y después de un tiempo aprendías a distinguirlos bastante antes de ver lo que tenían entre las piernas. Aunque no habíamos sabido lo que era imposible adivinar: que, en este caso, el latido más débil estaba provocado por otra cosa totalmente distinta. Pero ellas (es decir, Gwen, Clarrie y todas las demás) nunca sabían cómo lo hacíamos, porque aquella era una de las muchas cosas que nos guardábamos. Y tanto nos guardábamos que no manteníamos relación con nadie. Por eso me sorprendí al día siguiente.

Se estaba preparando un temporal, el mal tiempo de febrero, aunque aún era posible lavar la ropa; la esquina húmeda de una sábana tendida no dejaba de sacudirme como si quisiera morderme la pierna, de modo que me vengué de ella y la puse en su sitio. No hay que dejar hablar a esas sábanas rebeldes. Mi minúsculo transistor Hitachi emitía suavemente la emisora pirata Radio Caroline desde el umbral. Aunque funcionaba con pilas que había que cambiar de tanto en tanto, me gustaba ponerla mientras trabajaba, y cantaba cuando podía. No es que a Mammy le gustara la música popular. Para nada. La llamaba bazofia. Bazofia y carroña. Estaba cantando cuando me llegó un murmullo desde detrás de una sábana de algodón, y después vi una forma oscura, dejé de cantar y di un paso atrás. De repente deseé que Mammy estuviera allí. Entonces la sábana se apartó de golpe para revelar una cara seria pero divertida, bajo una maraña de rizos cobrizos. Era Arthur

McCann, tan alto que se encorvaba dentro de su chaqueta de motorista de cuero negro. Sus vaqueros de pitillo eran tan azules que me pregunté dónde los habría conseguido. Le di la espalda y seguí tendiendo la ropa.

—Me has asustado. Ya iba a buscar la horca del jardín.

—No te preocupes, Fern. No pretendía asustarte. —Recordaba a Arthur del colegio. Sus ojos eran tan azules como sus pantalones, y me miraba parpadeando con unas pestañas delicadas. Comprobé las tres horquillas de hierro que me sujetaban el pelo, y desde allí mi mano se dirigió hacia el roto en el codo de mi cárdigan—. Como Mammy te encuentre aquí te vas a enterar. Y va a volver del pueblo de un momento a otro.

Arthur salió de detrás de la sábana, que comenzó de nuevo a sacudirse en la fuerte brisa.

—No puedes seguir escondiéndote detrás de Mammy Cullen, Fern. — Se acercó un poco más. El viento me traía el olor de la cerveza—. Tienes que darme una oportunidad.

Arthur era un tiarrón de Hallaton, un pueblo vecino. Aquel lugar era una locura. Podría contarte algunas cosas acerca de ese sitio. Yo tenía una pinza de madera entre los dientes.

—¿Oportunidad? ¿Qué oportunidad?

Levanté el brazo hacia la cuerda, sabiendo que mi cintura, cadera y trasero quedaban expuestos a su vista. Aunque le daba la espalda, pude sentir unos brazos fantasmales que se acercaban para descansar sobre mis caderas. Mammy me llamaría «ligera de cascos», pero me incliné sobre el cesto de la ropa, sacudí otra sábana y volví a estirarme mientras Arthur respiraba sobre mi hombro. Sentí el momento en el que iba a dar un paso más y lo bloqueé girándome.

—No me interesa un tarado de Hallaton. Además, tienes casi mi edad, Arthur. Yo busco a un hombre mayor.

—¿Y para qué quieres a alguien mayor? Yo estoy en la flor de la vida.

—Tienes veintiuno. No estás en la flor de nada. Eres un niño. Yo quiero a un hombre que pueda enseñarme cosas.

Ya sabía lo que iba a responder a aquello, y sin duda Mammy lo hubiera considerado una provocación.

—Yo podría enseñarte una o dos cosas. —Se rascó el mentón y parpadeó con sus pestañas blancas.

Volví a darle la espalda y seguí tendiendo. Recuerdo que pensé: *¿Quiero que me toque? ¿Me apetece?*

—¡Aaay! —gritó Arthur de repente.

Me giré a toda velocidad y vi cómo se cogía el muslo, cerca del culo. Detrás de él estaba Mammy Cullen con su bastón de fresno levantado, amenazándolo con otro golpe.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar en mi jardín? —rugió Mammy, perforando al chico con sus ojos grises—. ¿Quién te ha dado permiso?

—¡Solo estábamos hablando!

—¡Galanteando! ¡Estabas galanteando! —Pude ver los inmensos pechos de Mammy hincharse dentro de su abrigo. Su gruesa quijada elaboró una mueca cómica, pero sus ojos, marrones como la hoja del tabaco, bullían de furia—. ¡Y no se galantea con una chica acercándote a hurtadillas a ella cuando te da la espalda! Ya puedes ir olvidándote de esos trucos. ¡Y no se hace la corte sin mi permiso!

—¡Solo estábamos hablando, Mammy! ¡No tienes por qué pegarme con el bastón!

—Y otra que te daré, muchachito. ¡Y no estabas hablando, tarado de Hallaron! Te estabas acercando a ella con la mano, que te he visto desde la puerta.

Arthur se frotó la parte trasera del muslo, pero estaba riendo. No le había dolido nada y todos lo sabíamos. Aunque yo sabía desde niña que, cuando Mammy dejaba volar el palo, no solía andarse con medias tintas. Por suerte para Arthur aquello era un juego, pero todo podía cambiar.

—Dale un respiro a un jovencito, Mammy.

—¡¿Qué?! —rugió Mammy—. ¡Tú vuelve a mi casa, vuelve a mi jardín, y lo que haré será partirte el bastón en la cabeza!

—¡Mammy! —grité yo, riendo a mi vez. Era de palo fácil, y no quería que aquello fuera más allá.

Arthur era ágil y fuerte, y le arrebató el bastón de la mano y corrió hacia la puerta del jardín. Mammy era mayor, pero aún se movía con destreza y empezó a perseguirlo.

—¡Adiós, Fern! —gritó Arthur provocador, dejando el bastón de fresno junto a la puerta. Saltó a su motocicleta y la puso en marcha. Mammy cogió un puñado de tierra y se lo arrojó, pero él ya se había marchado y el rugido de su moto empezaba a alejarse.

—¡Lárgate de mi jardín, culo de jengibre de Hallaron, y no vuelvas!

Después de recuperar su bastón, Mammy se sentó en el banco del jardín para recuperar el aliento. Yo no dije nada y seguí tendiendo la colada. Cuando acabé, me senté a su lado en el banco. Miramos hacia delante, en silencio. Después de un rato los hombros de Mammy comenzaron a sacudirse. Yo mantuve la boca cerrada. Después Mammy soltó un bufido. «¡Culo de jengibre!», se carcajeó, y no pude contenerme más y solté un grito. «¡Tarado de Hallaton!», dije, y los amplios hombros de Mammy empezaron a retemblar. «¡Tarado de Hallaton, culo de jengibre, cazaliebres!», dijo ella y empezó a aullar palmeándose la rodilla, que se levantaba como si tuviera vida propia, y yo reí con ella y me alegré de que viviéramos lo bastante lejos del pueblo como para que nadie pudiera oírnos.

No podías evitarlo. De verdad. No, si pensabas en ello.

La vieja Mammy Cullen no era mi madre natural, pero me había adoptado tras morir mi verdadera madre. Así que me había dicho que yo había llegado por error a una mujer cuyos otros hijos ya eran mayores, y que por otra parte no tenían el menor interés en encargarse de una niña cuyo padre, encima, no era el mismo que el de ellos. Nunca he conocido a mi hermanastro ni a mis dos hermanastras. Mammy Cullen había perdido a un hijo propio mucho, mucho antes, y aquello dejó en su vida un agujero que no paró de crecer hasta que, ya bien entrada en la cincuentena, vio la necesidad de llenarlo de nuevo. Eso fue en 1946. Con la guerra recién acabada, Mammy logró superar toda necesidad de registro burocrático. Siempre he supuesto que en aquellos meses no habría autoridad alguna que considerara que el registro era lo bastante importante. Era una época en la que encontrar un hogar caliente para un niño recién nacido era más importante que escribir nombres en un libro encuadernado en cuero.

—Te traje del hospital —me dijo, y yo nunca le hice preguntas al respecto.

Mammy tenía un agujero que llenar y me trajo a casa. Eso era todo. Me quería, y no me trataba ni mejor ni peor que si hubiera sido su propia hija. Tenía un hogar caliente, comida suficiente en la mesa y ropa limpia; y solo recordaba una o dos palizas con el bastón de fresno. Y mucho amor, y la dedicación de todo el tiempo que le era posible a su pequeña.

Mammy escuchaba, Mammy respondía, Mammy interpretaba el universo para mí. Tenía el hábito de echar los ojos hacia arriba antes de ofrecer su informe sobre el mundo, y explicaba siempre con cuidado los puntos en los que esa versión se encontraba con la de los vecinos, y aquellos en los que no lo hacía. Y desde el día de mi primer período me explicó de forma llana de qué iba todo aquello, y luchó para salvarme de los chicos que aparecían en la puerta del jardín. Arthur McCann no era el primero en ser echado a bastonazos por Mammy Cullen. Aunque yo opinaba que se había entrometido demasiado, y así se lo dije.

—Sé cuidarme sola, Mammy.

—Ya lo sé. Pero un día vendrá uno de esos y te tumbarás para él. No puedo alejarlos eternamente. Va contra la naturaleza. Te tumbarás.

—No, no me tumbaré.

—Sí te tumbarás. No importa lo dura que te creas. Se quedará ahí y encontrará una hebra suelta en tu delantal, y tirará y tirará de ella y tú le dejarás hacer, y cuando te quieras dar cuenta estarás temblando, tumbada de espaldas sobre la hierba, y te encantarás y te creerás muy lista por todo lo sucedido. Así es como funciona. Pero no te quedes embarazada. Ya te he enseñado cómo.

Sí, también me lo había enseñado. Pero Mammy tenía un modo de calcularlo que me volvía loca. «Resta el mayor de la regla de once a dieciocho del número de días que duró el más breve de tus seis últimos sangrados, y resta el menor del número de días del más largo de tus seis sangrados anteriores. Si tus últimos períodos duraron entre veintiséis y treinta y un días, mantén alejado a tu hombre con un palo desde el octavo día (que es veintiséis menos dieciocho, ¿no es así?) hasta el vigésimo (que es treinta y uno menos once, ¿no es así?) del séptimo mes. Ya está. Así

deberías estar suficientemente a salvo. Aunque también podrías usar un trozo de esponja y vinagre».

—Arthur no es malo.

—Sí, también lo sé. ¿Pero qué vas a hacer cuando yo ya no esté?

—Todavía te queda vida de sobra.

—Eso dices, pero esta mañana estuve en el pueblo pagando el maldito recibo de la luz, y me dio una sacudida por la columna y el pecho. Me dejó doblada, ya te digo.

—¿Fue un calambrazo?

—No, tolondrona. Fue vejez. Tengo setenta y siete años y sé cuándo se acerca mi hora.

Me levanté y me di la vuelta. No quería que viera cómo se me escapaban las lágrimas. Pero no era posible esconderle nada a Mammy. Nada. Nunca jamás.

—Estarás bien, mi pequeña pinzona —me dijo.

Durante un rato no hubo ni un suspiro de viento. Después llegó la brisa de ninguna parte, sacudiendo con violencia la ropa tendida en la cuerda. Las dos escuchamos durante un rato.

—Deberás estarlo —dijo Mammy.

2

Oí la lluvia antes de sentirla cuando Mammy y yo abandonamos la carretera y tomamos una senda a través de los campos. Era una mañana de mediados de febrero, y hacía frío para aquellas horas del amanecer. Mammy se echó el anticuado chal alrededor de la cabeza y yo me protegí con una capucha plegable de plástico transparente. Caminábamos en silencio, y la hierba húmeda me cepilló los zapatos hasta dejarlos brillantes. Habíamos estado fuera recolectando. Cabalgando las olas, lo llamaba Mammy, porque la tierra se ondulaba como un gran océano verde, y podíamos terminar engullidas y olvidadas en los valles de su oleaje.

Aunque mis ojos estaban concentrados en el sendero campestre que tenía delante, mi mente vagaba por otro sitio. Incluso Mammy, que caminaba tres pasos detrás, debía de oír mi cerebro chasqueando como un ábaco.

—Suéltalo —me dijo.

—Oh —suspiré—. Solo es lo que ya te he dicho antes. Que no me creo ni la mitad.

—Ese es un asunto entre tú y tu cabeza. En cualquier caso, le das demasiadas vueltas. Lo que pienses o dejes de pensar no representa diferencia alguna.

Así era Mammy. Lo que pensara alguien no representaba diferencia alguna. Ella tenía la idea de que todo el mundo hacía lo que tenía que hacer y se comportaba como debía comportarse, y que nada en el mundo de las palabras tenía un verdadero impacto en el mundo tal y como era en realidad. Creía que la gente a menudo traicionaba su verdadera naturaleza al

hablar, diciendo una cosa y haciendo otra, asegurando esto cuando en realidad era aquello, y engañándose hasta el punto de que no sabían con certeza si eran la liebre o el galgo.

Mammy volvió a hablar.

—Lo poco que sepas, guárdalo para ti.

Habíamos terminado de recolectar, así que regresamos a través de los bosques, rodeando el saliente rocoso en el que el glasto crecía grueso y alto, más allá de Keywell. El camino ascendente era muy empinado y Mammy tuvo que apoyarse en mi brazo, resoplando, jadeando y maldiciendo su artritis. Pero cuando doblamos el recodo de nuestro tranquilo paseo, Mammy me dio un golpecito en la pierna con su bastón de fresno y susurró:

—¡Ey, mira! ¡Extraños!

No solía haber mucha gente fuera a esas horas de la mañana, aparte de aquellos que se encaminaban hacia sus trabajos. Así que resultó toda una sorpresa ver una vieja furgoneta achacosa estacionada a menos de cien metros de nuestra casita, con el capó abierto. Había una extraña pareja sentada sobre la hierba al borde del camino, fumando cigarrillos y mirando con expresión vacía mientras otro hombre ocultaba el rostro entre las tripas del motor, gruñía y trasteaba con los cables.

Hasta a mí, que no me importan precisamente las modas, me pareció que vestían muy raro. Formaban un grupo pintoresco. La mujer llevaba una falda larga con el dobladillo manchado de barro, y una blusa de estopilla bajo un abrigo del ejército con botones dorados. Jugaba con su pelo largo y desaseado, y sonreía ante su predicamento. Su compañero, que estaba liando un pitillo, vestía una ajada chaqueta de cuero y una camisa blanca sin cuello, de las que ya no se ven por ninguna parte. Su piel mostraba un moreno inusual para aquella época del año, y pude distinguir que le habían roto y recolocado la nariz. Su pelo era largo, le llegaba bien por debajo del cuello, como el de la mujer, pero él lo cubría con un sombrero de fieltro de ala ancha. Por supuesto, ya nadie sigue usando sombrero. Alrededor del cuello llevaba una campanilla colgada de una cadena, tal y como se hubiera esperado de la vaca predilecta de un granjero.

No pude evitar quedarme boquiabierta. No sabía si se trataba de un circo en gira, o de madrugadores visitantes feéricos.

—Yeyés... —murmuró Mammy.

Quizá el hombre tuviera un oído extraordinario, porque levantó la mirada desde su proyecto de cigarrillo.

—Saludos —dijo, guiñando un ojo primero a Mammy y luego a mí.

—Grrrm —respondió Mammy. A menudo hacía ese ruido, a medio camino entre un saludo y un gruñido, lo que dejaba a cada uno libertad para tomárselo como quisiera.

Yo no dije nada. No había salido mucho de casa pero no me gustaban las burlas, y tampoco me gustaba su aspecto.

—¡Saludos, señoritas!

Sin afeitarse, desgredado, con el cuero de la chaqueta lleno de rozaduras y parches... Justo cuando empecé a pensar dónde podía meterse sus saludos, el hombre se incorporó con un salto teatral para dejarnos cruzar. Me sonrió y pasó lascivamente la lengua por el borde gomoso del papel de fumar.

El hombre que tenía la cabeza metida en el motor del coche nos miró.

—¿No tendrán una tapa de delco de sobra, no? —gritó.

La verdad es que yo no sabía lo que era la tapa del delco. Tampoco sabía lo que era un yeyé. Tal y como lo veía en aquel tiempo, era una especie de gitano con una guitarra eléctrica. Elevé la nariz cuando pasamos a su lado.

Oí cómo uno de ellos decía:

—Creo que eso ha sido un no.

La puerta del jardín de nuestra casita chirrió sobre sus goznes. Siempre le preguntaba a Mammy por qué no le echábamos un poco de aceite, pero ella decía que así sabía cuándo llegaba alguien, de modo que así se quedaba. Pero aquella mañana Mammy mencionó que había visto un reyezuelo entre los setos.

—¿Lo has visto tú? —dijo—. Tendremos visita.

Y así fue. Una suave llamada a la puerta anunció al primero de nuestros dos visitantes varones antes de que acabara la semana, y ambos sin ser invitados. Yo estaba ocupada limpiando el hogar y levanté la mirada para ver a un caballero de pelo oscuro con botas de pasear. Llevaba los

calcetines subidos hasta la rodilla y por fuera de los pantalones, pero no me reí. Sostenía su sombrero *trillby* de paseo en el aire, en una actitud de exagerada educación, y un bastón de pomo de plata en la otra mano. En la banda del sombrero llevaba una pluma de color verde esmeralda.

—¡Buenos días! —gritó con alegría— Discúlpeme por molestarla en un día como este.

El hombre sonreía demasiado, algo que siempre me ha puesto muy nerviosa. Y tampoco estaba acostumbrada a la excesiva formalidad. Su acento parecía el de la BBC, y sus modales no mostraban calidez, sino superioridad social enmascarada con una extremada cordialidad. Me puse en pie y me quedé allí parada, limpiándome las manos polvorientas en el mandil.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—No hasta que me haya dicho qué es lo que quiere. —A pesar de sus aires, seguía siendo una muestra de mala educación dejarme allí, preguntándome por sus asuntos. Me agaché para coger la bandeja de las cenizas y caminé con ella hacia la puerta, obligándolo a apartarse. Lo hizo de un salto hacia atrás cuando pasé a su lado para vaciar la bandeja sobre el suelo del jardín. Parte de la ceniza quedó atrapada en la brisa traviesa, y un poco le entró en los ojos.

Después de limpiarse, se llevó el sombrero y el bastón al corazón y levantó la palma de la mano libre con un gesto aplacador.

—Mis disculpas. Estaba buscando a la señora Megan Cullen. Pensé que usted podría ser su hija. Aunque no esperaba encontrar a alguien tan encantador.

No pude evitar sonreír ante aquello. Volví adentro y coloqué la bandeja de ceniza sobre la rejilla, con un ruido metálico. ¿De verdad funcionaba aquel enjabonado con la gente de la ciudad?

—Pero es que yo no he sido encantadora —le dije.

Volvió a sonreír.

—Veo que no soy rival para usted.

—¿Va a decirme lo que quiere?

Parpadeó. Quizá aún le molestaba la mota de ceniza en el ojo.

—Me llamo Bennett. He conducido desde bastante lejos. Desde la universidad, de hecho. Cambridge. Ese de ahí es mi coche. He venido con la esperanza de entrevistar a la señora Cullen.

—¿Entrevistar? ¿Quiere usted entrevistar a Mammy?

—Quizá sea un término demasiado formal. Algo más como una charla. Tomar algunas notas, esa clase de cosas.

—Mammy está en el mercado.

Bennett se rascó la cabeza.

—¿De veras? ¿Y sabe cuándo piensa regresar? Por supuesto, puedo quedarme sentado en el coche hasta que vuelva.

Me relajé un poco y pensé que debería invitarlo a esperar dentro. Parecía bastante inofensivo. Pero antes de decidirme, una sombra se movió a su espalda.

—Mammy ya ha vuelto —anunció ella misma—. ¿Y usted quién es?

Se abrió paso haciendo a un lado al hombre, mostrando desinterés pero manteniendo el oído bueno inclinado cuando Bennett repitió lo que me había dicho a mí.

—Pon la tetera a hervir —me dijo—. ¿Y no sabes que es de mala educación tener a los visitantes esperando en el umbral?

—Pero siempre me has dicho...

—Olvídate de eso. —Se giró hacia nuestro visitante—. Bueno, ¿va a entrar o no? Encuentre algún sitio donde sentarse... No, ese no, ese es el mío. Ahí, mire, ahí. —Mammy colgó su abrigo detrás de la puerta y se acomodó en su silla junto al fuego—. Me gusta tener vigilada la puerta.

—Por supuesto, señora Cullen —dijo el hombre, al mismo tiempo aliviado y reprendido—. Lo comprendo perfectamente.

—¿Quién le ha dicho que venga a hablar conmigo?

Bennett buscó una tarjeta comercial en su bolsillo.

—Este caballero —dijo, entregándosela.

—No me sirve de nada porque no sé leer. Désela a la chica.

Cogí la tarjeta.

—«Doctor Montague Butts» —leí en alto—. «Trinity College, Universidad de Cambridge».

—No me dice nada —respondió Mammy. Pero vi cómo cruzaba las piernas por los tobillos y supe que estaba mintiendo.

Bennett enrojeció.

—¿De veras? Pues él me aseguró que la había visto en al menos una ocasión, ya ve. Que había estado aquí, en esta misma casa. ¡Qué contrariedad! —Hice el gesto de devolverle la tarjeta pero la rechazó, de modo que cuando no me estaba mirando la tiré al fuego, donde se consumió al instante.

Serví té y le di una taza a nuestro visitante. Aunque era una de las tazas desconchadas.

—Entonces será mejor que me explique —dijo Bennett.

—Será mejor, sí —respondió Mammy.

Bennett sostuvo el bastón y el sombrero en una mano mientras se inclinaba hacia delante y explicaba que tanto él como Butts eran folcloristas. Se trataba más de una afición que de su verdadera disciplina académica, aseguró, pero era una materia a la que eran asiduos. Aquella fue su palabra: «asiduos». Butts y él recorrían el país reuniendo lo que llamaban «tradición oral», y anotándolo todo. Estaban buscando, decía, canciones populares, cuentos y leyendas, supersticiones, remedios naturales... Cualquier cosa que pudiera resultar de interés.

Mammy se acarició la barbilla.

—Bueno —dijo—. No es que sea una buena cantante. Déjeme pensar...

En ocasiones me maravillaba ante Mammy. Tuve que morderme el labio.

—No —dijo Mammy al fin—. No, no soy una buena cantante. Fern, aquí presente, podría hacerlo mejor. Sabe tararear bastante bien. Aunque no es que yo tenga mucho tiempo para esas cancioncillas ruidosas y esos jovenzuelos melenudos.

—Cancioncillas ruidosas es precisamente lo que no queremos —dijo Bennett—, y como antiguo miembro del Ejército, ya verá que me gusta llevar el pelo corto por detrás y por los lados.

—Venga, a ello —me dijo Mammy.

Así que me puse en pie y le canté *The Conventry Ploughboy*, y me decidí por una versión que tenía treinta y dos estrofas y un estribillo de dos

versos. Durante toda la canción Bennett daba golpecitos con el pie y simulaba parecer cautivado más allá de toda comprensión por mi interpretación. Casi consiguió mantener una sonrisa constante, pero no fue capaz. Cuando terminé, depositó el sombrero y el bastón en el suelo y me ofreció un gentil aplauso.

—Pues se sabe un montón igual —dijo Mammy—. Y es muy leída. Esta chica ha leído un centenar de libros. Más de un centenar.

—Espléndido —dijo Bennett. Sacó un cuaderno de su bolsillo y un lápiz diminuto del interior de la espiral—. ¿Y sabe algo usted acerca de medicinas alternativas?

—Dale al señor Bennett una botella de ese vino de bayas, Fern. Vamos, está en la alacena.

—Es usted demasiado generosa, señora Cullen. No puedo aceptarla.

—No, sí, va usted a llevársela. Y va a llamarme Mammy, como todos los de por aquí. Va a llamarme Mammy. ¡Venga, Fern!

Le entregué una botella del nubloso vino de bayas. Era bueno, pero teníamos demasiadas botellas.

—Si insiste, Mammy... ¿Sabe usted?, hoy en día existe un gran interés por las medicinas naturales.

—Así está mejor. ¿Medicinas naturales? Déjeme ver... Sé que este vino de bayas es bastante bueno para mantener la regularidad del vientre. ¿Tiene usted algún problema de regularidad?

—No, no digo que yo...

—¿Y ese señor Butts de Cambridge? ¿Hace de vientre con regularidad?

—Bueno, no puedo hablar por...

—Sí, yo no he pasado años en una universidad como usted, pero tómense un trago de mi vino de bayas todas las noches y ya verá qué bien les va. Y ese amigo suyo, el señor Butts, también irá con regularidad.

—Estoy convencido de que le encantará.

—Entonces anote eso en su pequeño libro.

—¿Señora Cullen?

Tuve que girarme y meterme una esquina del mandil en la boca cuando él no miraba.

—Anótelo. Medicina natural. Escriba: «Vino de bayas. Un trago todas las noches mantiene la regularidad de las tripas».

Bennett hizo un apunte. Después cerró la libreta y se inclinó hacia delante, con aire confidencial.

—Señora Cullen..., Mammy..., ¿podemos hablar de forma más general, acerca de las medicinas naturales?

Pero Mammy ya se estaba incorporando de la silla. Torció el gesto y apoyó las manos en la espalda.

—Ahora tengo que tumbarme. Es la artritis, que me da unos dolores enormes si me quedo mucho rato sentada. Fern, anda, cuida de nuestro visitante.

Apartó la cortina que daba a la escalera, al fondo de la habitación, y empezó a subir su peso por los crujientes escalones de madera.

Bennett miró triste en mi dirección.

—Y supongo que usted no tendrá nada que decirme acerca de remedios naturales...

—No —respondí—, pero me sé otra canción que podría gustarle.

Y me levanté de nuevo y empecé a cantar.

3

Escuché voces en la radio (voces americanas) que hablaban acerca del primer atraque en órbita de una nave espacial llamada *Géminis 8*. Los astronautas regresarían a salvo, decían, y los rusos iban a depositar una nave sobre la superficie lunar. El locutor aseguraba que el hombre caminaría sobre la Luna antes del final de la década. Quedaban tres años. Me fascinaba que fueran capaces de hacer tales cosas. Mammy me vio escuchando con atención y no pudo evitar hacer un comentario. Dijo que todas esas cosas que estaban disparando al espacio estaban cambiando el clima para peor.

Pero antes de que pudiera repetirlo, giró el oído bueno hacia la ventana.

—¡Ey! ¿Eso ha sido la puerta? Ve a ver, Fern.

Mammy creía haber oído chirriar el gozne del portón, pero cuando me acerqué a la ventana para mirar no había nadie fuera. Pensé que quizá estaba esperando el correo, aunque ver aparecer al cartero por nuestro camino, si no era para entregar facturas, era tan probable como ver allí a un astronauta con su traje. Mammy estaba nerviosa porque no nos quedaba mucho dinero. Decía que tendríamos graves problemas como el verano no fuera bueno.

Mammy recibía dinero de diversas fuentes; demasiadas, decía, y protestaba siempre por el hecho de que, al contrario que otra gente, no disponíamos de unos ingresos regulares. El trabajo de comadrona era muy variable, y Mammy dependía en los pagos del parecer de las mujeres a las que atendía. No había tarifa fija, ni podía haberla: Mammy no disponía de certificado alguno.

Al comienzo de su práctica se había producido una sombra que había nublado toda oportunidad de obtener una cualificación apropiada. En cualquier caso, el Servicio Nacional de Salud ofrecía un servicio gratuito y localizado a todas las mujeres embarazadas. Los días de las comadronas habían quedado atrás hacía mucho, y Mammy sabía que solo su sólida reputación local la mantenía en aquel trabajo. Era una tragedia, porque le encantaba lo que hacía y porque en su campo no tenía rival. Tenía «toque». Sabía lo que hacía. Simplemente, no le permitían utilizar sus conocimientos.

En el patio trasero teníamos algunas gallinas flacas y huesudas, y vendíamos huevos y alguna gallina ocasional por poco más de lo que costaba la manutención. Preparábamos frascos de la mermelada que elaborábamos con la fruta de nuestra pequeña huerta y con las bayas de los brezales. Apestábamos la casa haciendo ramos de flores, que también vendíamos; y nuestros dedos estaban hinchados e insensibilizados por los pinchazos que nos dábamos al coser. Preparábamos dulces para bodas, fiestas y demás, aunque por algún motivo cada vez recibíamos menos encargos. En ocasiones nos dedicábamos a limpiar, aunque Mammy odiaba aquello más que ninguna otra cosa. Y aunque nuestra vida social era parsimoniosa en extremo, nunca teníamos suficiente.

La razón por la que Mammy había quedado fuera de los registros era porque a veces ayudaba a las chicas en apuros. Esa era ella. Aunque no dejaba escaparse a ninguna sin leerle la cartilla, nunca decía que no a una mujer desesperada.

Mientras tanto, Mammy había recabado algunos rumores concernientes a los *hippies* (o yeyés, como ella insistía en llamarlos) que se habían quedado en la granja en ruinas de los Croker. A algunos de estos *hippies* ya nos los habíamos encontrado, arreglando su furgoneta junto a la carretera.

Nadie en el pueblo parecía muy impresionado con ellos. No trabajaban, y por lo que todo el mundo decía no eran más que una panda de guarros. Pero no era posible echarlos porque la propiedad había sido heredada por uno de los suyos. La hacienda Stokes (que también era dueña de nuestra casita; Mammy tenía la sensación de que lord Stokes, o el administrador de sus bienes, siempre estaba buscando cualquier pequeña excusa para

echarnos) había intentado adquirir las tierras, pero el nuevo dueño se había negado y se había llevado a los guarros de sus compañeros a vivir a la granja con él.

Cuando Mammy terminó de comunicarme sus impresiones y opiniones acerca de los yeyés y otros azotes campestres, nuestra conversación derivó hacia si podíamos ayudar a una tal Jane Louth. Antes de decidir qué hacíamos, me levanté de la mesa y crucé el jardín hacia la caseta exterior. Abrí la puerta del retrete y lo que vi me hizo soltar un grito. Cerré la puerta de golpe.

Mammy llegó corriendo con el bastón para ver qué sucedía.

—¿Sabes, esos *hippies* de los que hemos estado hablando? —le dije.

—¿Qué pasa?

—Pues que hay uno de ellos en nuestro retrete.

Mammy flaqueó y su enorme pecho volvió a convulsionarse. Después se acercó y empujó la puerta de la caseta con el bastón, como si dentro hubiera una rata enorme o una serpiente. No había duda: el joven al que habíamos visto junto a la furgoneta averiada estaba sentado en nuestro retrete. Tenía los pantalones bajados hasta los tobillos y llevaba unas gafas oscuras que lo hacían parecer un insecto, aunque lo reconocí por la nariz rota.

Así que aquel era el segundo varón que nos visitaba, aunque por supuesto no era tan formal como el tipo de la universidad de Cambridge.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —dijo Mammy, manteniendo la puerta abierta con el bastón.

Él chasqueó los labios.

—Le doy tres oportunidades —dijo el *hippie*—. Si no consiguen dar con la respuesta entre las dos, es que son unas cazurras.

—Pienso llamar a la policía para dar parte de usted.

—¿Y qué va a decirles? ¿Que he robado un cubo para cagar?

Menuda pinta tenía con las gafas de sol y los pantalones bajados, pálido como un fantasma y con el pelo pegado a la cara. Sudaba mucho.

—No tiene derecho —dijo Mammy—. No puede ir por sitios que no le pertenecen.

Entonces se quitó las gafas oscuras y miró a Mammy a los ojos.

—Me encantaría debatir esa cuestión. ¿Pero existe alguna posibilidad de que antes acabe con este asuntillo?

Mammy dejó que la puerta se cerrara. Nos quedamos allí esperando. Pasados unos minutos, el hombre salió.

—¿Y qué hacen con eso?

—Llene el cubo con la bomba —respondió Mammy—. ¿Es que no sabe nada de nada?

—Viven en la Edad Media.

—Pues si tan superior eres —le dije— ya puedes irte a cagar a la calle.

Me lanzó una mirada extraña. El sudor le caía por la frente. Colocó el cubo debajo de la bomba y empezó a accionar el manubrio. Después llevó el cubo a la caseta y echó el agua al inodoro. Tiró el cubo, que resonó sobre el suelo empedrado.

—Vivo en la granja de los Croker.

—Ya lo sé. —Mammy se cruzó de brazos. De repente empezaba a disfrutar con todo aquello.

—Nos hemos puesto todos fatal. Caminaba por aquí cerca y me entró un apretón horrible. Debería haber pedido permiso, pero no tenía tiempo.

—Está sudando, Mammy —le dije.

—Ya lo veo. ¿Han estado bebiendo de la fuente que hay allí?

—Así es.

—Está contaminada con lechada. Deberían haber preguntado a alguien.

—¿Se puede arreglar?

—No, salvo que caven una trinchera profunda para sacar la lechada y dejen que se limpie la fuente. Mientras tanto, deberán ir a buscar el agua a mano, como siempre hacíamos antes.

El hombre sorbió por la nariz.

—¿Y podemos usar su bomba para sacar algo de agua?

Mammy mostró su salomónico labio inferior.

—Pueden. Siempre que comprendan que no está bien entrar en las casas de la gente sin permiso.

El hombre sacó picadura y comenzó a liar un cigarrillo. Volvió a mirarme mientras lamía el papel.

—Guay.

Mammy parpadeó. No creo que nadie le hubiera dicho nunca aquello.

—Fern, ve adentro y tráele algo para lo suyo. ¿Piensan quedarse donde los Croker?

—La granja es mía. Bueno, es de todos. Pensamos trabajarla.

—¡Ja! Anda que van a trabajar mucho —dijo Mammy.

Cuando regresé para darle una bolsa con una mezcla de hierbas secas, el hombre la miró con algo de suspicacia.

—Simplemente prepare un té con ellas. No deje que se haga demasiado. Es filipéndula, artemisa y algunas otras cosas, por si alguno pregunta. Les sujetará el intestino.

El hombre abrió la bolsa e inspiró profundamente el contenido.

—Qué cosa más rara. Por cierto, soy Chas. Quizá podamos ser amigos.

—Anda, anda —dijo Mammy—. Largo de aquí.

Chas se sintió contrariado por aquella brusquedad. Sacudió lentamente la cabeza, se giró y levantó una mano en el aire a modo de despedida.

—Yeyés —dijo Mammy cuando se hubo ido—. Es que no puedo con ellos, ¿eh?

Me pregunté qué le habría sucedido en el pasado para tener aquella visión de los yeyés. Mammy tenía un pasado oculto. Era conocida en el pueblo y en los villorrios vecinos, incluso enviaban petimetres y lechuguinos de las universidades para hablar con ella, aunque de bien poco les servía. Lo que pasaba es que Mammy no quería que su historia se conociera.

Al guardar con tanto celo todos los detalles, parecía considerar un acto peligroso el hablar de sus experiencias personales. «La información es poder», solía decir. No es que yo fuera una chismosa y fuera a contarlo por ahí. De aquella mujer había aprendido la prudencia, y bien que me alegraba de ello. Pero había tenido que reunir lo poco que sabía acerca del pasado de Mammy a partir de historias que escuchaba de otros, ya fueran familiares lejanos o habladurías y rumores; y de los raros momentos en los que Mammy dejaba escapar alguna revelación inesperada. Era el apóstol del «no hablarás», y predicaba el evangelio del «no digas nada».

Todo aquel secretismo era como una pasión encerrada dentro del corazón. Se resistía a dejarla derramarse. Pero Mammy me había enseñado que, como el abrirse de piernas, el abrir la boca no hacía más que meterte en problemas antes o después. Fueran lo que fuesen aquellos *hippies* o yeyés, inspiraron en Mammy alguna clase de simpatía. Por su parte, esto liberó imágenes en mi propia mente, imágenes que eran un vecino cercano de la imaginación, pero con una cualidad diferente. Se formaban a partir de la «arruga» que había detectado en la voz de Mammy. Aquellas arrugas se sacudían y desplegaban como un alfabeto, como un lenguaje de averiguaciones y comprensiones. No era una ciencia exacta, pero producía confirmaciones que unían y enlazaban como se unían los vagones de carbón a lo largo de la vía del ferrocarril, los unos pegados a los otros. Eran chasquidos de verdad, tan claros que Mammy era capaz de verlos dando vueltas por mi cabeza; lo que explicaba su momentáneo mal humor, porque no podía impedir que yo siguiera descubriendo. Después de toda una vida de ocultación, Mammy sabía que había adoptado a una niña que en ocasiones era capaz de desgarrar el velo.

Después de todo, ¿qué importaba que Mammy dejara escapar algunos detalles? ¿Qué más daba si decía que había sucedido esto o aquello? ¿No era así como debería aprender una jovencita, escuchando las historias de alguien que ya había vivido lo suyo? Y por supuesto yo quería saberlo todo, con todas las verrugas que fueran necesarias. Porque tengo la impresión de que una de las cosas más divertidas del mundo es escuchar una historia y contar otra a cambio; un murmullo, una habladuría, un chisme, un rumor, una noticia, un giro en la historia. Mammy era una avara, una tacaña, una mísera con los detalles capaces de glorificar el jardín. Aquello me molestaba. Yo estaba decidida a no acabar siendo tan defensiva, avellanada y arrugada, pero para ello tenía que luchar contra la instrucción recibida.

—¿Vas a estar todo el camino hasta el pueblo con ese ceño fruncido? —me dijo Mammy—. Quítate a ese diablo del hombro.

Cada una llevábamos una odiosa cesta con toda la labor de costura terminada. Tenía que controlarme para que la malicia no se zurciera con el algodón.

—Eres tú la que ha agriado la mañana —repliqué—, echando a aquel tipo de malas maneras.

Mammy sonrió al oír aquello, y cogió su bastón de caminar.

—Te ha gustado, ¿no es así? Te ha gustado ese yeyé.

—Yo no he dicho eso.

—Venga, pequeña raposa —dijo Mammy con más ternura—, acaba ya con ese enfado.

Para cambiar de tema, o quizá para aclarar las cosas, Mammy me dijo que hacía poco, en el mercado de Market Harborough, se le había acercado Jane Louth, la hija del agente de prensa.

—¿De cuánto está? —quise saber.

—Dice que solo ha tenido una falta, pero se marea y sabe que está preñada.

—Eso lo hace más fácil. ¿Vas a ayudarla?

—Le dije lo que siempre les digo.

—¿Que pregunten a la señora?

—Que pregunten a la señora. Aunque no sé por qué me molesto. Se lo he visto en los ojos, y volverá mañana. Y yo le diré: «Bueno, ¿se lo has preguntado a la señora, Jane Louth?».

«Oh, sí, Mammy», me dirá, «claro que se lo he preguntado». «¿Y qué te pareció la señora, Jane Louth?». «Eh, ¿qué quieres decir, Mammy?». «Que cómo se te apareció la señora cuando se lo pediste». «Bueno, Mammy, cuando se lo pedí, pues estaba ahí». «Sí, ya, ¿pero estaba de espaldas o llena de agua, o luchando hacia el este o el oeste, o con el vientre hinchado?». «Oh, Mammy, yo no sé de esas cosas». Y yo diré: «Jane Louth, ni siquiera la miraste, ¿no es así?».

—Pero a pesar de todo vas a ayudarla.

—Pues claro que voy a ayudarla. Pero me desespero cuando se hace sin pensar. Yo ayudo a cualquier chica, pero no sin que lo haya pensado.

—Mammy, si no van contigo irán a Leamington a ver a esa enana de las agujas de coser.

Mammy sintió un escalofrío y chasqueó la lengua contra los dientes. Deseé no haber dicho aquello.

OceanofPDF.com

4

Al día siguiente oí unos golpecitos en la puerta, obra de una mano tímida. Jane Louth llevaba una minifalda rosa, medias de nailon marrones y unas botas de cuero blanco que le llegaban a las rodillas. Sé que esta clase de chicas me considera un adefesio y un espantajo, pero no pude evitar sacudir la cabeza. Su concesión a la discreción había sido colocarse una capucha blanca de falso armiño alrededor de las orejas. Iba tan bien camuflada como un conejo rosa.

Bueno, en ocasiones me alegro de ser un adefesio, si eso es lo que soy. Le pedí que entrara. Jane tenía el pelo del color de la cebada y una nariz solo un poco achatada. Eso, y una postura encogida que le hacía cruzarse de brazos y apretar las rodillas al sentarse, retorciendo un tobillo alrededor del otro. Lo que más me distrajo fueron las enormes pestañas postizas pegadas con mano inexperta a los párpados. Quiero decir, ¿por qué te pones esas bestias peludas encima cuando vas a ver a otra mujer por un asunto como el que la había traído? No entiendo a mi propio sexo.

Aunque tenía un año más que yo, sabía que Jane me tenía miedo. Cuando le dije que Mammy volvería en menos de una hora se sentó con una taza de té, mirando a su alrededor los racimos de hierbas colgados de las vigas, y a través de la cortina abierta de la alacena, con todos sus frascos, botellas y jarros.

Cuando Mammy estaba fuera yo ponía el transistor bajito.

—Radio Caroline —me dijo.

—Sí.

—¿Va a ayudarme Mammy? —espetó Jane al fin.

—Sí. Pero antes va a hacerte algunas preguntas.

Los ojos azul claro de Jane se abrieron mucho.

—¿Qué preguntas?

—Te preguntará si has consultado a la señora si esto que quieres hacer es lo correcto; y tú debes decirle que lo has hecho y que la Luna estaba luchando hacia el este, lo que no tiene nada que ver con cómo estaba en el cielo, pero si Mammy te pregunta qué significa eso, tú le dices que era el hueco de una mano izquierda.

Jane mantuvo la taza de té a unos centímetros de sus labios.

—¿Una mano izquierda?

—Sí, y eso le satisfará porque significará que has mirado de forma adecuada, algo que sé que no has hecho, pero que no es asunto mío. Eso es algo entre tú y tu alma. Y entonces Mammy te preguntará quién es el padre y tú deberás decírselo.

—¡No puedo contarle eso!

—Pues más te vale, o no te ayudará.

—¿Y eso no es un asunto entre yo y mi alma, por el amor de Dios?

—Puedes intentar callar, pero Mammy se dará unos golpecitos en la nariz y dirá: «conocimiento». Y si mientes ella lo sabrá y te dirá que te marches, y entonces te irás corriendo a ver a ese gnomo de Leamington Spa y a sus pinchos, así que tú misma. No llores, Jane. Ten, límpiate las lágrimas porque a Mammy no le gustan. Tienes que ser fuerte, o ni siquiera se planteará el ayudarte.

Jane sorbió por la nariz y se limpió una lágrima con el nudillo.

—¿Y qué va a hacer?

—Te dará un té que sabe a hierbabuena y tú te lo beberás mientras te lo cuenta, y eso es todo. Y sé lo que estás pensando, y la respuesta es no: no es una pócima, y no es magia. No es más que una hierba, una que te activa, y empezarás a sudar y a sangrar, y eso será todo.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

—Mira, Jane, si no estás decidida es mejor que te marches. Desde luego, Mammy no va a ayudarte si cree que no lo tienes claro del todo. Vuelve con el hombre con el que te acostaste para ver si hay otro modo de resolver la situación.

—No, lo tengo claro. De verdad. He traído esto, mira. —Jane extrajo un sobre del bolsillo de su minifalda.

—Ni lo menciones, y no intentes dárselo a Mammy. Solo déjalo con discreción sobre la repisa de la chimenea y no digas nada de pagos.

El gozne de la puerta del jardín chirrió y las dos supimos que Mammy había regresado. Asentí a Jane para darle ánimos y me incorporé, para mostrarle a Jane una postura más adecuada con la que recibirla.

Mammy entró apresuradamente, colgó el bastón de caminar de un perchero en la pared y cerró la puerta tras ella.

—Buenos días, Jane.

—Buenos días, Mammy.

Me acerqué para ayudar a Mammy a quitarse el abrigo.

—¿No tienes frío, con la falda por la raja del culo como la llevas? ¿Y le has preguntado a la señora acerca de nuestro asunto?

—Sí lo he hecho, Mammy, y estaba luchando hacia el este, con lo que quiero decir que estaba en su copa de la mano izquierda.

Mammy se giró y enarcó una ceja en mi dirección. Traté de combatir con todas mis fuerzas el rubor que se adueñó de mí desde el cuello hasta las orejas.

—Vaya dos botineras —dijo—. Vamos a ello.

Cuando Jane Louth se hubo escabullido con su té de hierbas, Mammy se sentó con su rapé. Lo tomaba todos los días, y mezclaba el comercial con las hojas verde grisáceas de milenrama que recogía de los bosques. Lo guardaba en una cajita de plata que alguien le había dado en señal de profunda gratitud. La cajita, que tenía unas flores grabadas, estaba curvada por el fondo de tanto tiempo como había pasado en su mano. Mammy podía abrir la tapa con el pulgar, meter el dedo y llevarse el polvo a la nariz al tiempo que cerraba la cajita. Había notado que, cuando el polvo alcanzaba el fondo de la cavidad nasal, los ojos de Mammy siempre relucían, aunque yo detestaba aquel hábito y nunca lo había probado. Mammy declaraba que aquello daba un nuevo cariz al momento.

—Moza estúpida... —dijo Mammy, con los ojos acuosos por el placer mientras echaba la cabeza hacia atrás para aliviar la sinusitis—. No hacía ni caso a lo que le decía. Estaba demasiado ansiosa por largarse de aquí.

—Las asustas, Mammy. Tienen miedo.

—Y así debería ser. Si pensarán un poco más en lo que yace debajo de las cosas no tendrían tanto miedo, Pero me ha dicho que solo había tenido una falta, y creo que mentía.

—¿Y por qué iba a mentir?

—Esas pobres niñas siempre mienten, mi paloma. —El rapé estimulaba y ablandaba a Mammy al mismo tiempo, y cuando se ablandaba siempre me llamaba «su paloma», o «su liebre», o «su flor»—. Se quedan ahí pensando que no puede ser, y llega una nueva falta y después otra, y entonces se dicen que es la primera. Se mienten a sí mismas. Y en cualquier caso, en todas las cosas suele haber más mentiras que verdades.

—Eso no puede ser.

—Eres muy joven.

—Pero le has dado el ajonje y el poleo.

Mammy no respondió, lo que ya era respuesta suficiente. Parecía estar pensando en otras cosas. En cualquier caso, yo sabía exactamente qué era lo que Mammy le había puesto a Jane Louth en la mano y en qué proporciones; podría prepararlo yo misma, aunque Mammy nunca me permitiría administrarlo por mi cuenta. La baya del muérdago, a la que llamamos ajonje, era demasiado peligrosa. Es uno de los mejores abortivos, y estimula tanto el sangrado como la contracción del útero. Y el poleo hace algo más que nublar el té con el sabor de la menta; también estimula fuertes contracciones del útero. Las hierbas excitan sus mutuos ingredientes activos, pero en el caso de la perla brillante que es la baya del muérdago, las cantidades deben ser exactas. Un pequeño error de cálculo en la dosis puede provocar vértigo, alucinaciones, parálisis e incluso la muerte. A la prescripción de abortivos Mammy la llamaba el juego del diablo, y a mí me mantenía lo más alejada posible del asunto.

Mammy había advertido a Jane Louth de los problemas del preparado: sudaría; vomitaría; sentiría dolores y mareos. Le dio instrucciones para que disfrazara estos síntomas. A la mañana siguiente, la chica debía contar a

todo el mundo que había recogido en el campo cagarrias, o setas de San Jorge. Culparía de su malestar a un hongo perjudicial.

—¿Y cuándo se supone que he ido yo a recolectar setas? —había dicho Jane—. No es que sea una monja de mierda que va cantando por la pradera, precisamente. ¡Que yo no hago esas cosas, vamos!

—Pues precisamente por eso cogiste la seta equivocada, ¿no? Levántate por la mañana y vuelve toda mareada, como uno de esos yeyés de la carretera. Y dile a todo el mundo que la primavera te ha embriagado.

Mientras Mammy le daba la espalda, Jane había depositado el pago sobre la estantería sin decir ni una palabra, había cogido su jarra de té y se había marchado.

Cuando le pedí a Mammy que me confirmara los contenidos del preparado, solo quería conocer sus intenciones. Si Mammy estaba convencida de su curso de acción le habría ofrecido los abortivos más eficaces, como en el caso de Jane Louth. Si no lo tenía tan claro, o si la chica parecía poco resuelta, prescribiría una hierba más suave como la mejorana, la betarraga o la valeriana, estimuladores del sangrado pero menos fiables. Mammy me explicaba que en ocasiones prefería que el río decidiera su propio curso. Así era ella. Decía que no podías forzar al río. Podría funcionar. Podría no funcionar.

Pero yo sabía otra cosa: en determinadas ocasiones, lo que Mammy conocía afectaba a la decisión del tipo de abortivo a administrar.

—¿Y te dijo quién es el padre? Me pareció que no pensaba hacerlo.

—Tienen que hacerlo. Me miran a los ojos y no pueden evitarlo. Por eso es bueno que estén un poco asustadas.

—¿Y te sorprendió?

—No, ese nombre ya se ha pronunciado aquí antes —dijo Mammy con expresión malhumorada. Cogió el atizador y golpeó un tronco que había en el fuego—. A ese le gusta meterse entre las piernas de las chicas. —Después se rió suavemente, dejando el atizador—. ¡Y a ellas les gusta dejarle hacer!

5

Un petirrojo trino de repente desde una rama con una penetración estremecedora. A veces tenía la idea de que se trataba del mismo petirrojo, que me seguía por todas las colinas y que estallaba de emoción cada vez que yo removía la tierra y lo ayudaba a desenterrar su comida. Durante un momento quedé arrobada por su canto, hasta que la voz de Mammy me sacó de mi ensoñación.

—¿Me estás escuchando? —dijo Mammy—. Me está dando vueltas por la cabeza, y tengo que hablar o reviento.

Era tres días más tarde y habíamos salido para conseguir algunos tusílagos tempranos, que en ocasiones Mammy llama «pezuña de caballo» y que son buenos para el asma, las molestias de los bronquios y la tos; además, en forma de compresa siempre vienen bien para las úlceras y las venas varicosas. A menudo nos levantábamos muy temprano por la mañana para recorrer las verdes colinas de Shank's Pony y recolectar. Aquella mañana, una bruma fina surgía de la corriente junto a la que buscábamos. Mammy decía que era mejor cortar las hierbas antes de que se abrieran las flores. También le gustaba machacar las hojas (aunque eso vendría después) para elaborar un polvo que servía para aliviar la sinusitis. En ocasiones incluso lo fumaba. El tusílago crecía sin problemas en nuestro jardín, pero nunca teníamos suficiente para secar y preparar en previsión de las toses y resfriados del invierno y el verano.

—Me está dando vueltas por la cabeza el asunto de cuánto deberías saber. Es decir, ¿y si me caigo muerta aquí mismo?

No estaba prestándole atención. Los aromas de la mañana se llevaban muy lejos mi espíritu, lo mismo que el sonido de la rápida corriente y el canto del petirrojo. Sentía la bruma helada condensarse en mis mejillas y nariz; también me despistaba el sonido que mi abrigo largo provocaba al rozar la hierba, y el deslizarse de mis botas de cuero sobre el suelo húmedo. Adoraba todo aquello. Había muchas babosas negras ascendiendo por los tallos verdes, y caracoles seducidos por la humedad.

—¡Estás en la inopia, chica! —gritó Mammy—. ¡En la inopia! ¡Eres como un hada a lomos de un diente de león! ¡Vuelve de donde estés!

—¿Qué me decías, Mammy?

—¡Todas las cosas que yo sé pero tú desconoces!

Aunque me sedujera fácilmente el amanecer primaveral, sabía exactamente a qué se refería.

—No sé, quizá sea mejor que me digas los nombres y que yo los apunte.

—No vas a apuntar nada —replicó Mammy con brusquedad, arrancando las cabezas de tusílagos. Caían sobre su mano con un leve chasquido—. Así nadie podrá encontrar el papel en que estén escritos.

—No tengo nada que decir a eso.

—Más te vale. Debes memorizarlo todo. Porque es importante saber qué es cada cosa.

Había otra razón por la que no estaba prestando atención. Era porque Mammy siempre me estaba amenazando con contarme lo que sabía, pero al final siempre se echaba atrás. Lo había escuchado tantas veces que había dejado de hacer caso a sus promesas. Decía que el conocimiento era demasiado peligroso para que yo lo poseyera.

Siempre me contaba (como hizo aquella mañana mientras recogíamos los tusílagos) sobre qué trataba la información. Lo que sucedía es que nunca me dejaba conocer los detalles en sí. Era a lo que se refería como «los nombres de los padres». Se trataba de una larga lista que guardaba en la cabeza y que consistía en información que le habían transmitido todas las mujeres del pueblo y de los alrededores, tanto jóvenes como menos jóvenes, que habían acudido a ella solicitando su ayuda. Incluía los nombres de los padres de hijos ilegítimos cuyas madres habían llegado demasiado tarde, o sin una intención firme; los nombres de los que no llegaron a ser padres

debido a la intervención de Mammy; los nombres de padres que no conocían a sus hijos e hijas; y los nombres de padres que no eran capaces de tener hijos. A Mammy le gustaba decir que aquel era un buen bagaje de conocimientos para una mujer. Quizá excesivo. Pero era la clase de conocimiento que podía convertirse en poder, de modo que me transmitía también la necesidad del secreto y la reserva.

—Nunca sabes qué puede suceder —decía—. Nunca sabes.

—Sí, Mammy —respondía yo—, y un día me lo contarás todo.

Aquella mañana recogí un montón de tusílagos, pero no un montón de información. Era sorprendente lo mucho que Mammy podía hablar de ello sin llegar a revelar absolutamente nada. Algunos de los nombres, decía, pertenecían a gente que llevaba largo tiempo muerta y a la que yo no conocía. Otros podía averiguarlos por una mandíbula débil o un labio sobresaliente, mientras que otros resultarían para mí una completa sorpresa. Mientras escuchaba toda aquella no-información, me parecía que la fornicación era una actividad de lo más popular en aquella oscura esquina del centro de Inglaterra. Más popular que el teatro, o que el estudio, o que el fútbol y la iglesia.

—¿Es que están todo el día dándole, Mammy?

—Bueno, a veces tienen que pararse a descansar un poco.

Yo suponía que, de no dedicarse todos a ello, no habría ni pasado ni futuro. Pero recuerdo que pregunté:

—¿Pero le dan todos al asunto, Mammy? ¿Todos?

—Todos salvo tú y yo —respondió Mammy—. Tú y yo. —Y parece que encontró aquello extraordinariamente divertido.

Recoger hierbas entre los setos (y en zanjas, riachuelos, bosques y afloramientos rocosos) era una de mis actividades predilectas. Mammy empezó a enseñarme desde el momento en que me adoptó, llevándome al principio en un morral confeccionado con una manta de ganchillo, y más tarde gateando detrás de ella. Cabalgando las colinas. Mi primer recuerdo es el dulce aroma de las bayas. Habían sido veinte años de aprendizaje entre

los arbustos. Aunque yo sabía que no era así, a menudo Mammy insinuaba que aún me quedaban algunas cosas por aprender.

El alba y el crepúsculo, decía ella, eran los momentos adecuados para recolectar plantas, períodos en los que la puerta solo estaba entreabierta. *¿Qué puerta?*, me preguntaba a menudo, pero nunca me atreví a preguntar. Quizá porque en lo más profundo sabía de qué puerta se trataba, y me asustaba el que estuviera entreabierta. También sentía que había otra razón importante para buscar hierbas al amanecer o al ocaso, y era que había mucha menos gente que pudiera darse cuenta de lo que estábamos haciendo. No es que hubiera nada amenazador, ni siquiera ilegal, en que dos mujeres buscaran plantas entre los setos, pero despertaba las murmuraciones y me hacía presentir los comentarios locales: «Esa Cullen y su hija ya están otra vez por allí».

Pues que murmuren, pensaba yo siempre. ¿Qué más daba? Pero Mammy era más circunspecta. Yo era joven y no sabía tanto como ella. No sabía lo voluble que era la gente a la que ayudabas. «Guarda silencio como el roble sagrado», decía Mammy, «y no escribas nunca nada».

Pero nunca me sentí avergonzada por verme seducida por los misterios de la recolección. ¿Adónde iban todas aquellas plantas, raíces y bayas? Las secábamos y curábamos, las embotellábamos, prensábamos, cortábamos e impregnábamos. Muchas las tirábamos. Buena parte de aquellas plantas nunca llegaban a hacer falta, o perdían su eficacia, o se consideraban recogidas en la fase errónea de la Luna, o cuando la noche ya había caído demasiado. Yo repetía todo aquello como un loro y lo cumplía con fidelidad, pero a menudo albergaba mis dudas.

Pero, ¡ah, el amanecer en los campos húmedos, con la bruma levantándose desde la tierra! ¡Cuando simplemente pisar la hierba empapada era como introducirse en los sueños de otra persona! Y después el crepúsculo, cuando parecía que no estábamos recolectando bayas y hojas, sino la mismísima materia algodonosa que conformaba el ocaso... Podías incluso hilvanarla, tan espesa llegaba a ser. Materia blanca por la mañana, materia negra por la noche.

Aquella mañana, cuando deshacíamos nuestros pasos para volver a casa con el tusílogo dorado, Mammy se detuvo y se apoyó en su bastón.

—Me pica el culo. ¿Qué crees que significa?

Siempre estaba diciendo eso.

—Ni idea.

Ahora que se inclinaba más sobre el bastón, sólo parecía estar mirando el campo.

—Por supuesto, hay más.

Siempre había más. ¿Y por qué sabía que en aquella ocasión me asustaría? Más incluso que cuando Mammy me enseñó a la señora cuando yo tenía trece años. Quizá fuera el modo en que se apoyaba sobre el bastón, o el que no me mirara a los ojos, sino hacia delante, cuando me dijo que había más.

—¿Qué me tienes preparado, Mammy?

—No es que te tenga nada preparado. Es el destino. Es lo que el destino te tiene preparado.

—A veces las dos cosas parecen confundirse.

—¿Sabes que te estás volviendo insolente, niña?

—Dime qué es, Mammy.

—Un día tendrás que hacer la Petición. ¿Y si me muriera antes de que lo hicieras, y no estuviera yo aquí para ayudarte?

—¿A qué viene el empezar a hablar de repente de morirte, Mammy? Estás fuerte como una mosca.

—Me siento como si los pocos que somos perteneciéramos a un tiempo que ya ha terminado.

—Te estás poniendo morbosa, Mammy.

—Quizá. ¿Pero quién está en nuestra puerta?

Levanté la mirada y vi a una mujer que esperaba en el exterior de la casita. Llevaba un sombrero acampanado de paja negra, muy calado, como si no quisiera que se la reconociera, aunque yo no sabía quién era.

—Ni idea, Mammy. ¿Sabes lo que quiere?

—¡Oh! Creo que conozco a esa jovencita... Esto no pinta bien.

La mujer cambió el peso de un pie a otro cuando nos acercamos.

—Mammy, Fern —dijo. Parecía ansiosa—. Soy Judith, la hija de Doll.

—Fue entonces cuando comprendí que sí que la conocía vagamente, y también a Doll. Doll era una de las pocas, pero Mammy y ella habían

discutido por algo cuando yo era una niña, de modo que en todos aquellos años yo apenas había visto ni a la madre ni a la hija. Judith llevaba unos grandes aretes en las orejas, una falda larga de pana y botas con tacón de aguja. Asintió en mi dirección, como si me conociera. Su mirada parecía en un permanente estado de agitación, aunque yo no sabía si aquel era su estado normal o si lo provocaba su predicamento.

—Sí, ya sé quién eres —dijo Mammy—. ¿Qué pasa?

—Pensé en esperar dentro, pero no sabía si te parecería bien. Así que decidí esperar aquí hasta que volvierais.

Mammy nunca cerraba con llave. Normalmente, cuando salía incluso dejaba la puerta entreabierta para indicar que volvería pronto. Hizo a Judith a un lado y gesticuló para que la siguiéramos.

—Deja la cháchara y entra. ¿Qué sucede? ¿Para qué has venido?

Judith no era capaz de mirarla a los ojos. Me miró a mí para dar la noticia.

—Es Jane Louth, Mammy. Ha muerto.

6

Mammy se desplomó sobre la silla junto al hogar de la chimenea. Dejó caer el bastón al suelo, pero lo recogí y lo colgué del perchero. Su cara tenía el color de la ceniza fría que había en la rejilla. Se tocaba la sien con el dedo corazón de la mano izquierda. La otra mano descansaba en su regazo, cerrada en un puño. Vi por primera vez la fragilidad de la edad de Mammy. Aquella mujer que podía enfrentarse a cualquiera, que podía pelear con hombres a puñetazos de ser necesario, había quedado conmocionada por la noticia.

Vi la asombrosa honestidad de la mirada de Judith, y noté que el iris azul de su ojo izquierdo estaba comprometido por una nube verdosa.

—¿Qué se ha dicho? —le pregunté.

—Que había comido setas, que debía de haberse tragado una venenosa. Había estado recogiendo setas en el campo y se había hecho el desayuno con ellas.

—¿Y el doctor se lo ha creído? ¿Cómo se llama ese charlatán, Bloom?

Judith parpadeó y apartó la mirada.

—De momento. Todo podría quedar aquí, pero Jane tenía una hermana que también comió setas para desayunar, y no deja de decirle a todo el mundo que ella está estupendamente.

—Pero si había una seta mala y solo se la comió Jane, no afectaría a la otra chica, ¿no?

—No, pero nosotras sabemos que es probable que no hubiera ninguna seta mala, ¿no es así?

—¿Quién sabe que vino a ver a Mammy?

Judith se encogió de hombros.

Yo pensaba a toda velocidad. Mis pensamientos eran demasiado rápidos para aprehenderlos.

—Tenemos que descubrir el modo de hacernos con la jarra de Mammy. Tiene que estar por alguna parte.

—No va a ser fácil. Pero fui profesora del hermano menor en la escuela. Podría acercarme, expresar mis condolencias...

Recordé que Mammy había mencionado que uno de los pocos era maestro. Judith me miraba de un modo tal que parecía estar contando los segundos mientras esperaba una respuesta.

—¿Podrías? ¿Podrías entrar en la casa?

—No lo sé.

—¡Inténtalo por Mammy, Judith! Inténtalo. Haz lo que puedas. Y encuentra algún entoloma para dejarlo en la cocina y que lo encuentren. Es fácil confundirlo con la seta de San Jorge.

—Estás pidiendo mucho. Podría salir todo mal.

—Podría.

Tenía que cuidar de Mammy, que todavía no había dicho una sola palabra. Le abrí la puerta a Judith y salí con ella.

—Mira, diremos... Si alguien pregunta, diremos que vino a ver a Mammy y que esta la rechazó porque ya estaba demasiado avanzada. Eso diremos. Pero solo si alguien pregunta.

Antes de marcharse, Judith me acarició suavemente la mejilla con una uña.

—Déjame apuntarte mi dirección. Ven a verme. Somos parecidas. Podrías necesitar una amiga, ya sabes. —Rebuscó en su bolso hasta dar con un bolígrafo y un trozo de papel. Inclineda sobre su bolso, con aquel sombrero de paja, parecía una flor en medio del bosque. Me pregunté si la naturaleza había creado de verdad a una amiga para mí. Vi cómo se deslizaba por la puerta del jardín y echaba a correr nada más llegar al camino. Después volví dentro y serví a Mammy un buen lingotazo de ginebra de endrinas.

—Es caprichosa —dijo de Judith—. Es caprichosa, esa muchacha.

—Sí, Mammy.

—Sus ojos hacen juegos de colores.

—Lo he notado, Mammy.

—Eso puede hacerla poco digna de confianza.

—Sí, Mammy.

Pero su mente regresaba una y otra vez, como una obsesión, a la misma cuestión.

—Tengo tanto cuidado... —decía—. Siempre.

—Ya lo sé, Mammy. Te he visto. Bebe, porque hoy te has llevado un buen susto.

—Y siempre yerro por el lado de la prudencia. Siempre pienso que, bueno, si no funciona es que así debían ser las cosas.

—Mammy, no has hecho nada mal. Otra explicación habrá. Quién sabe, quizá esa chica estúpida mezcló las setas. O quizá no hizo exactamente lo que le dijiste. O puede que no confiara en ti y que se fuera con su problema a otro. Puede haber un centenar de razones.

—¿Tuvo una hemorragia? ¿O es que no pudo dejar de vomitar? De haberlo sabido, de haber llamado a alguien, podría haberla ayudado. Nunca, en todos mis años, me había sucedido algo así.

—Tienes que dejar de pensar en eso, Mammy. Si alguien te pregunta, tienes que decir que te negaste a ayudarla.

—He traído una sombra a nuestra puerta.

—¡Mammy! ¡Estabas intentando ayudar a esa chica! ¡Siempre has ayudado a esas chicas! ¡Recuerda eso!

Pero Mammy no era fácil de consolar. Y desde aquel día en adelante comenzó un lento declive. Una especie de crepúsculo empezó a cubrirla. Seguía desarrollando sus tareas diarias como siempre, pero de un modo mecánico y sin el vigor de espíritu que yo siempre había observado en ella. Estaba distraída, preocupada en sus pensamientos, y aunque en ocasiones conseguía arrancar una sonrisa de aquella vieja mujer, solo se trataba de una sonrisa forzada que no tenía más intención que hacerme sentir mejor. Recurría a su ginebra de endrinas más de lo habitual, y al rapé sin parecer obtener de él el mismo placer que antes.

Al ser este comportamiento tan contrario a su carácter habitual, me pregunté si habría algo más detrás.

La maravillosa Judith había hecho su trabajo; de algún modo había conseguido entrar en la casa y había recuperado la jarra (ya vacía del preparado de hierbas de Mammy) de la doliente casa de los Louth. No había sido posible dejar el entoloma como prueba, pero por lo general se aceptó la historia de las setas venenosas. Hubo rumores, aunque nunca llegaron cerca de los oídos de Mammy. Judith me los comunicaba a mí, y yo: decidí no contárselos.

Judith excitaba mi curiosidad y pregunté a Mammy por ella. Era una de siete hermanos. Los seis primeros hijos de Doll habían sido chicos, y Judith era un «error» muy tardío. Me dijo que Doll era una de las pocas, de modo que resultaba inevitable que Judith también lo fuera, y comprendí que aquella era la razón por la que se había esforzado tanto por ayudarnos. Le pregunté por qué habíamos tenido tan poco contacto con Judith y con su madre, y Mammy me dijo que eran muy diferentes de nosotras, y que no nos llevaríamos bien con ellas. La explicación resultaba inadecuada, pero lo dejé pasar. Mientras tanto, descubrí que Judith era maestra de primaria en Market Harborough.

Recibimos una visita del jefe de la policía del pueblo, Bill Myers. Llegó con un cierto aire de vergüenza, con el casco metido debajo del brazo y jugueteando con una pequeña libreta. La madre de Myers, muerta desde hacía doce años, siempre había tenido la mejor opinión de Mammy y le había dicho a su hijo que en el pasado, cuando no podían permitirse las tarifas de un médico, siempre había sido una gran ayuda para su familia. Myers, toqueteándose el collar del uniforme, dijo que se veía obligado a preguntar si Jane Louth había acudido a verla; en deferencia a Mammy, me dirigió a mí la mayoría de las preguntas.

—Sí —le respondí mientras le servía un vaso de vino de bayas—, vino porque estaba embarazada. Pero Mammy le dijo que estaba demasiado avanzada y la mandó de vuelta a casa.

—¿Es eso cierto, Mammy?

—La mandé a casa —suspiró ella.

Myers empezó a anotar algo, pero se lo pensó mejor.

—Supongo que no le diría quién era el padre...

—¿Y por qué se lo iba a decir a Mammy? —barbullé demasiado rápido.

—¡Cállate, chica, que ya sé responder yo sola! —Mammy se giró hacia Myers—. Se cree que estoy senil, ya ves.

Myers intentó reír ante aquella idea.

—No, Mammy, no está usted senil. Así que vino aquí pero no hizo nada usted por ella, y tampoco le dijo quién era el padre.

Mammy había asistido al nacimiento de Myers. Había sumergido al policía en agua cuando aún estaba sucio del útero. Miró a Myers directamente a los ojos.

—Esa es toda la verdad, Bill.

—Con eso me vale, Mammy —respondió Myers, cerrando la libreta con fuerza y vaciando su vaso—. Ya me marchó. Cuídese, que ya está mayor.

—Eso haré, Bill, eso haré. ¿Ya te han dado el coche? —La bicicleta municipal de Bill estaba a punto de ser promocionada a coche patrulla.

—Cualquier día de estos.

—¿Y qué vas a hacer con las pinzas para la bicicleta?

—Se las daré a usted, Mammy.

Aquel falso humor resultaba doloroso. Pero aunque conseguimos ahuyentar a Bill Myers, Mammy apenas salió durante los siguientes días. Se quedó en casa meditando preocupada por el destino de Jane Louth. Una y otra vez recordaba cómo había preparado el té midiendo las cantidades, buscando cualquier posible error. Yo sabía que aquello era lo que hacía, y me encargaba de cualquier asunto que necesitara atención. Me sentía muy nerviosa por lo mal que se había tomado Mammy todo aquello. Parecía pálida, agotada.

Cuando el tiempo mejoró, preparé a Mammy y la persuadí para que me acompañara al pueblo. Sabía que tenía miedo de las habladurías y que le avergonzaba que se la viera.

—Tienes que ir al mercado y mantener la cabeza alta, Mammy. En caso contrario, pensarán que te estás escondiendo. Pensarán que eres culpable.

Así que Mammy aceptó. Recobró un poco el ánimo, se lavó y se cambió de ropa. Las gallinas estaban poniendo bien, así que reunimos los huevos en un cesto, preparamos las labores de costura terminadas y nos pusimos el abrigo para dirigirnos al centro de Keywell, donde se celebraba los sábados un mercado.

Era un día fresco y ventoso. El cielo estaba salpicado de nubes blancas y brillantes que avanzaban rápidamente, y después de todo era posible sentir la llegada de la primavera. Los setos rebosaban vida, y ya casi había logrado levantar el ánimo de Mammy cuando me torcí el tobillo en la hierba que rodeaba el camino. Lancé un gritito y me acerqué a la pata coja a una piedra para sentarme.

—Esto es una mala señal —dijo Mammy—. Deberíamos darnos la vuelta.

—Estoy bien. Voy a quitarme el zapato y a frotármelo un poco.

—No me gusta. Veo algo en este asunto.

—No es nada. Solo me lo he torcido. Dame un momento.

Mammy desvió la mirada hacia el camino, y después hacia las nubes. Me masajeeé el tobillo y me burlé un poco de sus intentos adivinatorios. Tenía que mantenerla en marcha. Ahora Mammy miraba los árboles y los arbustos, y yo sabía que si lograba ver a una sola urraca o a un zorzal, tendríamos que volver a casa.

Volví a ponerme el zapato.

—Vamos, Mammy, que ya estoy bien. Sigamos.

Ya era media mañana cuando llegamos a la calle principal de Keywell, y el mercado estaba lleno de puestos y camiones con los portones abiertos. Había un puesto de lácteos en el que solíamos vender los huevos. El comerciante era un hombre recio y de cara rubicunda llamado Trump, de unos sesenta años. Nunca me había gustado. Me guiñaba el ojo al tiempo que apretaba los labios finos. Una línea de verrugas, como una constelación de estrellas oscuras, iba desde su nariz hasta la mejilla. Esperé hasta que se marcharon todos los clientes antes de llevarle la cesta. Mammy estaba a mi lado cuando Trump nos saludó con alegría.

—Tenemos una cesta llena —le dije.

El vendedor empezó a simular ocupación, recolocando los quesos.

—Ya estoy hasta arriba de huevos.

—Oh —dijo Mammy.

Miré por todo el puesto. Había huevos, sí, pero pocos.

Trump se pasó el dedo por debajo de la nariz.

—Hoy no puedo cogértelos. Lo siento. —Después se giró para atender a un nuevo cliente.

—Es la primera vez que rechaza mis huevos —dijo Mammy.

—Bueno, si tiene de más, tiene de más, y no hay nada más que decir —le respondí.

—No tiene de más. Deberíamos marcharnos a casa.

—No hagas una montaña de un grano de arena, Mammy. Ahora los venderemos.

Encontré a un verdulero encantado de quedarse con ellos. Después de eso, entregamos la labor de costura y nos paramos un momento para charlar con una chica en la plaza. Aunque la chica parecía tener prisa por irse, no le dije nada a Mammy al respecto. Terminadas rápidamente nuestras tareas nos encaminamos de vuelta a casa, lo que nos llevaba por delante del *pub* Bell.

Los días de mercado, el Bell estaba atestado. Una gramola tocaba canciones que me gustaban de The Yardbirds y The Kinks, y una cálida bruma de humo de tabaco y cerveza agria se derramaba desde la puerta abierta a la calle, junto a un coro de voces de buen tono. A veces entrábamos y Mammy me invitaba a una cerveza, pero aquel día no parecía tener la menor intención de aventurarse. Apretó el paso, pero no habíamos dado ni tres por delante de la puerta abierta del *pub* cuando una sombra salió como un rayo y la empujó ferozmente por la espalda. Mammy empezó a trastabillar.

Dos hombres habían salido del Bell, patanes bebidos y avinagrados que me resultaban desconocidos. Mientras Mammy intentaba no caer de bruces y girarse para ver a su atacante, el segundo hombre se colocó detrás de ella y la empujó hacia la entrada del *pub*.

—No deberías haber asomado la jeta por aquí —dijo el primero. Y esta vez empujó a Mammy en el pecho, haciéndola retroceder otra vez. Mammy rugió al hombre, pero al hacerlo se tropezó y cayó al suelo. El bastón de fresno rebotó sobre la calzada. Mammy estaba tumbada de espaldas, respirando con dificultad.

Me recuperé de mi pasmo ante el primer ataque y recogí el bastón de Mammy para golpear como fuera a uno de los hombres, pero ya se habían

marchado, probablemente al interior del *pub*. Se congregaron algunas personas, pero nadie me ayudó a poner a Mammy en pie, y eso que su peso parecía excesivo para que yo pudiera hacerlo sola. Al final, alguien salió del *pub* para ayudarla. Era Arthur McCann, que iba vestido con su chaqueta negra de cuero. Se agachó a mi lado y me miró desde detrás de sus delicadas pestañas. Después ayudó a Mammy a incorporarse. La intentó limpiar y le devolvió el bastón sin decir una sola palabra.

Oí cómo una voz aflautada llamaba a Arthur desde la entrada del *pub*.

—Arthur, de ser tú yo la dejaría sola.

El pequeño gentío, hasta entonces silencioso, comenzó a murmurar. Levanté la mirada y vi una figura a la que creí reconocer escrutándonos desde la entrada del establecimiento. Mammy estaba ya en pie, pero respiraba con dificultad. Alguien encontró su cesta y se la entregó.

—¿Le traigo algo para beber? —dijo Arthur señalando al Bell—. Menuda caída. No tiene buen aspecto.

—Me la voy a llevar ahora mismo —dije fríamente. No sé por qué.

—Arthur no tiene la culpa —intervino Mammy—. Llévame a casa, Fern.

Fue todo un esfuerzo. Mammy pesaba muchísimo y tenía que apoyarse en mí. Los espectadores nos vieron alejarnos lentamente por la calle. Desde el interior del *pub* llegaba la canción *Get Off My Cloud*, de los desastrados Rolling Stones.

Mammy nunca llegó a recuperarse del todo de aquel ataque. Tras regresar a la casita se metió en la cama. Me asusté ante el alcance de los rasguños, tanto en la espalda como en la cadera y el brazo. Mammy era vieja, y la piel vieja no se repara con facilidad. Siguiendo sus instrucciones, preparé un bálsamo con aceite y hojas frescas de saúco, calentándolo hasta que las hojas se pusieron crujientes. Después metí el preparado en un tarro. Apliqué el ungüento a las magulladuras cárdenas, susurrando para calmar a Mammy, que yacía con los ojos cerrados. De cuando en cuando gemía.

Al anochecer, una lechuza se posó en el fresno del jardín y empezó a chillar a intervalos. No me gustaba nada, pero Mammy decía que se trataba

de una buena profecía.

—No importa lo mucho que intentes ayudar a la gente —me dijo—, antes o después siempre se vuelven contra ti. Por eso nos mantenemos apartadas. Siempre te traicionan.

—Duérmete un poco, Mammy. —Le había dado un té calmante de valeriana, a la que Mammy siempre llamaba raíz de vándalo, y hierbabuena. La lechuza chillaba en el fresno. Yo me quedé allí sentada, a la luz de la luna llena. Miré al pájaro desde la ventana, tratando de ahuyentarlo con mis pensamientos, pero no hizo más que devolverme la mirada.

Al día siguiente Mammy tenía incluso peor aspecto, de modo que llamé al doctor Bloom, el médico de familia. Mammy no tenía el menor aprecio por él como doctor, y este lo sabía. Al final se acercó con su maletín de cuero, su estetoscopio y sus aires de superioridad. Noté que llevaba un anillo en el meñique, lo que Mammy me había dicho que era una señal de la masonería. Yo no sabía si eso era cierto.

Bloom, que siempre parecía tener una prisa tremenda, subió los escalones de dos en dos. Mammy no opuso resistencia alguna a su examen, y el doctor no tardó en pedirme que bajara con él.

—Tendremos que ingresarla —dijo, pasándose una mano por el cabello espesado con Brylcreem.

—¡Ni hablar! —protesté. Sabía que Mammy odiaba el hospital, y tenía motivos para ello.

—Tiene una presión sanguínea anormalmente alta. Además, creo que se ha partido una costilla o dos. —Metió el estetoscopio en el maletín y echó un vistazo a los manojos de hierbas que había clavados a las vigas—. Y si la dejo aquí, seguro que acaba asfixiándose con toda esta porquería.

Ya habían tenido antes diferencias acerca de aquel asunto.

—No va a ir a ningún sitio. Aquí puedo cuidarla mucho mejor que allí.

—Eres tan mala como ella —dijo Bloom, cerrando de golpe su maletín—. Volveré mañana, pero si no está mejor tendremos que llevarla a rastras.

Y con esto se marchó como si perdiera el culo por salir de la casita, dejando atrás la receta de un analgésico y el olor de la Brylcreem.

Aquella tarde, Judith apareció acompañada por un anciano. Este caminaba encorvado por la edad. Sus orejas eran peludas, pues tanto del

cartílago como de los grandes lóbulos carnosos surgía un vello suave y blanquecino. Me pareció una especie de trol, y me apartó a un lado para subir directamente a ver a Mammy. Yo me quedé al pie de las escaleras sin saber si debía seguirlo, pero Mammy parecía conocerlo porque la escuché decir: «Mírame, William, toda postrada».

—¿Quién es? —pregunté a Judith.

—William me ha dicho que os conocisteis hará unos diez años.

Pensé en ello, y entonces recordé que sí que lo conocía. Mammy me había llevado una vez a su casa. Me había dicho que tenía abejas y que iba a enseñarme las colmenas. El hombre al que ahora reconocía ya era entonces artrítico y viejo. Fue una reunión extraña y breve. William estaba plantando una hilera de puerros en su huerta. Mammy lo había saludado desde la puerta y William se había levantado con un crujido de las rodillas, limpiándose las manos en los toscos pantalones marrones antes de ofrecerme la derecha. Aún estaba manchada de tierra. Yo pensé estúpidamente que quería darme la mano, pero lo que hizo fue dejarme atrás y enredar los dedos en mi pelo, antes de retirar la mano embarrada.

—Así que esta es tu chica —había dicho William.

—Ésta es —respondió Mammy.

William se me quedó mirando aquel día. Recuerdo que una flioscarda había comenzado a zumbear frente a su cara y que él la había apartado con un manotazo perezoso.

—Bien —dijo—. Sí. Podría servir. —Después se había vuelto hacia sus puerros. Aquello fue todo. No llegué a ver las colmenas de las abejas.

Preparé té para todos y lo llevé arriba. Mammy estaba charlando; era evidente que la visita la había animado, aunque William no parecía prestarle atención. Había acercado una silla a los pies de la cama y estaba jugando a Paciencia con una baraja de cartas prácticamente descoloridas que había extendido sobre las mantas.

—He oído que estuvo aquí ese doctor de culo de manzana —dijo sin levantar la mirada.

—Asegura que Mammy tiene alguna costilla rota.

—¡No tengo costillas rotas! —Mammy forzó una risita—. No es más que un rasguño.

—Quiere llevarla al hospital —insistí.

Al final William levantó la mirada de las cartas.

—Mantenía alejada de allí. Si entra, no volverá a salir.

—¡No puede ser tan grave! —intenté. Me refería a la condición de Mammy. O al hospital. O a ambos.

—Tú sólo mantenla alejada de ese osario sanguinolento —dijo William. Parecía enfadado conmigo—. De ti depende el mantenerla fuera. Bueno, ¿y dónde está ese té que se me había prometido? —Me miró de forma significativa antes de volver a sus cartas.

7

Después de marcharse los visitantes, subí las crujientes escaleras para ver a Mammy, pero estaba dormida. Volví abajo y recogí, antes de subir de nuevo con un libro. Pensé en sentarme con ella un rato y leer. Aunque estaba dormida, tenía la impresión de que Mammy podía sentir mi presencia protectora.

Las cortinas seguían abiertas y el cielo estaba lleno de estrellas brillantes. Vi moverse una estrella y la tomé por un satélite, quizá un *sputnik*. Cada vez que veía un parpadeo en el cielo pensaba en Valentina Tereshkova, la cosmonauta rusa. Si los rusos habían puesto a una mujer en el espacio, ¿por qué no lo habían hecho los americanos? Si alguna vez conseguían aterrizar en la Luna, mi más sincera esperanza era que hubiera una mujer presente en el equipo. Sería una cuestión de justicia, ¿no? Quizá Valentina podría presentarse voluntaria para viajar en un cohete americano. Incluso consideré la idea de escribir a alguna autoridad, pero tenía la impresión de que no prestarían mucha atención a mis opiniones al respecto.

Al final eché las cortinas, encendí la lámpara junto a la cama y me puse cómoda con mi libro. Solo me había costado seis peniques en una tienda de segunda mano.

Trataba de un planeta que volvía locos a sus habitantes. Era muy bueno. Estaba absorta en él, y me acercaba al final cuando Mammy se despertó de repente. Se incorporó y dijo:

—Querrá algo caliente. ¿Qué vamos a darle?

—¿Mammy?

—Es que no podemos ofrecerle simplemente un sándwich, ¿no? Encima, después de todo lo que ha pasado, y desde lo lejos que ha venido...

—¿Quieres beber algo, Mammy? —Me levanté y le toqué la mano. Tenía las puntas de los dedos heladas—. Deja que te ponga debajo una almohada.

—No te preocupes. Ralph querrá tomar algo caliente.

Me llevé la mano a las horquillas y me giré durante un instante. Ralph era el hijo de Mammy. Había muerto en Mons, al final de la I Guerra Mundial. Mammy me había contado que lo había matado, después de la firma del armisticio, un soldado enemigo que no aceptaba que todo hubiera terminado. Mammy conservaba su espada del regimiento en el cajón inferior de su dormitorio. Me pregunté si sería posible que alguien despertara de un sueño, se incorporara y siguiera soñando.

—¿Y tú qué? ¿Tienes hambre, Mammy?

Me miró confusa. Después echó un vistazo a la habitación, a la puerta, y por último a la lámpara de la mesilla, como si lo viera todo por primera vez.

—¿Ha estado William aquí? —me preguntó.

—Sí. Y Judith. Vinieron a verte.

Chasqueó los labios.

—¿Dijo William algo acerca de un caballo?

—Has estado soñando, Mammy. Ten, bebe un poco de agua.

Mammy bebió un trago antes de dejarse caer. Me sentí tan triste al ver su cabello gris contra la almohada blanca...

Al final cerró los ojos de nuevo. Me quedé allí sentada, mirándola, hasta que estuve segura de que se había quedado dormida.

A la mañana siguiente, Mammy se despertó muy tarde. No me sentía muy contenta por su estado, sobre todo por la frialdad de los dedos de las manos y los pies, no importaba con cuántas mantas la cubriera. Y lo que era peor, la herida alrededor de las costillas se estaba hinchando. Me puse el abrigo y me acerqué a la cabina de teléfono del pueblo para llamar a la clínica de Bloom. La recepcionista me dijo que le pasaría el mensaje.

Ya era casi mediodía cuando llegó el doctor. Se dirigió directamente a verla. Bajó a los pocos minutos.

—No está bien. Voy a llamar a una ambulancia para que se la lleve.

—¡Pero eso es lo último que ella querría!

—Apenas está coherente. Acaba de preguntarme si era el cazador de ratas.

—¡Pero es que era una broma! ¡Ese es el sentido del humor de Mammy!

El doctor Bloom se sentó a la mesa, sacó algunos papeles de su maletín y comenzó a escribir.

—No lo creo. Se ha quejado de que había ratas en las vigas...

—¡Pero es que tenemos ratas! ¡Se cuelan por el tejado!

—Hay que ingresarla. ¿Qué puedes hacer tú por ella? —Señaló a los manojos de verbena, zuzón, eneldo, todabuena..., las que normalmente había colgadas de la cruceta—. ¿Darle esas cosas, eso es lo que vas a hacer?

Le dije que no iba a permitirlo y Bloom suspiró. Después me informó de que no estaba dispuesto a acercarse a la casita todos los días solo para que se ignoraran sus recomendaciones. Me dijo que si no quería sus consejos no tenía sentido que lo llamara. Me dijo que a Mammy había que hacerle pruebas.

—¿Pruebas? ¿Pruebas de qué?

—Pruebas para que yo pueda responder a esa misma pregunta. Mira, me parece que no entiendes que tiene setenta y siete años. Haz lo que te plazca: tenla aquí y llénala de muérdago hediondo o de alas de murciélago, o de lo que sea que cuelga del techo de esta cueva vuestra, o llévala al hospital. Pero no voy a estar viniendo aquí todos los días. Así que decídetes. —Y echó los cierres de su maletín.

Clic, clac.

Es posible que lo peor que haya hecho nunca sea permitir que Bloom la metiera en el hospital. No sé qué otra cosa podría haber hecho. Resistirme, supongo. Y aunque ni siquiera yo estaba convencida de que fuera lo mejor, Mammy me permitió que la persuadiera y una ambulancia se la llevó. Me miró mientras la sacaban en una camilla, no de un modo acusatorio, ni

haciéndome ver que se sentía dolida o traicionada. Más bien parecía confusa. Se la llevaron a Leicester, donde Bloom me prometió que recibiría toda la atención especial que necesitaba. Pero no me dijo de qué atención se trataba.

Yo la visitaba todos los días y me quedaba todo el tiempo que me permitían, aunque el olor de los antisépticos me provocaba dolor de cabeza. Para ahorrar, iba a Leicester a dedo. No siempre resultaba sencillo conseguir que la gente se parara, pero normalmente conseguía que alguien me recogiera. Comenzó a suceder algo extraño. Parecía que, en cuanto me sentaba en el asiento del pasajero y el conductor se enteraba de que me dirigía al Royal Infirmary, todos comenzaban a soltarme sus historias. Yo no tenía que decir ni preguntar nada. Los hombres (los conductores eran casi invariablemente hombres) me hablaban de sus problemas de salud, o de la tensión laboral a la que se veían sometidos, o incluso de sus desgracias maritales. Y me llevaban hasta la puerta del hospital. Aunque les pidiera que me pararan en cualquier punto dado, o que me dejaran salir en algún semáforo, insistían en llevarme hasta allí. En ocasiones volvía la vista y los veía todavía hablando, mientras yo cerraba con suavidad la puerta del pasajero.

El tiempo de visita estaba restringido, e iba desde las primeras horas de la tarde hasta el anochecer. Algunos días Mammy parecía coherente y charlaba con normalidad. Me ordenaba que le trajera de tapadillo algún preparado para administrárselo por su cuenta. Otros días ni siquiera me reconocía. También había ocasiones en que me reconocía a mí, pero no el lugar en que se encontraba. Parecía haberse desprendido del tiempo normal, y en esos momentos se encontraba en sitios totalmente distintos.

—Desátame los pies, Fern, ¿quieres? No hay necesidad alguna de que me tengan con los pies atados de este modo.

—¿Qué, Mammy? No tienes los pies atados. Míralo tú misma.

—No duermo bien. La mujer de la cama de al lado no deja de rascar la pared. Ha llegado a hacerse sangre en las uñas, llorando por su hijo.

Miré, pero la cama junto a la de Mammy estaba vacía, y así había estado desde que la ingresaron.

—No quiero seguir aquí cuando la señora esté llena y brille a través de la ventana, Fern. Deberías oírlos aullar. Toda la noche, toda la noche sin parar. Deberías oírlos. ¿No puedes desatarme los pies?

En ocasiones lloraba. También decía que tenía muchísimas cosas que contarme, cosas que se había guardado y que yo debería conocer. En estas ocasiones me hacía acercar el oído a sus labios y me susurraba. Me contaba todo lo que sabía. Podía pasarse una visita entera susurrándome al oído, sin que yo dijera ni una palabra. Mammy solo se detenía si aparecía una enfermera o cualquier otro empleado del hospital. Después retomaba el relato. Aunque era cansadísimo, yo me sentaba en una silla junto a la cama y le dejaba hablarme al oído.

Cuando acababan estas sesiones ya había oscurecido. Siempre era más complicado conseguir un viaje de vuelta a casa de noche que durante el día. En una ocasión parecía amenazar lluvia y no se paraba nadie. Traté de usar poderes mentales para atraerlos, pero como era habitual no funcionaron. Quizá estaba demasiado cansada por toda la charla de Mammy, porque no se acercaba nadie. Así que me subí la falda y usé una horquilla para coger el dobladillo, de modo que parecía una de esas minifaldas que usaban las chicas malas. Sé que Mammy se hubiera escandalizado.

El siguiente coche que pasó por la carretera se detuvo. Pensé: *Vaya con el poder de estas minifaldas*. Entré y el conductor arrancó mientras me echaba un vistazo. Era un jovenzuelo con entradas prematuras y mucho acné. Yo conocía un remedio que le hubiera limpiado la cara, pero no me dio la ocasión de contárselo. Se aclaró la garganta.

—¿Qué tal te va?

—Muy bien.

Me lanzó una sonrisa, aunque yo mantuve la vista fija en la carretera. Volvió a aclararse la garganta.

—¿Adónde vas?

—Cerca de Keywall.

—Paso justo por ahí.

—Estupendo. Gracias.

Mantenía la mano en la palanca de cambios mientras doblábamos curvas y subíamos rampas. Me pareció que me rozaba deliberadamente el muslo con los nudillos. Se aclaró la garganta por tercera vez.

—¿De dónde vienes?

—He estado en el hospital. Tengo una infección de hongos.

Después de aquello no volvió a rozarse contra mi muslo. Me dejó en Keywell sin decir una palabra más y se alejó.

Esa misma noche estaba sentada en el exterior de la casita con mi abrigo, mirando las estrellas en busca de *sputniks* y bebiendo vino de bayas hasta que casi perdí el sentido. Mammy nunca hubiera aprobado el que bebiera tanto, pero estaba comenzando a ver las ventajas. Para empezar, duplicaba el número de estrellas en el cielo. Había oído que los rusos también habían puesto perros y monos en órbita, pero que no los habían traído de vuelta como habían hecho con Valentina. Los habían dejado allí para que murieran y siguieran dando vueltas alrededor de la Tierra una y otra vez. Me pregunté si se descompondrían; pensé que en el espacio no sería posible. Perros y simios momificados allí arriba, dando vueltas... Aquel pensamiento me hizo dar otro trago de vino de bayas.

Nunca hubiera imaginado que el que Mammy entrara en el hospital desencadenara todo un alud de acontecimientos. Durante casi veinte años, ella había sido mi escudo y mi senda a través del mundo. Del mismo modo que me había mostrado todos los caminos y vericuetos de los pastos y de las colinas, Mammy había dispuesto el mapa de la vida. Yo hablaba como ella, me vestía como ella e incluso caminaba y me abrazaba como ella.

En muchos sentidos, Mammy me había impedido ser parte de los tiempos cambiantes. Al contrario que a la mayoría de las chicas de mi edad, no me atraían las modas de los sesenta y no me volvía histérica por estrellas del pop con una mopa encima de la cabeza; era insensible a los cambios políticos que se producían y no me encontraba en sintonía con los nuevos ritmos sociales. La tecnología que veía avanzar a mi alrededor, e incluso en el cielo, apenas tocaba nuestra vida, y la asombrosa abundancia de aquellos años nos había dejado de lado. Yo sabía que la clase de vida que llevaba con Mammy apenas había cambiado desde hacía cincuenta años. Quizá más.

Solo había una cosa distinta entre la vida de Mammy y la mía. Yo no compartía sus creencias, no del todo. Pero eso ella ya lo sabía. Lo sabía y me perdonaba por ello. Y en cualquier caso, pensaba mientras bebía mi vino casero y escudriñaba el cielo nocturno en busca de *sputniks*, Mammy me había dicho que había tantas creencias diferentes como estrellas en el firmamento. Y yo sabía que las estrellas eran incontables.

OceanofPDF.com

8

El domingo por la mañana, Bill Myers se acercó a la casita vestido de civil.

—¿Puedo ir a verla y a llevarle algunas uvas? —me preguntó.

—No tiene usted que pedírmelo —le contesté—. Se alegrará de verlo. Está en la sala doce. Le gustan las uvas negras.

—¿La sala doce, dices?

—¿Tiene alguna importancia?

—No —dijo, apartando la mirada—. No.

Y me pregunté por qué me mentía. Antes de que se marchara, le pregunté:

—¿Se puede hacer algo contra él gañán que la empujó?

—Nadie parece saber quién fue —dijo Myers con una sonrisa triste—. Un extraño, según el relato de todo el mundo.

—Sí, fue alguien que pasaba por allí. Y todos sabemos por qué, ¿no es así? No creo que sea muy difícil dar con él.

El tono de Myers cambió.

—No creo que convenga abrir este asunto, Fern.

—¿Pero por qué vamos a dejar que se salga con la suya?

—Si abres este asunto se abrirán otros, y no creo que eso sea lo mejor para ti.

Myers me estaba advirtiéndome. Yo no sabía cómo responder.

Su actitud se suavizó.

—Mira, algunas cosas es mejor resolverlas por encima de la mesa, y otras por debajo.

—¿Está diciéndome que va a hacer algo al respecto?

—Tengo que irme. Iré a ver a Mammy la próxima vez que me acerque por Leicester.

Vi desde la ventana cómo el policía caminaba a grandes zancadas por el jardín. Judith entró al tiempo que él salía. Myers le mantuvo la puerta abierta. Intercambiaron algunas palabras y ella rió algún comentario.

Le conté a Judith lo que Myers había dicho. Quería su opinión.

—Tiene razón —me dijo—. Déjalo estar. Por ahora.

En ese momento, el *hippie* al que conocía como Chas Devaney se acercó con su furgoneta. Oí el traqueteo del freno de mano y supe que había venido para llenar de agua las viejas mantequeras, ya que Mammy le había dado permiso para ello. Salió del vehículo y me vio en el patio. Llevaba puesta aquella chaqueta de cuero raída, pero esta vez no llevaba camisa debajo. Bah, se creía todo un rompecorazones.

—¿Aún guay? —gritó—. Al agua, me refiero.

¿*Guay*? Podía ser guay.

—Por mí no hay problema —le dije. Mientras él empezaba a bombear, Judith salió para meter las narices. Pasó el brazo por el mío de modo familiar, y dijo:

—¿Quién es ese? —Después se humedeció los labios, lo que hizo brillar un carmín rosa que podría jurar que hacía un minuto no llevaba. La mirada también le brillaba, pero por Chas. Y, para colmo, este dejó de bombear y se inclinó sobre el manubrio. Me cabreé. Quería decirles que no era momento para aquello, con Mammy en el hospital. Aquel no era el momento para poner caritas, babear y hacer ojitos. No era el momento para las medias sonrisas, ni para dejar de bombear vestido con una chaqueta de cuero sin camisa. Pero lo que me oí decir fue:

—Chas, esta es Judith. Creo que ella también es un poco *hippie*, como tú.

Chas la miró de arriba abajo.

—Eres maestra, ¿no?

—No hagas caso a lo que dice Fern de los *hippies*. No distinguiría a un *hippie* ni aunque se lo pusieran delante.

—Te he reconocido de la escuela. Llevo a mi hijo pequeño.

—Ooooh —soltó Judith con un tono repulsivo que de algún modo consiguió que las dos pareciéramos idiotas—, ¿entonces no estás contra la educación? ¿No estás a punto de abrir un nuevo *aparcaniños* en donde Croker?

—Hay una larga lista de cosas contra las que no estoy.

—¿Una lista? Entonces, ¿sabes leer y escribir?

—Oh, escribir... Sí, escribir, creo que puedo —respondió él secamente—. Tengo un doctorado en filosofía.

—Bueno —dijo Judith, cogiéndome el brazo con más fuerza—, nos encantaría oírte presumir acerca de tus calificaciones académicas hasta que se hiciera de noche, pero tenemos cosas que hacer, ¿a que sí, Fern? —Y con mano experta me dio la vuelta y me llevó hacia la casita antes de darme tiempo siquiera de protestar.

—¿Qué estás haciendo? —le dije una vez estuvimos dentro.

—No puedes quedarte ahí con la boca abierta, hay que marcharse.

—¿Qué? ¿Quién estaba con la boca abierta?

—Tú estabas con la boca abierta. Se te habían aflojado las rodillas. Nos hacías parecer unas principiantes.

—¿«Nos»? ¿Y cómo es posible que algo que haga yo nos haga parecer nada a las dos? ¡Y además, no se me habían aflojado las rodillas!

Me ignoró y se dedicó a mirarlo a través de la ventana, ocultándose en la sombra para que Chas no pudiera verla.

—Parece un guarro.

—No saben lo que es el jabón. Eso es lo que dice Mammy de ellos.

—No me refiero a esa clase de guarros. ¿Qué harán en la granja de Croker?

Me acerqué y me coloqué junto a ella para mirar a través de la ventana.

—Está encantado de sí mismo, ¿a que sí? —Y en ese momento resulta que Chas levantó la mirada.

—¡Por el amor de Dios, Fern! ¡Nos está mirando! ¡Ha sido culpa tuya!

Después de que Chas se fuera, volví a la tarea de ordenar. Judith me estaba ayudando. Con Mammy en el hospital, aprovechaba cualquier

ocasión para hacer una buena limpieza en la casa y preparar así su regreso. Quería que, cuando volviera, comprobara que yo podía ocuparme tanto de ella como de la casita.

Aunque Judith decía que no hacía falta limpieza alguna, había muchas cosas que tirar. En el extremo de la huerta, junto al montón de estiércol, encendimos una hoguera y quemamos algunas ropas viejas y otros trapos y basuras. Judith puso raíz de bistorta en el fuego, quién sabrá para qué.

Se produjo una gran humareda blanca y, aunque yo tuve que alejarme con los ojos llorosos, Judith no parecía en modo alguno afectada. La rodeaba un aire de desamparo, un algo feérico, y sus ojos alertas se nublaban a menudo con una visión interior. Mientras el humo blanco se enroscaba a su alrededor, me pareció que también la dominaba un terrorífico aire de abandono.

—¿Qué es lo que ves en todo ese humo, Judith?

—Una prueba. Dificultades. Sobrecogimiento y temor. Bragas quemándose. —Arrojó al fuego un montón de ropa interior llena de agujeros.

Aquella noche caminaba por la A47, tratando de parar sin demasiada suerte a alguien que me acercara a Leicester. No tenía intención de volver a levantarme la falda, de modo que me concentré. Vi un Morris Minor azul que se acercaba por la colina, así que levanté el pulgar y me concentré en que el conductor se detuviera, y así lo hizo. Me subí. El hombre me dijo que era vendedor. Antes de poder preguntarle qué era lo que vendía, me contó que yo tenía más o menos la edad de su hija, que esta quería emigrar a Australia y que eso significaba que no la volvería a ver casi nunca. Yo podía ver su dolor, pero no dije nada. Simplemente le dejé hablar. En un momento dado vi cómo se limpiaba con el nudillo una lágrima que comenzaba a formarse. Me pareció que solo un instante después ya estábamos en el exterior del hospital. Aunque yo no había dicho una sola palabra, me dio las gracias por la conversación, que según me aseguró le había resultado de gran ayuda.

Cuando llegué a la habitación de Mammy vi que habían colocado pantallas alrededor de su cama, y por un instante me dio un vuelco el corazón. Aparté la cortina. Junto a Mammy había en la cama un hombre vestido con traje. Me quedé paralizada. Era William. Se había quitado los zapatos y allí estaba, acurrucado contra ella y con la cabeza apoyada en su pecho. Parecía que Mammy lo estuviera consolando. Yo ni siquiera sabía si en una cama de hospital se permitían cosas así.

Mammy levantó la mirada.

—Danos solo unos minutos —me dijo— y luego vuelve.

Salí a la calle y me senté en la hierba, cerca de la entrada de urgencias. Había allí también dos conductores de ambulancia y una enfermera, compartiendo algún chiste y fumándose un pitillo. Un hombre salió con varios metros de venda alrededor de la cabeza, apretándose una compresa ensangrentada. Cuando los dos hombres y la enfermera volvieron dentro, decidí regresar a la habitación.

William se había ido. Mammy estaba incorporada y parecía tener mucho mejor aspecto.

—¿Dónde está William? ¿Qué estaba haciendo? —Lo que quería preguntar era: «¿Quién es?»

—Nos conocemos desde hace mucho, mucho tiempo, Fern. Mucho, mucho tiempo. ¿Y qué hay de ti? ¿Puedes sola con la casita?

—¿Yo? ¡Yo estoy bien! ¿Qué te están haciendo aquí dentro? ¿Cuándo van a dejarte salir?

—Nadie me dice nada. Me pinchan con esto, me clavan aquello... Se quedan con mi sangre, con mi pis y con mi médula. Estos doctorcitos se han dedicado a curiosear por mi pasadizo trasero. Ya les dije que lo que iban a encontrar ahí no era ningún misterio, pero no me cuentan nada.

Informé a Mammy de todo aquello que podía recordar para entretenerla, aunque no resultó fácil porque mi vida consistía principalmente en ir a visitarla a ella. Le hablé del guarro que había venido a por agua, y de los ojitos que le había hecho Judith.

—Caprichosa —volvió a denominarla.

No le conté que Judith había leído el humo, aunque supongo que ya lo sabía. Le estaba hablando de mi viaje hasta el hospital cuando llegó una

enfermera y abrió las pantallas.

—¿Quién ha puesto estas cortinas aquí? —me preguntó muy enfadada.
Me quedé mirándola sin saber qué decir.

OceanofPDF.com

9

Al día siguiente, limpié la casa de arriba abajo. Barrí, lavé y quité el polvo con una especie de fiebre ansiosa. Abrí del todo las puertas de delante y detrás, así como todas las ventanas, para dejar que entrara la brisa. Dije:«¡fuera, diablillos, fuera!». Hice todas esas tonterías que Mammy hubiera hecho. Poco después del mediodía, alguien dio unos golpecitos con los nudillos en la puerta principal, que estaba abierta.

Me acerqué desde el otro extremo de la casa y vi de inmediato que se trataba de un alguacil de la hacienda Stokes. Parecía que fueran uniformados, con una gabardina larga y una gorra de fieltro. Pero tuve que mirar dos veces, porque debajo de aquel atuendo estaba Arthur McCann. Tenía aspecto de querer salir corriendo. Pero se quedó y me entregó una carta.

—¿Ahora trabajas para la hacienda Stokes, Arthur?

—Lee eso, Fern. No va a gustarte.

Cogí la carta y abrí el sobre. Contenía la factura del alquiler debido.

—¡Pero si es muchísimo!

—Hace más de un año que no se paga el alquiler.

—¿Pero no se ha ocupado Mammy de eso?

—Yo no sé nada al respecto. Como dice ahí, tenéis cuatro semanas para conseguir el dinero y liquidar la deuda.

—¡Cuatro semanas! ¿Pero de dónde vamos a sacar tanto dinero? Esto no puede estar bien...

—Lo siento, Fern. Cuando escuché lo que sucedía me ofrecí a traer yo la carta. Pero si no pagáis os tendréis que marchar.

—Cuatro semanas...

—Por arriba deben de pensar que es un plazo generoso...

—¡Generoso! Y han esperado a que Mammy estuviera en el hospital para salir con estas, ¿no es así?

—Huele fatal, Fern, y a mí no me gusta hacer así las cosas, pero esta es la situación. No sabría decirte por qué, pero pensé que sería mejor que te lo comunicara yo..., porque te conozco. Un poco, al menos. —Infló los carrillos y dejó escapar el aire: pffffff. Después se tocó la gorra de fieltro en un gesto anticuado antes de deshacer su camino por el jardín. El gozne de la puerta del patio chirrió a modo de protesta al abrirse y cerrarse, como un animal herido.

La llegada de la carta me hizo comprender, posiblemente por primera vez en mi vida, lo desprotegida que me encontraba sin Mammy. Aunque yo no tenía miedo y sabía lo que era trabajar duro, Mammy había sido como una puerta reforzada de roble que se interponía entre mi vida y el mundo exterior. Era consciente de que había que pagar un alquiler a la hacienda por la casita, pero no sabía a cuánto ascendía, ni si a Mammy le costaba mucho o poco reunir aquel dinero; ni siquiera cuál era la frecuencia de los pagos. Además, no tenía mucha idea de las consecuencias de una demora. Siendo niña había visto a menudo a los alguaciles amontonar muebles en el exterior de otras casitas de los Stokes, pero siempre había supuesto que aquel era el precio que pagaban los débiles de carácter, no los desventurados.

Mammy siempre había contado el penique. Cuando yo quería algo se lo pedía a ella, y si se lo podía permitir me lo concedía; si no, ya había aprendido a no pedir las cosas dos veces. El poco dinero que yo ganaba con la costura se lo entregaba al instante a Mammy. Conocía el valor de las cosas, ese no era el problema. Nunca me timaban con las vueltas. Pero tampoco había tenido que administrar lo que poseía, ni siquiera había tenido que pensar en ello. Hasta ahora.

Antes o después tendría que preguntarle a Mammy en qué situación nos encontrábamos, pero aquel era el peor momento posible. Sería como un mazazo. Decidí intentar resolver el asunto por mi cuenta. Sobre un estante

teníamos una pequeña cajita de té decorada con fotografías de la coronación de la Reina. La bajé y coloqué sobre la mesa cuatro billetes de diez chelines y las pocas monedas que había dentro. Calculé lo que podría ganar si aceptara más trabajos de costura y limpieza. Volví a mirar las cifras en el papel que tenía delante, pero el quedarme contemplándolas no hacía que disminuyeran.

Después registré la casa en busca de cualquier cosa que pudiera vender, de tener que llegar a ello. Por supuesto, antes necesitaría el permiso de Mammy, pero aun así no sería suficiente. Estaban los recuerdos de la guerra. Estaba el relicario de Mammy, el de la cadena de oro, y su cajita de rapé de plata. Aunque había muy poco más, tenía la impresión de que por aquellas cosas podría conseguir un pellizco del prestamista de Market Harborough.

Las cosas parecieron pintar un poco mejor, al menos un poquito, cuando una adorable ratoncita de ojos castaños y penetrantes llamó a la puerta y me pidió que le preparara una tarta. Se llamaba Emily Protheroe, aunque pronto se convertiría en Emily Cross: lo que quería era su tarta de boda.

Otra de las habilidades de Mammy era la repostería, y en la elaboración de tartas de boda no tenía rival. A ver, ninguna mujer del distrito digna del nombre desconocía cómo preparar una tarta, pero la de Mammy era más que eso. Estamos hablando de una tarta de boda, de la tarta de tu vida. Y todo el mundo asegura que, si hablamos de tartas de boda, lo que cuenta es lo que puedes dar, y no todo el mundo tiene lo que hace falta.

Se decía que la tarta de Mammy Cullen hacía que una joven pareja empezara con buen pie el serpenteante camino de un largo matrimonio. Que te sostenía en tiempos de escasez y te alimentaba cuando llegaban las duras. En aquel momento, en la localidad habría un centenar largo de mujeres que conservaban, envuelta en papel y guardada en una lata para protegerla de ratones y gorgojos, una porción de su propia tarta de boda, para ser dividida y guardada en las ropas fúnebres del primer miembro de la pareja en marcharse. Porque en aquellos días uno no se casaba solo de por vida, sino también después de la muerte.

Esa forma de pensar ya ha desaparecido.

Pero en lo que a tartas respectaba, se seguía aplicando la regla de Mammy Cullen. Se guardaba uno de los pisos para la fiesta del primer bautizo. Después, a cada invitado al convite de boda se le daba una porción. Una porción para la novia y otra para el novio. Una porción para cualquiera presente en la boda sin ser un invitado, como los que servían la mesa o habían ayudado a la novia a vestirse. Una porción para el ministro, aunque fuera tan avinagrado como solían serlo todos. Y una porción que se reservaba para ser dividida más tarde, ante el largo viaje a las tinieblas. Porque, según aseguraba la regla de Mammy, cuando tienes amor para compartir debes estirarlo cuanto puedas a lo ancho y largo.

A Mammy le encantaba que le encargaran la elaboración de tartas de boda. Se la pagaba por el trabajo, pero en la preparación ponía todo su amor. Así que cuando apareció Emily en la puerta, y aunque yo temblaba solo de pensar en el reto de igualar una de las gloriosas tartas de Mammy, le dije que esta regresaría en pocos días y que aceptábamos el encargo.

—Es solo que Mammy Cullen preparó la tarta de mis padres cuando se casaron, y han sido felices y buenos el uno con el otro, hasta en los malos tiempos —dijo Emily mientras se sentaba junto al hogar, frotándose las manos con timidez y nerviosismo—. Y me llevé un disgusto cuando me enteré de que Mammy estaba en el hospital, porque pensé: *¡vaya, me he quedado sin tarta!* ¡Oh! ¡Qué egoísta suena! ¡Vas a pensar que soy una persona horrible! Y entonces pensé en ti, y me dije, bueno, seguro que Mammy le ha enseñado mucho de lo que sabe, si no todo, y...

Le puse una mano en el brazo para que dejara de balbucir tonterías.

—Será la mejor que haya preparado nunca —le dije. Pero no añadí: «Hasta el momento, será la primera que haya preparado yo sola».

Había visto muchas veces a Mammy preparar sus tartas de boda. Si se tratara solo de conocer la receta, las cantidades, el batido adecuado, la mezcla y el tiempo de cocción, no necesitaría mucho más para ponerme a ello. Pero Mammy nunca me había dejado hacerlo a mí. Si la tarta salía mal, el matrimonio podría seguir el mismo camino. ¡Menuda responsabilidad! Y luego estaba el asunto de las creencias. ¿Se mezclarían mis dudas con la masa? ¿Un poco de escepticismo podría resultar en una tarta demasiado ligera, o demasiado pesada?

Emily me sacó de mis pensamientos.

—Y también hay un pequeñín —dijo.

—¡Oh! ¿De cuánto estás?

—De no mucho. Me preguntaba si podrías darme algo para las náuseas.

—Jengibre, toma algo de jengibre. Y te voy a dar un poco de hierba de San Benito para que hagas una decocción.

—La hierba de San Benito es buena. Mammy la solía llamar pie de liebre.

Aquello me arrancó una sonrisa mientras me levantaba.

—Así es. —Puse un poco de jengibre triturado en un paquete e hice lo mismo con un poco de raíz de San Benito molida.

—¿Me puedes tejer los primeros patucos? Mammy hizo los míos y mi madre dice que al año ya estaba andando.

Dios mío, pensé, creía en todo aquello más que yo.

—Te los coseré yo.

Le entregué los paquetitos, pero Emily los rechazó.

—No —me dijo—. Mammy siempre dice que hay que pagar antes de aceptar el paquete. Eso es lo que dice Mammy.

Sentí un inexplicable acceso de furia. Era cierto que Mammy tenía complicadas reglas para el modo en que había que pagar determinadas cosas: por adelantado, después, a escondidas... Menudas tonterías.

—Yo hago las cosas de un modo un poco diferente a Mammy, ¿de acuerdo?

La chica se quedó mirándose los pies. Aquello me ablandó, así que le dije:

—No muy diferente, solo un poco. He descubierto que así funcionan mejor. —Volví a ofrecerle los paquetes.

Esta vez Emily los aceptó.

—Estoy segura de que sabes cómo hacer las cosas. ¿Cuánto te debo?

—Para la tarta tengo que calcular. ¿Dos pisos? Te lo digo la próxima vez que te vea. Para lo demás, es lo mismo de siempre: deja lo que puedas permitirte en el manto de la chimenea.

Emily pareció complacida con aquello. Y después me enseñó el pulgar y me dijo:

—Hay otra cosita. Me encantaría librarme de esto antes del día de la boda.

Rayos y centellas, pensé. Estuve a punto de decirle que yo no hacía esas cosas, pero me hubiera respondido que Mammy sí que las hacía.

—¿Has traído una judía?

—¡Por supuesto! —Emily parpadeó con orgullo y se sacó una alubia del bolsillo.

Yo temblaba por dentro, pero no permití que Emily lo viera.

—Entonces ponlo debajo de la luz. —Inclinó el pulgar y toqué la verruga con el dedo índice, contando hasta tres. Después cogí la alubia y volví a contar. Hecho esto, salí con la alubia, la enterré y le ordené que muriera con la verruga. Emily salió y la acompañé hasta la puerta del jardín, antes de que recordara algún ritual más. Le prometí coserle una bolsa fetiche, que es un saquito mágico con hierbas dentro, para proteger a su hijo. Pareció complacida con esto y se alejó balbuciendo nerviosa, aunque yo ya estaba pensando en la tarta. Iba a tener que pedir ayuda. Volví dentro y lo primero que hice fue comprobar el manto.

Emily había dejado una moneda de dos chelines. Lancé un suspiro y metí la moneda en la cajita de té.

Me gustaba el sonido de campana del timbre de Judith, en su casa con terraza de Market Harborough. El tiempo entre la muerte del primer tañido y la llegada del segundo se me hizo eterno. Podía oír el motor de una aspiradora, así que volví a llamar. Por fin abrió la puerta. Sus ojos destellaron al verme, y me alegré por ello. La puerta daba directamente al salón. El televisor estaba encendido.

Cogió mi abrigo. Vivía sola, y me sorprendió lo inmaculada que estaba su casa. Me preparó un té y me ofreció algunas galletas Garibaldi. Siempre me ha parecido que las Garibaldi parecen galletas que se han metido en el horno con una mosca muerta pegada, y me da un poco de asco cuando veo a la gente comérselas.

—Tengo que terminar de pasar el aspirador —me dijo; encendió la máquina y comenzó a restregar con extrema minuciosidad una alfombra en

la que juraría que no había ni una mota de polvo.

No me importaba. Me senté. Como nosotras no teníamos televisor lo encontré hipnótico, y atendí por encima del ruido de la aspiradora. Estaban emitiendo un drama hospitalario. El hospital también parecía inmaculado, muy al contrario de aquel en el que se encontraba Mammy.

Al final, después de que Judith hubiera pasado una y otra vez por delante de la pantalla, aspirando con una especie de apasionada concentración, apagó la máquina. Cuando recogió el cable dijo:

—William cree que no tendrías que haber permitido que la ingresaran.

—No podía hacer otra cosa.

—Cree que no saldrá de allí.

—Eso él no lo sabe —dije con aspereza.

Guardó la aspiradora en un armario y se sentó junto a mí. Vimos la televisión en silencio. Había una enfermera enamorada de un doctor. Casi hubieras podido escuchar el parpadeo de cualquiera de las dos. Después anuncié, como si nada, que nos iban a echar de la casita. Judith se giró para mirarme. Le conté lo del alquiler atrasado.

—Bueno —dijo después de un rato—. Tendrás que hacer lo que hacemos todas: trabajar. Las mujeres solas no lo tenemos fácil. —Partió una Garibaldi en dos y metió media galleta con su mosca muerta en el té, con tanto vigor que la infusión salpicó por encima del borde de la taza y cayó al plato. Fue entonces cuando pensé: *Judith, podría estar pegándote bofetadas todo el día y no querría parar ni para comer.*

—Yo trabajo. Hago de todo. Limpio, coso, cocino.

—Descubrirás que eso no es suficiente —respondió Judith—. Mientras tanto, tendremos que pensar en un modo de ayudarte.

Devolví la atención al drama que se desarrollaba en la televisión y fruncí los labios.

—De todos modos —dije, pues no quería que pensara que dependía de su misericordia—, me han encargado una tarta de bodas con lo que me sacaré un poco, aunque la chica es pobre...

—Siempre son pobres —espetó Judith—, o no tendrían que encargar las tartas.

—Temo no estar a la altura de Mammy.

—¿Una tarta de boda, dices? —me interrumpió—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Tengo que hacerlo yo sola. Es otro modo de ganar algo de dinero. Solo quiero ser tan buena con Mammy.

—De acuerdo. Pero más vale no andarse con jueguecitos con la tarta de boda de nadie. Es una gran responsabilidad. Aunque habrás visto muchas veces hacerlas a Mammy.

—Sí —dije—, pero el truco está en lo que no se ve, ¿no es así? En el susurro.

Fácil. Demasiado fácil. Pero Judith guardó silencio ante aquello.

—¿Sabes? —dijo al final—, es una pena que todo eso no esté apuntado en alguna parte. Así las cosas no se perderían con la muerte de nadie. ¿No sería lo lógico?

No sé por qué, pero me oí pronunciar las palabras de Mammy.

—Lo que solo está en nuestras cabezas nadie puede arrebatárnoslo.

Le hablé de aquel tipo de la universidad de Cambridge, Bennett, que vino a visitarnos con una pluma en el culo.

—¿De veras? —dijo Judith—. ¿Y qué le contasteis?

—Ah, nada, lo espantamos.

Judith regresó a su idea de que las cosas había que apuntarlas, y la dejé hablar. Después, el asunto entre la enfermera y el doctor pasó a mayores, así que abandonamos la conversación. Como yo no tenía televisor no me importaba. Podías limitarte a sentarte y notar que la cabeza se te vaciaba, y eso tampoco me molestaba dadas las preocupaciones que me acosaban. Entonces llegó el telediario y dieron una noticia acerca de los cohetes *Géminis* y un astronauta que iba a dar un paseo espacial.

—Me gustaría hacer eso.

—¿El qué? —preguntó Judith.

Después de terminadas las noticias vimos un programa llamado *The Outer Limits*. Había unas plantas pequeñas que parecían manojos de artemisa pero que eran de otro planeta, y estas plantas saltaban sobre la cara de la gente. No explicaban cómo eran capaces de dar aquellos brinco; eso quedaba envuelto en el misterio. Entonces la gente cambiaba de algún modo, pero nadie se percataba.

Estuvo muy bien.

OceanofPDF.com

10

El día siguiente trajo una fuerte lluvia que no dejaba de repicar contra el tejado, además de una llamada a la puerta de Arthur McCann. La lluvia, punzante, plateada y gélida, atacaba desde un ángulo tan cerrado que se colaba por las tejas de la techumbre y bajaba por una esquina de la sala. Había colocado una cacerola para recoger la gotera.

—¡Déjame entrar, Fern! —le oí gritar—. ¡Me estoy calando hasta los huesos!

Corrí hacia la puerta y abrí. Cerró de un portazo y se recostó contra la hoja, resoplando como si hubiera estado huyendo de un toro. Se quitó la gorra y se limpió el agua de la frente. Su cara era una confusión de pecas y gotas; parecía una trucha.

—Acércate al fuego —le dije.

Se sacudió el agua del abrigo encerado y algunas de las gotas me cayeron encima. Después se colocó dando la espalda al fuego. Le salía vapor del cuerpo y su cara se ruborizó. Le quité la gorra empapada de las manos.

—No habrás venido en esa maldita motocicleta tuya con este tiempo, ¿no?

—He venido caminando.

—¿Para qué? ¿Es que ese lord Stokes, allí sentado en su enorme mansión, bien calentita, tiene prisa por mudarse a mi choza con goteras?

—Lord Stokes está gagá, Fern. El que está detrás de vosotras es la Anguila de Norfolk.

«La Anguila de Norfolk» era el nombre con el que todo el mundo conocía a Venables, el administrador de la hacienda, un personaje astuto y escurridizo de piel rosada y mejillas suaves y rubicundas. De repente recordé su rostro mientras me miraba desde el umbral del Bell, el día en que empujaron a Mammy.

—Me da igual quién sea el que quiere echarme.

—Me siento mal —dijo Arthur—. Ojalá supiese de algún modo de ayudarte.

Y durante un segundo lo miré con expresión esperanzada, pero se enfrentó a mi mirada con firmeza, rodeado por el vapor que emanaba de su abrigo. Y entonces dejé morir la esperanza. No creía que alguien en su posición pudiera hacer mucho en un caso así. La lluvia caía gota a gota sobre la cacerola, lo que distrajo su atención.

—El techo es un colador —le dije.

—En cuanto deje de llover subiré ahí para arreglártelo.

—¿Antes de echarme, quieres decir? ¿Para qué ibas a hacerlo? —Pero ya sabía para qué.

—¿Eh? —dijo, como si no me hubiera escuchado. Se metió un dedo en la oreja y le dio vueltas, como si intentara destaponar el agua o la cera. Se acercó a la cacerola y miró hacia arriba—. Necesitas a un tipo que se encargue por ti de estas cosas, Fern.

—Los tipos comen demasiado —respondí.

Me dirigió una mirada ladeada antes de volver a revisar el tejado.

—Me pregunto si podría conseguirte algunas semanas más. Aguantarlos un poco.

—¿Cómo?

Parecía hablarle a la gotera.

—En este momento la Anguila de Norfolk tiene muchas cosas en la cabeza. Se está ocupando de otros asuntos. No te prometo que pueda hacer algo, ¿eh? Pero puedo intentarlo.

Presentí que sabía algo que no quería revelar.

—¿Y por qué ibas a hacer eso por mí?

Por fin, Arthur dejó de estudiar la gotera y me miró.

—¡Basta, Fern! ¡Ya sabes por qué!

Me quedé observándolo y pensé: *bueno, la verdad es que nuestras ventajas son injustas; podemos hacer bailar a los hombres y pretender que no los vemos dar saltitos y cabriolas, podemos simular que no sabemos nada de nada.* Y sentí lástima por Arthur.

—Te agradezco cualquier cosa que puedas hacer.

Le dije que se quitara el abrigo. Le preparé una taza de té y le expuse los detalles exactos de mi situación económica. Lanzó un silbido y se rascó la papada buscando inspiración en vano. Nos reímos recordando el día en que Mammy le arreó en los riñones con el bastón y traté de agradecerle el apoyo que nos había prestado en Keywell, pero ni siquiera quería hablar de ello.

—Fue una desgracia —es cuanto dijo, y después de aquello el asunto murió en el silencio. Aquello era el aviso de que era hora de marcharse. — Hay otra cosa —dijo poniéndose el abrigo empapado—: esos *hippies* de la granja Croker. Han estado sacando agua de vuestra bomba.

—¿Y qué pasa?

—Me han dicho que te diga que no pueden hacerlo.

—¡Pero eso es mezquino!

—Ya lo sé. No le hacen daño a nadie. Pero la Anguila de Norfolk ha admitido que no puede impedir que tú les des el agua, así que también te lo digo. De ti depende, Fern, pero colocándote contra la hacienda no vas a ganarte muchas simpatías. De ti depende.

Arthur se puso la gorra calada, aunque de bien poco le iba a servir porque afuera seguían cayendo chuzos de punta. Pero tenía otras cosas que hacer. Lo dejé marchar y cerré la puerta quizá demasiado rápido. Después me giré y medité durante un momento. Una gota de lluvia cayó desde la gotera a la cacerola.

Aquella mañana, la lluvia se curvó en el cielo plumizo y no se detuvo hasta después del mediodía. Y aunque después no escampó por completo, remitió bastante y más tarde el día pareció aclararse un poco. Me puse el abrigo grueso de lana y las botas y decidí salir a pasear por los bosques de Pikehorn, para pensar bien las cosas. Me cubrí la cabeza con una bufanda

negra para protegerme las orejas del viento feroz; me importaba un bledo la pinta que tuviera.

Los esfuerzos de la hacienda por echarnos de la casita no tenían que ver únicamente con el alquiler. Querían la casita quizá para alojar a uno de sus empleados y, ahora que Mammy estaba fuera de escena, había desaparecido el poder que les impedía hacerse directamente con lo que querían. Yo era una chica con poca experiencia y sin protección alguna. Volví a pensar en Arthur, pero me pareció que las prisas por encontrar a un hombre que me ayudara, a cualquier hombre disponible, era una especie de debilidad.

Los cables eléctricos que recorrían los campos sobre gigantescos pilones siseaban con el agua. Salí de la carretera y me dirigí a los bosques, cargados por el aguacero. El camino negro (un rico compuesto de raíces de helecho y hojas en descomposición) estaba encharcado. Pero los verdes helechos eran flexibles, y los árboles y matorrales habían quedado límpidos y cantaban bajo el agua. En el límite del bosque pude sentir en las hojas, en las ramas, en todo el follaje, una crepitación. La lluvia había cargado el aire. Olía muy bien.

Conocía los bosques tan bien como los campos. La tierra y su oferta de plantas, arbustos y hierbas eran un calendario consistente. En realidad, era mejor que un calendario. ¿De qué servía saber que estábamos en el quinto o el décimo día de marzo si la tierra te contaba que el año se resistía a arrancar? Los días podían pasar, pero si la tierra no estaba preparada no podías hacer nada por meterle prisa. No tenía sentido recoger manzanilla en mayo si había llovido mucho, o endrinas en otoño si no había habido ni una helada. Únicamente el paso de las hojas del campo conformaba un calendario, un almanaque vegetal que nos informaba de la verdadera época del año. Nosotras cartografiábamos sus constelaciones en los setos, que a cambio nos decían por dónde debíamos caminar.

Mammy se quejaba de que, en los bosques, a menudo resultabas seducido. Mientras paseaba sentí cómo me dejaba llevar, cómo me alejaba a la deriva, pero esta vez no me obligué a regresar y tuve una especie de visión. Las gotas de agua de cada rama y cada yema, de cada una de las hojas, comenzaron a expandirse; eran esferas plateadas, perfectas y reflectantes, que se inflaban hasta convertirse en globos preñados de luz.

Los helechos empezaron a acusar el nuevo peso y se torcieron, hasta que los flexibles y carnosos tallos verdes recuperaron de golpe su forma y dispararon su carga como una catapulta, arrojando sus globos por los aires; así hicieron los capullos en la punta de las ramas de los árboles, disparando burbujas iridiscentes de luz.

Yo sabía que podía montar en aquellas burbujas luminosas. Entrar incluso en ellas y flotar libre sobre las casas, escuchando lo que decía la gente. Aquel instante fue un regalo. Si hubiera podido calcular su significado habría quedado más allá de los límites de este mundo, pero en ese momento me encontraba surcando los espacios entre los árboles. No sentía ninguna necesidad de ayuda. Tenía la sensación de que podía responder a cualquier cosa.

—¿Qué estás haciendo?

La pregunta me devolvió de golpe a la tierra en un momento de pánico, un torpe descenso en el que no era capaz de encontrar la voz para responder; un momento durante el que tuve que recomponer mi persona, buscar la garganta, la lengua, las palabras que no levantarán sospecha alguna. Pero ¿sospecha de qué?

—¿Te he sobresaltado?

Y vaya si estaba sobresaltada. No era otro que Venables, el administrador de la hacienda. La Anguila de Norfolk en persona, y no se me ocurría otra cosa que mirarlo con expresión estúpida. Me devolvió la mirada con cara de perro de aguas. Sus mejillas eran tan fofas y sonrosadas que te daban ganas de darles un capirotazo. Y aunque me sonreía con amabilidad, lo rodeaba un aura de tristeza, de tragedia personal, que me impulsaba a protegerlo.

Era algo realmente ridículo, cuando aquel era el hombre que se estaba preparando para ponerme de patitas en la calle. Lo reté a que me dijera algo de mi paseo por el bosque. A la hacienda Stokes le gustaba dar a entender que era la dueña de aquellos bosques, pero yo sabía que eran propiedad de un consorcio, y que las tierras de la hacienda simplemente colindaban con el bosque. Pero no me dijo nada.

—Te estaba admirando. Parecías tan absorta en tus pensamientos... —dijo.

—Lo estaba —repliqué.

—Yo también lo hago. Venir aquí y perderme, quiero decir. —Dio un paso hacia mí pero se cruzó de brazos, lo que era un modo astuto de avanzar y dar un paso atrás al mismo tiempo—. ¿Pero sabes qué es lo más extraño? Que me dirigía hacia tu casa, para hacerte una visita.

—¿Hacerme una visita?

Mammy me dijo en una ocasión que, en los bosques, podía hacer aparecer cuanto quisiera. Aunque yo no había querido encontrarme con aquel hombre de pico de oro. No lo había llamado.

—¡Sí! ¿Estabas pensando en volver ya? Podríamos pasear juntos. Tengo algunas noticias, algo que podría animarte.

Titubeé. Me sentía intrigada, porque en todos los años que había pasado con Mammy nadie de la hacienda había visitado jamás la casita, algo que nunca se me había antojado extraño. Pero también me sentía molesta, porque aquel momento luminoso en el bosque había estallado como una pompa de luz, y ya nunca sabría hacia dónde me dirigía. Pareció leer mis pensamientos.

—Espero no haberte estropeado un momento perfecto.

Anduvimos juntos de vuelta a la casita. En un punto del camino sujetó una rama espinosa para que yo pudiera pasar por debajo sin lastimarme. Incluso me ofreció la mano cuando trepamos la escalera, y contra lo que me decían mis instintos la acepté. Se negó a contarme las noticias que traía hasta estar instalados en la casita.

Una vez allí, encendí el fuego. Venables era un hombre alto, y sentía sus ojos sobre mí en todo momento. Rechazó educadamente el té, la ginebra de endrinas y el vino de bayas, pero aceptó un vaso de agua. Me quité el abrigo húmedo y acerqué una silla al fuego humeante.

—He oído que Mammy está en el Royal. Debes de echarla de menos.

—Así es —dije—. ¿Cuáles son esas noticias que tenía para mí?

—Es por lo de salir de esta casa.

—Yo no voy a salir de la casa. Nos está echando a patadas usted.

—Pues ahí está lo asombroso. Tenéis la suerte de que Amy English va a dejar el servicio de *lady* Stokes para casarse, y quieren sustituirla. Así que ahí tienes una oportunidad para empezar a aprender, si es que te interesa.

Servicio. Oí aquella palabra tintineando en mi cabeza como una campana. Me sonaba anticuada incluso a mí.

—¿Aún tienen esas cosas ahí arriba?

—Doncella personal. Una posición muy respetada. Sería todo un avance para ti.

—¡Pero si usted no sabe ni media sobre mí!

—Mira, Fern, Mammy tiene sus detractores en esta zona, como tú muy bien sabes, y hay mucha gente por ahí llena de prejuicios. Pero yo no soy uno de ellos. Y hay otros que han hablado muy bien de ti. Yo simplemente informé de ello en la casa. El puesto es tuyo si lo deseas. Alojamiento, todo.

—¿Y qué hay de Mammy!

Sorbió por la nariz.

—También estamos preparados para ayudar en eso. —Vació el vaso de agua, se inclinó para depositarlo sobre la mesa y bajó el tono de voz. Aquello tuvo el efecto de atraerme hacia él. Casi tuve la sensación de que estaba tratando de seducirme con su voz—. En ocasiones, a los acontecimientos les da por producirse todos juntos. Como un encuentro en el bosque. En ocasiones, estas cosas no son simples accidentes. Están predestinadas. Lo siento si suena un poco místico, pero soy de la opinión de que la vida se las arregla para dar forma a nuestros caminos.

Admito que no pude evitar una risita. Después eché la cabeza hacia atrás y reí. Él sonrió y asintió con entusiasmo, satisfecho con sus manejos.

Me recompuse y dije:

—Antes me corto el cuello.

Sus mejillas rosadas adquirieron una sombra más oscura.

—Mira que es toda una oportunidad. Te sacaré de tus apuros.

—¿Mis apuros? Prefiero ser una ermitaña en los bosques que entrar al servicio de mis supuestos mejores. Esa gente para la que trabaja... ¿No les ha mirado las manos? Son reptiles. Es algo medieval, se mire por donde se mire. ¿Y no se le ha ocurrido preguntarme a mí antes de ofrecer mis servicios a nadie? ¿Y qué astuto plan ha diseñado para Mammy en todo este asunto?

Inclinó la cabeza y enarcó mucho una sola ceja, aún sonriente pero con un aire de distante tolerancia.

—Fern, no puedes permitirte el lujo de mostrar esta actitud. Careces por completo de educación y de recursos. Yo ya he hecho cuanto podía. No creas que se te va a permitir comportarte como Mammy.

—Había pensado en sacarme un título.

—Tú eres la medieval, Fern. Con tu historial no te dejarán ejercer nunca. La de partera es una profesión decente, y me temo que estás mancillada por asociación.

—¿Qué es eso de «mancillada»? —Lo miré a los ojos—. Estamos en la casa de Mammy.

—Ya lo sé. Y no quiero faltar a nadie al respeto. Pero mientras ella no esté intentaré conducirte por un camino más adecuado. ¿Es que no lo entiendes, Fern?

Entonces comprendí por qué nunca habían llamado a nuestra puerta en todos aquellos años. Se debía a que Mammy los hubiera espantado a bastonazos, y ellos lo sabían.

—Ha venido usted a salvarme, ¿no es así?

Sonrió. Sabía a qué me refería.

—Lo cierto es que eres muy hermosa. Debajo de la fachada. Todos están de acuerdo en ello. Pero eso no cambia nada.

Échalo de aquí ahora mismo, me dijo una voz dentro de mi cabeza. *Échalo*. Me levanté.

—Lo tomaré en consideración.

Venables comprendió la señal y se incorporó.

—Puedo ser un buen amigo, Fern. —Se detuvo en el umbral. *Échalo*, dijo aquella voz estridente, *échalo de aquí*—. Por cierto..., ¿qué es lo que estabas haciendo, ahí en el bosque?

—Estaba dando las gracias y rezando por todo cuanto tengo —respondí.

—¡No me digas! —Sonrió débilmente y dio un pequeño y extraño puñetazo al aire, frente a su nariz. No sé por qué. Después se giró para marcharse. La puerta del jardín gimió sobre sus goznes y el muelle la devolvió a su sitio cuando se hubo marchado.

Maldito sea tu negro corazón, pensé mientras lo veía alejarse.

—¿Eras tú, Mammy? —pregunté en un susurro—. ¿Era tu voz la que me decía que lo echara?

Aún seguía murmurando para mí cuando un muchacho apareció desde detrás de los setos. Llevaba un anorak con la capucha tan cerrada alrededor de la cara que solo quedaba expuesto un pequeño óvalo con la nariz, la boca y los ojos. Se acercó hasta el camino del jardín, deslizándose como un cangrejo.

—Me escondí al ver a la Anguila de Norfolk —me dijo, mirando a su alrededor—. Mi madre me ha enviado para que te diga que Bunch Cornell ha roto aguas, y dice que si no puede ser Mammy tendrás que hacerlo tú. ¿Hice bien al esconderme de la Anguila?

Acaricié la capucha de aquel dulce muchacho.

—Hiciste bien. Voy a por el abrigo, ahora te alcanzo en la carretera.

11

Ese sonido, cuando dan el primer trago de vida... Es un chasquido, una llave que gira ante la inquietante oleada de comprensión, el estremecedor temblor del reconocimiento. ¡Y entonces rompen a llorar de nuevo! Ah, me encanta ese primer sonido.

Era el quinto de Bunch Cormell, y los cuatro primeros no pudieron ser más sencillos que aquel. «Espera», me había enseñado Mammy, «de pie a los pies de la cama con las manos ligeramente apretadas, como si estuvieras aguardando el momento de doblar la esquina; y si tienes dudas, espera un poco más». Lo único que tuve que hacer, aparte de poner mis manos sobre la barriga de Bunch después de controlar la dilatación, fue esperar a que la naturaleza hiciera su trabajo. El chico, pues eso era, salió con la misma facilidad que un pescado. Lo revisé y le apreté la naricilla diminuta para eliminar mucosidades; lo limpié y lo deposité sobre el vientre de Bunch; ayudé a engancharlo al pecho inmenso y experto de su madre, y después saqué la placenta y corté el cordón; menos de media hora después ya tenía puesto el abrigo. Oh, este trabajo de la vida... No querría hacer ninguna otra cosa.

—Tienes buena mano, Fern —dijo Bunch alegremente—. Tienes ese toque. —Mira que el marido de Bunch era herrero, pero los bíceps de ella eran todavía más grandes; podía vencer a cualquiera en una pelea a puñetazos. Bunch tenía el pelo negro pegado a la cara rosada. Sus ojos oscuros resplandecían llorosos de felicidad. Por lo demás, no parecía que hubiera hecho más que correr un poco para alcanzar el autobús—. Igual que

Mammy, tienes buena mano. Incluso mejor. Pero no le digas que te lo he dicho.

—Si todos fueran así de fáciles yo no haría falta para nada. Bueno, y ahí tienes a cuatro sardinetas esperando detrás de la puerta. ¿Los dejo pasar o qué?

—Que entren. ¿Entierras tú esto?

Saqué algunas hojas de periódico del bolso y envolví la placenta.

—¿En el jardín?

—Junto a los ruibarbos, Fern. Por favor.

Abrí la puerta. El marido de Bunch y sus cuatro hijos aguardaban en el desembarco de la escalera. Los niños empezaron a entrar, todos con ojos como bayas de endrina pero prevenidos, apartándose de mí como si no fuera solo una comadrona, sino un terrorífico heraldo de otro mundo. El herrero los dejó pasar primero y me colocó la mano en el brazo. Después me puso dos billetes doblados en la mano.

—Es demasiado —protesté.

Parecía muchísimo cuando el estado proporcionaba aquella ayuda de forma gratuita. El hombre me miró con los mismos ojos de endrina que sus hijos.

—He oído que teníais algunos problemas con la hacienda. Bunch me despelleja si no lo aceptas.

Sentí cómo las lágrimas amenazaban con brotar de mis ojos. Apenas podía soportar la amabilidad de aquel hombre grande y recio. Pero dije:

—Vaya a ver a su nuevo grandullón. Es muy guapo.

La noche empezaba a caer sobre la pequeña huerta del patio trasero. En la calle que daba a la parte de atrás de la casa se había encendido la bombilla halógena de una farola que proyectaba una pálida luz sobre el jardín, suficiente para ver lo que estaba haciendo. Saqué el pequeño desplantador del bolso y enterré la placenta cerca del lugar en que las jóvenes coronas de ruibarbo se habían abierto paso entre la tierra. Esta era negra y húmeda, y el trabajo resultó sencillo. Mammy siempre me decía que había que enterrarlas lo bastante profundo como para que los zorros no las desenterraran, pero no tanto como para que las abejas no se enteraran de su presencia. Aunque conocía la diferencia entre el práctico sentido común

de Mammy en lo tocante a los partos y sus supersticiones rampantes, siempre era fiel a sus enseñanzas y a las necesidades de las mujeres como Bunch, que no quedarían satisfechas si yo no hacía todas aquellas cosas.

Mammy decía que las hacíamos para excavar hasta el mundo del que procedía el niño, para devolver a la tierra el vehículo en el que el bebé había llegado. Por este motivo decía que siempre había que tener cuidado de limpiarse la tierra de los dedos, ya que habías introducido la mano en ese otro mundo. Cuando me enderecé para contemplar mi trabajo, vi uña liebre en una esquina del jardín; me estaba mirando directamente, y yo era consciente de ello.

Era consciente porque mi piel se ruborizó, como si quisiera pelarse de los huesos. Un miedo terrible empezó a fluir bajo este arrebol. La liebre era muy grande. Me miraba con unos ojos enormes, amarillos y lunares. Su pelaje pardo-rojizo parecía cubierto de lustre. La criatura estaba inmóvil, pero tenía las grandes patas traseras preparadas, los densos músculos listos para el salto. Las largas orejas de punta negruzca permanecían erectas, a la escucha.

Me sorprendí al oírme hablarle, como si fuera humana, como si pudiera responder.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo estás tan lejos de los campos? —O quizá solo pensé estas palabras. Los ojos amarillos, similares a lunas, me devolvieron la mirada, y durante un segundo sentí un escalofrío, un picor que casi parecía un pelaje que me recorriera la espina dorsal. Se me contrajo el estómago y me sentí paralizada por un terror irracional, no por la liebre sino por el aire trémulo que la rodeaba y por el modo en que afectaba a mis sentidos. Aún tenía las rodillas clavadas en el suelo. Entonces me llegó un tufo caliente, el repentino olor del animal, como la floritura de la firma al pie de un mensaje, al tiempo que la liebre se giraba, atravesaba los setos y desaparecía.

Me recuperé y el miedo se evaporó. Después de todo, no era más que una liebre. Miré a mi alrededor para ver si había habido algún testigo. Me levanté, me dirigí hacia la ventana de la planta baja y eché un vistazo dentro. No había nadie, solo la parpadeante luz azul del televisor, que emitía para una sala vacía. Los Cormell estaban ocupados arriba, admirando al

nuevo miembro de la familia. Me sentí un poco estúpida. Regresé y terminé de colocar la tierra con la paleta, antes de devolver la herramienta al bolso.

Después recordé a Mammy. Con la inquietante visita de Venables por la tarde y el trabajo en casa de los Cormell, me había olvidado. Pensé en ella en su habitación del hospital, sola, sin visitas.

El día siguiente era sábado, y Judith llamó a la puerta. Discutimos el problema acuciante de mi alquiler. Judith debió de percibir mi consternación.

—Haz un poco de té —me dijo—. Volveremos a pensarlo todo.

Salí para extraer agua de la bomba del jardín, pero la palanca no encontró resistencia alguna. *Ahora tiene que secarse*, pensé. A perro flaco todo son pulgas.

—¡Hay que cebarla! —grité—. ¡Me acerco al pozo!

—¡Por el amor de Dios! —gritó Judith, saliendo de la casa—. ¿No va tocando que traigan aquí una cañería? ¡Tienen hombres dando vueltas a la Luna y tú tienes que sacar el agua de un maldito pozo! No me parece justo. ¿Cómo pueden ser tan desgraciados? Venga, iremos juntas.

Recogí el cubo metálico que estaba colocado junto a la pared. Por el camino le hablé a Judith de la liebre que había visto al anochecer, en el jardín de Bunch.

Se detuvo en seco.

—¿Has hecho la Petición?

—Mammy me ha dicho que cuando sea el momento lo sabré. Pero no me gusta pensar en ello. Me ha contado algunas historias y me dan miedo. No voy a provocarlo. Me asusta demasiado, y no me importa quién lo sepa. Hay muchas cosas que la verdad es que me dan igual.

—Es posible que no tengas elección al respecto.

—Tú lo has hecho, ¿no es así? ¿Cuál es el tuyo?

—No puedo decírtelo. Pero si alguna vez te decides te ayudaré.

—No pienso hacerlo.

—Muy bien. Pero ahora no hables más de ello.

Keywell tenía un viejo pozo en la plaza del pueblo. En tiempos Victorianos había sido recubierto de ladrillo, de modo que el agua fresca y transparente de la fuente caía hacia el pozo poco profundo y lo refrescaba, para luego drenar a través del suelo empedrado. Muy poca gente lo usaba ya por motivos prácticos, pero su preservación era una cuestión de orgullo local. Los adoquines ambarinos relucían como monedas de oro en el pozo, y el agua siempre era dulce y clara.

Dos labriegos con traje de faena y el periódico enrollado debajo del brazo estaban charlando cerca del pozo. Dejaron de hablar y contemplaron cómo bajaba mi cubo hasta el pozo. Después los dos volvieron la atención hacia Judith. Uno de ellos encendió un cigarrillo. Su mirada no era para nada lasciva. Se trataba de un momento casi inconsciente en el que su conversación había quedado suspendida en mitad de una frase, en mitad de una palabra, por la mera aparición de una mujer atractiva; apenas eran conscientes de que su comunión había sido secuestrada. Levanté la vista furtivamente y vi cómo Judith estiraba el cuello, exhibiéndose ante el escrutinio de los hombres.

Mira cómo los atrae, pensé. Y cómo maneja la situación. Me encantó su poder femenino. Después metí el cubo en el agua, pero una sombra o un reflejo que vi allí me hizo proferir un grito, y el cubo cayó con estrépito a la superficie.

—¿Estás bien? —Judith se acercó y se asomó para recoger el cubo del agua—. ¿Qué ha sucedido?

—Me he resbalado.

Agarré el asa para compartir el peso, y juntas volvimos a la casita con el cubo. Aún estaba pensando en la sombra que me había acosado en el pozo. Me hizo temer por Mammy, y por mí misma.

Mientras caminábamos, Judith dijo:

—A ti también te miran, y disfrutar de ello no es vanidad.

Me quedé estupefacta durante un momento, antes de comprender que estaba hablando de los hombres.

—¡Yo no he dicho nada de eso!

—Es verdad, no lo has... dicho.

—¿Es que lees todos los pensamientos de los demás?

—Como dirías tú, no todos.

De vuelta en el jardín de la casita, yo cebé la bomba mientras Judith la accionaba. Sostenía el mango de forma sugestiva entre los dedos, subiendo y bajando.

—¿A qué te recuerda esto?

Entrecerré los ojos ante el comentario, y entonces dijo:

—¡Anda, menuda virgen pacata que estás hecha!

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

El caño comenzó a escupir. Judith accionó con más fuerza y el agua empezó a manar.

—Ese joven. El alguacil. ¿Es un buen tipo, más o menos?

Llené la tetera en la bomba y me fui dentro.

—No pienso responder a eso —dije por encima del hombro.

Judith se apresuró tras mis pasos.

—Lo único que quiero saber es hasta dónde puede ayudarte.

—No lo sé. Creo que sabe algo que no me ha contado. De hecho, estoy convencida de ello. ¿Por?

—Bueno, hay ciertas cosas que podrías hacer para ponerlo de tu lado.

Tardé un poco en captar el mensaje.

—¡Pero eso estaría mal! ¿No es así?

—¿Mal? Le gustas, y aunque no lo hayas dicho, me parece que a ti te gusta él. Puedes hacer que las cosas operen en tu favor, para variar.

—Judith, nunca he tenido novio. No tengo experiencia.

Intenté que fuera un reproche, pero solo conseguí arrancarle una sonrisa.

—¿Sabes qué? —me dijo—. La virginidad es la cosa más sobrevalorada que tendrás nunca en tu vida.

—Pues bueno, pero no voy a venderla barata. Cuando lo haga, será con alguien con quien quiera hacerlo.

—¿Y si te dijera que hay un modo de que te tenga, y al mismo tiempo no te tenga? ¿Y si te lo contara? ¿Te animarías?

—¿Eh?

—Hay un modo. Pero tendrías que ponerte a ello.

—¿De qué estás hablando?

—La tetera está hirviendo, Fern —dijo Judith.

OceanofPDF.com

12

Oí que las puertas oscilantes se abrían de golpe y levanté la mirada para ver cómo el especialista pelirrojo entraba en la habitación a buen paso. Lo seguían los doctores más jóvenes y los estudiantes, todos ellos vestidos con su bata blanca. En cierto modo parecía un gran barco que provocara una ola en las aguas hospitalarias, rodeado por remolcadores.

Mammy me cogió de la mano.

—Ese es —susurró—. Es ese de ahí. El... masón. —Mammy no pudo evitar desnudar los dientes ante esta última palabra. Odiaba a los masones por razones que yo solo comprendía en una pequeña parte.

El especialista se detuvo de repente a los pies de la cama de Mammy, como si se lo hubiera pensado mejor después de pretender pasar por delante. Resultó cómico ver cómo los estudiantes y los otros doctores casi tuvieron que derrapar para frenar detrás de él. También ellos se congregaron alrededor de la cama de Mammy. El especialista vestía un traje de *tweed* de tres piezas y una corbata roja que no quedaba bien con su pelo.

—¡Buenas tardes, señora Cullen! ¿Cómo nos encontramos hoy? —dijo, aunque su sonrisa genial iba dirigida a mí.

—¿Me toca otra vez protagonizar el espectáculo? —dijo Mammy—. Y no sé qué les estarán enseñando a esos jóvenes médicos. Ni siquiera se calientan las manos antes de tocarla a una.

El especialista levantó la carpeta de Mammy del gancho de la cama. Mientras la estudiaba reparé en el anillo de plata que llevaba en el meñique. Mammy me había dicho que tenía que fijarme en esas cosas.

—La señora Cullen no ha estado durmiendo demasiado bien, ¿no es así, señora Cullen? —Atrajo la atención de uno de los médicos jóvenes y señaló una cifra en la carpeta. El joven enarcó una ceja y asintió. Después el especialista pasó la carpeta para que todos los demás la vieran.

—Así es como te tratan aquí —me dijo Mammy, pero en voz alta—. Hablan de ti sin dejarte saber lo que están diciendo.

—Estaba comprobando su presión sanguínea, señora Cullen. —Sacó su bolígrafo linterna—. ¿Le importa que vuelva a mirarle los ojos con esto? ¿No se enfadará conmigo otra vez? —Echó la mirada hacia sus estudiantes por encima del hombro—. La señora Cullen debe de haber tenido una experiencia desagradable con alguien que le apuntó a los ojos con una linterna, de modo que tenemos que ser muy cuidadosos. No irá a mordirme, ¿no?

Miré a Mammy. No podía asegurar que el médico estuviera bromeando. Creía que no. El hombre apuntó el haz luminoso y bajó cuidadosamente el párpado inferior con el índice; empezó a murmurar una especie de encantamiento:

—Están pendientes los resultados de la biopsia de médula ósea. Discreta degeneración macular, probablemente relacionada con la edad; no existen drusas muy evidentes, pero el papiledema hace sospechar un posible origen cerebroespinal. Veremos: —Apagó su linterna—. Gracias, señora Cullen. —Y con esto se marchó junto a sus remolcadores, con un batir de batas blancas. El grupo recorrió toda la sala antes de detenerse en el otro extremo, donde el especialista comprobó las cifras de otro paciente.

—Monstruo —dijo Mammy—. Es un monstruo. ¿Lo has oído? Lo ha hecho adrede. Solo para ver cómo me rechinan los dientes.

—Creo que así es como hablan con todo el mundo, Mammy. No solo contigo.

—No lo creas. Si quisieran podrían hablar de modo que se les entendiera. Es un monstruo. Un masón. ¿Te has fijado en el anillo? ¿Te has fijado?

Levanté la vista hacia la sala. El especialista había terminado de degradar a su siguiente paciente y estaba a punto de marcharse por las puertas del otro extremo. Me levanté y fui en su busca.

Uno de los médicos jóvenes casi dejó que las puertas oscilantes se me cerraran en la cara, pero las retuvo en el último instante.

—¡Disculpe! —grité. El especialista se detuvo y se giró. Todo su séquito se detuvo y se giró a su vez, siempre medio segundo después del jefe—. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Puedo saber por qué Mammy varía en su estado? ¿Por qué en algunas ocasiones está lúcida y coherente, cuando en otras no parece ni saber en qué hospital se encuentra? ¿Puedo preguntarlo? Porque es que nadie parece tener la menor intención de decirnos nada.

Tanto los médicos jóvenes como los estudiantes se quedaron muy quietos. Fui consciente de los muchos pares de ojos que se clavaban en mí mientras esperábamos a que el especialista respondiera. Sé que lo había cogido por sorpresa. Lo sé porque hizo amago de echar hacia atrás la cabeza y los hombros de un modo teatral, como si quisiera decirme: «¿has visto cómo me has cogido por sorpresa?». Después abrió mucho los ojos, como si quisiera aprehender mejor mi pregunta.

—¿Es usted la hija de la señora Cullen?

—Así es.

—Señorita Cullen, sé que su madre piensa que le hemos estado inyectando pociones para ponerla peor, pero lo que hemos estado haciendo es sacarle fluidos de los huesos para poder hacer pruebas, y hasta que no nos lleguen los resultados de esas pruebas no seremos capaces de decirle nada.

—¿Pero por qué divaga en ocasiones?

—Cuando se cayó se rompió las costillas, y esto se debe a que sus costillas están frágiles. Sospecho que sufre una descomposición ósea y que el calcio de los huesos se está filtrando a su torrente sanguíneo; desde allí circula hasta el cerebro, lo que causa las divagaciones.

—Sí, ¿pero qué es lo que causa la descomposición de los huesos?

Todas las cabezas se giraron hacia el especialista, para ver cómo respondía.

—Quiere saberlo, ¿no es así, señorita Cullen?

—Sí, quiero saberlo.

Se aspiró las mejillas.

—No lo sabré con certeza hasta que vea los resultados, pero sospecho que su madre sufre un cáncer en fase avanzada.

Sentí un pinchazo detrás de los ojos. Vi una sombra en el agua del pozo. Vi la cosa que se había adueñado de Mammy. Vi por qué había perdido las ganas de pelear.

—Gracias —le dije.

—Puede usted preguntarme lo que quiera, cuando quiera— me dijo—. Cuando quiera.

No sé si lo hizo porque me vio mirarlo, pero de forma inconsciente se tocó el anillo de plata del meñique. Dejó caer las manos a los costados, se dio la vuelta y prosiguió su marcha, arrastrando a su séquito detrás.

Uno de los médicos jóvenes se demoró un poco y me ofreció una pequeña sonrisa y un rápido levantamiento de las cejas. Quizá pretendía mostrar simpatía, o era un gesto para terminar el encuentro, pero le lancé una mirada que decía: «y tú vete a la mierda». Y eso es lo que hizo, apresurándose para alcanzar a la migración desde la sala doce. Regresé con Mammy.

—¿Te ha dicho algo? —me preguntó.

—No, Mammy.

Después de salir del hospital me dirigí hacia la A47 y empecé a hacer dedo. Se detuvo un motociclista. Tuvo que quitarse el casco para que me diera cuenta de que era Arthur.

—¡Fern! —gritó—. ¡Menuda coincidencia!

—Oh —le dije.

—¡Venga, sube atrás!

La verdad es que no me gustaba. La motocicleta, quiero decir. Era un armatoste pesado y de aspecto sucio, y la insignia en el depósito de gasolina proclama que era una Triumph. Arthur vio mi vacilación.

—Espera —me dijo. Desmontó pasando una larga pierna sobre la moto y se acercó a la parte trasera. Ahí llevaba una alforja, que abrió para extraer una chaqueta de cuero negro como la suya y un casco de repuesto. Me los ofreció—. Con esto ya estás lista.

Todavía sin mucho entusiasmo, acepté la chaqueta. Llevaba algo en la espalda. Había una leyenda en letras góticas que formaba un arco: «Ratae

Motorcycle Club», y debajo se veía una calavera con un casco puesto. La sostuve frente a mí.

—¡No puedo ponerme esto!

—¿Por qué no?

—¿Por qué la tuya no tiene una de estas estúpidas calaveras?

—Porque ya no monto con esa gente; Pero a ti te da igual.

—¿Qué es «Ratae»?

—Es romano. Es el nombre romano de Leicester. ¿Te subes o no?

—No voy a ponerme esto. Acabo de salir del hospital. No puedes volver a casa después de visitar un hospital con una calavera en la espalda. No estaría bien.

Arthur se quedó con la boca abierta. Dirigió la vista hacia la carretera, como si estuviera deseando no haberse metido en aquel lío.

—Muy bien, tú te pones la mía y yo me pongo esta.

Pero me sentí estúpida, de modo que cedí y me puse la chaqueta de la muerte. Arthur me dijo que llevaba ese casco porque antes lo usaba una antigua novia. Me quedaba bien. Le dije que tenía miedo de caerme, pero me indicó que podía pasarle los brazos por la cintura si quería, de modo que lo hice. Salimos disparados por la A47 a tal velocidad que el viento me hizo llorar, tan rápido que pensé que aquello tenía que ser lo que se sentía al volar. Abracé a Arthur y pude oler la gasolina y el aceite del motor, y la piel caliente de su cuello. Lo apretaba con tal fuerza que, cuando se detuvo frente a mi casa, tuvo que soltarme los brazos. Me ayudó a bajar de la motocicleta y las rodillas se me apretaron solas. Nunca había pasado tanto miedo. Atravesé la puerta del jardín sin poder pronunciar ni un agradecimiento.

—¡Fern! —gritó—. Me gustaría que me devolvieras la chaqueta. Y el casco.

Me di la vuelta y me quité la chaqueta. La calavera me sonrió desde la espalda. Me saqué el casco. Me dolía mucho el punto en que este había presionado las horquillas, y que era donde me había apretado cuanto podía contra Arthur. El sudor me chorreaba por el cuello. Le devolví el casco, de nuevo sin una palabra.

—¿Estás bien, Fern?

—Mmm —dije, asintiendo—. Mmmmm.
Después fui dentro y me bebí dos enormes vasos de agua.

OceanofPDF.com

13

Recuerdo aquellos pocos días como un interminable ir y venir del hospital, tardes y noches desplegadas como una baraja de cartas, días intercambiables, de modo que cuando miro atrás no soy capaz de diferenciar los unos de los otros. La única marca de la que disponía era el viaje de ida y de vuelta. Arthur y su motocicleta seguían apareciendo por casualidad. Él me acercaba y yo llegaba al hospital con el aspecto de alguien al que acaban de disparar desde el cañón de un circo; y después insistía en quedarse dando una vuelta hasta que me devolvía como un cohete, muda de espanto, a casa.

Me asombraba que siguiera simulando que «solo estaba de paso». No sé por qué no iba y se ofrecía a llevarme de forma regular, pero no, teníamos que seguir con aquel juego en el que yo me colocaba en aquel recodo cubierto de hierba de la A47, con el pulgar levantado, y él se detenía junto a mí con su Triumph gorgojeante y petardeante, y empezaba: «¡tú por aquí otra vez, Fern!», y entonces yo decía: «¡vaya, tú por aquí otra vez!». Después de un tiempo, dejé de devolverle el casco y la chaqueta de cuero negro con la calavera y directamente me los quedé. No puso objeciones. De hecho, una noche casi recorrí media sala doce con la calavera sonriente aún puesta en la espalda. Entonces me acordé de quitármela. No me parecía apropiado, dado el estado de algunos de los pacientes que allí había.

En ocasiones, Mammy parecía creer que las enfermeras del hospital la mantenían encerrada contra su voluntad. Sus uniformes almidonados le traían recuerdos de otro lugar. Lo mismo sucedía con las camas institucionales del hospital. Y con el ubicuo olor del antiséptico.

Yo llegaba todos los días decidida a animarla con alguna pequeña noticia, pero resultaba agotador porque me pasaba todo el tiempo viajando de un lado a otro para verla, y preocupándome por el alquiler. Hacía todo lo que podía para pasar el tiempo. La lavaba y la arreglabo. Incluso le cortaba el pelo y le recortaba minuciosamente las uñas de las manos y los pies, pero incluso aquello le provocaba un miedo pánico, ya que se preguntaba cómo iba a disponer de las uñas cortadas. Le aterraba que los «enemigos» o los «masones» pudieran hacerse con las uñas y emplearlas contra ella. Tuve que pedirle a una enfermera que me buscara un frasco en el que guardar los cabellos y las uñas cortadas. Mammy me hizo prometer que me llevaría el frasco a casa, a la casita, y que lo guardaría en un estante oculto, cosa que hice.

En ocasiones Mammy estaba lúcida.

—¿Ya has hecho la tarta de boda de esa chica?

—Aún no.

—Acerca la silla. Más cerca..., así. Acerca el oído a la boca. Prefiero susurrar porque no quiero que esos estúpidos escuchen todo lo que tengo que decir. Pues mira, así es como se imbuje una tarta con todo tu amor...

Y en ocasiones Mammy divagaba, y en ambos casos me resultaba más sencillo acercar la silla, reposar la cabeza en su cama y atender.

—Toda tu vida, Fern, ha estado ahí toda tu vida, solo que no lo sabías. Aunque lo sabrás el día en que hagas la Petición, porque cuando eches la vista atrás verás que estaba escuchando, escuchando desde el mismo borde de tu vida.

»Y los pocos no hablamos de ello. Ninguno se lo cuenta a otro. Así son las cosas. Debes saber, Fern, que hablar de algo a menudo acaba con ello. Lo que hay que hacer es escuchar. Tú lo escuchas a él y él te escucha a ti. Ya verás, mi paloma, ya verás. ¿Puedes aflojarme estas correas, Fern?

Yo levantaba la cabeza y decía:

—No hay correas, Mammy.

Entonces ella bajaba la mirada y movía un poco los pies bajo las sábanas, y parecía confusa. Pero después volvía a la carga, y aunque empezaba a divagar yo nunca pensé en detenerla.

—Lo creas o no llegarás a conocerlo, por mucho que digamos tú y yo. Un día realizarás la Petición, y si te reconoce, pues bueno, ahí se acabará todo. Aunque también puede rechazarte de plano, y en ese caso de nada sirve suspirar, porque si no puedes, no puedes.

»Aunque pagarás. Oh, sí, pagarás. Yo pagué el precio en mi momento. He estado enferma. He sentido verdadero terror. Me he cagado en las bragas y he sufrido lo mío. Pero no lo hubiera querido de otro modo. Nadie lo hubiera rechazado. Una vez lo ves, no te atreves ni a respirar por miedo a perder su gloria. Te morirías mañana mismo y dirías: "bueno, pero lo he visto".

»Pero lo haces por la ayuda, y esa ayuda te llegará. Algo te preocupa, ¿no es así, Fern? ¿Hay algo que no me estés contando? Tienes que estar preparada para realizar la Petición. Así es como obtenemos ayuda. ¡Oh, y hay tantas cosas que no te he contado! ¡Y lo he dejado para demasiado tarde!

—No es verdad, Mammy. No lo has dejado para demasiado tarde.

—Tres veces, quizá, si tienes suerte. Nunca he oído que la llamada se dé más de tres veces, porque casi te mata, y en cada ocasión se hace peor. Pero es cuando más ayuda necesitas, cuando te ves encerrado, cuando lo haces. Cuando debes hacerlo.

»Y cuando estés preparada, Fern, allí estaré yo. Estaré allí mismo. Sé cómo hacerlo. No te preocupes. Mammy estará allí para ayudarte. Mammy tomará el camino directo.

»También debes estar atenta a la señora. Aunque deberías saber que algunos se han vuelto locos, o incluso han muerto. No es para los débiles de mollera. En cualquier caso, deberías elegir la cúspide del primer o el último cuarto. Anoche me atacaron en la cama, Fern.

—¿Qué, Mammy?

—Uno de esos hombres entró aquí desde la otra sala. Lo espanté. Llegaron y le pusieron una camisa de fuerza. Y después me ataron con correas a mí porque decían que yo lo había dejado entrar. Eso es lo que me dijeron. Que lo dejé entrar para hacer manitas. Yo, cuando son ellos los que hacen manitas todo el tiempo. El doctor es un masón. Yo me escaparía, Fern, saldría por la ventana, pero fíjate en esos barrotes.

La ventana que había junto a su cama estaba ligeramente abierta para dejar entrar el aire primaveral. No había barrotes.

—Mammy, te quiero tanto...

—¿Te he dado la lista? Por eso me metieron aquí, ¿no es así? No te olvides de preparar un incienso para quemar la noche anterior si prefieres una senda del amanecer, o para quemarlo a lo largo del día si prefieres hacerlo en el ocaso. Aunque es posible que tengas que recorrer la misma senda muchas veces, porque el de cada uno no llega siempre la primera vez que realizas la Petición, salvo que tengas suerte. Paciencia, paciencia, Fern.

No sé cuándo terminó con esta perorata, porque debí de quedarme dormida. Es posible incluso que la mitad de las cosas que dijo las hubiera soñado yo. Me despertó una enfermera frotándome el brazo.

—Ha terminado el horario de visitas —me dijo amablemente.

Mammy estaba roncando. Le acaricié las yemas de los dedos. La luz del hospital envejecía y amarilleaba su piel. Las arrugas de su cara parecían más profundas que nunca, y la papada le caía sobre la garganta. Ella solía decir que cada surco de su rostro era un bebé traído con éxito al mundo; era una broma, no una de sus creencias. Aunque yo rechazaba muchas de sus estrambóticas certidumbres, de algún modo siempre había sentido que era lo bastante fuerte en sus poderes como para engañar a la muerte. Ahora tenía las más serias dudas al respecto. Me incliné sobre ella y le di un beso en la frente arrugada.

Cogí la chaqueta de cuero y el casco.

—Estoy preparada, Mammy —dije antes de marcharme—. Estoy preparada para la Petición.

14

Un cuervo me despertó graznando en el exterior de la ventana, de modo que me levanté temprano para la esencial recolección de la ulmaria, a la que Mammy siempre había llamado alcea, y que funciona igual que una aspirina, entre otras cosas. Me puse el abrigo para salir, pero entonces me lo quité y me decidí por la chaqueta de cuero de Arthur. Empezaba a gustarme el modo en que aquel cuero blando y viejo se amoldaba a mis curvas. Era más cálido que el abrigo, y además no tenía por qué mirar aquella cosa sonriente que tenía en la espalda.

Una bruma fina flotaba sobre la pradera, arrancada de la tierra como hebras de gasa. Me encontraba cortando entre los setos cuando me encontré con algo de aristoloquia. Mammy no la plantaba en el jardín no solo porque fuera venenosa, sino también porque no le gustaba su uso en los partos, tan bien conocido. Con la ulmaria se recolectan las hojas antes que las flores, pero la aristoloquia, por supuesto, no sirve de nada hasta que su pequeña flor amarilla se abre. Estaba memorizando la situación de aquel punto (la aristoloquia es rara en el condado) cuando oí voces. Corrí para esconderme entre los setos, algo que Mammy y yo hacíamos a menudo cuando no queríamos ser vistas, y me sorprendí al ver a Chas y a dos de sus amigos de la granja de los Croker. Recorrían los campos, igual que yo, buscando algo entre la hierba.

¿Es que acaso eran recolectores rivales? *Seguro que no*, pensé. Salí de los setos y en cuanto me vieron se dirigieron hacia mí.

Chas me saludó desde unos veinte metros, una distancia a la cual yo apenas podía escucharlo.

—¡Pero si es Fern! Déjame *presententarte* a Greta. Aquí está. Y aquí tenemos al campeón, al asombroso, al sin par cazador Luke.

O yo tenía telarañas metidas en las orejas o él estaba borracho. Cuando se acercó, los ojos le bullían. Aquel amigo suyo, Luke, era un gigante con una increíble masa de pelo permanentado y una etérea barba teñida de azul. O quizá de púrpura. Sus pantalones tenían rayas como un pijama, y se los sujetaba con un cinturón de enorme hebilla de bronce. Me sentía como si ya lo hubiera visto antes, en un cuento infantil que había tenido de niña. Sus ojos también bullían. Se puso las manos en las caderas y me mostró la sonrisa más grande que había visto en toda mi vida.

La tal Greta también parecía decidida a cegarme con una lluvia de sonrisas deslumbrantes. Era una especie de gitana española, con un pañuelo de algodón en la cabeza y una larga falda de encaje. Se acercó a mí bailando (y lo digo en el sentido literal) y me acarició el brazo sin decir una sola palabra. Fue todo de lo más extraño.

—Os levantáis temprano —dije.

—¡Aún no nos hemos acostado, frijol! —dijo Chas, demasiado fuerte—. ¡Toda, toda la noche hemos andado muy ocupados!

Los otros dos rieron de buena gana, como si aquello fuera divertido. Cuando dejaron de reír se me quedaron mirando, como si fuera mi turno de hablar o de decir algo gracioso.

Sospechaba que estaban borrachos, pero eran las seis en punto de la mañana, lo que no es mala hora para ello. La expresión de sus caras (quitando las sonrisas) era la de los marineros que luchan contra un fuerte viento, aunque no había viento alguno. Greta siguió mirándome con una sonrisa estólida plantada en la boca. Luke empezó a atusarse la barba mientras miraba al sol de levante, pero con una expresión que sugería que había olvidado algo importante. Entonces dijo: «más tarde». O quizá fuera «alarde».

—Ah —dijo Chas meciéndose levemente, como su barco en la tormenta—. Esos *cabracabrones*... Me mandan a un duendecillo cantarín por el camino que me dice «buenos días» y se me queda ahí en el felpudo. Me lee una carta. A ver... Que no podemos usar tu bomba, dice. O lee, yo qué sé. La del agua, ¿pillas?

Me quedé mirándolo un rato, tratando de comprender lo que decía.

—¿Qué? ¿La hacienda te ha dicho que no podéis usar mi bomba?

Chas asintió, al parecer encontrando regocijo en mi reacción. Rió entre dientes.

—¡Es que es la hostia!

—Mientras sea nuestra bomba puedes ignorarlos, ¿no?

—Eso dice Luke —rió Chas. Entonces Luke y Greta rieron a su vez. Pero era una carcajada como la de las hienas. Empecé a sospechar que era de mí de quien se reían.

Reparé en que Greta llevaba un bolso de algodón.

—¿Qué estáis recogiendo aquí? —le pregunté.

Greta abrió el bolso para que mirara, pero con una ceremonia grandiosa y delicada, como si estuviera desenvolviendo los fragmentos del Santo Grial. Dentro de la bolsa había una patética masa de hongos. Había setas campestres, san jorges, cápsulas de tinta, cagarrias y, para mi total asombro, una brillante amanita roja. Totalmente fuera de temporada.

—¡No podéis comeros eso! —le grité—. ¡Ni siquiera deberíais tocarlas!

—Sí —dijo Greta. Tenía una voz ronca, como si hubiera fumado demasiados cigarrillos—. Pero si rascas los puntos blancos y te comes la carne roja, puedes pasártelo pero que muy bien.

No podía creerme que tuvieran una de esas setas. Y en aquella época del año. Y precisamente aquel día.

—De todos modos, os pondréis fatal. Os vais a cagar por la pata abajo.

—Oh —dijo Luke, asintiendo vigorosamente—. Sí. ¡Ya lo creo!

Me giré hacia Chas.

—¿Era eso lo que te pasaba cuando te encontré en el retrete?

—¿En el *retreterete*? No. Sí. Quizá. —Volvió a reírse.

—La roja deberíais dejarla donde la habéis encontrado —le dije a Greta tajante. Estaba cabreada—. Y no me refiero a tirarla. Quiero decir exactamente donde la habéis encontrado. No es broma.

—¿Qué? —dijo Luke.

La sonrisa desapareció de la cara de Greta. Asintió solemne.

—¿Sabéis qué? Estoy en total sintonía con esta dama. Voy a hacer exactamente lo que dice.

Greta se giró con su bolsa y se dirigió con grandes zancadas hacia el bosque.

—¿Adónde vas, Greta? —gritó Chas—. Ey, bonita chaqueta, Fern. Juraría que esa calavera acaba de guiñarme el ojo. Ja.

—¿Qué? —dijo Luke.

De repente, Luke y Chas parecían dos colegiales traviesos.

—¡Buf! —dijo Chas, como si acabara de terminar una carrera. Ahora su rostro parecía enrojecido. Apretó los dientes.

—¿Qué? —repitió Luke, pasándose los dedos por su enorme pelambrera—. ¿Qué?

Quería alejarme de ellos. Sé que esto es lo típico que diría Mammy, pero cada uno de ellos tenía una especie de sombra, un espíritu subido a su espalda. Cada vez que me asustaba me refugiaba en pensamientos propios de ella. *Cuidado con los champiñones venenosos*, me decía. Estaban o borrachos o locos, pero no iba a quedarme allí. Me sentía inquieta y molesta. Ya había recorrido treinta metros cuando oí la voz de Luke, llamándome.

—¡Pero mira que eres, joder!

Aquella tarde me dediqué a plantar. Abrí un surco con la pala, eché un poco de estiércol del montón que había en la esquina del jardín y sembré formando una línea, dejando medio metro entre cada planta. Después eché un poco de tierra encima. Levanté la mirada y vi una figura esperando en la puerta. Era Greta, la *hippie* a la que había conocido en el campo por la mañana.

Me apoyé sobre el rastrillo.

—¿Vienes a por agua?

—No —respondió Greta con timidez—. He venido a verte. ¿Puedo pasar?

—Nada te lo impide, ¿no?

La puerta se cerró sola tras entrar Greta.

—¿Qué estás haciendo?

—Sembrar patatas.

—¿Es la época? Quizá deberíamos hacerlo nosotros también, en la granja.

—Llegas un poco tarde. Estas son las últimas. Deberías haberlas plantado antes.

—Entonces, ¿por qué las siembras tú ahora?

—Porque si las siembras al mismo tiempo germinan al mismo tiempo, ¿no? Pero no puedes comértelas todas a la vez. Eso lo sabe todo el mundo. ¿Quién no sabe cómo se siembran las patatas?

Greta admitió que ella no tenía la menor idea sobre la siembra de patatas. No le habían enseñado nada de eso en la universidad, dijo. Me contó que había estudiado derecho en la universidad de Durham. Derecho, nada menos. También me explicó que después de aquello había trabajado en un despacho, pero que lo odiaba, y que entonces había conocido a Chas y a los otros y se habían mudado todos a la granja de los Croker para vivir de la tierra. Salvo que ninguno de ellos sabía absolutamente nada acerca de la tierra. Al parecer, en todos esos libros de derecho no se decía nada al respecto.

—Pues si queréis vivir de ella, más os vale empezar a enteraros un poco —le dije.

—Lo cierto es que para eso he venido.

—¿De verdad? —Me dediqué a limpiar mis aperos de jardinería y a hacerme la ocupada, porque no me gustaba hacia dónde conducía todo aquello.

—Creo que eres una mujer sabia —dijo Greta.

—¿Una qué?

—Eres más joven que yo, pero tienes algo. Creo que podríamos aprender muchísimo de ti.

—¡Y tú, escúchate! ¡De la universidad de Durham! Pues lo cierto es que no seguiré mucho por aquí, porque me van a echar de la casa. Así que muy sabia no seré, ¿no?

—Entonces, ¿por qué siembras patatas, si no vas a seguir aquí mucho más?

Aquella pregunta fue muy astuta.

—Porque es lo que siempre he hecho. Es lo que Mammy me enseñó a hacer. Así que sigo haciéndolo.

—El sábado que viene es el cumpleaños de Chas —dijo Greta—. Vamos a dar una fiesta en la granja. ¿Te apuntas?

Casi se me cayó el rastrillo al suelo cuando mi mano voló hacia las horquillas de hierro que me sujetaban el pelo.

—No tengo traje de fiesta —dije. No era una broma, pero Greta se rió. Cuando comprendió su error, se cubrió la boca con la mano. Tenía los dientes un poco grandes, y reparé en que era bien consciente de ello.

—Es una fiesta en la que puedes ir como te dé la gana. Nosotros no nos vestimos. Celebramos una buena cena. Después algo de música. Tenemos algunos músicos muy buenos. Vendré a recogerte a las seis en punto, si te apetece.

Yo no tenía la menor intención de ser el blanco de sus bromas, ni de ir allí como la tonta del pueblo solo para que pudieran hacer comentarios sobre mi ropa o sobre el modo en que me peinaba.

—No, no me van mucho las fiestas. Tengo demasiadas cosas que hacer. —Apoyé mis herramientas contra la pared y me retiré hacia el interior de la casita, cerrando la puerta con un golpe.

Me sentía furiosa y molesta por la invitación. Quizá fuera excesivo, con Mammy en el hospital y la hacienda intentando echarnos de la casita. Pero me senté en la vieja silla de Mammy junto al fuego, con los brazos cruzados. Después de un buen rato me descubrí llorando y llamando a Mammy, aunque sabía que no podía ayudarme.

Cuando era una niña raramente me habían invitado a fiestas. El vivir con Mammy me había situado fuera de los límites normales, y los demás chicos me rehuían. No era algo evidente, no resultaba un tormento, pero había un pequeño titubeo, la más breve de las pausas antes de rechazar sigilosamente cualquier intento de amistad por mi parte. Era algo que nunca terminaba con insultos, ni con escenitas, pero esta reticencia, este rechazo silencioso y firme, me fue haciendo cada vez más pétrea.

Fui a la escuela, pero lo que aprendí allí fue sobre todo el dominio del arte de la invisibilidad. Vi que los profesores solo respondían ante los listos, los tontos o los depravados, de modo que decidí no ser ninguna de las tres

cosas para de ese modo pasar desapercibida. En ocasiones, cuando las demás niñas se burlaban por la desastrosa calidad de mi ropa, lo pasaba realmente mal. Así que aprendí rápidamente a teñir, disimular o disfrazar la pobreza de mi vestuario. Casi funcionó. Vi que cualquier desviación del estándar, por pequeña que fuese, me hacía digna de atención. Así que cada vez que un profesor me hacía una pregunta siempre tenía la respuesta preparada, aunque nunca me presentaba voluntaria.

Tampoco ofrecía ninguna información que no fuera imprescindible acerca de mi vida en casa, y cuando me veía obligada a ello me escondía detrás de los relatos más inocuos, de los informes más vulgares. Dejé de buscar amigos, y estos nunca me buscaron a mí. En la lección vital de pasar desapercibido no había quien me superara. En la eterna guerra de los recreos nunca tomaba partido ni por los matones ni por sus víctimas, y descubrí un porte, un lenguaje corporal que me permitía no llegar a convertirme nunca en una de las segundas. Quizá me tuvieran un poco de miedo.

Así que aquella invitación a una fiesta era todo un acontecimiento. Mammy había sido la única amiga de mi niñez, y las celebraciones se reducían al modo de hacer las cosas de Mammy, o al contacto con los pocos. Cuando cerré la puerta en las narices de Greta, lo que quería dejar fuera era el miedo. Si de verdad no hubiera querido aceptar aquella sorprendente invitación, me podría haber limitado a decírselo. Pero la idea de que me pidieran que fuera a divertirme con gente de mi edad me excitaba y me aterrorizaba; porque, después de todos aquellos años sin compañía, sentía una terrible necesidad de ella. Y porque, después de todos aquellos años de soledad, no sabía si era digna de lo contrario.

Después de un rato me levanté y me dirigí hacia la ventana. Greta ya se había marchado y me sentí avergonzada. «¿Pero qué estás haciendo?», me hubiera dicho Mammy. «Apártate de esa ventana y deja de ponerte en ridículo delante de ti misma. Porque si no tienes claras tus propias ideas, tus ideas buscarán refugio en cualquier otra cabeza».

—No tengo traje de fiesta —dije de nuevo, esta vez para mí. Y volví a llorar.

OceanofPDF.com

15

—¿Vas a realizar la Petición? —insistió Judith—. ¿Vas a hacerlo o no?

Aún preocupada por la invitación de Greta/una noche, después de visitar el hospital, había llamado a la puerta de la diminuta casa con terraza de Judith. La había encontrado corrigiendo cuadernos de ejercicios de la escuela mientras veía la televisión. Su aspiradora se encontraba de pie en una esquina, como si siempre estuviera preparada, pero fue la pantalla del televisor lo que volvió a absorber mi atención. Me hipnotizaba; era como sentarse a contemplar una corriente de agua y ser incapaz de explicar lo que acababas de ver cuando te lo solicitaban. La única distracción eran los repetidos suspiros exasperados de Judith mientras corregía los ejercicios escolares de los borricos terminales, llenos de borrones.

Sin embargo, había razones por las que me resistía a responderle. Primero, no me engañaba con el truco de preguntarme mientras hacía otras dos cosas al mismo tiempo. Sabía que mi respuesta era importante para ella. Segundo, no quería confesar lo poco que tenía en común con ella en lo tocante a creencias. Hubiera parecido una traición no solo hacia ella sino también hacia otra mucha gente, y lo peor de todo es que hubiera parecido una traición hacia Mammy.

Tercero, estaba asustada.

Parece algo contradictorio, ya. Si no creía, ¿de qué tenía miedo? Pero no era algo tan sencillo como eso. Realizar la Petición requiere preparación, preparación mental. También requiere el uso de ciertas decocciones. Fuera lo que fuese lo que creía o no, tenía miedo de que lanzarme a ello con pensamientos negativos o dudas en el corazón pudiera causarme daño. Todo

lo que se hace hay que hacerlo con un corazón puro. Pueden incluso cometerse actos belicosos o maliciosos con un corazón puro. Pero no debe existir rastro de duda.

Y lo que yo tenía precisamente eran dudas, no pureza de corazón.

—¡Judith, no puedo pensar en esas cosas cuando estoy a punto de ser echada de mi casa!

Ella sabía que eso era cierto. Hacer algo tan radical requería ausencia de distracciones.

—Tienes razón —concedió. Y fue entonces cuando comenzó de nuevo con su plan para que sedujera a Arthur McCann.

De haber sabido yo más acerca de los hombres y sus costumbres, nunca hubiera estado de acuerdo con su idea. Pero dejé que me camelara. Judith tenía confianza en que de ese modo obtendría algunas semanas más.

—Es sencillo. El tiene influencia allí arriba. Veamos qué es lo que sabe. Solo hace falta presionarlo un poco. Además, es lo único que puede ayudarte —señaló con mordacidad—. Ese Arthur McCann es tu única esperanza.

Su idea no era sutil. Yo debía permitir que Arthur me llevara a la cama con la esperanza de que se sintiera lo bastante agradecido, o «presionado», tal como lo decía ella, como para conseguir más tiempo de sus jefes. Por ultrajante y vergonzoso que sonara en un principio, según Judith yo no tendría que renunciar a nada. Aquel era el truco del asunto.

—Salitre —dijo Judith—. Y para asegurarnos, la decocción de yemas de sauce negro es de lo más potente. Y también tenemos los nenúfares dulces.

—¿Pero de qué estás hablando?

—Y lúpulo, por supuesto. Haremos que beba cerveza.

—¿Cerveza?

—La cerveza, que anula el deseo sexual, que vaya encima de todo lo demás. Solo es cuestión de disfrazarlo. Puedes prepararle pastel de beicon con huevo. Es un hombre, ¿no? Cerveza y pastel de beicon: creerá que ha encontrado a la mujer de su vida.

—Estás completamente loca, Judith.

—Pues tú misma, no lo hagas. Pero solo te quedan dos semanas. —Y después siguió corrigiendo los cuadernos escolares con el lápiz rojo, aunque desde ese momento empezó a dispensar, con inocente generosidad, sensuales y largas marcas positivas a listos y obtusos por igual.

Me quedé mirando abatida la parpadeante pantalla del televisor. Después musité algo acerca de la invitación a la fiesta en la granja de los Croker. Aquella noticia hizo que Judith rompiera la mina del lápiz rojo. Se quedó mirándome como si le estuviera mostrando el agujero en la pared de una celda que hubiéramos compartido durante veinte años.

—Llévame contigo o te mato.

—Les he dicho que no.

Judith se tiró al suelo y empezó a dar puñetazos a la alfombra y a gritar.

—¡Les ha dicho que no! ¡Les ha dicho que no! ¡El primer indicio de una fiesta salvaje en Keywell desde hace un milenio y les dice que no!

En cualquier caso, tenía otros planes más serios. Aunque no me serviría de nada para solucionar mi problema inmediato con el alquiler, había dado los pasos para asegurarme unos ingresos a largo plazo sacándome un diploma como comadrona.

La certificación de las comadronas llevaba en marcha desde principios del siglo, pero muchos pobres y trabajadores humildes hacían caso omiso de las regulaciones. Si una comadrona sin licencia no era buena, las noticias sobre ella le provocaban verrugas, o mal aliento, o acababan con su carrera de algún otro modo. Los servicios de Mammy, por el contrario, eran muy valorados, y las mujeres hablaban entre ellas de sus habilidades. Pero ahora el Estado proporcionaba comadronas gratuitas y preparadas, y así era como las mujeres como Mammy habían perdido la mayor parte de sus ingresos. Yo sabía que, si quería seguir con el trabajo que conocía, tendría que conseguir lo que Mammy llamaba «la maldita entrada». «Esa maldita entrada ha sido mi ruina», solía perorar. «A mí nunca me darían la entrada».

Una disposición legal prohibía el ejercicio de la partería a aquellas «mujeres hábiles» sin estudios apropiados (así es como Mammy se veía definida) a las que muchas mujeres pobres habían recurrido hasta entonces.

Al poner mi mano sobre la barriga de Bunch Cornell aquella noche había violado la ley, e incluso podría ser denunciada por ello. Así que buscando la «maldita entrada» fui a visitar las oficinas del Real Colegio de comadronas, en Leicester.

El suelo de la pequeña área de recepción estaba endurecido por la cera resplandeciente, y los tablones crujían bajo mis pies. Un inmenso reloj de péndulo marcaba los minutos de forma ruidosa, y el lugar apestaba con el odioso olor del popurrí. Detrás del escritorio se sentaba una señora con aires de superioridad y cuello blanco y almidonado. De ella conseguí un formulario de ingreso que me llevé a la mesa de un café de la London Road, y que empecé a rellenar mientras una cafetera cromada rugía a mi espalda.

En el formulario había un espacio en el que consignar cualquier experiencia previa, así que escribí que había asistido a unos cincuenta nacimientos. Después taché aquello y escribí cincuenta y cinco. No mencioné los partos que había hecho por mi cuenta, como el de Bunch o las raras ocasiones en las que Mammy no había sido capaz de acudir. También había un espacio donde tenía que nombrar a una comadrona que me hubiera instruido, y comencé a escribir el nombre de Mammy antes de recordar que aquello iría en mi contra, de modo que lo taché.

Para cuando terminé de rellenarlo, el formulario parecía haber sido cumplimentado por uno de los alumnos más densos de Judith, pero me lo llevé de vuelta a la recepción y se lo entregué a la mujer de la gola almidonada. Traté de escabullirme, pero me llamó.

—No ha completado usted este cuestionario —me indicó.

Volví a su mesa, acompañada por los crujidos de la madera bajo mis pies. La mujer tenía un elegante bolígrafo con el que daba golpecitos al espacio en el que había que indicar para qué autoridades locales habías trabajado. Le expliqué que no había trabajado para ninguna autoridad local. El reloj marcaba ruidosamente los segundos mientras ella volvía a examinar el formulario.

—Pero aquí ha indicado usted toda esta experiencia. Mire. Cincuenta y cinco alumbramientos pone aquí.

—Sí.

La mujer me inspeccionó por encima de sus gafas.

—Las mentirijillas no sirven de nada, ¿sabe usted?

Me ruboricé al instante. Quise escupirle en el ojo.

—¡No estoy mintiendo!

—Pero..., ¿cuántos años tiene usted? ¿Cuándo comenzó con tales... asistencias?

—Cuando tenía trece años. —Era cierto. En cuanto me llegó la primera regla, Mammy me dijo que ya era hora de saber de qué iba todo el asunto.

Volvió a mirarme por encima de las gafas.

—¿Y qué hay del nombre de la comadrona a la que estuvo ayudando?

Mis dedos volaron a las horquillas. El tictac del reloj se hizo más fuerte y el olor del popurrí más enfermizo, mientras trataba de buscar una respuesta adecuada. Farfullé que había trabajado para algunas. Después salí como pude del edificio. Una vez fuera corrí hacia el parque Victoria, y no me detuve hasta que me quedé sin aliento. Entonces me solté el pelo y me senté en el parque, junto al arco blanco conmemorativo de la guerra, y allí me quedé durante dos horas.

Cuando volví a la casita, Chas estaba sacando agua de la bomba.

Llenaba las viejas mantequeras.

—¡Ey Fern! —me dijo—. No te importa, ¿no?

—¿Por qué me iba a importar? —Quería sonar un poco agria después del modo en que él y sus amigos se habían mofado de mí en el campo, pero descubrí que era difícil seguir enfadada.

—¿Sigues teniendo problemas con el señor de la mansión?

—Haga lo que haga nos echarán de la casita. —Le expliqué el asunto del alquiler retrasado y la posesión de la casita por parte de la hacienda.

—Esto es feudalismo de mierda —dijo Chas alegremente—. Estamos en 1966 y aún tienes que moler tu harina en el molino de ese hijo de puta. Esto es la hostia. Bueno, que lo folie un pez. Si te echan de aquí, te vienes a vivir con nosotros en la granja.

—¿Me dejaríais?

—Si quieres, claro. Greta te considera un puto oráculo. Luke piensa que eres una monada. Encajarías estupendamente. —Chas se llevó rodando las

pesadas mantequeras llenas hacia su furgoneta y las subió a la parte de atrás. Era fuerte. Pude oler el sudor fresco de su esfuerzo.

—No creo que Mammy encajara mucho ahí —repliqué—, con esa banda de cíngaros que tienes.

Y sobre todo con ese lenguaje, pensé.

—¿Tenéis algún sitio mejor al que ir tú y la vieja dama?

La verdad era que no. Judith no se había ofrecido ni yo se lo pediría, y la hora se acercaba. Pero aunque podía percibir que hablaba totalmente en serio, no había modo de que Mammy conviviera con la pandilla de Chas.

—Nosotros vivimos de la tierra, y allí la tierra es posesión de cualquiera que quiera quedarse en ella. —Colocó la última mantequera y lo seguí fuera del jardín.

—Creía que era todo tuyo.

—No —respondió—. La propiedad es un robo.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso?

Ignoró mi pregunta, que había realizado en serio. Chas estaba a punto de acomodarse detrás del volante cuando dijo:

—¿Quieres subir a la furgoneta? ¿Quieres echar un vistazo por allí? Vamos, Fern. Sé que sientes curiosidad por nuestra vida.

Y me sonrió, y elevó una sola ceja como si fuera el ala de un pájaro, y sentí cómo algo se liberaba muy dentro de mí, algo en las profundidades de mi útero, durante un solo segundo.

16

Chas no dejaba de apartar la atención de la carretera que teníamos delante para sonreírme, mientras pegábamos botes en la camioneta. Mis manos comenzaron a comportarse como si no me pertenecieran. Tocaban el salpicadero, acariciaban el picaporte, frotaban las tres horquillas que llevaba en el pelo. Él lo notó y empezó a sonreírme de nuevo.

—¿Estás bien?

—Presta atención a lo que haces —le dije.

—Eres graciosa.

—¿Graciosa? Esto tiene miga, viniendo de un *hippie* pajolero.

La furgoneta se detuvo con una sacudida en el patio de la granja de los Croker. Chas salió de un salto, corrió alrededor del vehículo y me abrió la puerta del pasajero, como si yo fuera un miembro de la realeza.

—Ya puedo hacerlo yo —le dije.

Se suponía que aquello era una granja en funcionamiento, pero no se veía a nadie. Unas pocas gallinas rojizas picoteaban el barro mientras un gallo de aspecto patético me vigilaba desde lo alto de un viejo montículo de estiércol. Dos galgos adormilados y un cruce de lebel se acercaron a olisquearme. Los edificios de la granja parecían estar hundiéndose en el barro, y todas las piezas de maquinaria agrícola que alcanzaba a ver se mantenían juntas gracias al óxido que las cubría. No había muchas evidencias de que allí hubiera alguien «viviendo de la tierra».

—Ven dentro —dijo Chas.

Me crucé de brazos. No quería entrar. Pero me sostuvo la puerta abierta.

En la cocina había un horno de leña encendido y la pieza estaba bien caldeada, aunque vacía. Una extraña música llegaba desde otra habitación. Era una música que no había oído nunca antes, y no estaba segura de que me gustara. Me hacía pensar en la caída de la luz del sol sobre las delgadas hebras de melaza. Pero también se arrastraba dentro de mi oído como un insecto reptante.

—¿Qué es ese sonido? —pregunté.

—Ven —me dijo, y me llevó hacia el interior de la casa.

Aunque afuera era pleno día, la habitación a la que pasamos tenía las cortinas echadas, y por todas partes había velas encendidas. Vi a varias personas tumbadas contra las paredes, sobre colchones, fumando cigarrillos. También había tres o cuatro niños pequeños. Todo el mundo estaba medio dormido y no reparaban mucho en mí. Luke estaba allí; lo reconocí y me saludó con un gesto somnoliento. La música procedía de un tocadiscos que había a mis pies. Me quedé mirando cómo giraba el disco. En lo único que podía pensar con toda aquella gente sentada en la oscuridad, escuchando esa música extraña en mitad del día, era: *¡qué forma de malgastar las velas!*

Una figura se movió en una esquina y miró en mi dirección desde las sombras, con ojos de tejón. Era Greta. Se quitó de encima a uno de los pequeños y se acercó para abrazarme, como si yo fuera una hermana a la que no hubiera visto en mucho tiempo. No sabía dónde mirar, aunque hice lo que pude para no encogerme. Greta vio que me sentía incómoda, de modo que me llevó de vuelta a la cocina con la promesa de una taza de té y una rebanada de pastel Battenberg. Chas nos siguió.

—¿Qué era ese sonido tan desagradable? —pregunté mientras nos sentábamos alrededor de la mesa de la cocina.

—Oh, eso es una cítara. Música india, Fern. De la India.

—Pues podéis quedárosla vosotros —respondí. No me imaginaba escuchando aquello todo el día.

Chas rió.

—Es muy difícil de tocar.

—No tengo duda —le dije. Me volví hacia Greta—. ¿Ese niño de ahí era tuyo?

—No —me respondió, agitando la tetera—. Ese es Forest, el pequeño de Chas.

—¿Forest? Nunca había oído de nadie llamado Forest.

—Yo tampoco he conocido a muchas chicas llamadas Fern^[1] —respondió Chas.

—¿Y dónde está su madre, entonces?

—Huy huy... —respondió Greta—. Chas no habla acerca de la madre de Forest.

—¿Y eso por qué?

—Porque es una bruja —dijo Chas.

—¿Una bruja? —pregunté—. ¿Quieres decir de las que hacen conjuros?

—¿Te echas azúcar? Ella quiere azúcar en el té. Greta, digo —me respondió Chas—. No, no es esa clase de bruja.

—¿Y cuántas clases hay? —quise saber.

—Me refiero a que es cruel y egoísta, de modo que no queremos tener nada que ver con ella.

—Entonces quieres decir que es una asquerosa, no una bruja.

Chas se frotó la cara con una mano grande y correosa.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir, Fern —respondió con languidez—. ¿Por qué insistes en provocarme?

—No le gusta hablar de ella —intervino Greta.

—No pretendo provocarte —dije—. ¿Qué es lo que están fumando ahí dentro? Huele a perro viejo y mojado.

Después de terminarme el té y el pastel, caminé de vuelta a casa. Chas se ofreció a llevarme pero decliné la invitación, ya que estaba a solo quince minutos. Aunque deseé haber aceptado porque entonces fue Greta la que insistió en acompañarme paseando; por qué, no lo sé. Se me ocurrió que nunca había conocido a una persona tan feliz como ella en toda mi vida. Siempre estaba sonriendo. En cierto modo, resultaba enervante.

—¿Cómo está la vieja dama?

—Regular.

Mientras caminábamos, volvió a mencionar la fiesta. Yo le dije que no quería ir a una fiesta si iban a tener esa pajolera música hindú a todas horas, y ella me respondió que no, que tocaban su propia música; y entonces, en medio del camino, se me puso a cantar. Era una vieja canción ballenera que yo no había oído nunca, pues me dijo que era de Yarmouth. Era bastante bonita y la cogí a la primera, aunque no se lo dije. De modo, que cuando hubo terminado le correspondí con *John Barleycorn*. Ella quería pararse para escuchar pero yo me sentía estúpida allí, cantando en medio del camino, de modo que insistí en que siguiéramos caminando.

Cuando terminé me dijo que menuda voz tenía, y me preguntó cuántas canciones me sabía.

—Decenas y decenas —le dije.

—¿Pero dónde las has buscado?

—¿Buscado? No las he buscado. Mammy me las enseñaba mientras recolectábamos en los campos.

En ese momento tuve que detenerme y apartar la mirada de Greta. No porque siguiera sonriéndome como una gárgola, sino porque tuve el perturbador pensamiento de que Mammy bien podría no volver a enseñarme nunca una canción.

Cuando me recuperé, le dije a Greta:

—Así que ocupas el lugar de la madre del chico, ¿no? —Me intrigaba la estructura de la granja Croker. Usé la cercanía que Greta parecía buscar conmigo como excusa para meter la nariz tanto como pudiera.

—No, todos nos responsabilizamos de los niños. Todos actuamos como padres de los pequeños.

—¿Y quién actúa como esposa de Chas?

—Oh —dijo Greta con tono afectuoso—. Somos muy relajados en eso. Todo el mundo quiere a todo el mundo.

Me quedé atónita.

—¡No creo que eso me gustara mucho! ¿Cómo funciona?

—Pues a veces tengo mis dudas —confesó—. En ocasiones creo que conviene a los hombres más que a las mujeres.

Me detuve en seco.

—¿Quieres decir que os fuerzan?

—No —respondió riendo—. Nosotras elegimos con quién o cuándo, por supuesto. Lo que digo es que el apaño suena muy bien como idea, pero cuando se llega a la aplicación práctica..., ¡bueno!

Busqué en sus ojos. Se ruborizó, lanzó una risita y comencé a preguntarme entre qué clase de gente acababa de caer.

Unos cuantos días después llegó una carta a la casita. Procedía del Colegio de comadronas. Indicaba que había algunos espacios en blanco en el formulario que había rellenado y que habían encontrado discrepancias, pero que aquella misma semana iba a comenzar un nuevo curso y que, a la vista de la urgente demanda de comadronas, debería apuntarme. Había sido aceptada.

El curso iba a impartirse el Leicester, una noche a la semana durante dos trimestres. Aquello no representaba una dificultad, ya que podía visitar a Mammy y después ir a clase. Era un curso especial y acelerado para mujeres con alguna experiencia en partería, y para aquellas que regresaban a la profesión tras un período de ausencia. Intenté recordar si había mentido en alguna cosa que hubiera podido concederme un lugar en aquel curso, pero creía que había sido bastante sincera. Aunque el curso no proporcionaba una cualificación completa, sí ofrecía un diploma que me valdría como punto de partida.

Comprobé la fecha de la carta y consulté el calendario. La primera clase tendría lugar dos noches más tarde. Después de todas las penurias de las últimas semanas, aquello era una luz repentina. Quería contárselo a todo el mundo. Mis primeros pensamientos fueron para Judith, aunque tenía ganas incluso de comunicárselo a Chas, «o a Greta. Pero mientras me apretaba la carta contra el pecho me conformé con un recuerdo silencioso para Mammy, que no lo hubiera desaprobado.

Al día siguiente apareció Venables, con un sombrero hongo y una gabardina, acompañado por Arthur McCann y otro hombre. Miré por la ventana y vi cómo Arthur se demoraba fuera, y supe que no quería estar

presente. Venables se acercó a la puerta y llamó con suavidad. Cuando abrí, permaneció en el umbral y se quitó el sombrero para hablar conmigo.

Fue directo al grano.

—Mira —me dijo educadamente—, no tienes por qué dejarnos entrar si no quieres. Pero nos gustaría echar un vistazo si no es molestia. —Tenía un modo muy refinado de hablar. Era la clase de hombre que emplea la voz para acariciarte—. Para ser sincero contigo, tenemos que decidir si tiramos esta vieja casona abajo o la conservamos.

—¿La casita? ¿Tirlarla abajo?

—Pero para ti no representará diferencia alguna —dijo—. Ya te habrás ido.

Me sentía tan conmovida por la idea de que fueran a demoler la casita que entré y me senté en mi sitio junto al fuego, dejándolos allí de pie. Mammy seguía presente en todos los rincones de aquella casa. Era el único hogar que yo había conocido. Mi idea siempre había sido que, aunque tuviéramos que marcharnos durante un tiempo, más tarde podríamos dar con algún modo de recuperarla.

Vi que Venables hacía un gesto a sus compañeros, y me siguieron dentro.

—No quiero empeorar tu aflicción. Pero la cruda realidad es que lleváis más de un año sin pagar el alquiler, y que tú no has mostrado la menor señal de poder encontrar el dinero.

Negué con la cabeza. Intenté con todas mis fuerzas que Venables no viera las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. ¿Cómo podía nadie ser así? ¿Cómo era posible ser tan educado y refinado de modales, quitarse el sombrero y hablar con una voz hermosa, cuando en realidad se estaba comportando como un perro?

Se me quedó mirando. Yo sabía que sus pensamientos se encontraban a medio camino entre la lástima y el desprecio. Al final dijo:

—Ya te dejamos. —Y entonces se dirigió hacia la salida.

Arthur se demoró cuando los otros dos se hubieron marchado. Me lamentaba por su vergüenza.

—¿Estás bien, Fern?

—Arthur —espeté, sin creermelo lo que estaba a punto de hacer—, ven este viernes...

—¿Este viernes? ¿Qué, has conseguido algo de dinero? Puedo venir por la mañana.

—No, por la mañana no —dije, sosteniendo su mirada—. Y no es por el alquiler. Prefiero que vengas por la noche.

—¿Por la noche?

—Necesito algo de compañía. Alguien con quien hablar. Podría hacerte algo de cenar.

Parecía atónito. Se estiró un poco.

—¿Una cena?

Cuando asentí echó un vistazo a la casita, como si fuera la primera vez que la viese.

—¡McCann! —gritó Venables desde la puerta del jardín.

—¿A las siete en punto, Arthur? ¿Este viernes?

Asintió y desapareció, y yo aún no podía creermelo lo que había hecho. Solo era capaz de pensar en el modo en que Mammy desaprobaba aquello, aunque se tratara de la última opción de la historia del universo. Y después me pregunté si en realidad era así.

17

—*Glup*. Lo has hecho. *Glup*. —Judith, como ella misma había admitido, tenía más experiencia atrayendo a los hombres que desalentándolos. Ahora que había seguido su consejo, ahora que había mordido el anzuelo, ahora que me había acercado tan peligrosamente a la prostitución, tenía poco que ofrecerme aparte de aquellos ruidos cómicos. —Deja de decir *glup*.

—*Glup* es lo que siento —me respondió—. Pero míralo de este modo: ¿qué es lo peor que puede suceder? Que te folle.

El tiempo se había puesto muy caluroso, y aquella noche nos sentamos en el montículo herboso del viejo castillo y contemplamos las pocas luces que resplandecían en la villa de Hallaton. El sol del día había calentado la tierra y pude olerlo, supe que nos esperaba un verano caluroso aunque aún estuviéramos a las puertas de la primavera. El montículo artificial había sido erigido sobre un otero desde el que era posible dominar los alrededores. Era un lugar de energías extrañas, un sitio cargado y misterioso acerca del cual tenía sentimientos ambivalentes. Levanté la mirada. Ya estaban apareciendo las estrellas de ese modo magnífico en el que no hay ninguna, parpadeas un segundo y surgen miles de repente.

—Mira que eres bruta, Judith —dije con tono neutro—. Y no quiero que me folle.

—Pero si dices que no tiene mala pinta. —Empezó a arrancar tallos de hierba.

—Pues ofréctete tú en mi lugar —le dije.

Simuló planteárselo durante unos momentos. Después, como si le estuviera ofreciendo cerveza desbravada, dijo:

—Nah.

Miré hacia el sur, hacia la colina a oscuras que llaman del Pastel de Liebre y las tierras que hay más allá, y empecé a pensar en si Arthur podría ser un buen partido. Primero, con un hombre siempre está la cuestión de su olor. Tienen que oler bien. No es necesariamente una cuestión de higiene. Arthur siempre me había parecido bien aseado, y se arreglaba con pasión. Chas el *hippie*, por el contrario, no siempre parecía muy limpio, pero su olor masculino tampoco ofendía las fosas nasales. Probablemente hubiera muchas mujeres que encontraran agradable aquel olor. Soy de la opinión de que para querer a alguien primero hay que consultárselo a la nariz.

Y después, aparte de su aspecto, está el asunto del chasis: si no sabe estar de pie, si se inclina demasiado hacia delante o hacia atrás, si se tuerce hacia un lado... Todas estas cosas pueden ser de lo más desalentadoras. Y después viene, al menos para mí, el modo en que «suenan» el hombre en cuestión.

¿Cómo se te mete su voz por el oído? Porque aunque Arthur oliera bien, no estoy segura de que me sonara tan bien. En su voz había un tono aflautado, una leve vibración. ¿Es posible llegar a relajarse en compañía de un hombre con trémolo, aunque sea leve? Y había otra cosa: al andar, los brazos le rozaban contra la chaqueta, produciendo un ruido que resultaba ser una distracción.

Me pregunté si no estaría siendo demasiado tiquismiquis. ¿Conseguiría alguien, en alguna parte, estar a la altura? No había nada que hacer. Cada vez que intentaba pensar en Arthur bajo la mejor luz posible, me descubría amontonando más y más objeciones sobre él. Y acababa de invitarlo, más o menos, a llevarse mi virginidad.

Entonces vi, viajando a una gran altitud, aparentemente entre las estrellas, lo que sabía que era un satélite.

—Mira —le dije a Judith—. Quizá sea un *sputnik*. Como el que llevó a Valentina Tereshkova.

—¿A quién?

Tuve que explicarle quién era Valentina. ¿No deberían saberlo todas las mujeres?

Judith entrecerró los ojos para ver mejor.

—¿Cómo puedes distinguir esa cosa?

—Sé dónde mirar. Aparece todas las noches, casi a la misma hora. Puede que sea uno de esos con un perro muerto dentro.

—¿Qué?

—Los rusos han enviado perros y monos ahí arriba. Todos mueren, por supuesto. Pero siguen dando vueltas.

—¿Qué? ¿Con monos muertos dentro? —Con la boca abierta, Judith siguió comprobando el silencioso paso del satélite por el cielo.

Lamenté haberle contado aquello. Hay cosas que pueden alterar para siempre la vida de aquellos que las descubren. Cambié de tema.

—Cuando todo esto haya acabado, todo el asunto este de Arthur, quiero decir, estaré preparada para la Petición.

Judith apartó la mirada del cielo para escrutarme. Estaba a punto de decir algo, pero yo ya me había protegido con una mirada que advertía: «ni te atrevas».

Para Judith, como hubiera sido para Mammy, mi voluntad de realizar la Petición era una cuestión de fe. Era como si yo, a pesar de todas mis protestas en sentido contrario, viviera como ella, dentro de una creencia. Pero no era así. Yo no creía. No del todo, en cualquier caso. No del modo en que ella, Mammy y los otros pocos reían.

Lo cierto es que me impulsaba la desesperación. Había perdido durante un tiempo la guía de Mammy, y ahora estaba a punto de perder mi hogar y mi modo de vida. ¿Y quién sabía qué más me aguardaba? Podía bien esconderme detrás de las expectativas de Mammy, o bien rechazarlo todo y comenzar un nuevo modo de vida en un lugar limpio y lleno de antisépticos y diplomas, donde la iluminación y la imaginación no tuvieran cabida. Aunque mi cerebro volaba de uno de estos extremos al otro, mi corazón permanecía con Mammy; la ciega lealtad triunfaba poco a poco sobre la objeción racional.

De todos modos, aquello que empezaba a aceptar no era algo que pudiera tratarse a la ligera.

La Petición.

Necesitaría al menos un ayudante, posiblemente dos. En asuntos como estos es importante tener a alguien que, por así decirlo, te sostenga el abrigo. Para entonces, Judith ya era alguien en quien creía poder confiar.

La noche siguiente tenía otras cosas en las que mantener la cabeza ocupada: mi primera clase nocturna en el Colegio de comadronas. Salí algo antes de lo habitual, pues planeaba visitar a Mammy temprano y dejarla con tiempo suficiente para llegar a clase. Como parecía que nadie estaba dispuesto a llevarme, usé mi voluntad para detener un coche.

No es tan difícil como la gente piensa. A menudo practicaba desde detrás de mi pupitre, en la escuela, o en el autobús. Lo único que tienes que hacer es concentrarte en el cuello de alguien, y consigues que se gire para mirarte. Al final tiene que hacerlo. De un modo similar logré que un conductor se detuviera, y ya me estaba sentando cuando vi a Arthur con su motocicleta rugiente, a la hora habitual. Pasó de largo, pero pude ver su expresión de desilusión y angustia.

El conductor, un hombre de mediana edad que olía a fábrica de metal, me habló de lo defraudado que se sentía por no haber logrado un ascenso. Quizá no le presté la suficiente atención, porque me dejó a las afueras de la ciudad y tuve que caminar el último kilómetro y medio. Era una fresca tarde primaveral, y el crepúsculo empezó a caer sobre la ciudad a medida que me aproximaba. Las luces comenzaban a encenderse por todas partes, y sentí un estremecimiento de emoción al ver que estaba tomando el control de una nueva vida. Cuando ya terminaba de recorrer la carretera de Londres vi una bandera que ondeaba feliz en su mástil, y un hombre tocó la bocina de su coche al pasar a mi lado.

—¿Has traído la ginebra? —preguntó Mammy.

—Sí, otra pinta. —Teníamos litros y litros. Mammy solía hacerla en la bañera. Después empleaba bayas de endrinas para disimular el horrible sabor.

—Ponla en ese jarrón. Nadie te verá. Y trae otra pinta mañana.

—¿Otra? ¿Tan rápido te la trasiegas?

Mammy rió entre dientes.

—La estoy vendiendo.

Miré a la sala. Dos ancianas de pelo blanco y cara empolvada me hicieron una señal levantando los pulgares. Junto a la cama había un jarrón rojo con tres rosas de plástico de largo tallo. No había enfermeras a la vista, de modo que hice lo que me pidieron y vacié dentro la ginebra de endrinas que había conseguido colar. Después volví a colocar las rosas de plástico.

—Esas chicas la llevan a la sala de los hombres por mí. Ten. —Me puso en la mano un billete de una libra y algunos chelines, el beneficio de su tráfico ilegal, y me pregunté si sabía lo de la casa.

Pero Mammy estaba muy cansada. No parecía estar atendiendo cuando le hablé de las payasadas de los *hippies* de la granja Croker. No dije nada de las setas y de la amonita fuera de temporada, porque aquello la perturbaría. No pareció objetar cuando me marché algunos minutos antes del fin del horario oficial de visitas.

Incluida yo, la clase estaba compuesta por nueve mujeres, y yo me encontraba entre las más jóvenes. Atraídas por la explosión de la natalidad, algunas de aquellas señoras regresaban a la profesión después de una larga ausencia, aunque se les hizo sentir que ellas tenían más que aprender incluso que el resto de nosotras. La clase la impartía la señora Marlene Mitchell, una señora seria y mayor que se presentaba vestida con su uniforme de enfermera, y que explicaba las cosas como un santo de escayola colocado sobre el estrado que había en el frente de la clase. La señora Marlene Mitchell era bien consciente de su ventaja de altura. Me vi transportada de inmediato a la encogida timidez de mis años escolares.

Afortunadamente, era fácil permanecer invisible, incluso en un aula tan pequeña. A la señora Mitchell le gustaba hablar y que no la interrumpieran por nada. Y como yo era capaz de atender en silencio hasta la muerte, todo funcionaba exactamente como a mí me gustaba. No tardé en comprobar que no me costaría mucho aguantar dos trimestres ejercitando los oídos, y luego recoger mi diploma en silencio y seguir practicando la partería sin abandonar los preceptos bien probados de Mammy.

MMM, como pronto empezamos a llamarla,^[2] se dirigió a nosotras desde el frente del aula. Recuerdo un jarrón de narcisos que había sobre una mesa, a un lado del aula, debajo de una ventana abierta al aire de la noche primaveral. MMM tenía una dentadura espectacular, peor aún que la de Greta, y era una lástima porque uno de sus incisivos era del color del chocolate. Recuerdo que pensé: *imagínate que te encuentras con eso nada más salir del útero. Lo primero que ves en este mundo.* Un pensamiento cruel, indigno, hubiera dicho Mammy, e intenté que se me fuera de la cabeza, aunque era incapaz de evitarlo.

Nos hablaba de pie, en una posición rígida, con las manos juntas frente a ella. Solo abandonaba esta postura en contadas ocasiones, cuando se quitaba las gruesas gafas negras de la nariz para inspeccionar el reloj que llevaba, unido a una cadena, en el bolsillo del pecho de su uniforme azul almidonado. Aquellos momentos suponían la única ruptura en su monólogo, y solo entonces alguien (nunca yo) podía interrumpirla.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo la señora inquieta que tenía al lado, a la que durante una de estas pausas empezamos a llamar Cotorra.

MMM no dijo exactamente que sí, pero hizo un pequeño gesto con la mano abierta, como si quisiera indicar: «la clase es suya, pero sea breve, por favor».

—Ha dicho usted que durante el curso íbamos a hablar acerca de fórmulas. Bueno, pues tengo que decir que a mí no me gustan las fórmulas. ¿Dónde nos deja esto a aquellas que no las seguimos? —Cotorra era una mujer robusta, con un rostro amable y frescachón. Miró alrededor de la clase buscando apoyo; la mayoría mantuvo la cabeza gacha.

Antes de responder, la señora Marlene Mitchell comprobó la lista de nombres.

—Señora Carter, está aquí con nostras esta noche para aprender que a lo largo de los últimos quince años se han producido algunos cambios. Cambios importantes. Me temo que no es una cuestión de lo que a usted le guste o no, es una cuestión de práctica sanitaria. Esta es una expresión que irán usted escuchando cada vez más a lo largo de las próximas semanas: «práctica sanitaria».

—Entonces, ¿voy a tener que contarles a las mujeres cosas en las que no creo ni yo? —dijo Cotorra jovial, cruzándose de brazos.

MMM no era jovial.

—Esto lo discutiremos a fondo con el tiempo. Mientras tanto, se ha comprometido usted a venir aquí para aprender lo que es mejor para las madres. Este es el objetivo de estas clases. No usted. Ni yo. Las madres. — Y cuando dijo aquel «madres» marcó cada sílaba con el dedo índice, dando golpecitos al aire frente a ella. Satisfecha, se quitó las gafas y consultó de nuevo el reloj—. Bueno, estamos mal de tiempo, de modo que vamos a pasar a lo que se espera de ustedes.

MMM regresó a su monólogo. Cotorra se volvió hacia mí y echó los ojos hacia arriba.

Cuando salí del edificio del Colegio de comadronas vi a Cotorra aposentando su culo gordo en el asiento de una bicicleta. Me llamó.

—Pues anda que habrá cambiado ella en quince años, ¿eh? Es que no se calla. Qué mujer más pesada. Tú quédate con nosotras, las cluecas, y te irá fenomenal. ¡Nos vemos la semana que viene!

Y con esto se fue, pedaleando de forma inestable antes de que yo tuviera la oportunidad de pronunciar una sola palabra.

Pero en aquel momento me sentía demasiado desbordada como para preocuparme por la opinión de Cotorra acerca de nuestra profesora. Había acudido allí preparada para escuchar con atención, para confrontar cuanto se dijera con lo que ya sabía y con lo que Mammy me había enseñado. Sentía que el aprender cosas nuevas me devolvería a la senda de la vida. Y aunque no enajenara bien en la escuela, aquella noche comprendí lo desesperada que estaba por adquirir nuevos conocimientos, y de qué modo el aprender con Mammy renovaba mi mundo constantemente. Me parecía que el aprendizaje refrescaba las raíces de la vida. O quizá fuera como pelar la capa exterior de una cebolla, solo para encontrar otra más brillante debajo, y debajo de esta una dorada o iridiscente. Y mientras pensaba en estas cosas vi que la ciudad misma se había hecho crecer una nueva piel de oscuridad iluminada por el neón y la luz eléctrica de sodio, y empecé a caminar abrazada a mi libro de ejercicios. No tuve problemas en conseguir que alguien me llevara, y apenas reparé en el conductor o en su relato, tan

ensimismada estaba con la perspectiva de aprender. Me sentía preparada para cualquier cosa.

—No puedo seguir con esto —le dije a Judith.

—¡Quédate quieta! ¿Cómo esperas que te arregle el pelo si no dejas de moverte? Y deja en paz esas horquillas, que no las necesitas.

—¿Pero por qué tengo que hacer nada con el pelo? ¡Creía que la idea era desanimarlo! ¡Aay! —Me parecía que Judith estaba siendo deliberadamente violenta con el cepillo. Me estaba haciendo una raya en el medio de la cabeza, cuando de toda la vida yo me la había hecho a un lado, y parecía que para ello me tuviera que desollar la cabellera.

—Antes de desanimarse tiene que encontrar algo digno de conquistar. ¿Pero cuánto hace que no te cepillas esta selva? Pareces una bruja demente.

Había acudido a casa de Judith justo después de que ella terminara las clases. Quería «prepararme» para mi noche con Arthur. Ella tenía una bañera con grifos apropiados, mucho más lujosa que mi bañera de cinc, que había que llenar con cacerolas hervidas en el horno. Me sumergí en el agua mientras escuchaba el sonido del obsesivo aspirado de Judith en la planta baja. Pero después del baño ella quería «endulzarme», como si fuera un lechón en salsa de miel para una cena de gala. Se había traído el lápiz de labios, la máscara de pestañas, los polvos y todas esas cosas que convierten a una mujer en un payaso pintarrajeado, y no podía soportarlo.

—¡No quiero estar demasiado atractiva para él!

—¡Deja de hacerte la presumida, chiquilla! ¡Pero a ver qué te crees que eres!

—¡Aaau! ¡Deja de darme tirones! ¡No somos unas ramera, Judith! ¡No estamos tan desesperadas!

A modo de réplica, y de forma bastante deliberada, Judith pasó el cepillo con auténtica fuerza por un nudo del pelo. Grité, me giré y le di una bofetada. Ella dejó caer el cepillo y se llevó una mano a la mejilla. Le había dejado una clara marca de cinco dedos rojos. Ya se estaban desvaneciendo cuando la furia le hizo enrojecer. Fue ella entonces la que levantó la mano y me devolvió la bofetada, y con el doble de fuerza. Ahora era mi turno de

taparme la cara. Traté de devolverle el golpe, pero dio un salto hacia atrás para escapar de mi alcance y casi me caí de rodillas.

Después nos vimos superadas por el ridículo espectáculo que representábamos y empezamos a carcajearnos al mismo tiempo. Judith recogió el cepillo y se puso otra vez a arreglarme el pelo, esta vez con suavidad.

—Putá —dije en voz baja.

—Zorra —respondió ella.

—Pendón.

—Guarra.

Levanté la mano para detener el cepillado.

—Judith, todo esto me da miedo.

—Mira, ratoncita, todo va a salir bien. Después de lo que le vamos a dar, tendrá suerte de encontrársela dentro de los pantalones, así que ni hablemos de metértela. Le va a desaparecer.

—Pero..., ¿y si no funciona?

—Si eso sucede, y no va a suceder, haces que se corra con la mano. ¿De verdad que no lo has hecho nunca?

Sacudí la cabeza.

—Todas las chicas deberían saberlo. Si te ves presionada, utiliza la mano. Salvo que sea un cerdo. La mayoría de los hombres lo que quiere es correrse, y no les importa demasiado el cómo. Usa la mano, o la boca si se pone demasiado caliente.

—¿Qué?

—Que se la chupes. Estará tan ocupado retorciéndose que no querrá ponerla en ninguna otra parte, te lo digo yo. Conozco a los hombres.

¡Me sentí horrorizada!

—¿Pero no sabrá a pis?

—No, a no ser que te mee encima. ¿Es que *no* sabes nada de chicos?

—¡No! —aullé. La idea de chupar una de aquellas cosas me daba arcadas.

—Venga —dijo Judith—. No llegará a tanto. Y ahora gira la cabeza. ¿No me vas a dejar ni siquiera ponerte un poquito de maquillaje?

La ansiedad me estaba mareando. No era simplemente aprensión, ni el tener mariposas en el estómago. Me estaba poniendo fatal de verdad. Vomité en cuanto acabé de maquillarme. Después Judith volvió a limpiarme y me hizo cerrar los ojos. Me llevó cuidadosamente hacia el espejo de su tocador.

—Abre —me dijo.

Abrí los ojos y una extraña cabaretera de *music hall* me devolvió la mirada. Lo más asombroso de todo no era la pequeña cantidad de polvos que había permitido que Judith me aplicara en las mejillas, ni la línea negra que enfatizaba el blanco de los ojos, ni el toque de sombra que atraía la atención hacia los párpados, ni el delicado pintalabios rosa que engordaba mi boca. Era la raya blanca que me separaba la cabeza por la mitad. Me dividía en dos. Giré la cara para poder verme solo el perfil. ¿No podía ser aquella mujer otra persona?, pensé.

—Estás fantástica —dijo Judith—. Vamos. Todavía tenemos muchísimo que hacer.

18

Volvimos a la casita, y lo primero que hicimos fue preparar el pastel de huevo y beicon y meterlo en el horno. Después Judith quiso poner la mesa con un mantel limpio y velas. Yo protesté y le dije que aquello iba a parecerse a un prostíbulo, pero ella me respondió que yo nunca había visto un prostíbulo, lo cual era cierto. Preparamos dos botellas de cerveza y Judith se ocupó del salitre y las demás cosas. Yo iba probando la cerveza para ver si era posible distinguir el regusto, y Judith siguió echando aquel mejunje hasta que me pareció que habíamos dado con el punto. En lo que respectaba al pastel de huevo y beicon, no sabríamos nada hasta que estuviera terminado y pudiéramos probarlo. Eché bastante pimienta para disimular el sabor. De postre había costra de fruta, que con todo el azúcar que llevaba podía ocultar fácilmente cualquier cosa.

—Puede que no consiga lo que quiere, pero desde luego no se quedará con hambre —dijo Judith.

Aparte de eso, Judith también preparó un aliño para la ensalada.

—¿No es pasarse un poco? —le pregunté.

—No es nada —dijo vivamente. Judith había estado algún tiempo en Francia, donde supongo que conoció a un francés que le proporcionó todas aquellas ideas culinarias tan graciosas—. Tú asegúrate de que termine en su lechuga, y no en su polla.

Tenía que ser fácil odiar a aquella chica.

Cuando la comida estuvo preparada volví a vomitar, pero ya no me quedaba nada dentro. Judith dijo que debería asentar el estómago con un poco más de cerveza.

—¿Qué? ¿Con todas las cosas que le hemos echado? ¡Debes de estar de broma! Voy a tomar un poco de ginebra de endrinas.

—Date prisa, Fern. Solo disponemos de media hora para vestirme.

Yo tenía el mismo tamaño que Judith en todos los aspectos, y se había traído un vestido que iría bien con mi cara pintada. Consistía en una blusa ajustada de satén blanco que me encantaba, y una falda que en mi opinión enseñaba demasiada pierna.

—¡No puedo ponerme esto!

—Es una minifalda de Mary Quant. Tú pónitela.

—No.

—Bueno, pues entonces vuelve a embutirte en tu vestido viejo. Da igual que lo cosieran en la cárcel.

Lancé un suspiro y me probé la minifalda.

—¡Pero es que estoy ridícula!

—¡Oye, rica, que es lo que llevo yo todo el rato!

—Exacto.

—Cierra el pico y ponte esos *pantys*.

Nunca en mi vida me había puesto unos *pantys* de nailon. Judith tuvo que enseñarme a enrollarlos y a ponérmelos para no hacerles carreras: se empezaba por los dedos y luego se iba desenrollando el pie, la pantorrilla y las rodillas, antes de pasar a la otra pierna. Quise saber cómo hacía pis la gente con aquello puesto.

—Pues te los bajas, mentecata. ¿Por qué lo pones tan difícil? Además, si la cosa sale bien, ya te los habrá arrancado él antes de llegar a la costra de manzana. ¡Es una broma, Fern! ¡No me mires así!

A pesar de todo, aquel nailon oscuro tenía algo que me gustaba. A medida que se desenrollaba producía un sonido que era como un aliento suave sobre mi pierna. Susurraba contra la piel, y me daban ganas de apretar los muslos y las pantorrillas. Me encantaba aquel sonido. Me hablaba. Y hacía que mis piernas pareciesen largas y bien formadas.

—¿Ves? —me dijo Judith—. Ahora ponte esto. No son demasiado altos.

Me entregó un par de zapatos de cuero negro. Los tacones me elevaron tres centímetros y me echaron hacia delante la cadera y los muslos. Me cambió el centro de gravedad.

—A ver. Deja que te mire. —Me cogió un mechón de cabello y me lo colocó detrás de la oreja—. Fern, estás espectacular. Casi me dan ganas de lanzarme yo a por ti.

Me quedé mirándola.

—¿No podrías ocupar tú mi puesto? Por favor...

—¡Por el amor de Dios, esto es una cita! ¡No puedes cambiarte por una amiga! ¿Se está quemando el pastel?

El hojaldre del pastel de huevo y beicon se había hecho demasiado y humeaba. A pesar de todo no estaba malo, y Judith dijo que si Arthur se quejaba de que estaba un poco amargo, tenía que contarle que se me había pasado un poco en el horno.

Todo estaba preparado, excepto yo. No podía dejar de temblar. Hice prometer a Judith que vendría a las nueve en punto para comprobar qué tal iban las cosas. Tenía que mirar por la ventana y llamar a la puerta con el pretexto de haber olvidado algo. Me prometió que no me pasaría nada, me dio un beso en los labios y volvió a aplicarme un poco de carmín antes de marcharse.

Arthur McCann fue de lo más puntual. Llamó a la puerta al sonar las siete.

Inspiré y abrí la puerta.

—Hola —dije—. Tengo un pastel.

—¡Jesús! —exclamó Arthur. Flaqueó y pareció tener la sensación de que se había equivocado de casa. Me miró el pelo y después las piernas, antes de echar un vistazo por encima de mi hombro y ver las velas encendidas sobre la mesa puesta—. Jesús —dijo de nuevo—, sí que has estado ocupada.

Las mejillas me empezaron a arder y mi mano salió disparada para tocar unas horquillas que no estaban allí. Me sentía como si se me estuviera hinchando la cabeza. Arthur había prescindido de la ropa de motorista y había acudido con un bonito traje gris y una corbata azul estrecha. Se demoró un poco en el umbral y capté el olor de la cerveza avinagrada. No se me había ocurrido que pudiera haber bebido algo antes de acercarse. Me hice a un lado para dejarlo entrar y cerré la puerta detrás de él, con demasiada fuerza. Pareció alarmarse, de modo que la abrí de nuevo y la

dejé así, para que entrara el aire nocturno. Después le pedí que se sentara en la silla de Mammy mientras le servía un vaso de cerveza. Él estaba a punto de decir algo pero sentí que me volvían las arcadas, de modo que deposité la cerveza con un golpe sobre el mantel del hogar y salí para apoyarme contra la pared y calmarme un poco.

Solo necesitaba un momento para contemplar las primeras estrellas que ya empezaban a aparecer. Me ayudó pensar en Valentina, mi heroína cosmonauta, allí sola, en su satélite resplandeciente. Ella sí que sabría qué hacer con Arthur. Me llamé virgen ridícula y después de un momento volví a notar los latidos del corazón. Por fin regresé dentro.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—¡Por supuesto que estoy bien! ¿Es que te crees que eres el primer hombre para el que preparo un pastel, me visto así e invito a mi propia casa sin que haya nadie más presente? ¿Es eso, eh?

Arthur se puso el dedo en la oreja y sacudió la cabeza.

—Bueno, no...

Vi su cerveza sin tocar sobre el hogar.

—Bebe algo de cerveza, ¿quieres? Tú bébetela. —Mi voz sonaba como un chirrido. No parecía para nada mi voz habitual.

—Creo que esta noche ya he bebido demasiado.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser!

Parpadeó mientras me miraba con ojos soñadores.

—Ya estoy achispado. He estado en el Bewicke Arms. Si me bebo una más me caigo redondo.

—¡Pero eso no puede ser!

—¡Bueno, si insistes! —Tomó la cerveza de la chimenea y se bebió medio vaso—. No tiene fuerza.

Me senté lentamente en la silla al otro lado de la chimenea, mirándolo y preguntándome cómo podría darle más gracia a aquella pócima.

—Tienes un aspecto estupendo, Fern. Fabuloso.

—Eso da igual. Bebe un poco más.

—Ya te digo que no tiene fuerza. —Entonces eructó en silencio.

—¡Bueno! —salté—. Pues tendrás que comer algo...

Aparté una silla de debajo de la mesa, como una camarera en un restaurante, y esperé a que se sentara. Extrañado, Arthur se rascó la cabeza, se acercó obedientemente y se sentó en la silla. Después llevé a la mesa el pastel, que seguía caliente dentro del horno apagado, corté una generosa porción y la serví en un plato con ensalada.

Estaba a punto de ponérselo delante cuando me dijo:

—¿Y qué es esto?

—Pastel de huevo y beicon.

Arthur inspiró a través de los dientes.

—Lo siento mucho. Debería haberte avisado de que soy vegetariano.

—¿¡Que eres qué!?

—Vegetariano. Lo soy desde hace algunos años.

—¡No puede ser!

—¡Pues es!

—¡Vegetariano! —grité—. ¿Pero por qué, por el amor de Dios?

—Bueno —respondió Arthur en tono razonable—, creo que no está bien comerse a los animales, eso es todo. Y no trato de imponer mis opiniones a nadie más. Si tú quieres comer carne, es asunto tuyo. Solo que en mi opinión no es necesario. —Ya comenzaba a arrastrar un poco las palabras. No se me había ocurrido que también él estaría nervioso, y que necesitaría un poco de valor alcohólico antes de venir.

Me quedé con la boca abierta, con el plato aún entre las manos, congelada en el acto de colocarlo sobre la mesa y pensado cómo era posible que en todo aquel distrito hubiera un solo vegetariano, y que hubiera tenido que tocarme a mí. Dejé el plato en la mesa con un golpe y cogí su cuchillo. Arthur se encogió un poco, como si fuera a atacarlo con él, pero lo usé para empezar a separar el beicon del pastel. Pesqué las lonchas de carne con los dedos e hice un montoncito con ellas en mi lado de la mesa.

—Hala —dije—, ya no tiene nada de carne.

—Mira, Fern... —comenzó.

—No digas nada, Arthur McCann. Me he pasado toda la tarde preparándote este pastel, y vaya si te lo vas a comer. —No pude evitar el tono chillón de mi voz.

Soltó una risa e hipó.

—¡Está bien! Cálmate.

—Estoy perfectamente calmada.

—¿No vas a comer conmigo?

Recordé el aliño de la ensalada.

—No tengo apetito —dije mientras lo cogía. Volví a la mesa y le serví abundantemente.

—¡Espera! —me detuvo—. ¿Qué es eso?

—Aliño francés. Muy fino. Y no lleva carne. No pondrás ninguna objeción, ¿no?

—No.

—Muy bien, pues ten un poco más. —Le encharqué todo el plato con aquel mejunje. Después, con el pretexto de abrirle otra cerveza, me alejé de la mesa y le serví algo más de la botella preparada. Decidí darle fuerza con un buen chorro de ginebra de endrinas.

—Esta está mejor —aseguró después de probar la nueva bebida—. Aunque le metes una cuchara y se queda de pie.

—¿Vas a pasarte la noche entera quejándote de todo lo que te ponga delante?

Arthur masticó con gesto adusto la costra quemada de su pastel. Después parpadeó mientras me miraba con ojos rojos. Sonrió adormecido.

—Menuda velada está resultando.

Debo decir con satisfacción que el pudin bajó bastante mejor, aunque tuve que seguir exhortándolo para que bebiera. Al menos mi pulso comenzaba a normalizarse para cuando empezó a repetir del postre. Incluso alabó la costra de fruta, lo que resultaba innecesario. Entonces, justo cuando yo rumiaba una o dos preguntas para tantear lo que sabía acerca de Venables, me di cuenta de que Arthur se estaba preparando para lo que Judith ya me había advertido: el «salto».

Judith me había explicado que debía esperar uno de los dos tipos de salto. El primero, decía, resultaba tan evidente que parecía que te lo telegrafiaban con dos días de antelación. El hombre entraba en una especie de mundo adormecido y distraído y se movía a cámara lenta, como si sus

pies y pensamientos estuvieran atrapados en un río de barro. Según ella, aquellos eran fáciles de esquivar, ya que los veías venir un cuarto de hora antes del ataque propiamente dicho. El otro tipo, según me había contado, era un asalto tan rápido, tan repentino, que incluso el hombre parecía sorprendido por su velocidad.

Así que pensé que ya le había cogido la medida a Arthur cuando empezó a farfullar acerca de la costra de fruta. Pero me había confundido. Me llevé su plato al fregadero, y estaba aclarándolo cuando oí un ruido a mi espalda. Me pasó los brazos alrededor de la cintura y comenzó a besarme el cuello. Supuse que aquello era un salto tipo dos. El caso es que no sabía qué hacer con el plato lleno de migas. Instintivamente le di con la bayeta mojada y lo alcancé en el ojo.

Se tambaleó hacia atrás, frotándose el ojo dolorido, y se desplomó sobre una rodilla. Gimió. Me sentí mal y corrí hacia él para ver si estaba bien, y cuando me quise dar cuenta me había rodeado el trasero con los brazos y había hundido la cara entre mis muslos.

No sé cuándo se había afeitado por última vez, pero pude sentir la aspereza de su mentón al frotarse contra el nailon, mientras decía «Fernferfern, eres fantástica». Eso era lo único que decía: «Fernferfern».

Durante un momento pensé que se había quedado dormido con la cara entre mis muslos, pero se puso en pie y me besó, empujándome contra el fregadero de la cocina. No es que me diera aversión el beso, pero pude saborear la cerveza, el salitre y la ginebra de endrinas en su aliento, por no mencionar el ajo del aliño de Judith. Y no se mezclaban bien. Para colmo, pude sentir lo que ocultaba en los pantalones apretándose contra mi muslo. Después de un rato traté de apartarlo, pero se rió y me levantó entre sus brazos.

Admito que grité (más por diversión que por miedo), y después me llevó por todo el salón y me descargó sobre el viejo sofá. El tapete de encaje de Mammy se cayó del respaldo. Quise reírme, hasta que tanteó debajo de mi falda ridículamente corta, ancló los dedos alrededor de la cintura elástica de los *pantys* de nailon y de las bragas, y me los bajó hasta los tobillos. Volví a gritar.

—¡Arthur! ¡Quítate de encima! ¿Qué te crees que estás haciendo? ¡Dime lo que sabes acerca de Venables!

—¿Eh? ¿Qué? ¡No puedo más! ¡Tienes que ser mía, Fern!

—¡Quítate de encima, marrano!

Pero no conseguí moverme debajo de su peso, y él ya se había desabrochado los pantalones y los tenía a la altura de las rodillas. Entonces se echó hacia atrás y lo único que vi fue su largo armatoste rosado balanceándose en el aire, y no me pareció tanto una parte de su cuerpo como algo que se había escapado de la tienda de animales exóticos en la feria anual del condado, y pensé que iba listo si se creía que iba a meterme eso.

Así que se la cogí.

Arthur lanzó un grito antes de quedarse quieto y empezar a temblar. A continuación se derrumbó sobre mí con un espasmo, diciéndome «Fernfernfern» al oído, «Fernfernfern», y sentí su polución en la mano. Al final sus espasmos se hicieron más suaves y su voz en mi oído más baja, hasta que pasado un rato comprendí que se me había quedado dormido encima.

Traté de desembarazarme de él, pero pesaba demasiado. Me miré la palma. Tenía el semen por toda la mano, resplandeciente como el *vernix* de un niño recién nacido. Lo puse cerca de una vela y la luz lo iluminó como si fuera madreperla, o la baya del muérdago. Era bonito, una especie de sustancia mágica, caliente y pegajosa, que recorría la línea de la vida de mi mano, y pensé que aquello era cuanto se necesitaba: un poco de aquello mezclado dentro de una chica y aparecían esas cositas lloronas, alegres y chillonas, y surgía una nueva alma, y pensé: ¡vaya material más brillante y peligroso!

Arthur comenzó a roncar suavemente. Tenía que salir de debajo de él antes de que algún demonio en mi interior decidiera poner algo de aquella cosa allí donde anhelaba ir. Le grité al oído. Lo golpeé en los hombros para que me dejara salir, pero él seguía roncando y no parecía haber modo de despertarlo. Al final conseguí maniobrar la pierna, sacarla de debajo de su cuerpo y usarla para empujar y dejarlo caer rodando. Una vez en el suelo, Arthur se tumbó de espaldas, chasqueó los labios un par de veces y siguió

roncando. Corrí al fregadero, donde mi limpié aquella materia mágica, como las estrellas, antes de hacer alguna inconveniencia.

Cuando volví a su lado me asombró ver que el miembro seguía enhiesto en el aire. Siempre había creído que aquellas cosas bajaban después de eyacular. Pero allí estaba, en pie y orgullosa, como el último bolo testarudo en la bolera, o como un hongo *mutinus* en el bosque.

Miré más de cerca. No olía mal, como el *mutinus* (un hongo que ni siquiera me gustaba tocar); de hecho, el olor que procedía de ella, almizclado y empalagoso, me recordaba al florecer de mayo. Ahora que Arthur estaba roncando, aquella cosa que hacía un momento había parecido un hurón desbocado tenía un aspecto bastante cómico. Me estaba preguntando qué sucedería si la tocara de nuevo cuando oí unos golpes en la puerta.

¡Las nueve en punto! Era Judith, que había venido a ver si todo iba bien.

—¿Dónde está? —preguntó, poniéndose de puntillas para mirar por encima de mi hombro una vez le abrí la puerta.

—Atrás, durmiendo.

—¿Qué? —Me hizo a un lado—. ¿Qué está haciendo ahí?

—Ya estaba bastante borracho cuando llegó. Después le di cuatro vasos de cerveza mezclados con ginebra.

Judith me miró como si estuviera un poco loca. Después entró en tromba en el salón.

—¡Madre de Dios! ¿Qué es eso?

—Pues es lo que parece. —Vi cómo se acercaba muy despacio al dormido Arthur. Sus ojos estaban fijos en el palo de la tienda—. No te preocupes, no conseguirás despertarlo. Ya lo he intentado yo.

—Al menos podrías haberlo tapado.

—¡Oh, discúlpeme, mi dama! ¡Le pondré un pañuelo encima! Pero eso da igual: ¿qué pasa con tu salitre, tus yemas de sauce negro y tus nenúfares dulces? ¡No sirven de nada! ¡Son completamente inútiles! ¡Decías que ni siquiera conseguiría una erección!

—Mierda. ¿Se ha comido el pastel?

—Pues claro que se ha comido el pastel. ¡Pero míralo ahora! ¡Justo lo contrario! ¡No pienso volver a hacerte caso, Judith!

Se puso de rodillas y se apoyó contra el sofá, fascinada.

—¡Pero tú mira eso! No muestra ningún signo de mengua, ¿a que no?

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —pregunté.

Judith pensó durante unos momentos.

—Podríamos hacer un arco.

—¡Hablo en serio, Judith! No quiero que se despierte e intente clavarme esa cosa.

Judith estiró el brazo y le dio un pequeño capirotazo al glande, que vibró antes de regresar a su posición. Volvió a hacerlo.

—¡Judith!

Le abrió un ojo a Arthur con el índice y el pulgar. Estaba blanco. Después le tiró del pelo. Con más fuerza. Le dio una bofetada. Él seguía roncando plácidamente.

—Muy bien. Vamos a sacarlo fuera. Quizá el aire fresco lo reanime.

—¿Y entonces qué?

—¡Yo qué sé! ¡Estoy pensando en ello, Fern! Cógelo de una pierna y un brazo, ¿quieres?

—Primero vamos a esconder eso.

Intentamos subirle los pantalones, pero aquello no quería colaborar y no fuimos capaces de abotonarlo.

—¿Cómo demonios pueden los hombres ir por ahí con esta cosa en los pantalones? —dijo Judith. Cogió algo negro que colgaba de una percha junto a la puerta y cubrió el pene con ello.

—¡Ese es el mejor sombrero de Mammy! ¡Quítaselo!

Judith suspiró y cambió el sombrero por un mantelito para teteras. Después resopló.

A mí no me pareció tan gracioso.

—No pienso volver a utilizar eso —dije.

—Cállate y vamos a sacarlo.

Resultó un enorme esfuerzo bajar a Arthur del sofá y arrastrarlo por el salón y por el suelo de la cocina. Era un hombre muy grande. Su cabeza no dejaba de golpearse contra los escalones cuando lo sacamos. Judith quería dejarlo tirado en la hierba y cerrar con llave para que no pudiera entrar, pero no me pareció muy justo. Entonces tuve una idea. Sugerí que lo

arrastráramos hasta el retrete y lo colocáramos en el inodoro, de modo que cuando se despertara pensara que había salido por propia voluntad y que se había quedado allí dormido. De modo que allí lo llevamos. Tuvimos que parar una vez para volver a colocarle el mantelito, pero se deslizó bastante bien sobre el empedrado húmedo del jardín. Colocarlo derecho sobre el inodoro fue complicado, pero después de un gran esfuerzo conseguimos dejarlo allí con los pantalones por los tobillos, aún roncando y chasqueando los labios, profundamente dormido. Le dejamos el mantelito puesto, para darle algo en que pensar cuando por fin despertara.

Una vez dentro, echamos el pestillo a la puerta. Yo estaba agotada, pero Judith me obligó a contarle todo lo que había sucedido. Al final conseguí persuadirla para que se quedara a dormir conmigo, no fuera a ser que Arthur se pusiera furioso, de modo que nos metimos juntas en la cama y nos quedamos hablando en la oscuridad.

—Se me corrió en la mano —le dije—. Y entonces se echó a roncar.

—Sí, eso es muy típico de los hombres —dijo, me pareció que con melancolía.

Después de una hora más o menos, Arthur dio unos golpecitos en la puerta y me llamó. Judith y yo nos abrazamos y nos quedamos calladas como ratones. Volvió a llamar a la puerta y a pronunciar mi nombre. No tardó en rendirse y marcharse.

—No pienso volver a hacerte caso —le dije.

—Calla —respondió Judith—. Vamos a dormir.

19

No estaba muy segura de que los acontecimientos de la noche hubieran servido a mi causa o me hubieran ayudado en mi predicamento. Mi idea era interrogar a Arthur acerca de mis posibilidades y darle suficiente coba como para que usara su influencia en mi favor. Lo único que Judith decía acerca de aquello era: «espera y verás».

Como el día siguiente era el sábado de la fiesta en la granja de los Croker, Judith se quedó todo el día, intentando convencerme para que la llevara. También desplegó el *Almanaque del Viejo Moore* sobre la mesa de la cocina, pero solo después de que la obligara a limpiar de arriba abajo y a eliminar toda señal de la cena de la noche anterior. El *Almanaque del Viejo Moore*, además de su preciso listado de las posiciones de la Luna y de información acerca de las estrellas y las mareas, estaba cuajado de anuncios de patas de conejo, amuletos de *pixi* y cosas similares, junto con los testimonios de todos aquellos a los que les había llovido el dinero después de obtener uno de estos talismanes.

—Deberían encerrarnos por vender estas tonterías —dijo Judith.

—Sí —respondí yo, echando los últimos restos del pastel de huevo y beicon al cubo de la basura—. También podríamos vender anafrodisíacos.

Me sentía más cómoda vestida otra vez con mi propia ropa, con mi propio peinado sujeto con tres tranquilizadoras horquillas de hierro encima de la oreja derecha. Le dije a Judith que si aquello era lo que se conseguía haciendo el pendón, se lo podía quedar ella.

Me ignoró y siguió consultando las tablas, que se imprimían muy pequeñas.

—Sólo te quedan dos lunas llenas antes de mediados de verano y no te conviene demorarlo hasta después. Ni te conviene hacerlo en creciente. Ni te conviene hacerlo con la maldición. —Se mojaba la punta del dedo índice para pasar cada una de las páginas del almanaque—. Es asombroso cómo desaparece el tiempo cuando no planificas las cosas.

—¡Deja de acosarme!

—Tú misma. Pero si de verdad vas a realizar la Petición, deberías hacerlo cuando aún sigas en la casita, con acceso fácil al bosque y a las praderas. Eso es lo único que digo.

—Ya lo sé —respondí, y eché al fregadero lo que quedaba de su perversamente ineficaz aliño de ensalada.

Aquel día visité a Mammy un poco antes, y Judith vino conmigo. La visita no fue bien. Quizá fuera por la chaqueta de cuero, o porque había acudido acompañada, pero Mammy se sentía confusa. No pareció reconocerme siquiera. Al ver lo disgustada que me sentía por aquello, Judith me dejó sola y esperó fuera. Le sacudí la almohada a Mammy y la peiné. Me miraba con ojos vidriosos.

—¿Por qué me acosas? ¿Has preguntado a la señora? —me dijo.

Me pregunté si habría adivinado lo que estaba a punto de hacer. Nunca había subestimado la intuición de Mammy con respecto a ningún tema.

—Siempre lo hago, Mammy.

—Deja de atormentarme, Jane Louth —replicó—. ¿De cuánto estás?

—No estoy embarazada, Mammy.

—Sé lo que quieres, Jane. Las chicas venís a mí en busca de ayuda, pero no os atrevéis a hablar con sinceridad. Y no dejáis de farfullar. Os pido que guardéis silencio pero no sois capaces de mantener la boca cerrada, y soy yo la que termina sufriendolo. —Parecía extrañamente enfadada.

—Sí, Mammy.

—Si no dejáis de decir inconveniencias, seré yo quien tenga que pagar el precio. Y no veo por qué debería yo pagar por lo que hagáis ninguna de vosotras. ¿Quién es el padre?

—No puedo decírtelo, Mammy.

—Bueno, pues si tú no puedes decírmelo, yo no puedo ayudarte. Qué, eso sí lo entiendes, ¿no? Es parte de lo que tienes que pagarme. Conocimiento. Es mi protección, este conocimiento, por eso debo saberlo. ¿Te lo hizo en la casa grande?

—No, Mammy.

Mammy me dejó lavarla de arriba abajo, pero entonces debió de pensar que era una de las enfermeras y empezó a gritar y a decir que tenía los pies fríos.

Dejé el hospital sintiéndome más deprimida que nunca después de una visita. Mammy no me había identificado ni por un momento. Judith vio mi angustia y cuidó de mí. Me llevó a casa y se empeñó en que necesitaba alegrarme, así que le dejé salirse con la suya respecto a la fiesta de aquella noche.

Aunque ya estaba más que harta de ver a Judith mariposear por toda la casa cuando llegó la hora de marcharnos para la granja de los Croker. Me irritaba preguntando cosas como quién estaría allí, si eran de un modo u otro... Después volvió a empezar con mi pelo y me preguntó si pensaba vestirme. Le dije que iba tal cual estaba, y aquello pareció enfurecerla.

—Y yo pareceré un muermo por asociación —dijo.

—Y yo pareceré una prostituta por estar contigo.

Y durante la hora siguiente no nos dirigimos la palabra, lo que a mí me pareció estupendo. Judith llevaba una elegante falda larga cuyos botones frontales tenían forma de mora e iban de arriba abajo, invitando a cualquiera a recogerlos como las frutas del seto. Y bajo esa falda se había puesto unas botas de cuero blanco que le llegaban a las rodillas. Se marchó arriba y se quedó un buen rato callada. Cuando subí, me la encontré delante del viejo espejo de Mammy.

—¿Pero qué narices estás haciendo con eso? —le dije.

—No me distraigas. Un desliz y tendré que empezar de cero. Es un auténtico latazo, pero merece la pena.

Se estaba pegando unas enormes pestañas postizas. Observé cómo depositaba una línea de goma en los párpados y se aplicaba cuidadosamente

aquellas cosas—. A ver, dime: ¿están rectas?

—¡No puedes salir con esa pinta! ¡Van a reírse de nosotras!

—Te juro, Fern, que antes de que termine esta noche te doy un sopapo.

Íbamos a comenzar un nuevo duelo de gritos cuando oí una voz de hombre que llamaba desde fuera. Miré por la ventana de abajo y vi aquel pelo rojizo enfrente de la puerta.

—¡Oh, Dios, es Arthur! —dije.

—Sal a hablar con él —me urgió Judith—. Dile que todo fue cosa suya.

Lo dejé entrar. Se había quitado el traje y volvía a vestir su uniforme de motorista, que me gustaba más. Se me quedó mirando, quizá por la ropa que llevaba. Entonces sacudió la cabeza levemente, como si estuviera deshaciéndose de alguna idea descabellada que le pasara por la cabeza, o como si un hada hubiera destejido algún hechizo. Estaba muy agitado y dijo que había venido para ver si todo iba bien. Le dije que yo sí que estaba bien, pero que me preguntaba cómo estaría él. Le dije que me sentí fatal cuando se levantó y me dejó después de la cena, para marcharse al retrete y no volver a verle el pelo.

—Me he despertado esta mañana con el peor dolor de cabeza de mi vida, Fern. Era como si me hubieran pegado en la cabeza con un yunque. La verdad es que me sentí un poco tonto. Y además me he cortado la oreja. No sé cómo me lo he hecho.

Recordé que su cabeza había bajado rebotando el umbral de granito, pero no dije nada. Entonces apareció Judith. Se quedó al pie de la escalera, balanceando la pierna dentro de la falda y las botas blancas, apoyada contra la pared, con una mano en la cadera. Tenía la lengua apretada contra el carrillo y sonreía.

—Hola, Arthur —le dijo.

—Oh —respondió él, que no la conocía de nada.

Los presenté.

—Encantada de conocerte, Arthur —dijo Judith, que se quedó contemplando claramente su entrepierna antes de volver a mirarlo a los ojos y parpadear con aquellas ridículas pestañas.

—Oh —repitió él—. Bueno, bueno, que había venido a disculparme. Bebí demasiado antes de venir aquí. Recuerdo que quitaste el beicon de mi

pastel, y después todo está borroso hasta que me despierto en tu retrete con un horrendo dolor de cabeza. Así que pensé que lo mejor era marcharme a casa.

—Sí —dijo Judith—. Fern me ha comentado que viniste con mucha energía.

—No pasa nada, Arthur —dije rápidamente.

—¡Menudo salvaje que estás hecho, Arthur! —dijo ella poniéndole ojitos.

—Espero no haber...

Lo corté.

—No pasa nada, de verdad. Ignórala.

Arthur se metió la mano por el cuello, como si estuviera persiguiendo un pequeño insecto. Después volvió a mirarme de arriba abajo. Era evidente que le preocupaba algo, pero no estaba seguro de lo que era.

—Bueno, pues entonces me marchó. Siempre que estés bien...

—¡Adiós, Arthur! —dijo Judith, que todavía sonreía y movía la rodilla.

Arthur se retiró por el camino del jardín, tocándose el corte en la oreja.

Quizá estoy fuera de onda, pero cuando la gente dice «una fiesta» asumo que se refieren a que se toman alguna molestia, a que quizá decoran un poco el sitio, compran algunos globos o indican de algún modo que ese día no es igual a los demás. Hasta el beato más aburrido se pone al menos una ropa diferente. Pero nada en la granja de los Croker indicaba que se hubiera hecho el menor intento de señalar la ocasión como especial. Todo tenía exactamente el mismo aspecto que el día de mi primera visita.

Y quiero decir exactamente. Seguía sin haber señal alguna de trabajo por toda la granja, y aunque en una enorme sartén se estaba preparando algo con ajo que olía bastante bien, la cocina estaba vacía. Llegaba música desde otra parte de la casa, aunque no era esa horrible música hindú, sino una desastrada y caótica improvisación que transmitía una sensación extraña.

—¿Estás segura de que no pasa nada raro? —me preguntó Judith, cuya confianza comenzaba a flaquear.

La puerta de la cocina estaba abierta, de modo que me aventuré dentro.

—Bueno, nos han invitado. Vamos. —Era cierto, yo había sido invitada. Aunque después de mi comportamiento, dudaba de que nadie me esperara.

La llevé a la habitación en la que ya había estado, y donde me encontré con una escena idéntica a la de la otra vez: gente derrengada en los colchones, una bruma de humo de cigarrillo y velas parpadeantes. Todos medio dormidos en la penumbra. Niños tumbados en los regazos. Un fuerte olor a incienso. Quizá nadie se había movido desde aquel día. O no se había celebrado al final la fiesta, o durante mi primera visita me había topado con una celebración similar. Chas se levantó desde la confusión de cuerpos.

—¡Ey, mirad a quién tenemos aquí! Esto es asombroso. Increíble. ¿Sabías que era mi cumpleaños?

Me sentí confusa.

—Claro. Por eso hemos venido.

Chas se me quedó mirando como si yo fuera un oráculo griego.

—¡Esto es alucinante! ¡Ey, todos, mirad! ¡Sabían que era mi cumpleaños!

Judith y yo intercambiamos miradas. Hubo un montón de sonrisas. Luke, interrumpido en la labor de liar un cigarrillo, nos miró levantando las cejas. Otros pocos saludaron con pereza. Greta se incorporó para abrazarme, y cuando le presenté a Judith también la abrazó.

—Bienvenidas a la fiesta. Sentaos.

No había asiento alguno. Aquello parecía lo contrario a *Alicia en el País de las Maravillas*, cuando hay un montón de sillas y el Sombrero Loco dice que no hay sitio. Ni siquiera quedaba mucho espacio en el suelo de madera pelada, pero Judith y yo conseguimos arrodillarnos y sentarnos sobre los tobillos. Un chiquillo muy guapo con el pelo tan largo como el de una niña fue enviado a la cocina para traernos un vaso de cerveza caliente. Chas seguía ejercitando su imaginación y trataba de averiguar cómo habíamos sabido que era su cumpleaños. Oí cómo le decía a alguien: «o es la coincidencia más alucinante del mundo o...»

Vi algunas guitarras, tambores y violines apoyados contra la pared, en una esquina. Greta siguió mi mirada.

—Más tarde empezamos con la música y la comida.

Al menos aquello sí era como se me había prometido.

—Entonces, ¿normalmente no coméis? —dijo Judith. Greta rió con ganas mientras se palmeaba los muslos, como si aquello fuera desternillante. Pero Judith se quedó mirándola tras aquellas largas pestañas postizas.

Chas se unió a nosotras y se hizo sitio entre las dos: se puso en medio y encajó su trasero entre los nuestros. Greta volvió a echarse en algún sitio de la habitación. Chas nos pasó un brazo a cada una por el hombro. Judith volvió a mirarme, y decidí que iba a evitar cualquier contacto visual con ella durante el resto de la noche.

—Estoy tan contento de que hayáis venido las dos precisamente este día... —nos dijo.

La verdad es que yo creía que se iba a echar a llorar de contento, tal y como hablaba.

—¿Qué es esta música? —le pregunté. No sabía muy bien si me encantaba o si la odiaba. Sí, me parecía improvisada, pero se te metía dentro, muy dentro. Hacía cosquillas. No estaba muy segura de querer dejarla.

—*Green Onions*.

—¿*Green Onions*? Menudo nombre para un disco.^[3]

—Sí, menudo. Pero mola, ¿eh? —Me lo dijo a mí pero miró a Judith mientras meneaba la cabeza al ritmo de la música—. *Green Onions*.

—Lo odio —dije.

—No es verdad —me respondió.

Escuché un poco más. Tenía razón. Me gustaba. Solo tenía que dejarme ir.

—Sí —dije al fin—. Me gusta. Me gusta un montón.

—Le gusta un montón *Green Onions* —le dijo Chas a Judith. Después lo gritó a todos los presentes—. ¡A Fern le gusta un montón *Green Onions*! —Todos parpadearon y me sonrieron, como si quisieran decir que aquello demostraba lo buena persona que era.

—Lo cierto es que me encanta —dije, pero no creo que me oyera. Tenía puesta la atención en otra parte.

—Teníamos otras tres fiestas a las que poder ir —dijo Judith— y tuvimos que terminar en esta.

Chas se quedó mirándola de forma entrañable.

—Terminar —dijo.

Judith le devolvió la mirada.

—Sí, terminar.

Justo cuando creía que aquellas miraditas cariñosas iban a seguir eternamente, Chas se acercó a Judith y le plantó un beso en los morros. Creí que ella saltaría hacia atrás, pero le devolvió el beso. Y siguieron besándose. Y siguieron.

De haber tenido reloj los hubiera cronometrado. Observé a mi alrededor para ver si alguien más estaba mirando aquello, pero nadie parecía prestar demasiada atención. Greta me miró y sonrió, aunque me pareció que sin mucha alegría. Volví a observar a los besucones y pensé que quizá estaban intentando superar algún récord del mundo. Chas seguía con el brazo sobre mi hombro mientras se inclinaba sobre Judith. Me crucé de brazos.

Guarra.

Después de lo que me pareció una vida, y justo cuando la música terminó, dejaron de besarse y creí oír a unos perros ladrar en el patio. Chas se echó hacia atrás, pero seguía con los ojos cerrados. Judith se lamía los labios y no dejaba de mirarlo. Chas tanteó y cogió un cigarrillo liado que llevaba detrás de la oreja y lo encendió. Inhaló de forma casi teatral antes de pasárselo a Judith, que también dio una buena calada melodramática. Después sostuvo el pitillo para que lo cogiera yo.

—Yo no quiero de eso —dije—. Es un porro.

Aún más desagradable que lo que llevaba el cigarrillo era el beso residual que todavía burbujeaba en el extremo.

—Ya sé que es un porro —respondió Judith. Volvió a menearlo delante de mí.

—Quítame eso de debajo de la nariz. Apesta.

Judith se encogió de hombros y dio otra calada. Chas nos miró a las dos y sonrió.

Me sentí provocada por aquella sonrisa, pero no lo demostré. Me levanté y me aparté de ellos. Greta me vio y se levantó a su vez.

—Fern, espero que no te moleste, pero les he dicho que cantas muy bien.

—¿Qué?

—¡Oh, venga! Sería un estupendo regalo de cumpleaños para Chas. Lo dejaría alucinado.

Miré a Chas. Estaba haciendo anillos de humo para Judith, que a su vez los perforaba con el dedo. No sabía cómo responder, porque aunque sabía que tenía una buena voz (mejor que buena), muy raramente la empleaba. No quería ser el centro de atención. Dije algo sobre que quería un vaso de agua y salí a la cocina.

Greta me siguió, pero mientras entraba en la cocina tres hombres y una mujer muy alta pasaron junto a nosotros y se metieron en el salón.

—Hola —dijo uno de ellos hombres de forma amistosa, aunque sentí que algo no iba bien.

—¿Quiénes son? —le pregunté a Greta.

—Ni idea —me dijo—. Vamos, Fern, yo voy a cantar, y me encantaría que tú también lo hicieras.

—Entonces, ¿dejáis que unos completos extraños entren y salgan de vuestra casa cuando les dé la gana? —Mi intuición estaba disparada. No tenía la menor duda de que iba a suceder algo con esos hombres.

—Aquí la gente siempre está entrando y salien... —Y entonces miró por la ventana—. Oh, cielos —dijo, y volvió corriendo a la otra habitación.

Miré al patio. Había estacionados dos coches de policía. Apoyado contra uno de ellos estaba Bill Myers. Debía de haber ascendido de bicicleta a coche patrulla, porque ya no llevaba su casco sino una gorra plana. Hablaba con otros tres oficiales uniformados, uno de los cuales estaba encargándose de acallar a los perros.

Volví al salón. La música se había detenido y todo el mundo estaba de pie. Uno de los hombres que había pasado a mi lado en la cocina llevaba una bolsa de plástico en la mano. Los otros sacaban colillas de los ceniceros y las reunían en otra bolsa. La mujer alta me pidió disculpas y me dijo que tenía que registrarme, pero lo único que hizo fue palmearme los bolsillos antes de pasar a la siguiente chica. Supongo que ya tenían más que suficiente para trabajar.

—¿Qué está ocurriendo? —le dije a Chas.

Me sonrió, pero al mismo tiempo tenía el ceño fruncido.

—Estamos detenidos —me respondió.

Entonces Luke cogió su guitarra y comenzó a improvisar una canción titulada *El arresto del cumpleaños*, y me maravillé ante lo calmado que estaba todo el mundo, aunque uno de los niños pequeños lloraba. Luke cantaba algo acerca de unos cerdos, y comprendí que se refería a la policía.

*Menuda putada, menuda injusticia
que vengan los cerditos a arrestarte durante
el cumpleaños.*

—Tú, ya puedes ir cerrando la boca —gruñó agresivamente uno de los policías, pero Luke no se detuvo.

Greta intentó salir del salón, pero fue devuelta dentro por la mujer, que nos ordenó que nos quedáramos todos donde estábamos. El policía le dijo a Luke que si no cerraba la boca se la cerraría él a hostias, pero Luke siguió con su canción sobre los cerdos. El policía con las bolsas de plástico salió, y como todo el mundo estaba concentrado en Luke aproveché para escabullirme detrás de él. El hombre se dirigió hacia los coches patrulla y le entregó las bolsas de plástico a Bill Myers. Bill las depositó en el asiento del pasajero de su coche, y cuando cerró la puerta me vio.

—¡Fern! ¿Pero qué coño estás haciendo tú aquí?

—Solo era una fiesta. Me habían invitado.

—Fern, cariño, no deberías mezclarte con esta gente. Son drogadictos, Fern, drogadictos. Trafican con drogas. ¿Sabes lo que significa eso?

Le dije que creía que sí.

—No son buena gente, Fern. ¡No puedo creer que estés aquí, hoy!

Le expliqué que no había estado nunca antes. Lo que por supuesto no era cierto.

—Mira, ¿por qué no te escabulles? —me dijo Bill—. Ya lo apañaré yo. Esto no tiene nada que ver contigo. No te conviene que te trinquen con toda esta gentuza.

Apenas había terminado de decir esto cuando se oyó la rotura de una ventana y un montón de gritos procedentes de la casa. Los demás policías uniformados corrieron dentro, y Bill salió disparado detrás de ellos.

—¡Largo, Fern! —fue lo último que me dijo.

Me dejó allí plantada en el patio, sola. Miré a mi alrededor. Después eché un vistazo por la ventana del coche patrulla. Las dos bolsas de plástico descansaban sobre el asiento del pasajero. Abrí la puerta, las cogí y me las metí en el bolsillo. Después cerré el coche y me alejé de la granja.

OceanofPDF.com

20

—Ultrasonidos. Todas habéis oído ya las historias de viejas, pero hoy estoy aquí para deciros que no hay modo de conocer el sexo de un feto sin uno de estos aparatos.

MMM había colocado una máquina en el frente de la clase. Era un armario enorme y de aspecto siniestro con una pantalla, diales e interruptores, y tantos cables por todas partes que parecía que había criado serpientes dementes por simple diversión. Se me antojaba un horrible artefacto de ciencia ficción. Habían hecho falta dos celadores para llevar la máquina al aula, de modo que pudiéramos verla. MMM nos dijo que era un gran regalo para la obstetricia. Dio unas palmadas al armatoste como si lo hubiera construido ella misma, o como si fuera la cápsula que la había devuelto con bien del espacio.

—Pues si tenemos que llevarnos uno de esos cachivaches con nosotras a los partos vamos a necesitar una buena bicicleta —dijo Cotorra en alto.

MMM hizo lo que siempre hacía con los comentarios de Cotorra, que era entrecerrar los ojos detrás de las gafas, rascarse el labio inferior con los prominentes incisivos superiores y pretender que su alumna era un poco simplona.

—No, Cotorra. No se espera de las comadronas que se lleven una de estas máquinas a todas partes. Algún día, aunque ese día todavía está muy lejano, habrá una en todos los hospitales. Esta que tenemos en el colegio tiene propósitos educativos.

He dicho que pretendía. En ocasiones, MMM parecía tan corta de ironía que quizá creía de verdad que Cotorra pensaba meter aquella máquina en la

cesta de su bicicleta. Sin embargo, Cotorra nunca se ofendía ante aquel tratamiento.

—Así que vamos a aprender a utilizar una máquina que nunca vamos a poder utilizar. Ya veo.

Solo estábamos en la segunda semana del curso y ya podía ver la guerra que tomaba forma entre Cotorra y MMM. Siempre que la primera hablaba lo hacía con humor o sarcasmo, de modo que te tomabas sus comentarios de forma indirecta. MMM siempre decía lo que quería sin margen para el doblez, sin espacio para la interpretación errónea, ya fuera o no deliberada. Aquellas dos mujeres no podían ocupar la misma habitación ni respirar el mismo aire. Ni siquiera deberían haber compartido la misma época. Era una equivocación.

—Bueno, Cotorra, es de vital importancia mantenerse al tanto de los desarrollos técnicos. Una comadrona moderna debe conocer los recursos que tiene a su disposición para apoyar cualquier diagnóstico complicado. Por eso os la voy a enseñar, aquí, esta noche.

También podía ver cómo se iban formando las alianzas. Algunas de las mujeres del curso se sentían irritadas por las interrupciones de Cotorra. Solo querían asombrarse con el equipo de ciencia ficción y regresar a casa para hacerles la cena a sus maridos. Otras apoyaban a Cotorra con una risita bien calculada y dirigida contra la altanera superioridad de nuestra profesora. Por lo que a mí respectaba, tenía ganas de alinearme con Cotorra: quería desafiar a MMM, hablar en nombre de Mammy y decir que claro que había un modo de conocer el sexo del niño antes de que viera la luz del día, pero que solo unas pocas lo conocíamos. Pero no lo hice. Me achanté. En cualquier caso, MMM ya estaba presentando a Gloria Tranter, una mujer espectacularmente embarazada que había accedido a ser el sujeto de la demostración, y que ya ocupaba su lugar en la camilla de examen mientras nosotras nos congregábamos alrededor de la pantalla.

MMM subió las ropas de la señora Tranter antes de untar una especie de gelatina sobre su vientre enormemente distendido.

—¿Es un contador Geiger? —preguntó Cotorra.

—No, no es un contador Geiger, Cotorra. Es un monitor de ultrasonidos. ¿Está preparada, señora Tranter?

—Sí —respondió ésta, sonriéndonos como si le hubieran regalado un ramo de flores primaverales.

MMM pulsó algunos interruptores y la pantalla cobró vida. Después movió un pequeño vaso de succión con cables sobre el vientre de la mujer, y entonces apareció en la pantalla el contorno, claramente visible a pesar de las confusas líneas grises, del bebé nonato. MMM señaló el corazón palpitante del feto y sus genitales masculinos.

Pero lo que me dejó patidifusa no fue lo que podía ver, sino lo que podía escuchar. Porque aquella máquina me había permitido ver no una imagen del niño en el útero, sino exactamente lo que estaba escuchando. Y en cierto modo era un sonido que ya había oído antes, pero fabulosamente amplificado. Ahora, gracias a todos los interruptores y diales de la máquina infernal de MMM, podía escuchar al bebé. Había un siseo amplificado, como si alguien tomara aire a través de los dientes y lo expulsara de nuevo, pero con una cadencia lenta y constante. Me disolví por completo en aquel sonido milagroso y asombroso.

Me perdí hasta tal punto que tuvieron que traerme de vuelta. Cuando levanté la mirada, todas las demás mujeres ya se habían sentado en sus sitios y MMM estaba desconectando el aparato al tiempo que me llamaba. Y aunque la máquina estaba apagada y la señora Tranter se bajaba ya de la camilla, aún podía oír al feto, absorbiendo y soplando. Y no quería dejar de escuchar, porque el niño me estaba contando todos los planes que tenía para su vida.

—¿Está con nosotras, señorita Cullen? Ya sé que resulta maravilloso, ¿pero podría tomar asiento con el resto de sus compañeras, por favor?

Más tarde, cuando salíamos de clase, Cotorra se acercó a mí empujando su bicicleta.

—Estabas completamente ida, ¿eh? Te quedaste así durante un minuto, escuchando aquel armatoste. Totalmente ida.

Estaba ansiosa por cambiar de tema, de modo que espeté:

—Está equivocada. Puedes distinguir el sexo por el latido del corazón. El de los niños es más rápido.

Cotorra me miró con extrañeza.

—Bueno, eso ya lo sabemos todas —dijo. Después se subió a la bicicleta y se alejó pedaleando.

—¿Has oído lo del milagro?

A la mañana siguiente estaba concentrada en la huerta y en el rastrillo, y cuando Greta me soltó aquello desde la puerta me sorprendió. Mi mano voló hacia las horquillas.

—¿Qué milagro?

Entró en el jardín. La puerta chirrió antes de cerrarse y pensé: *alguien debería echar aceite a esos goznes.*

—Nos hemos salido con la nuestra.

Me apoyé sobre el rastrillo.

—¿Con qué os habéis salido?

—Las pruebas. Han desaparecido. No han podido acusarnos de nada.

Greta me sonreía, y pude ver que uno de sus incisivos delanteros estaba ligeramente montado sobre el otro. Al igual que la puerta, me dieron ganas de arreglárselos. Empezó a contarme que la policía se había llevado a Chas y a Luke a la comisaría, pero que no habían podido acusarlos ni a ellos ni a nadie más porque las pruebas que habían reunido en la casa habían desaparecido. Greta describió como un milagro el que hubieran perdido todas las evidencias a la vez, y el que, a pesar de haber realizado un diligente registro posterior, no hubieran podido encontrar nada más.

—Ni una colilla. Ni un grano —me dijo—. ¿No crees que sea un milagro?

—¿Un milagro?

—Sí. Es el destino. Nuestra pequeña familia, allí en la granja, está protegida. Alguien cuida de nosotros. Somos especiales.

Oh, cielos, pensé.

—¿Qué ha pasado con Judith?

—Creía que se había marchado contigo. Volvió el domingo. Ella y Chas parecen llevarse muy bien.

Zorra. Puta. Guarra. Entonces Greta hizo una mueca.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.
—Nada. Solo dolores menstruales.
Dejé caer el rastrillo al suelo.
—Entra. Te daré algo que te aliviará;
—¿Milenrama?
—Tshh. Salvia y artemisa.

Ya entrada la tarde oí a un vehículo que se detenía en el exterior de la casita, y también el rascado de un freno de mano. Pero estaba ocupada poniendo hierbas en vinagre, de modo que ni levanté la mirada, ni siquiera cuando oí unos golpecitos en la puerta. Cuando por fin abrí, me encontré en el umbral un tocadiscos. Lo identifiqué como el que había en la granja de Croker la noche de la fiesta. Abrí la tapa, y en el plato había un disco puesto cuya etiqueta rezaba: «*Green Onions*, por Booker T. & The MG's», También había una diminuta nota manuscrita en la que ponía: «¡Gracias!»

Me llevé de inmediato el tocadiscos dentro y lo enchufé. Nunca había usado uno en mi vida, nunca había tenido un tesoro como aquel. Vi el disco girar en el plato, y al intentar bajar la aguja hacía el vinilo me empezó a temblar la mano. No sabía que había un interruptor automático, y la aguja produjo un sonido horrible cuando la dejé caer sobre el disco. Entonces empezó a sonar la música que recordaba de la fiesta. Comenzaba con unas profundas notas pulsantes y un ritmo imperturbable, antes de que entrara aquella guitarra afilada. Me quedé embobada mirando el disco en el plato y desaparecí dentro de la música, sin pensar en absolutamente nada. Te aseguro que me quedé completamente ida.

Más tarde, ese mismo día, me dirigí a la casa de Bunch Cormell. Su niño se criaba muy bien, pero ella tenía grietas en los pezones por el entusiasmo de su pequeño, y le llevaba algo de lanolina. Mientras caminaba por la calle, un coche se acercó a mí con el motor ronroneante y frenó hasta igualar mi velocidad. Era un coche de policía. Me detuve.

El vehículo se paró a su vez. Bill Myers se inclinó y bajó la ventanilla del pasajero.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio, Fern?

—¡Bill! No, solo voy a casa de los Cormell.

Abrió la puerta.

—Entra. Te acerco.

—¡Pero si solo está a un par de minutos! —Él sonrió y mantuvo abierta la puerta. Entré. La tapicería del coche olía a nueva—. Está fenomenal, Bill. Desde luego, es mucho mejor que la bicicleta.

Myers metió la primera y el coche echó a rodar.

—¿Y qué tal está Mammy?

—Así así. El otro día ni me reconocí.

Asintió.

—Me sorprendió verte la otra noche en la granja de los Croker —dijo.

—¡Pues anda que no me sorprendió a mí verlo a usted!

Se detuvo en el cruce mientras el intermitente del coche sonaba, tic, tic, tic.

—Sí, menuda novecita tuvimos. —El coche volvió a arrancar.

—No sabía lo que hacían ahí.

—No me extraña. Esa gente no se gana la vida trabajando, Fern. Trafican con drogas, eso es lo que hacen. Así es como consiguen dinero: con la desgracia de los demás. —Detuvo el coche en el exterior de la casa de Bunch. Era un trayecto ridículamente corto. No tenía la sensación de poder salir todavía—. Aunque no conseguimos lo que buscábamos.

—¿No?

—Y me las arreglé para perder las pruebas que conseguimos.

—Oh...

—No sé cómo pudo suceder, Fern. Para mí ha sido un jarro de agua fría. Ya estaba camino de la promoción. Sargento, nada menos. Pero después de esto se ha echado a perder.

—Vaya fastidio, Bill.

—¿Sabes? Si tuvieras motivo para volver a la granja de los Croker, me sería de gran ayuda que abrieras bien los ojos. Ahí dentro se dedican a todo. Pastillas. Agujas. Ya te digo. Si ves cualquier cosa, avísame.

—Tendré los ojos bien abiertos, Bill.

—Pero no te metas en ningún lío, Fern.

—No.

Se inclinó y me abrió la puerta del pasajero.

—Pues ve a ver qué tal está esa nueva madre.

Salí del coche y lo saludé mientras se alejaba del bordillo. La botella de lanolina que llevaba a Bunch estaba empapada por el sudor de la palma de mi mano.

OceanofPDF.com

21

Tienes que hacerlo. Era como una voz que susurrara dentro de mi cabeza y que se hacía cada vez más fuerte. *Tienes que realizar la Petición. Debes hacerlo.*

Aquel era un momento decisivo para mis creencias. Si funcionaba conmigo, sabía que lo haría siempre. Si no era así, mi escepticismo quedaría confirmado. Aparte de eso, lo cierto es que me estaba quedando sin opciones y sin tiempo. Judith tenía razón en que si iba a realizar la Petición, tenía que hacerlo mientras aún estuviera en posesión de la casita, y si quería intentarlo en un momento en que la Luna estuviera conmigo tendría que realizar los preparativos de inmediato.

El fiasco con Arthur McCann no me había ayudado lo más mínimo. De hecho, desde aquella mañana del día después no había vuelto a asomar la cara. Además, no tenía perspectiva alguna de conseguir el dinero suficiente para pagar a la hacienda.

Me quité la ropa y me senté en la habitación de Mammy en su viejo tocador, y miré mi reflejo en el espejo embaucador. ¿Tenía suficiente valor? Una figura patética me devolvía la mirada. No sé cuánto me quedé así, mirando. Después de un rato desperté de mi letargo y mi mano jugueteó automáticamente con las horquillas, que se liberaron y quedaron en mi mano. Cogí el cepillo de Mammy. Aún olía levemente a la grasa de su cabello. Comencé a cepillarme hacia delante, y después tomé un peine y me marqué la raya en el medio, tal y como había hecho Judith para prepararme ante la cita con Arthur McCann.

Encendí un poco de incienso elaborado por mí. Serrátula, valeriana, lavanda. La extravagancia. La intención. Mammy se pondría hecha una furia, vaya que sí. Salí desnuda, me puse sobre una rodilla y froté la puerta del jardín con un poco de incienso.

Volví dentro. El incienso humeaba la habitación y nublaba mi reflejo en el espejo. Judith aún no había recogido sus cosas de la otra noche. La ropa, los *pantys*, los cosméticos, el maquillaje. Lo extendí todo ante mí sobre el tocador. Los pequeños cepillos, los botes en miniatura, calderos diminutos llenos de mejunjes. Primero los ojos. Después las cejas, de color castaño. Las mejillas, con un leve rastro de colorete rosado. La carne de los labios. Me encantaba en aquel espejo. Casi no era yo. Después desenrollé los *pantys*, los froté contra mis pantorrillas, contra mis muslos. Me puse la pequeña falda, las otras prendas. Para terminar, la malvada colonia. Una pulsación del rociador, una bocanada de aire cargado.

Y después deseé que viniera.

Hacía bastante que no aparecía, pero sabía que acudiría. Y, de hecho, pasado un rato oí su furgoneta en la puerta del jardín. Oí el sonido de las grandes mantequeras metálicas cuando las bajó desde la furgoneta y las llevó rodando, una a una, dentro del jardín. Y en cada ocasión escuché el quejido de los goznes de la puerta, escuché cómo las arrastraba hacia la bomba, y cómo maldijo cuando la bomba seca comenzó a gemir y a escupir. Así que salí.

—Tienes que cebarla —le dije.

—Dios mío —saltó Chas—. Estaba buscando a Fern.

—Ah, no, Fern ha salido un rato. ¿Sabes cómo se ceba una bomba? —pregunté.

Me incliné para arrastrar el balde medio lleno de agua, pero me detuve y me giré para ver sus ojos fijos en mí, en mis piernas, en mi espalda doblada. Casi podía distinguir un fuego azul que saltaba a su alrededor y lo paralizaba. Levanté el balde hacia la bomba.

—Tú bombeas, yo cebo.

Él estaba receloso. Agarró la palanca de la bomba y comenzó a accionarla mientras yo vertía el agua. Aunque me estaba fijando en lo que hacía para no tirar el agua fuera, sabía que él no me había quitado los ojos

de encima. No podía. Entonces la palanca de la bomba encontró algo de resistencia, lo que lo frenó en su trabajo.

—¿Y adónde ha ido Fern? —preguntó.

—Oh, está por aquí, en alguna parte.

Con la bomba ya activa, colocó una mantequera debajo y la sujetó mientras se llenaba.

—¿Sois hermanas, Fern y tú?

—En cierto modo.

Entonces dejó de bombear y dejó caer la mantequera con un ruido metálico.

—¿Sabes qué? Durante un rato casi me la juegas.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Casi me la juegas.

—Entonces es que eres fácil.

Me miró como si estuviera calculando lo que había querido decir con aquello. Entonces dio un paso hacia mí, demasiado cerca, aunque no me retiré. Estaba lo bastante próximo como para poder captar su olor masculino, fuerte pero no desagradable. Estaba lo suficientemente cerca como para sentir su aliento en mi mejilla. Levantó una mano y, con suavidad, me pasó el pelo por encima de la oreja, y allí lo sostuvo un instante.

Entonces puse mi mano sobre la suya y se la aparté con firmeza.

Durante un momento pareció confuso. Entonces sonrió se dio la vuelta y arrastró otra mantequera hasta situarla debajo de la bomba. Volví dentro mientras él completaba su faena. Desde la ventana lo vi llevar rodando las mantequeras hacia su furgoneta. Vi cómo las subía trabajosamente antes de alejarse.

Después de que se marchara, me puse el abrigo y salí a los bosques. Había hecho mis cálculos. Tal y como lo veía, y siguiendo el *Almanaque del Viejo Moore*, la Luna, o la «señora», tal y como la llamaba Mammy, saldría de nuevo del cascarón a las 4:32 de la madrugada, tres días después del viernes, y si no me equivocaba mi período debería haber terminado tres días antes de eso, lo que resultaba perfecto. Propicio, incluso. El único problema era que todo se desarrollaría demasiado cerca de la fecha del

embargo. Después de la Petición, y sin contar con el día mismo de la consideración, tendría solo tres días antes de que me echaran. Aquello significaba que solo tenía tres días para que se presentara una respuesta.

Me abrí paso entre los árboles, tomé atajos hacia la A47 y maldije los estúpidos zapatos de Judith que aún llevaba puestos. Un mirlo graznó alarmado y se alejó aleteando frente a mí, para intentar espantarme. Los bosques estaban sumidos en el embriagador impulso de la primavera y el follaje parecía lleno de trinos. Podía oír a los insectos atareados bajo las cortezas. Casi era posible ver cómo los exuberantes y frondosos helechos se hacían más altos a cada segundo que pasaba. Apoyé la espalda contra un grande y viejo roble y pregunté a Mammy, tendida en su cama del hospital, si mis cálculos eran correctos y si estaba haciendo lo adecuado.

Una brisa jugueteó con las crujientes ramas superiores de un roble. Las tórtolas arrullaban cerca durante sus apareamientos. Pude oír a un cuco en la espesura. Poco a poco, los sonidos del cuco y las palomas empezaron a alejarse. No tardó en desaparecer el canto de los pájaros. El sonido que había imaginado como la labor de los insectos también se detuvo, lo que me dejó solo el del viento contra los árboles y el pulso de las cosas que crecían en la tierra. Al final, incluso la brisa pareció desaparecer.

Los bosques quedaron silenciosos e inmóviles. Solo restaba el latido, el ritmo del creciente ciclo de la vida. Y entonces también él se calló de un modo natural. Escuché con atención y oí la voz de Mammy, que me hablaba.

Y me dijo:

—¿Pero qué haces así vestida?

—¿Pero qué haces así vestida? —Mammy estaba incorporada en la cama y comía uvas negras. Bill Myers estaba sentado a su lado. Vestía su uniforme, y su gorra descansaba sobre la mesilla.

—Buen Dios, Fern, no te había reconocido —dijo—. De haberme cruzado contigo en la calle, hubiera pasado de largo.

Me alegró ver a Mammy coherente, pero tenía sentimientos contradictorios respecto a la presencia de Bill. Había trastocado mis planes.

Había esperado incluso que Mammy me confundiera con una de las chicas. Con una de las chicas que necesitaban ayuda. Había pensado que así respondería a algunas preguntas.

Pero me sentía algo confusa. No me acordaba del viaje a Leicester de aquella tarde. Recordaba que me había apoyado contra un roble en los bosques, y de repente me encontraba allí, en la sala doce, y no sabía decir cómo había llegado. Debía de haberme traído alguien, pero no lo recordaba. Tampoco me sentía cansada, de modo que no podía haber caminado toda aquella distancia.

—¿Estás bien, Fern? —decía Bill—. Pareces un poco rara.

—Estoy bien.

—¿Te estás cuidando? —dijo Mammy—. ¿Comes adecuadamente?

Bill me cedió la silla junto a la cama. Recogió su gorra. Dijo que tenía asuntos que resolver en la comisaría de la calle Charles, pero que volvería para acercarme a casa.

—Pareces más delgada —dijo Mammy—. Ten, come unas uvas.

—¿Pero qué haces así vestida? —fue lo que dijo también Judith cuando llamé a su puerta aquella noche. Al principio pensé que no me iba a dejar entrar. Se tomó su tiempo para abrir la puerta, y eso que no escuchaba el sonido de la maldita aspiradora.

Cuando miré por encima de su hombro pude ver el porqué. Chas estaba sentado cómodamente en el sofá, viendo la televisión. Se había quitado las botas y se estaba limpiando las uñas de los pies con una navaja de bolsillo.

—Puedo volver en otro momento.

—No, entra.

Pasé y Chas levantó la mirada. Me guiñó un ojo y siguió trabajándose las uñas. Judith me condujo hacia la cocina, donde le hablé acerca de mis planes, mis cálculos, las fechas y todo lo demás.

—Bien por ti —dijo.

Pude ver que se sentía incómoda con mi presencia allí.

—Ya hablaremos en otro momento —le dije—. Antes estuvo en mi casa.

—¿Él? —dijo, con un tono demasiado despreocupado.

—Se me insinuó.

Judith se dio la vuelta y llenó la tetera en el grifo.

—¿Vas a querer té?

Hay algo raro en él. No creo que sea un buen hombre.

—¿Por qué? ¿Porque se te insinuó?

—No, no es eso.

—¿Quién quiere hombres buenos? —dijo Judith—. Los hombres buenos son un aburrimiento.

Debí haberme ido entonces. Quería irme. Pero me quedé y bebí té con ellos. Me senté en el salón con el televisor encendido. Pensé que si me quedaba lo suficiente podría pillar algún episodio de *Outer Limits*. Judith y yo charlamos, pero sin un verdadero compromiso con lo que decíamos. Chas apenas nos dirigía la palabra. Yo era consciente de que estaba escuchando todo cuanto yo decía. Salvo cuando entré por la puerta, en ningún otro momento me miró a los ojos. Pero sabía que también me estaba mirando. Me miraba constantemente.

Me levanté de repente y me puse el abrigo sin decir una sola palabra. Abrí la puerta de la calle.

—Nos vemos —dije, y cerré la puerta ante sus caras de pasmo.

Cuando llamé a la puerta de la casita de William, respondió al instante. Prácticamente no me saludó, solo asomó el labio inferior.

—Creía que vendrías antes —me dijo—. Te ha enviado Mammy, ¿no?

Llevaba una bufanda, aunque estuviera dentro de casa. Incomprensiblemente retomó una partida de Paciencia, como si no hubieran pasado ni cinco minutos desde la última vez que nos viéramos. Su casita tenía un aire alicaído. El lugar necesitaba desesperadamente una limpieza a fondo.

—¿Quieres que venga de vez en cuando a limpiar un poco, William?

Sin levantar la vista de las cartas, me volvió a enseñar el labio inferior.

—Todo el mundo quiere limpiarme un poco la casa. Esa Judith quiere traerse su maldito aspirador. ¿Qué es lo que os pasa a vosotras, chicas?

—Bueno, la verdad es que por ganas no es. Mammy mencionó que podría hacerlo. Se preocupaba por ti, y solo me estaba ofreciendo.

—Pues no lo hagas.

Saqué una silla de debajo de la mesa y me senté.

—Estoy lista para la Petición.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabes?

—Sí, ya lo sé. Y no creo que debas.

—¿Por qué dices eso?

Dejó de girar cartas y me miró directamente.

—Porque no estás empeñada.

—¿Empeñada? ¿Qué significa eso?

—Significa que no lo crees. Sabes que no lo crees, y no hay nada que discutir. Opinas que es una bobada, y me parece bien. Nadie se molestará en persuadirte. Ni siquiera Mammy.

—¿No todo! —protesté—. ¡Creo que algunas cosas son ciertas!

—Pero el resultado final es que no eres lo bastante fuerte... —y se dio unos golpecitos con el dedo en la sien— aquí arriba.

Reanudó su partida de cartas.

—Voy a hacerlo —insistí.

—Eso también lo sé. Vas a hacerlo. Contra mi consejo.

—¿Tienes algún otro consejo que darme?

—Vacía tu mente. No fuerces. ¡Espera como una maldita comadrona, ja! Eso es.

—¿Pero cómo voy a saber lo que tengo que pedir?

William dejó escapar el aire entre los dientes.

—Lo que tienes que pedir... —musitó, pero siguió concentrado en sus cartas.

Esperé un rato, pero no respondió a mi pregunta. No veía que aquel anciano me fuera a ofrecer nada útil o valioso, de modo que me levanté para marcharme.

—¿Cómo sabré que he visto al mío? —pregunté, casi como salva de despedida.

—Lo sabrás. Puedo verlo. Todo el mundo puede verlo.

—¿Eh?

Depositó un naipe en la mesa y asomó su labio inferior, gomoso y húmedo. Después me miró con ojos reumáticos. Con una dolorosa lentitud levantó los puños apretados hacia los lados de la cabeza y extendió los índices hacia fuera, como si se tratara de dos largas orejas. Hizo que sus dedos se movieran un poco, y la piel bajo mi cuello erguido enrojeció.

Dejó caer las manos sobre la mesa y regresó a sus cartas.

Salí.

Volví a casa y preparé la tarta. La tarta nupcial de Emily Protheroe. El verter todo aquel amor en la mezcla, el hornear con tan buena voluntad, me dejó agotada. Trabajé hasta bien entrada la noche y acabé exhausta. Pero hice un buen trabajo. Le susurré a la tarta. Solo yo sabía cuánto amor había puesto en su preparación. Solo yo. Por la mañana envié a un chico con un mensaje, y Emily y su madre se acercaron para recogerla. Quedaron encantadas. Me pagaron bien. Porque lo había conseguido.

22

Aquella tarde, la furgoneta de Chas se detuvo junto a la puerta del jardín y de ella salieron tanto él como Judith. Judith debía de haber venido directamente desde el colegio, porque llevaba su ropa de trabajo. Apenas parecía la misma con la falda larga y el pelo recogido en un moño. Chas llevaba un conejo muerto y ensangrentado cogido por las orejas. Era evidente que había pasado la mañana cazando. Se acercaron por el camino y me entregaron su ofrenda de paz.

—Podrías haberlo desollado tú —dije.

—¡Cuánta gratitud! Además, tú tardarás la décima parte del tiempo que necesitaría yo.

Era cierto. Yo sabía desollar un conejo. Los dejé pasar y colgué la pieza en el porche trasero mientras la tetera se calentaba. Cuando regresé, habían trazado un plan para mí. Habían estado pensando acerca de mi futuro.

—¿Recuerdas a aquel tipo extraño del que me hablaste?

—¿Qué tipo extraño?

—El que vino de Cambridge. El de la universidad. Le estuve contando a Chas lo que quería. Y resulta que Chas conoce a ese hombre.

Miré a Judith con severidad. Contar lo que Bennett quería de nosotras era sinónimo de contar lo que sabemos y lo que hacemos. Y recuerdo que Mammy me dijo una vez: «la cama no conoce secretos».

—En realidad no lo conozco a él —intervino Chas—. Sé de él.

—Chas ha estado en Cambridge —dijo Judith—. Y sabe por qué estaba aquí Bennett.

—Quería sacar algo de pasta de vosotras. Esos libros de Gardener y Murray se están vendiendo fenomenal, especialmente después de la muerte de la pareja. Quiere aprovechar el tirón.

Chas continuó. Me dijo que se estaba produciendo una nueva oleada de interés acerca de aquellos asuntos. Que yo no leía los periódicos dominicales pero que él sí, y que se tragaban cualquier cosa que les ofrecieras. De hecho, dijo que sabía cómo conseguir dinero fácil con solo llamar a un fotógrafo y a un periodista y montar un espectáculo *hippie* en la granja. Cuando le pregunté a qué clase de espectáculo se refería, se encogió de hombros y dijo que bastaría con diez tipos bailando desnudos alrededor del fuego. Él sabía que todo aquello era una patraña, decía, pero era dinero fácil.

—Estás loco —le respondí— si crees que voy a hacer algo así.

Judith trató de prevenir problemas.

—¡Fern! ¡Esa no es la idea! No estamos hablando acerca de bailar alrededor de una hoguera. Estamos hablando de un libro.

—¿Un libro?

—Sí, un libro. Con páginas, y con palabras impresas en las páginas. ¿Sabes lo que es un libro, no?

Admití saber lo que era un libro. Judith se explayó. Entre los dos habían pergeñado una idea para resolver algunos de mis problemas financieros. El plan era que yo escribiera el libro con ayuda de ella y que Chas tramitara su publicación. Por su parte no querían nada, me dijo. Ni un chelín. A Chas no le interesaba el dinero, decía Judith, y ella estaba encantada de poder ayudar a una amiga en apuros. Admitió que así no se resolverían mis problemas inmediatos con el alquiler, pero me ayudaría a la larga. Y sería tan fácil de escribir... Un juego de niños, aseguró. Un mero juego de niños.

—Ya hemos hablado antes de esto —dije con suspicacia—. Y hemos llegado a la conclusión de que es una mala idea.

—No —se metió Chas—, el asunto no es ese. No es como si fueras a revelar ningún secreto.

—¿Qué secretos? —salté, cortante—. ¿Qué secretos crees tú que guardo?

—¡Dale una oportunidad! —dijo Judith—. ¡Escúchalo!

—El asunto es que no tienes que revelar nada de nada. Solo les das lo que quieren: algunos remedios herbales para que suene auténtico, y ya está.

—¿Estás sugiriendo que me lo invente?

—En cierto modo. Mira, Fern: si me pongo a bailar alrededor de una hoguera y por ello me paga un tipo que después malinterpreta deliberadamente todo lo que ha visto en su repugnante periódico, y sus lectores se compran el periódico sabiendo a la perfección que lo que hacen esos periodistas es malinterpretarlo todo, ¿de quién es la culpa? ¿Del lector conscientemente crédulo? ¿Del periódico cínico? ¿O de mí, que bailo por dinero?

Yo seguía pensando que era una idea horrible, y así se lo dije. También recordé que tanto Judith como Mammy tenían opiniones claras al respecto.

Judith lo contrarrestó con:

—No terminas de comprenderlo. Ni siquiera tendrías que fingir. Podrías ofrecer recetas incompletas. Podrías guardar una porción para Mammy, por así decirlo.

Debió de percibir algo de odio en mi mirada, porque sus modales se endurecieron de repente.

—Estamos ofreciéndonos para ayudarte. No sé ni por qué intentamos persuadirte. Si no quieres nuestra ayuda, pues ahí puedes quedarte. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Chas también se incorporó.

—Está bien, niñas, no vayamos a tenerla.

Pero Judith estaba decidida a marcharse.

—Piensa en ello, Fern. ¿Qué otra cosa tienes en mente?

La vi largarse por el camino, resoplando de furia y orgullo. Estaba rubicunda y sus ojos parecían duras cuentas de desprecio. Chas la seguía de cerca. El muelle de la puerta del jardín le arañó las piernas. Chas se detuvo y se quedó mirando la puerta, como si estuviera pensando en alguna venganza, como si fuera un ser vivo y quisiera hacerle daño.

—¡Judith! —grité. Ignoré a Chas y corrí hacia el seto de aligustre que rodeaba el jardín—. ¡Judith, hoy es viernes! ¡Viernes!

Sé que me oyó, pero no respondió mientras se subía a la furgoneta. Chas subió también y arrancó el motor. Judith ni siquiera me miró por la

ventanilla al alejarse.

Tenía tres días para pensar en ello, y debía limpiar mi mente de todas las demás cosas. Necesitaba controlar lo que comía y lo que bebía, así como la preparación de todos los ingredientes. Tenía que asegurarme de descansar lo suficiente, pero también de que mi cabeza no se durmiera.

Cuando Mammy se valía por sí misma y estábamos cuidando del jardín, o paseábamos, o recolectábamos o limpiábamos, se acercaba sigilosamente por detrás y me susurraba al oído: «¡atenta!». O bien decía: «¡alerta!», lo que significaba que debía escuchar. No es que me dijera que tenía que escuchar algo en los campos, o en los bosques o en las calles: me estaba diciendo que me escuchara a mí misma.

—Escucha a esa puñetera que llevas dentro —me decía, pero con una risita.

No me estaba diciendo que fuera una puñetera en particular; se refería a ella misma, a mí, a todo el mundo. Mammy decía que en nuestro trabajo diario, en nuestros pensamientos diarios, nos quedábamos dormidos, perdíamos la conciencia y no nos enterábamos de lo que sucedía. Y aseguraba que, cuando nos quedábamos dormidos de aquel modo en plena vigilia, nos retirábamos hacia la voz gruñona y descontenta que llevábamos dentro, hacia nuestros más bajos instintos. Pero si me despertaba y escuchaba, la sucia capa de los pensamientos perezosos se retiraría y todo aparecería de nuevo brillante y pulido. Por ello debíamos estar agradecidas.

Echaba de menos aquello, el que Mammy me hablara al oído de aquel modo, a intervalos irregulares. Una o dos veces Judith y yo lo habíamos hecho la una por la otra, pero de algún modo nos faltaba autoridad. Mammy tenía mejor instinto para saber cuándo necesitabas que te quitaran del hombro al diablillo del pensamiento perezoso.

Tenía en casa un reloj de cuerda con alarma que preparaba para que me despertara en diferentes momentos; pero si tú le indicas una hora ya sabes qué hora es esa, ¿no? Sin embargo, era lo único que tenía a mano. Y si iba a realizar la Petición tenía que practicar para no quedarme dormida o atontada en mitad del proceso.

Ojalá hubiera tenido a Mammy para gritarme: «¡atenta!».

Me quedé estupefacta cuando llegué a la sala doce aquel día. Vi a Venables, la Anguila de Norfolk, el vil administrador de la hacienda, inclinado sobre la cama de Mammy. Le hablaba al oído. Se me retorcieron las tripas. Mientras tanto, las cortinas estaban echadas alrededor de la cama contigua y las enfermeras sacaban en camilla a su más reciente ocupante, con la cara cubierta por una sábana. Corrí para enfrentarme a Venables.

—¿Qué está ocurriendo?

Se enderezó. Su rostro se ruborizó y pareció sorprenderse.

—Hola —dijo.

—¿Qué está usted haciendo?

—Una visita de cortesía. Solo quería ver qué tal se encontraba Mammy. Le he traído unas flores.

Vi a los pies de la cama un ramillete diverso, todavía con el envoltorio de la floristería. Miré a Mammy. Parecía asustada y confusa.

—¿Qué le ha estado contando?

—Calmémonos. No le he estado contando nada. Acabo de llegar.

—Pues ya puede ir marchándose, si me hace el favor.

Venables levantó las manos en un gesto apaciguador. Después se volvió hacia Mammy y dijo:

—Espero que se restablezca cuanto antes, Mammy. Disfrute de las flores. —Y con esto, abandonó la sala.

Una de las enfermeras se había acercado para ver si había algún problema. Recogió las flores de la cama y me sugirió que las pusiera en agua. Le dije que no, que a las flores les echaban algunas cosas que no quería ver cerca de Mammy. Me miró con extrañeza, pero por fortuna se las llevó.

—Mammy, no podré venir a verte los siguientes tres días.

—Desátame los pies, Fern —me dijo—. Desátamelos.

Aquel desgraciado la había inquietado. Levanté la sábana por los pies de la cama y simulé que soltaba unas correas.

—Ya está, ya estás libre. Mammy. ¿Me has escuchado? He dicho que no podré venir a verte los tres próximos días.

—Dile a la mujer de la cama de al lado que deje de hacerme muecas.

Miré hacia la cama de la que se habían llevado el cadáver hacía menos de cinco minutos. Quedaba un intersticio entre las cortinas y lo cerré.

—Ya está. Ya se ha quedado sin su diversión.

—Lleva haciéndome muecas toda la noche.

—Bueno, pero ya no puede seguir, ¿no?

—¿Tienes todo lo que necesitas, Fern? —preguntó Mammy—. Porque si no es así solo tienes que pedirlo.

—Ya lo sé, Mammy, ya lo sé.

Tenía la incómoda sensación de que una de las mujeres de la sala me estaba haciendo ahora muecas a mí, y a mi espalda. Me giré. Era una de las viejas pintarrajeadas, que se llevaba la mano a la boca, simulaba beber algo y asentía de modo sugerente en mi dirección.

Estaba tan distraída con todo aquello que no presté la atención adecuada en mi clase nocturna. No era que pensara que MMM estaba confundida en sus puntos de vista (aunque a veces sí que lo creía); lo malo era el horrible idioma que usaba para describir hasta lo más ordinario.

En ocasiones su voz masticaba el aire como unas toscas tijeras de episiotomía.

—La disposición del feto indica cómo está situado su eje longitudinal con respecto al eje longitudinal del útero. Normalmente esta disposición es paralela, pero también puede ser transversal u oblicua. La presentación normal es la cefálica, y la opuesta es la podálica.

Si había algún problema así, Mammy decía: «está del revés». O «está atravesado».

Me quedé mirando fijamente aquellas palabras en mi cuaderno, y no vi en ellas el menor valor adicional. Ni el más mínimo. ¿Presentación cefálica? Nosotras decimos: «viene bien». Conté las sílabas. Casi tres veces más para decir lo mismo. ¿Por qué iba a la escuela para aprender unas palabras que no hacían sino sumar un poco de ruido adicional a la suma de

mis conocimientos? Tenía que dejar de pensar en ello porque me ponía furiosa. Y todo por la entrada. La maldita entrada. Mammy nunca la había conseguido porque decía «viene bien». Cualquiera que le dijera «presentación cefálica» a Bunch Cornell se ganaría un puñetazo en la boca, y con buenas razones. Pero sabía que si quería conseguir mi entrada tendría que aprender aquel idioma afectado y tres veces más largo.

Me pregunté en cuántas escuelas, facultades, universidades, centros de investigación e instituciones educativas de todo el país aquel idioma fraudulento pasaba por educación. De cuántos permisos y diplomas, certificados y autorizaciones, licencias y títulos podía abrirte las puertas. ¿Cuántas entradas podías conseguir simplemente simulando ser otro, hablando como otro, como si tuvieras una patata metida en la boca?

Entonces MMM prometió hablarnos de algo llamado «versión externa», un tratamiento para cuando el niño venía del revés. Me quedé atónita cuando descubrí que aquello simplemente significaba que había que colocar con cuidado al niño, mediante un masaje, en la posición correcta. Yo había visto hacerlo a Mammy, aunque nunca le había gustado porque hacía daño a la madre y no siempre funcionaba. MMM nos dijo que solo un médico cualificado debía intentar aquello, y yo pensé: *¿Por qué? ¿Por qué, cuando una comadrona ha tocado a más niños a través de una barriga que veces se ha tocado el culo un médico?* Lo único que he visto masajear a los doctores es el cierre de sus maletines cuando quieren prescribirte agua con azúcar para que te quites de en medio. Por la maldita entrada.

—¡Señorita Cullen! ¡De nuevo parece que no está usted entre nosotras!

La señora Marlene Mitchell se había situado furtivamente detrás de mí gracias a sus zapatos de suela blanda. No sabía cómo lo había hecho, pero me dejó aterrorizada.

—Lo siento, señora Mitchell, estaba pensando en lo que había dicho usted.

Acercó la boca a mi oreja y habló muy bajo.

—Hay alguna anomalía en sus formularios de registro. Debe arreglar el asunto con la administración.

Después de la clase me acerqué al despacho, pero ya habían cerrado. La semana siguiente tendría que acudir pronto para descubrir la naturaleza del

problema. Ya fuera, Cotorra vio mi cara de aprensión.

—¿Qué sucede, Fern? Parece como si alguien te acabara de robar una libra del bolsillo. —Tenía en la mano una cajetilla de Black Cat Craven A, de la que sacaba un cigarrillo—. ¿Quieres uno?

Muy raramente fumaba, pero en aquella ocasión acepté el pitillo. Nos encontrábamos cerca de la puerta delantera del edificio. Cotorra estaba apoyada contra su bicicleta y disfrutaba del aire nocturno. Después de dar algunas caladas, el silencio se volvió incómodo. Por sacar algún tema de conversación, dije:

—Están atracando, ¿no? Esta noche.

—¿Quiénes? —preguntó Cotorra.

—Los astronautas. Allí arriba.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Esta noche. Y no se ha hecho nunca. Es muy peligroso para ellos.

—¿De verdad?

Cotorra parecía perpleja. Yo había oído en la radio que la tripulación del *Géminis 8* iba a intentar engancharse a un cohete *Agenda* que había en órbita. Las fosas nasales de Cotorra se abrieron una o dos veces mientras le explicaba las dificultades técnicas de la maniobra. Me miró parpadeando de forma extraña, antes de dar una pensativa calada a su cigarrillo. Me sorprendió que no supiera absolutamente nada de todo aquello. Tanta actividad en el espacio, y aquí abajo parecía que a la mayoría de la gente le importaba menos que un filete de mosquito. Esta era una expresión de Mammy.

MMM salió del edificio y el viento batió las solapas de su abrigo. Miró fijamente nuestros cigarrillos antes de apresurarse para coger el autobús.

—Mierda puta —dijo Cotorra—. Ya verás cómo el próximo día nos dice que no debemos fumar delante de una embarazada.

—¡Y todas esas palabrotas que usa! —dije yo.

—Lo que esa mujer necesita... Bueno, no debería decirlo, lo que necesita es un buen repaso.

—¿Un repaso?

—Sí, un repaso de los buenos. Un buen polvo.

Intenté no parecer pasmada, pero Cotorra vio que así era. Tiró la colilla al pavimento y la apagó con la punta del pie.

—¿Y sabes qué? ¡Que yo también lo necesito! —rió—. A todas nos viene bien, ¿no, pequeña?

Después montó su enorme trasero sobre el sillín rígido de la bicicleta y se alejó pedaleando en la noche.

OceanofPDF.com

23

Cuando escuché lo que me decía la cabeza las cosas no tenían sentido, pero el corazón me contaba una historia diferente. Y aunque una parte de mí pensaba que pedir de ese modo no podía resolver mis problemas, sentía para con Mammy la obligación de pasar por ello. Ya pensaría después en ello, antes de seguir con el resto de mi vida.

Llevaba demasiado tiempo dentro de mí como para ignorarlo. La idea había sido sembrada en mi vida durante mi séptimo cumpleaños, y su raíz regada de modo casi diario. Entonces, ¿por qué dudaba? Me pregunté cuántas chicas cristianas, asiduas a la iglesia, se sometían dubitativas a la comunión. ¿O acaso lo rendían todo al acicate del bonito traje blanco, a la celada de los guantes de encaje? Supongo que tienen la excusa de la carencia de poder, de la aquiescencia juvenil. Pero yo tendría que verme de una vez y para siempre bien libre de Mammy, bien atada por sus creencias de por vida. Tenía que realizar la Petición.

Los siguientes dos días se convirtieron en cuarenta y ocho horas de intensos preparativos que comenzaron con los baños. Traía agua de la bomba y la calentaba junto a la chimenea para llenar la bañera de cinc. Esto lo repetía al amanecer, al mediodía y al ocaso de cada uno de los días de preparativos. De los nueve ingredientes requeridos para la infusión del baño andaba un poco corta de sándalo, pero ahora que estaba metida en faena no podía salir a por más, de modo que mezclé un poco de olíbano, lo que hubiera hecho que Mammy arrugara la nariz; pero la necesidad era la necesidad. El cuidado requerido para deshacerme del agua era todo un engorro. No podía arrastrar la bañera hasta el jardín por miedo a verter parte

del contenido, de modo que tenía que sacar el agua tal y como había entrado: un cubo tras otro, que vertía en un agujero practicado en la tierra. Después de cada baño, quemaba los paños o toallas con que me había secado.

No supe más de Judith. Confiaba en que vendría a escudarme el viernes, pero no tenía modo de saber si aparecería o no. Ahora que había comenzado con los preparativos no podía acercarme a verla, y tampoco podía, por miedo a contaminarme, enviarle un mensaje mediante cualquier otro.

El jueves por la mañana casi llegó el desastre, pues escuché golpes en la puerta. En ese momento estaba arriba y miré por la ventana. Era Arthur McCann, vestido con su uniforme de trabajo. No sabía qué querría. Estuvo tan persistente que pensé que no se marcharía nunca. Llamó una tercera vez, ahora a la ventana. Por suerte no intentó abrir la puerta, pues la habría encontrado sin llave. Cuando se fue, por si acaso, bajé y eché la llave tanto en la puerta de delante como en la de atrás, ya que en esa fase no podía arriesgarme a ser contaminada por nadie.

Durante ese tiempo bebí solo agua, y no comí más que caldo diluido.

Tuve un cuidado extremo con las setas, la nébeda y el eléboro. Conocía los peligros. Conque rascar el blanco de las gloriosas setas rojizas... Es mucho más que eso. El mes en que son recogidas y secadas es de vital importancia. Su hábitat, lo mismo. «Cuenta los puntos blancos», me había dicho Mammy, «y ten cuidado. Examina las colleras y los tallos, y descártalas si parecen hinchadas. Mira, esta no es roja sino naranja, ten cuidado. Inspecciona las agallas y sé cauta. Seca lenta, muy lentamente». Todos aquellos años había observado a Mammy como un halcón, y me alegré de haberlo hecho. El vuelo podía volverte loco. Lo sé perfectamente.

Aquel era el nombre que Mammy le daba: el vuelo. Había llegado a pensar en él como en la entrada.

Al anoecer de aquel jueves me di el último baño, pero no antes de encender un fuego en el hogar. Y antes que eso había barrido toda la ceniza vieja y me había asegurado de que no ardía más madera que el roble, y desde luego nada de carbón. Mientras prendía, calenté las cacerolas para el baño. Metí el perfumador en el agua tibia. Contenía a partes iguales albahaca, tomillo, verbena, valeriana, menta, romero, hinojo, lavanda e

hisopo. Después de estrujar bien el perfumador, espolvoreé un puñado de jabón sobre la bañera. Entonces me metí, y con el fuego chisporroteando alrededor de los troncos de roble fui capaz de sumergirme en las llamas.

Llegó el momento en que sentí el agua enfriarse. Entonces salí y me rasuré la cabeza, además de todo el vello corporal, y me corté las uñas de las manos y los pies. Después de eso tuve que vaciar la bañera en el jardín. También hice una pequeña fogata con todo el pelo, las uñas y la toalla que había empleado para secarme. Pensé en quemar el cabello y las uñas de Mammy que me había traído del hospital, pero algún instinto me hizo dejarlos escondidos en su frasco, sobre la estantería. Después me fui a la cama y me sumergí en el lujo de las sábanas limpias.

Comencé a sentir pinchazos en los dedos de las manos, una sensación que me hizo aún más complicado conciliar el sueño, aunque sabía que por encima de todo necesitaba una buena noche de descanso para enfrentarme a las pruebas del día siguiente. Pero cada vez que cerraba los ojos en la oscuridad tenía los más terroríficos pensamientos, y si lograba adormilarme me despertaba de repente, con la idea de que William me estaba gritando al oído. Estaba nerviosísima. Como el sueño se negaba a acudir, me levanté y volví a comprobar las fechas y a confirmar la posición de la Luna. Sabía que no había cometido error alguno, pero necesitaba ocupar la cabeza para esquivar los terrores.

Por fin dormí, pero soñé con unas manos ancianas que plegaban una hoja negra de papel hasta que parecía absolutamente imposible seguir doblándola, aunque siempre lograban realizar un pliegue más, y otro, y aun otro, y entonces me desperté con la luz grisácea que precede al alba. Me vestí deprisa. Fui abajo, me preparé la infusión de té y me la bebí de un trago. El fuego de la noche anterior todavía seguía vivo, de modo que lo reanimé y metí troncos de roble nuevos.

Salí para ir al retrete. Aún tenía aquella sensación de pinchazos en los dedos, y el aire de la mañana me daba mucho frío en la cabeza afeitada. Mientras corría hacia el retrete, un petirrojo saltó en medio de mi camino, lo que era una buena señal, pero después lo hizo un sapo, lo que era de mal agüero. Los dos juntos representaban una situación irresoluta, y casi me di la vuelta. Incluso en una fase tan avanzada podría haberme metido los

dedos en la garganta para vomitar. Me hubiera sentido mucho mejor de haber visto solo a mi amigo el petirrojo. Pero me quedé mirando cómo el sapo saltaba por el jardín hasta desaparecer entre el ruibarbo.

Cuando volví a la casa tuve que tomar una decisión acerca de la puerta, porque no sabía si esperar a Judith. En ese momento pensaba que me iba a dejar tirada, aunque las consecuencias de obrar así hubieran sido igualmente terribles para ella. Necesitaba mantener la puerta cerrada con llave, pero si Judith llegaba después de que todo hubiera empezado, ¿cómo iba a entrar? Al final dejé una hoja de periódico fuera, cerré la puerta y giré la llave, que dejé en la cerradura. Sabía que lo entendería. Aunque, por si acaso, abrí un poco una de las ventanas.

La sensación de cosquilleo de los dedos comenzaba a extenderse a las manos y a los pies. También notaba cómo los labios empezaban a insensibilizarse. Calculé que me quedaban unos diez minutos antes de tener que sentarme en la silla y contentarme. Intenté lamerme los labios. Bebí un poco de agua. Recoloqué la silla para que mirara directamente hacia la puerta y la ventana principales, pero me aseguré de que quedara bajo la sombra de la cruceta y de las hierbas colgadas, de modo que cualquiera que escudriñara desde fuera tuviera dificultades para verme. Recordé que debía llenar una jarra de agua y la coloqué en el suelo, junto a la silla. Al final los músculos comenzaron a volverse... fangosos, de modo que me desplomé sobre la silla y dejé que los brazos cayeran a los lados.

Sentía cómo en la frente comenzaban a formarse ampollas de sudor del tamaño de medias coronas que me caían dentro de los ojos. Me ardían las tripas. La lengua se volvió áspera y pareció hincharse dentro de la boca. Tantear en busca de la jarra para beber un trago de agua me pareció un esfuerzo sobrehumano y requirió cada gramo de mi fuerza, lo que me hizo respirar más rápido. El corazón tronaba en mi pecho. Comencé a sentir pánico. ¿Y si a pesar de todo había cometido algún error?

Me quedé inmóvil un momento. O quizá sencillamente perdí el sentido, no lo sé. Entonces Judith llamó a la puerta.

La aporreó, más bien. Después vi aparecer su rostro en la ventana, con la mano inclinada sobre los ojos para poder ver mejor en la penumbra de la casita. Quizá había ocultado demasiado bien la silla, porque no pareció

verme. No había nada que yo pudiera hacer para llamar su atención. Sentía mi cuerpo como un yunque en el fondo de un estanque. Lo único que podía permitirme era mantener levantados los párpados. Realicé un vano intento de sacudir la mano, de hacer algún movimiento para enviarle una señal, pero apenas logré agitar un dedo.

Desapareció, y pasado un momento la oí moverse por la parte de atrás de la casa. Oí cómo intentaba abrir la puerta trasera, pero llevaba cerrada con llave desde la aparición de Arthur McCann. Entonces volvió a la parte delantera y, tras escudriñar de nuevo, esta vez pareció distinguir mi cuerpo inmóvil sobre la silla.

—¡Fern! —llamó, golpeando con fuerza la ventana—. ¡Ábreme la puerta!

Pero, por supuesto, yo no podía responder. Los dientes me zumbaron cuando intenté emitir un sonido. Después de un rato se marchó, y sobre la casa cayó el silencio.

¿Me quedé dormida? Sé que un tronco se desplazó en la chimenea, y que eso me devolvió la conciencia. Mi cuerpo había recuperado algo de sensibilidad, y aunque necesité de un esfuerzo extremo logré por fin incorporarme y desplazarme. Necesitaba beber algo de agua, pero tenía el juicio alterado y cuando me acerqué a por la jarra mi mano pareció atravesarla. Lo intenté dos veces más antes de verme distraída por algo que sucedía fuera.

Miré por la ventana y vi a tres mirlos sobre la cuerda de tender. Se piaban los unos a los otros y cambiaban de posición en la cuerda. Sus ojos parecían mercuriales y brillantes, y sus plumas resplandecientes tenían un lustre más azulado que negruzco. Los picos naranjas eran más prominentes de lo normal, y se me ocurrió que eran lo que Mammy llamaba vigías. Supe que había llegado la hora de salir, de modo que me puse el abrigo y me dirigí hacia la puerta.

Pero el cosquilleo no había abandonado mis dedos y, por ridículo que resultara, no era capaz de encontrar la fuerza necesaria para girar la vieja llave de hierro en la cerradura. Podía aferrarla, pero mis dedos carecían de un punto de apoyo para hacer palanca. Simplemente no conseguía accionarla. De modo que al final me pareció más sencillo subirme al

fregadero de la cocina y salir por la ventana que había dejado abierta antes. Cuando lo hice, los tres pájaros en la cuerda se marcharon volando al instante, así que quizá no eran vigías. Quizá solo eran tres pájaros posados en una cuerda.

¡Pero fuera hacía el más espléndido día de marzo! Era tan brillante que al principio tuve que protegerme los ojos. El sol lucía con fuerza pero todo estaba bañado en una luz fría, metálica, resplandeciente como el cromo pero que no disminuía el espectro cromático. La bomba de agua del jardín parecía inmensa, igual que la gota de agua refulgente que colgaba del caño.

Perdí algunos momentos, pues de repente me vi caminando por el camino, junto al pozo. Me detuve para mirar el agua cristalina que discurría sobre las piedras ambarinas antes de caer a la alberca. Después volví a perder algunos momentos y me encontré apoyada contra un portón de cinco maderos, frente a una senda que conducía hacia los bosques. Incluso desde allí podía oler la fragancia de la primavera incipiente, densa y tupida. También la tierra parecía abrirse para compartir sus aromas. La hierba y el humus, la bosta de vaca y el esputo de los cuclillos sobre la maleza alta; el polvo de ladrillo donde se había vertido escombros sobre la senda, para impedir que se embarrara; el liquen en crecimiento, verde y luminoso, en las grietas avejentadas de la madera gris que formaba el portón; el orín viviente del gozne... Resultaba inabarcable. Me encontraba apoyada contra el portón e inhalaba el compendio de olores, que trataba de separar e identificar. A lo lejos, entre los árboles, oí la llamada del cuclillo.

Aquella inundación sensual debió de seducirme hasta el punto de perder el sentido del tiempo y el espacio, porque volví a confundir varios momentos y recobré la conciencia cuando el trino se convirtió en una voz seguida por un sonido traqueteante; volvía a encontrarme en mi silla, en la casita. Debía de haber regresado sin darme cuenta. Miré el fuego. Los troncos se habían consumido un poco. El sonido metálico en la puerta me hizo levantar la vista, y vi la llave vibrar en la cerradura. Judith había regresado e intentaba empujar la llave desde el exterior. Había encontrado la hoja de periódico y la había deslizado dentro, de modo que la llave cayera sobre ella.

La caminata me había dejado exhausta, porque volvía a sentirme paralizada. Por fin la llave cayó de su alojamiento, pero en vez de precipitarse limpiamente se detuvo un instante en el aire, antes de volver a caer y detenerse de nuevo. Al final la oí golpear la hoja de periódico. Después Judith recuperó la hoja por debajo de la puerta, y enseguida estuvo dentro.

Me sorprendí mucho al ver que Chas entraba detrás de ella.

—¿Qué se ha hecho en el pelo? —balbució él.

—No es nada. —Judith se acercó a mí, me puso la palma de la mano en la frente y me miró a los ojos. Después me alisó la blusa—. Parpadea dos veces si te sientes bien.

Parpadeé dos veces.

—¡Pero si tenía un pelo precioso! —protestó Chas, mirándome.

—Tendría que haber venido antes —dijo Judith. Me acercó la jarra de agua a los labios y bebí—. Me siento culpable.

—¿Está bien? —quiso saber Chas.

—Creo que sí. Parece que tiene los labios un poco secos, eso es todo.

Chas se acercó y se arrodilló frente a mí. Me miró fijamente a los ojos.

—Dios, cómo tiene las pupilas de dilatadas. ¡Pero tú mira eso!

—Puede oír todo lo que dices —dijo Judith—. No está como uno de tus amigos emporrados, con el cerebro convertido en puré de nabos. A pesar de todo conserva la inteligencia.

—No lo parece.

Quería decirle a Chas que se apartara de mi cara. Me estaba respirando encima. Estaba enfadada con Judith por haberlo traído. Lo único que conseguí fue cerrar los ojos.

—Ha parpadeado —dijo Chas.

—Probablemente sea su modo de decir que te largues.

Gracias, Judith. Él pareció dubitativo, pero se frotó la mandíbula y se levantó.

—¿Hay algo de comer por aquí?

—No toques nada. Si quieres ser útil, prepara un poco de té.

Judith me dio otro trago de agua. Mientras Chas estaba fuera llenando la tetera, apoyó la oreja contra mi pecho para escucharme el corazón. Pareció

satisfecha con que no latiera demasiado deprisa.

Cuando Chas volvió noté que echaba un buen vistazo al lugar, aunque yo no sabía lo que estaba buscando. Más de una vez Judith tuvo que decirle que no tocara nada. Aunque solo era capaz de mirar hacia delante podía sentirlo detrás de mí, escudriñando cada agujero y cada recoveco. Me ponía nerviosa.

Judith empapó una bayeta y se acercó para secarme la frente y el cuello, y no fue hasta entonces que me di cuenta del calor que tenía. También me limpió la barbilla; supongo que había estado babeando. Después, mientras preparaban el té, vi cómo Judith le vocalizaba algunas palabras, obviamente con la intención de que yo no las escuchara. El la cogió del pelo y le dio un beso en toda la boca. Ella pretendió rechazarlo. Eran como gatitos juguetones.

Chas se dirigió arriba y pude oír los tablones crujir sobre mi cabeza mientras se movía por ahí. Judith le gritó que volviera abajo. Le dijo que dejara de cotillear por todas partes, pero al final lo siguió arriba, y después de un rato se hizo el silencio.

Pensé que ya había tenido bastante. El descanso me había devuelto las fuerzas y comprobé que podía levantarme de la silla, de modo que volví a salir. Al menos esta vez no tuve que hacerlo por la ventana, ya que se habían dejado la puerta abierta. *Me habré desvanecido antes de que me echen en falta*, pensé. *Los dejaré solos para que puedan darle al asunto*. Prefería estar sola, la verdad.

Y volví a recobrar el sentido apoyada contra el portón de cinco maderos, observando a unas diminutas arañas rojas que se arrastraban por la madera del color gris cromo, manchada por el verde de los líquenes. Y una voz que era la mía pero cuyo tono sonaba como el de Mammy me decía: «muévete, chica, debes moverte si no quieres quedarte aquí atrapada». Porque aquel era el problema: quedarse atrapado.

Mammy me había dicho que aquel era siempre el problema al realizar la Petición, el quedarse atrapado. Podías quedarte mirando alguna cosa, como una corriente de agua o una araña que se arrastraba por el madero de un portón, y tu alma vagaba y tú te quedabas hueco, vacío, ni siquiera presente. Y me advertía de que no solo la Petición provocaba aquello: también lo

hacía la vida, que podía dejarte atrapada, dormida en una esquina para despertar siete o setenta años después, cuando ya todo había desaparecido. Me había explicado que era posible parpadear durante uno de tus días de colegio, y al abrir los ojos encontrarte con que tus propios hijos eran los que estaban en el colegio, y que de algún modo habías quedado atrapado. No debíamos tolerar nunca que eso sucediera, aunque estábamos demasiado dispuestos a permitir que la vida se desarrollara sin prestarle atención. Y ahora, en este día y bajo aquella luz, supe exactamente lo que quería decir, y me dije: *muévete, chica tienes que moverte*.

Y me moví, y redescubrí mi capacidad para poner un pie delante de otro. Flotaba a la deriva a través de la divisoria luz de cromo, sobre la senda que circunvalaba los bosques. Pero en ese momento noté que algo sucedía con aquella luz metálica: se estaba tiñendo de violeta y se estrechaba. Había pasado de ser un metal suave y brillante a convertirse en otra sustancia más frágil, como una telaraña vista en una mañana brumosa. Caía de los árboles, los arbustos y los altos matorrales cuando yo la atravesaba, y por un momento tuve que reírme de mi propia insensatez, porque me di cuenta de que no era ni una sustancia ni un color: no era más que el amanecer y estaba ya pasando, de hecho casi había concluido.

Qué insensatez por mi parte confundir el alba con un color, cuando en realidad era una sustancia.

Pero con esa comprensión llegó la ansiedad, porque también comprendí que necesitaba encontrar mi territorio, mi puesto para aquel día, y que debía hacerlo rápidamente, antes de que me encontrara con alguien. Entonces volví a ver a los tres mirlos sobre una rama en lo alto y sentí un acceso de felicidad, porque me convencí de que estaban cuidando de mí y me pregunté si quizá eran otros de los pocos. Me detuve para contemplarlos y apoyé la mano contra un árbol para recobrar el aliento. Aunque no estaba haciendo un gran esfuerzo, mi respiración era entrecortada por la excitación y la ansiedad del momento. Cuando aparté la mano del tronco del árbol vi que los dedos se me habían manchado con el polvo verde que había adherido a la corteza.

Me cubrí las manos hasta que ni un solo trozo de mi piel blanca como un lirio quedó expuesta, y entonces procedí a embadurnarme también la

cara. Se untaba como el carbón pero era verde brillante, del color de los setos en primavera, y allí, en la esquina del bosque, encontré mi lugar en la más diminuta interrupción de los setos de endrinos, cornejos y acebos.

Era un seto maravillosamente espeso, conocido como seto de buey de las tierras medias porque era lo bastante fuerte como para soportar la impetuosa carga de un toro. Y allí encontré aquel hueco diminuto que me invitaba a pasar, con un suelo blando como un felpudo de bienvenida. Entré, y los endrinos y cornejos se cerraron tras de mí con un susurro, y supe que podría quedarme allí sentada todo el día, entre la espesura, y que nadie podría verme. Me enorgullecí de haber encontrado el sitio perfecto. Cualquiera que se acercara por el sendero tendría la atención fija delante a causa de la curvatura del seto, y aunque mirara directamente en mi dirección no llegaría a verme. Era cálido. Era cómodo. Era seguro. Y lo que era más importante, ya estaba preparada para lo que se avecinaba. Cerré los ojos y esperé.

Aunque debí de quedarme transpuesta de nuevo, porque cuando abrí los ojos de nuevo estaba de vuelta en la casita. Había sido el sonido de Judith y Chas al bajar las escaleras lo que me había hecho regresar. Sentí pánico, porque aquello significaba que mi salida había sido imaginada, que en realidad no había estado fuera, que no había encontrado mi territorio y que no me había asentado en aquel lugar perfecto entre los setos.

Pero entonces Chas apareció, me miró y dijo:

—Ha vuelto.

—Gracias a Dios —respondió Judith—. ¿Dónde has estado?

Pero yo no podía responder, porque mi lengua aún parecía de trapo y seguía paralizada dentro de la boca, y todavía sentía los dientes enormemente grandes. Pero me alivié porque sus palabras demostraban que era cierto que había salido y represado. Durante un terrible momento había pensado que todo había sido un sueño.

Chas se acercó a mí y me levantó el párpado.

—¿Estás segura de que sabes lo que está pasando, Jude?

—Está bien.

—No tiene buena cara. ¿Y si vomita?

—Deja de fastidiar. Si no te quedas quieto tendrás que marcharte.

—Tienes razón, debería irme —respondió Chas—. Me vuelvo a la granja. Sacaré a los perros, o haré cualquier otra cosa. ¿Nos vemos luego?

—Posiblemente. Depende de cómo vaya esto. Vamos, te acompaño hasta la puerta de fuera.

Salieron y dejaron la puerta de la casita abierta. Tardaron mucho en despedirse, y mientras estaban distraídos yo me escabullí de nuevo.

Pero en cuanto puse el pie fuera me encontré de vuelta en mi suave madriguera entre los setos, y me despertó de golpe el sonido de unas voces que se acercaban. Reconocí una de ellas. Era la de Bunch Cormell, que caminaba con el niño al que yo había ayudado a nacer muy bien envuelto. Tenía mejor aspecto que la última vez que la vi. Toda la familia paseaba con ella, quizá en dirección a Market Harborough, o tal vez solo se acercaban al siguiente pueblo. También tenían un perro, al que temí porque caminaba suelto por delante de ellos. Pero aunque olfateó el seto, el can decidió ignorarme. El herrador y su mujer estaban hablando de problemas económicos mientras los niños discutían por el reparto de unos caramelos Bluebird. Se inició una riña entre los chicos y el más pequeño, Malcolm, se enfurruñó y empezó a arrastrar los pies.

Los vi pasar por delante de mí, tan cercanos que casi podría haber sacado una mano de los setos y tocarlos. Pero me quedé mortalmente quieta y no sospecharon mi presencia. O no lo hubieran hecho si el pequeño Malcolm no se hubiera quedado atrás. Llevaba un enorme palo, y eligió ese momento para lanzarlo hacia los setos, donde aterrizó muy cerca de mí. El niño se metió en la pequeña zanja para recuperar el palo y nuestros ojos se encontraron.

Se quedó congelado, como si supiera que yo podía leer su corazón de siete años, lo que en aquel momento era cierto; y lo único que alcancé a ver fue terror.

—¡Malcolm, ven aquí inmediatamente y deja de fastidiar! —gritó el herrador.

Pero no se movía. Estaba paralizado, y el único modo que tenía yo de liberarlo era cerrar los ojos. Esperé. Seguí esperando. Se produjo un repentino aleteo, como un pájaro que abandona una rama, y cuando abrí los ojos de nuevo Malcolm había desaparecido; él y los demás Cormell, todos ellos, ya estaban lejos.

No sé si el niño les hablaría de lo que había visto. De ser así, espero que lo achacaran a que seguía enfadado y se había inventado la historia. Aunque yo estaba enfadada conmigo misma, porque la regla es que debes mantener los ojos cerrados cuando alguien se acerca. Esa es la norma, y ahí delante tenía el motivo de la misma.

Pero una vez se marcharon todo quedó en calma, y esperé en silencio durante más de una hora. En ese tiempo el sol se alzó todavía más en el cielo y apareció otra persona, un granjero local que caminaba con una zancada inestable que le hacía separar mucho los pies, y que canturreaba y sorbía por la nariz. Aquella vez cerré los ojos y pasó de largo; todo volvió a quedar en silencio.

Algo sucedió con la llegada del mediodía. La quietud del lugar se convirtió en una ausencia de sonido, y el sol se quedó *clavado* en su posición en el cielo casi con un chasquido apagado, como si se hubiera bloqueado alguna especie de mecanismo. Pareció convertirse en un sol pintado sobre un lienzo. Tenía color y luz, pero no textura.

Entonces las oí, débiles al principio: una, dos, tres llamadas familiares de avefrías, o chorlitos, como los denominaba Mammy. Pero estaban lejísimos, casi en otro mundo, o tan profundas como alcanza la memoria. ¡Piiii-uit! Quizá era más un pensamiento que un sonido. Mammy me hubiera dicho que atendiera, que estaban diciendo: «¡hechizada!». ^[4] Pero entonces la llamada desapareció y oí otro sonido que se acercaba rápidamente.

Era un aleteo del aire. Un rumor procedente del firmamento. Un murmullo, una liberación, y entonces, de repente, una lluvia que surgió de una diminuta oquedad en el cielo azul, una gigantesca bandada de avefrías, cientos y cientos de ellas que caían en picado y en formación, retorciéndose en el aire como una larga cinta de manchas negras; pude sentir sus aleteos cuando descendieron sobre el seto y mi piel comenzó a restallar, a enrojecer

y a restallar, y por un momento pensé: *¿Es esto? ¿Es el avefría?* Pero entonces recordé que Judith me había contado que primero llegaban los heraldos, los anunciadores, para marcar el camino.

Jugaban con las corrientes de aire. El tumulto de avefrías surcaba el cielo azul, retorció y giraba la larga y continua cinta que formaba, trazaba espirales como la cola de una cometa, descendía para volver a elevarse; era un espectáculo tan hermoso y abrumador que quise llorar. Algunos de los pájaros se desprendían de la cola de la cinta para descender hasta el suelo, a solo unos pasos de mi escondrijo en el seto, y después remontaban de nuevo el vuelo y dejaban que las corrientes de aire los devolvieran a la formación, donde eran absorbidos.

Seguían y seguían tanteando las corrientes, cada vez más rápido. Caían en picado y trazaban círculos sobre mí, probando nuevas formaciones, hasta que comprendí que estaban buscando algo. La cinta cambió, se retorció, se hizo ora más gruesa, ora más estrecha. Era como si estuvieran ensayando formas novedosas, hasta que de repente comprendí. Me quedé sin aliento.

Mis sentidos comenzaban a cruzarse. El tumulto de los pájaros era una especie de susurro en mi oído que de algún modo se plegaba sobre sí mismo en el aire, en formas retorcidas, como un alfabeto que yo debía descifrar. Las avefrías, los miles de chorlitos, estaban intentando deletrearme palabras. Estaban escribiendo en el cielo, pero con sonidos. Al principio no usaban un alfabeto que yo fuera capaz de reconocer. Eran como las runas, o como la joyería antigua, o como los garabatos en los sellos de lugares exóticos, palabras talladas en las corrientes de aire que me llegaban como un código Morse. Entonces los sonidos se quedaron fijos en el aire y deletrearon un breve mensaje. Parpadeé ante aquel azul luminoso. De algún modo, en las diminutas manchas negras que eran las miles de avefrías quedó fija una sola palabra, cosida simultáneamente en el cielo y pronunciada con la débil voz de Mammy. Decía: «¡escucha!»

Y en el momento en que escuché o leí aquella palabra, la gigantesca bandada de avefrías giró, caracoleó y fue absorbida por el diminuto agujero en el cielo por el que había llegado. Desapareció. A su paso solo quedó una extraña quietud... y el convencimiento de que había una presencia a mi espalda.

Había albergado dudas acerca de cuál sería el mío, aunque ya me había hablado aquella noche en casa de los Cormell. ¿Y no había estado presente la familia del herrador ese mismo día? ¿Y no me había dicho William cuál sería? No sabía explícitamente cuál era el de Mammy, ya que nunca me lo había dicho. Pero el mío siempre sería aquel.

La liebre estaba junto a mí en el seto, y tuve la extraña sensación de que llevaba allí todo el tiempo. Era una liebre muy grande. Quizá se levantara un metro hasta la punta de las orejas. Como yo estaba agazapada en la espesura, casi nos encontrábamos al mismo nivel. Se sentaba derecha, con las orejas atentas, descansando sobre sus poderosas patas traseras, reposada pero preparada para saltar ante el menor susto; tuve la sensación de que el siguiente instante podría cambiarlo todo.

Tragué saliva, aunque lo hice con temor a que la liebre se asustara. Hasta el momento no me había mirado, pero se giró lentamente y sentí un curioso cosquilleo dentro de la cabeza.

Y entonces la liebre habló.

No lo hizo moviendo la boca, sino fijando un ojo en mí y susurrando dentro de mi cerebro, poco más que una insinuación. El susurro se correspondía con un aumento de la presión en la cabeza.

Supe que me iba a liberar porque el cosquilleo se convirtió en la sensación de alguien que me pasaba las manos sobre la cabeza afeitada, y abrí los ojos para ver a Judith inclinada sobre mí. No sé dónde encajaba aquello en la secuencia de las cosas, pero Chas ya se había marchado.

Reparé en que Judith tenía en la mano un trapo húmedo que me estaba pasando por la cabeza y el cuello. Lo dobló y me lo puso debajo de los ojos.

—Espero que sean lágrimas buenas, Fern —me dijo.

—Solo son lágrimas —dije, o creo que dije. Me sorprendía haber recuperado la facultad del habla. Pero cuando fui a hablar de nuevo no logré decir nada. Solo podía lamerme los labios reseca. Judith me acercó el vaso de agua a la boca y pude tragar algunos sorbos.

Vi que echaba un vistazo a su reloj de pulsera antes de mirar hacia la puerta. Después me contempló pensativa, como si estuviera tomando una decisión.

—Voy a tener que salir —me dijo—. Tengo que hacer un recado.

Traté de hacer un ruido para detenerla. No quería que me dejara sola.

—Solo será un rato. Voy a cerrar con llave, de modo que estarás a salvo.

Salió y cerró la puerta tras ella. Escuché cómo dejaba la llave debajo de un ladrillo. Cerré los ojos.

La liebre me contó cómo se había hecho el universo. Era una larga historia. Me explicó que las grietas entre mundos habían aparecido la primera vez que una liebre fue perseguida en los campos por un perro, cuando la presa no tuvo otra opción que escapar a otra dimensión. También me aseguró que de no ser por las liebres, que mantenían aquellas grietas abiertas, nadie sería capaz de cruzar de un lado a otro. Me advirtió de que otros animales, pájaros y hombres aseguraban que eran sus especies las que habían creado las grietas y las que las conservaban, pero que la verdad era la que me había contado. Me recordó que las liebres podían concebir una segunda vez estando ya preñadas. Aquello probaba su argumentación más allá de toda duda, decía, porque sucedió por primera vez cuando la primera liebre ocupó dos mundos al mismo tiempo.

Mientras ella hablaba, había notado que la liebre crecía en tamaño. O quizá era yo la que disminuía, porque después de un rato las ropas me colgaban y no era más que una niña pequeña, quizá un bebé de un año o dos. Salí de entre mis prendas gigantescas y disfruté de la desnudez. Podía levantarme y en cierto modo hablar. Miré el ojo de la liebre, aún fijo en mí. Ahora ella tenía casi dos veces mi tamaño.

El olor de su pelaje animal era abrumador, pero no desagradable. Extendí la mano para acariciarla pero se movió y se alejó un poco, tolerante aunque reacia al contacto. Prosiguió su relato.

Me dijo que habíamos entrado en el tiempo del hombre y que aquello no era bueno, ni siquiera para los hombres y las mujeres. Se quejó amargamente de los lebratos muertos por las guadañas de las cosechadoras. Me preguntó si me hacía una idea de cuántas cosechadoras había en el país, y cuando negué con la cabeza me dijo la cifra exacta. El maíz sangra, decía mordaz, y nosotras sangramos. Lloré lágrimas calientes y culpables, y dije que lo sentía muchísimo. La liebre respondió que no era responsabilidad mía.

Entonces empezó a hablarme de por qué la liebre no excava su madriguera, de la creación de la primerísima forma y de cómo esta obtuvo sus fuertes patas traseras. En algún punto su voz se convirtió en la de Mammy, y la liebre repitió todas las cosas que Mammy me había contado a lo largo de los años.

Dijo cosas que nunca había comprendido del todo. Que Mammy había estado confinada en ese hospital tres largos años. Que en ocasiones le ataban los brazos y las piernas. La liebre lo repetía todo con la voz de Mammy. Había allí dentro otras mujeres jóvenes, decía, por el mero delito de haber tenido hijos fuera del matrimonio. O por depravación moral, que según ella consistía en que te pescaran haciendo lo que todas las mujeres querían hacer, y que los hombres hacían con impunidad. Pero el delito de Mammy, y la razón por la que la metieron allí, era que había amenazado con hablar.

La liebre me recitó entonces la lista de nombres: los de los padres, los de los desheredados, los de los pervertidos. Era una larga enumeración y me sentí confusa. Quizá me adormilara o perdiera el sentido, porque cuando levanté la cabeza estaba en el hospital con Mammy, que me hablaba con urgencia.

—Esto es demasiado para ti —decía—. Oh, los lebratos atrapados en las cuchillas... Y estos son los nombres. ¿Sabes por qué me metieron aquí, Fern? Porque amenacé con hablar. Así que déjame ahora hablarte a ti.

»Saber esto —dijo Mammy— es lo único que se interpone entre ellos y yo. Odian el hecho de que lo conozca. Los irrita. Pero los mantiene asustados. Es mi entrada, ¿comprendes? Pero ha llegado el momento de pasártela a ti. Es una carga de la que he intentado librarte, pero ahora es preciso que este conocimiento lo portes tú. Y aquí están los nombres.

Y escuché, y lo hice con suma atención, y resultó ser una lista interminable, y cuando llegó al final de la misma Mammy había vuelto a convertirse en la liebre. Pero entonces dejó de hablar de repente. Vi cómo sus enormes orejas se encrespaban. Pregunté por qué se había detenido. La voz de Mammy había desaparecido, y dentro de mi cabeza la liebre dijo:

—¡Atenta!

Escuché con atención. Muy lejos, en otro campo, oí los ladridos de dos o más perros.

Aún dentro de mi cabeza, la liebre dijo:

—Empieza ahora.

Sentí el pinchazo de su miedo.

—¿Qué es lo que empieza? —pregunté. También yo me sentía asustada.

—¿Estás preparada? Espero sinceramente que así sea.

—¿Preparada para qué?

—Debes hacerlo ahora. Tienes muy poco tiempo.

—¡No comprendo! —protesté. Se me rompió la voz. Estaba llorando—. ¡No sé nada de todo esto!

—¿Estás preparada para realizar el cambio?

—¿Qué cambio? —sollocé.

—¡Oh! ¡Era necesario que estuvieras preparada! ¡Te van a hacer pedazos!

Me quedé sin aliento. El terror me recorría toda la piel como una ola fría en un mar más gélido todavía. Sentí pánico. Empecé a boquear.

—¡Respira despacio —me urgió la liebre— o perderás toda tu fuerza! ¡Seguro que sabes cómo cambiar!

Volví a oír a los perros, un poco más cerca. Eran tres, y sus ladridos me llegaban con claridad. La liebre flexionó las patas traseras. Estaba preparándose para marcharse.

—No... —lloré—. Nadie me lo ha explicado. Por favor, no me dejes aquí.

—Tienes que recordar.

—¿Cómo voy a recordar algo que nunca he sabido? —sollocé.

—Sabes cantar, ¿no? —respondió la liebre—. Como mínimo, todo el mundo puede decir la rima.

Y aunque no me sabía ninguna rima, escuché cómo me aclaraba la garganta y pronunciaba, medio cantando y medio farfullando, estas palabras:

*En una liebre me convertiré
con pesar, suspiros y graves cuidados.*

*En nombre del diablo marcharé,
y mientras vuelvo a casa consternado...*

—Bien. Ahora te daré algo que te ayudará. —La liebre se acercó un poco. Me lamió las lágrimas de los ojos. Después abrió la boca y escupió dentro de la mía. Olí la hierba, el maíz y la saliva. Entonces dio un paso atrás—. El tiempo se está terminando. Si no cambias, tendré que dejarte. Ahora, recuerda.

Volví a oír a los perros, y también creí oír el grito de un hombre. Desesperé. La saliva caliente de la liebre me hacía sentir confusa. Me acuclillé, muy asustada. Tenía el estómago revuelto. Aterrada y desesperada, miré la atenta pupila negra de mi compañera. En aquel espejo reluciente y pulimentado que era su ojo pude verme como una niña muy pequeña, aunque distorsionada. Tenía las rodillas pegadas a la barbilla y mis pies parecían enormes. Y la piel se me encrespaba y temblaba.

Contuve el aliento, pero no tenía tiempo para hablar. Oí los gimoteos de los perros cuando entraron en el campo y empezaron a correr siguiendo la pista. La liebre saltó desde el seto y yo con ella, y corrimos a toda velocidad y comprobé que era capaz de seguirle el paso. Era veloz, elegante. Pero los perros eran grandes y fuertes. Dos de ellos resultaron ser viejos galgos lebreles y el otro un cruce de lebel, también bastante rápido. Nos ganaban terreno.

Oí cómo el ladrillo se movía a un lado y el sonido de la llave al insertarse en la cerradura desde el otro lado de la puerta, y pensé con cierto alivio que Judith había vuelto de su recado. Pero no era Judith la que había llegado. Era Chas. Quise decir: «¿Dónde está? ¿Qué estás haciendo aquí», pero aunque la lengua se movía dentro de mi boca, aún era incapaz de hablar.

Chas se sentó en una silla frente a la mía, en la silla de Mammy, y procedió a liarse un cigarrillo que engordó con hierba. Lo encendió, se tragó el humo y después de exhalar dijo:

—Judith se ha enredado un poco con algunas cosas y me ha pedido que venga a echarte un vistazo. Quiere que me asegure de que sigues viva, o

algo así. Sigues viva, ¿no?

Parpadeé.

—Bien. No te preocupes por mí. Tú sigue a lo tuyo. Yo solo me relajaré un poco y te echaré un vistazo.

No me gustaba que estuviera allí. No me gustaba su olor. No me gustaba el olor que llevaba encima.

Se recostó mientras fumaba y me miró fijamente. Al final se levantó y se acercó hasta mí.

—Estás babeando —dijo—. No resulta muy decoroso, ¿no? —Usó la yema del pulgar para limpiarme suavemente la comisura de la boca—. Ya está.

Entonces hizo algo muy extraño: examinó la pequeña cantidad de saliva que había retirado de mis labios y la lamió. No dejó de mirarme mientras chupaba con fruición, como si la estuviera bebiendo. Después volvió a sentarse en la silla.

—¿Sabes qué? Creo que me gustas con el pelo así rapado. Queda muy provocativo.

Cerré los ojos para no tener que verlo mirándome de aquel modo lascivo, y volví a encontrarme en el campo. Abrí los ojos y comprobé que mi campo de visión se había extendido con efectos espectaculares, quizá hasta los doscientos setenta grados que uno asocia con los animales de presa, y pude ver, atrás y a mi izquierda, a los perros pateando la tierra al correr hacia nosotras, y detrás y a mi derecha la cobertura del bosque. Los perros no dejaban de gañir tras nuestro rastro, y babeaban por las mandíbulas abiertas. Mi instinto me conducía hacia los bosques, pero la liebre que me precedía trazó una línea recta a través de los campos, de modo que la seguí a meros centímetros, igualando su fuerza y velocidad.

Pero los perros eran grandes, y su mayor zancada les permitía acercarse rápidamente. El miedo me secó las venas y convirtió mis músculos en lodo inútil, y por un momento estuve a punto de rendirme, de detenerme para que me despedazaran. El primer perro llegó desde la derecha y lanzó una dentellada muy cerca de mis cuartos traseros. La baba resplandeciente fluía

de sus fauces como una cinta plateada que destellara al sol. Pero entonces la liebre realizó un asombroso giro de noventa grados, un ángulo recto perfecto, y de algún modo supe que yo podía imitarla.

Los perros fueron incapaces de realizar un giro de tal naturaleza. Siguieron avanzando tres o cuatro metros, trataron de deslizarse y girar y terminaron chocando los unos contra los otros, hasta que lograron orientarse y reanudar la persecución, aunque para entonces ya les habíamos ganado algunos metros. Y yo pensé: *¡Qué fuerza! ¡Qué agilidad y belleza!* Y aunque corría aterrada, muerta de miedo y de angustia, supe que mi naturaleza me había proporcionado una ventaja. Era más ágil. Era más rápida. Podía engañarlos.

Pero el tamaño de su zancada hizo que los galgos pronto estuvieran lanzando nuevas dentelladas contra mis patas, y realizamos un segundo giro. Los perros aullaron frustrados al verse de nuevo engañados. Pero ahora corríamos hacia su amo: pude ver que era un cazador furtivo con un zurrón de caza colgado del hombro, y supe que en algún lugar llevaba un cuchillo con el que pretendía separarme la carne de los huesos. Pude olerlo: aquel olor caliente de los hombres, tan distinto a todo lo demás que se mueve sobre la tierra. Y entonces vi su cara, y supe quién era.

Abrí los ojos y me sorprendió ver la cara de Chas a dos dedos de la mía. Parpadeó. Notaba su aliento en la mejilla. Entonces se inclinó un poco y me besó con suavidad, con dulzura. Sentí cómo aquel beso me recorría todo el cuerpo. Temblé por dentro. En ese momento, la única sensación que tenía estaba en mi boca, en mis labios hormigueantes; unos labios que parecían haberse hinchado. Podía saborear el tabaco y la hierba en su aliento. Entonces separó nuestros labios y se echó hacia atrás. Dio una calada al cigarrillo y sopló el humo dentro de mi boca, y no sé por qué me pregunté si ya me había hecho eso antes.

—Lo genial de ti, Fern —me dijo—, es que no sabes lo que tienes.

Y entonces volvió a acercarse y me besó por segunda vez.

El hombre se movía pesadamente hacia nosotras. Yo sabía que no representaba un peligro. El nunca nos atraparía (aunque sí podrían hacerlo sus rápidos perros), pero podía molestarnos bloqueando una posible escapatoria, y si conseguía manejar a sus galgos como a un equipo podía tratar de guiarnos hacia un punto ventajoso para ellos. Los lebreles volvían a ladrar junto a nosotras. Ya podía oler su aliento, oír sus mandíbulas lanzar dentelladas, aunque no lograban morder más que el aire. La liebre que me precedía realizó un notable movimiento: me sorprendió acelerando directamente hacia el hombre. Yo solo sabía que debía imitarla. Aquello pilló al cazador con la guardia baja. Y entonces, cuando estábamos a menos de dos o tres metros de él, realizamos un giro seguido por un rápido quiebro para zigzaguear a su alrededor. Corrimos por una abertura en los setos y entramos limpiamente en el siguiente campo.

El hombre gritó y los perros aullaron, se abrieron paso a la fuerza por el seto y siguieron su persecución. Ya comenzaba a sentirme cansada, aunque la liebre no mostraba señales de debilitamiento; supe que era así porque yo solo pretendía ser una liebre. Por el rabillo del ojo vi al hombre saltar una valla y correr hacia nosotras, mientras sus perros recortaban la distancia.

Chas me abrió la blusa y mis pechos cayeron hacia delante. Él se quedó paralizado y los miró durante un rato, como si de algún modo fueran peligrosos. Sentí cómo regresaba una fracción de mi fuerza, pero seguía desesperadamente débil y no disponía de un solo gramo de energía con la que resistirme. Entonces se agachó y me lamió los pezones. El corazón me martilleaba con fuerza. Mi lengua se pegó al paladar superior. Me chupó los pechos y pasó la lengua bajo la curva en la que se encontraban con el torso, antes de empezar a besarme el vientre.

Después me levantó la falda y me bajó de un tirón las bragas; quise gritar, quise detenerlo, pero apenas era capaz de moverme. Era como si tuviera unos inmensos pesos atados a las muñecas y los tobillos. Me separó las piernas y ancló las corvas en los brazos de la silla. Traté de hacerle señales desesperadas con los ojos para que se detuviera, para que no hiciera aquello.

Deseaba gritarle a la liebre que no podía continuar; quería decirle que yo no era una liebre, que era una mujer. Los perros lanzaban dentelladas en dirección a mis talones, y yo corría y corría, y el corazón me latía desacompasado y mis huesos parecían a punto de partirse por el dolor del esfuerzo. La liebre miró hacia atrás y sé que vio mi congoja y mi incapacidad para superar a mis rivales. Uno de estos casi se puso a mi altura y cerró las fauces alrededor del talón. El dolor me apuñaló y no vi más que un cielo de color rojo sangre, y me preparé para morir y ser despedazada. Pero en ese momento la liebre que corría delante de mí se deslizó hasta detenerse con calculada lentitud, dejando que los otros perros la alcanzaran a ella en vez de a mí. El tercer perro me abandonó y salió corriendo a por mi compañera.

Chas se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones. Su erección quedó expuesta un breve instante, antes de que la empujara dentro de mí; sé que de mi boca surgió un grito, porque era prácticamente el primer sonido que emitía en todo el día. Dolía. Me acometía sin elegancia y exudaba el olor de su sudor. Su cara se puso roja, fea y contraída cuando eyaculó dentro de mí.

Tembló un poco antes de detenerse y enterrar la cabeza entre mis pechos. Me incliné hacia delante, le agarré el lóbulo de la oreja entre los dientes y mordí con fuerza. No permití que se soltara.

Chas me dio un puñetazo en el ojo para intentar liberarse. Lanzó una patada a ciegas y me hizo daño en el pie. Le mordí la oreja con más fuerza todavía y la sangre explotó dentro de mi boca.

Vi cómo los galgos destrozaban a la liebre en una nube de sangre que ocultó el cielo. Se produjo una momentánea tormenta sobre el polvo seco que cubría el campo. Había tanta sangre y pelo en el aire que podía saborearlos. Entre los tres perros arrancaron la carne de la liebre, que se había rendido a ellos para que yo pudiera escapar.

Exhausta, corrí en busca de cobijo. Regresé al mismo lugar entre los setos en el que había pasado esperando todo el día. La hierba seguía aplastada con la forma de una liebre. Me lamí la herida de la pata y me quedé completamente quieta. Incluso logré calmar la respiración. Me confié al camuflaje del seto y esperé y recé para que el sacrificio de mi amiga bastara para mantener lejos a los perros.

OceanofPDF.com

24

Estaba bañando la herida del tobillo cuando regresó Judith. Chas se había marchado. Yo ya había conseguido recoger la casa. Había sangre en el suelo de la cocina. Me sentía débil, trémula, pero me aliviaba el poder moverme de nuevo.

—Ya te has recuperado, por lo que veo —dijo Judith en cuanto entró.

—Sí.

—¿Cómo te sientes?

—Débil.

—¿Qué estás haciendo?

—Me he hecho daño en el tobillo.

Aún le daba la espalda mientras me secaba el pie. Cuando me giré vio el ojo morado.

—¡Fern! ¿Qué te ha pasado?

—Estaba atontada y me caí.

Entonces se deshizo en preocupaciones.

—Siéntate. Ni siquiera deberías estar de pie. Mírate, estás temblando.

—Me condujo de vuelta a mi silla.

No pude contenerme.

—¡Deberías haber estado aquí, Judith!

—¡Solo estuve fuera media hora!

—¡Me abandonaste! ¡No deberías haberme dejado sola! ¡No quiero estar sola!

Judith se arrodilló para mirarme el pie.

—Vaya lío. ¿Qué te has puesto? A ver, dame ese trapo.

Me bañó el tobillo con cuidado y limpió lentamente la laceración. Entonces lo estudió con mayor cuidado.

—No tiene buena pinta. —Dejó de limpiar. Después de un momento levantó la mirada hacia mí—. Salió mal, ¿no, Fern?

—No deberías haberme dejado.

—Cuéntame todo lo que sucedió. Cuéntamelo, por favor.

Cerré la boca con fuerza. Apreté los labios.

No había salido bien, pero tampoco totalmente mal. Esto es precisamente lo que se promete a aquellos que realizan la Petición, pero no de un modo que se pueda predecir. Mi primera preocupación ahora que todo había terminado era ir a ver a Mammy, y aunque no estaba en condiciones de realizar el trayecto hasta Leicester, eso fue exactamente lo que hice. Habían pasado tres días desde la última vez que la había visto, y Mammy ya debería haber supuesto lo que había emprendido.

Aunque aún me sentía atontada por los estragos de la jornada, me puse la chaqueta de cuero y salí. No podía enfrentarme a un viaje en autostop hasta la ciudad, de modo que atajé por los bosques y esperé en la parada del autobús el servicio nocturno hacia Leicester. Me dolía la herida del pie. La vista me fluctuaba, algo sin duda provocado por la experiencia. La luz no se quedaba quieta. Había zonas del cielo en las que volaba y se derramaba desde las nubes como el mercurio. Los setos también hervían de vida.

Oí acercarse una motocicleta, de modo que me escondí entre la espesura por si se trataba de Arthur. Resultó no ser él. Pensé que el cornejo y el endrino se retorcían, se desenroscaban a mi espalda. Parte de mí había quedado atrás. O quizá me había traído conmigo los sucesos del día, y estos reaccionaban a mi paso.

Llegué a tiempo para el final del período de visitas. Las luces de la sala doce estaban encendidas. Atraje algunas miradas extrañas; sé que tenía el aspecto de un espantapájaros, o incluso de alguna especie de demonio, con el pelo rapado y el ojo morado, pero no podía disfrazarlo de ningún modo. Pero cuando llegué a los pies de la cama de Mammy miré a mi alrededor en busca de ayuda.

La cama estaba vacía. Habían retirado la ropa y faltaba la almohada. Sus efectos personales tampoco se encontraban allí.

Oí pasos acercándose a mi espalda. Era una de las enfermeras.

—¿Dónde está Mammy? —casi grité—. ¿Qué han hecho con ella?

—Es usted su hija, ¿no es así? —respondió la enfermera—. Venga conmigo.

La seguí hasta el despacho de la monja que dirigía la sala, situado en una esquina. La hermana estaba allí, escribiendo algo en una tabla clavada a la pared. La enfermera me sentó.

—Está en el tanatorio.

—¿En el tanatorio? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cuándo ha sucedido?

—Esta tarde.

La monja dejó el bolígrafo.

—Ya me encargo yo —dijo, y la enfermera salió del despacho. La hermana me cogió la mano—. Era muy mayor y estaba muy cansada. Dejó de luchar.

—Debería haber estado aquí.

—Mire —respondió la hermana—. Sé que no estaba usted aquí. Pero en su confusión, ella creía que así era. Me lo dijo. Aunque le alegrará saber que su amigo William se encontraba con ella cuando falleció. No estaba sola. Él me pidió que le dijera a usted que ya se encargaría de todo.

Me sorprendió descubrir que William había estado con Mammy en sus últimos momentos. Me levanté y salí. No podía soportar todo aquello. Oí a la monja llamarme pero salí a la calle, donde ya caía la noche. No sé si llegué a dedo o si cogí un autobús, o incluso si volví a casa caminando.

A la noche siguiente tuve una visita del vicario local, el reverendo Miller. Cuando le abrí la puerta, quedó visiblemente conmovido por mi aspecto. De hecho, llegó a dar un paso atrás.

—¡Fern!

—Sé que parezco un espantajo. ¿Qué puedo hacer por usted? —No quería que entrara. Había dormido muy mal y aún seguía atontada por las depravaciones del día anterior.

—He venido a hablar acerca de los preparativos.

—¿Preparativos?

—William Brewer vino a verme anoche. Le aseguré que vendría a hablar contigo. —Se me quedó mirando.

Lo dejé entrar. Me preguntó cómo me había hecho lo del ojo y le expliqué que me había caído. Por las cosas que decía fui consciente de que pensaba que me había rapado el pelo en un acceso de pena. Entonces se sentó en una silla y se inclinó hacia delante, apretando las palmas contra las rodillas. Me espetó que había recibido una visita de Venables aquella mañana, y que este le había dicho que era el deseo de lord Stokes y de la hacienda que Mammy no fuera enterrada en el camposanto de la iglesia...

Me reí. Por supuesto, me importaba un bledo que Mammy fuera o no enterrada en la iglesia, y lo mismo opinaba Mammy. No había pensado en ello, pero esperaba que el crematorio municipal bastara. Pero entonces el vicario me sorprendió.

—Por supuesto, le dije que podía irse al infierno.

—¿Que le dijo qué?

—No me gusta ese hombre y no me gusta cómo se conduce. Y le dije que esa decisión dependía de mí, no de él ni de lord Stokes. Sé que Mammy sentía aversión por la Iglesia, no es ningún secreto. Pero Dios recibe a todos en su seno y Dios ama...

—... al cuervo tanto como al ruiñón. Ya. —No pude evitarlo.

—Exacto. Así que no tengo ninguna objeción. Hay un lugar para Mammy, si es que lo quieres.

Admito que me sorprendió el apoyo de una fuente tan improbable.

—No puedo pagarle. No tenemos nada.

—Ya he pensado en eso. Tenemos un fondo. Yo me encargaría de eso. Ahora mismo la que me preocupa eres tú.

—¿Yo?

—Sí. Sufres, pero no lo exteriorizas. No me gusta verte aquí sola, por tu cuenta.

Y llegó a ofrecerme que me marchara a vivir con él y con su esposa a la vicaría, que según me dijo disponía de varias habitaciones vacías. Me costó bastante persuadirlo de que no tendría ningún problema para cuidarme sola.

Me costó muchísimo. Pero no lograba imaginarme bebiendo sorbos de una taza de cacao caliente mientras él rasgueaba la guitarra y su mujer cantaba *Cumbayá*. Al final conseguí sacarlo de la casa, agradeciéndole su generosidad.

Me sentí tan perturbada por la inesperada alianza que, cuando se hubo ido, encendí el tocadiscos y puse *Green Onions*. Dejé el brazo atrás para que se repitiera y lo puse realmente alto para bloquear el enloquecedor estribillo de *Cumbayá*, que no dejaba de darme vueltas por la cabeza.

El día después de aquello recibí una carta del administrador de la Sociedad Nacional de la Edificación, en Market Harborough.

Me informaba de que mi deuda por la casita estaba totalmente saldada. No solo eso, sino que ya se habían pagado los tres meses siguientes por adelantado. Me puse el abrigo, salí por la puerta y me dirigí hacia la granja de los Croker.

Era una mañana excepcional de finales de marzo.

Cuando llegué a la granja me encontré con Luke, que llevaba varios vidrios en la mano y no podía apartar los ojos de mi cabeza afeitada. Le pregunté dónde podía encontrar a Chas y me señaló la estructura de un nuevo invernadero que estaban construyendo. Cuando Chas me vio me saludó. También él sostenía un vidrio. Sonrió estúpidamente mientras sujetaba el cristal delante de la cara y aplastaba la nariz y los labios.

Me entraron ganas de reventar vidrio y cara de un puñetazo.

Debió de ver mi expresión, porque al acercarme se quitó el vidrio de delante. Perdió la sonrisa. Frunció el ceño.

—¿Qué pasa, Fern?

—Aléjate de mí. Esto no arregla las cosas»

—¿Eh?

—Jamás podrás arreglar las cosas.

—¿Arreglar qué?

—Si crees que con dinero se ha acabado todo es que no me conoces. No me conoces pero nada.

Chas depositó en el suelo el cristal y se rascó la cabeza. Me llamó a gritos, pero yo ya estaba saliendo del patio. Luke me dijo algo al pasar a su lado, pero lo ignoré. Entonces Greta se acercó corriendo.

—¡Qué pelos, Fern! Casi no te he reconocido —dijo—. Oye, tenía que verte. Necesito algo de ayuda.

—Pues habla con Chas —le espeté como respuesta—. A él le encanta ayudar.

La oí llamarme mientras yo me alejaba por el camino. El asfalto ondulaba frente a mí, como si unos pulmones lo movieran arriba y abajo.

Estaba convencida de que había sido Chas quien había pagado el alquiler atrasado para intentar compensar lo que me había hecho. Así era como funcionaba. Igual que con el tocadiscos que me regaló con *Green Onions*, en pago por haberlo ayudado con las drogas. Pero entonces empecé a preguntarme si me había equivocado al asumir que había sido él. ¿Y si estaba confundida? ¿Y si había sido otra persona? Me esforcé por pensar quién podría haber hecho algo así. Por supuesto, sabía que era un regalo de la liebre, tenía que serlo debido a la Petición, pero la liebre tenía que actuar a través de alguien. Debía tener un agente en este mundo.

Tomé un autobús hasta Market Harborough, me dirigí a las oficinas de la Sociedad y pregunté al encargado quién había pagado mi alquiler. El administrador resultó ser alguien que había acudido a la misma escuela que yo, aunque él era algunos años mayor. Se sentaba tras un escritorio de nogal pulido, con las manos sobre la mesa. Las puntas de los dedos formaban una lanza que me señalaba. Resultaba absolutamente odioso. Mientras pasaba la mirada de la cabeza afeitada al ojo morado, me explicó que el pago se había realizado de manera anónima; incluso me explicó el significado de la palabra «anónimo», como si yo no supiera lo que quería decir.

Le indiqué que no me parecía normal que la gente fuera por ahí pagando las cosas de otros sin revelar su identidad. Le pregunté si aquello era legal y se rió en mi cara. Me señaló que no tenía por qué aceptar el pago, que podía insistir en que se cancelara para así seguir endeudada. Pero lo que no podía hacer era descubrir quién había pagado.

Estaba tan enfadada que intenté cerrar de un portazo al salir, pero se trataba de una puerta muy pesada con un muelle retentor, y no fui capaz. En

mis esfuerzos conseguí tirar al suelo un montoncito de folletos. No logré más que parecer una imbécil. El administrador y sus empleados me observaron en silencio mientras me marchaba de la oficina.

Desde allí volví caminando a Keywell, decidida a acercarme a aquella montaña de estiércol, a la vil y jacobiana mansión Stokes, que poseía mi diminuta casita y otros mil acres de tierras locales. Mis pies hacían crujir la gravilla del largo camino de entrada. Pasé junto a un estanque desastrado y unos enormes setos de rododendros que empezaban a florecer. Cuando llegué a la casa vi a lord Stokes y a otro hombre montados a caballo, en un cuadrángulo que había frente a la casa, atendidos por mozos de cuadra tocados con gorras de fieltro. Estos babeaban alrededor de sus señores ajustando la longitud de las espuelas y apretando correas de cuero. Otro individuo, este con las manos en los bolsillos, se apoyaba en un Land Rover nuevecito. Me echó un vistazo desde debajo de su gorra y sus dedos tocaron la pintura de su flamante vehículo, de un modo casi protector.

Me dirigí directamente a uno de los dos mozos de cuadra. Los jinetes y sus lacayos se quedaron callados y en silencio, y me miraron como si yo fuera un fantasma con cadenas. Los caballos también se giraron para mirarme. Lord Stokes era un hombre con un rostro hundido y del color del clarete. Tenía los ojos inyectados en sangre, y su bigote flojo parecía una mancha de nicotina. La cabeza se retiró sobre el cuello para mirarme, como haría una tortuga. Entonces su corcel ruano piafó y reculó.

—¡Quieto! —gruñó su señoría al animal—. ¡Quiieeeeto!

—¿Dónde puedo encontrar al administrador de la hacienda? —exigí a uno de los mozos de cuadra.

—No te acerques por aquí —dijo cortante el mozo, con la superioridad vil y asumida de los que protegen a los ricos. Señaló detrás de la casa—. Ve a las oficinas, por ahí.

Me volví y salí del cuadrángulo, pero escuché a lord Stokes decir:

—¿Quién recontrademonios era esa?

—¡Ha asustado a los caballos! —charloteó el otro jinete y los dos rieron.

Caminé entre hileras de tejos y dejé atrás un jardín trasero rodeado por una tapia de ladrillo rojo, para tomar después por un camino de gravilla que

conducía a una serie de edificios auxiliares. Había una puerta abierta. Dentro de un sombrío despacho, el administrador Venables se aplicaba con un bolígrafo y un papel.

Me miró sorprendido. Quizá al principio no me reconoció. Entonces se relajó, se recostó en su silla y apretó las puntas de los dedos contra el borde de la mesa.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Alguien ha pagado mi alquiler.

—Sí.

—Quiero saber quién ha sido.

Pareció sorprendido.

—¿No lo sabes?

—No. ¿Y usted?

—Ni idea. Aunque no te servirá de nada.

—¿A qué se refiere con eso?

—Te queremos fuera. Y te echaremos, hayas conseguido el dinero o no.

—Entonces tendrán que tirar la casa conmigo dentro.

Apoyó los codos sobre la mesa y entrecerró los dedos frente a su cara, como si estuviera rezando. Me inspeccionó con gesto adusto.

—Eso se puede arreglar. Fácilmente. —No creo que lo haga —dije.

—Oh. ¿Y cómo es eso?

—Jane Louth.

Sus manos cayeron sobre la mesa.

—Haré como si no hubiera escuchado eso.

—Linda Slipman. Julie Frost. Maggie Redman. Pero por encima de todas las demás, Jane Louth.

Su rostro se ensombreció. No había pretendido usar todo aquello sobre él, pero me había tirado de la lengua. Ya estaba hecho. Se levantó y rodeó la mesa. Entonces me cogió la cara con la mano y me apretó las mejillas con fuerza, con mucha fuerza. Me hacía daño en la boca. Pensé que iba a pegarme, pero me mantuve en el sitio y le devolví la mirada. Sabía que podía hacerle temerme.

—¿Intentas amenazarme, chiquilla? —Me empujó la cabeza con fuerza hacia atrás antes de soltarme.

Dejé su despacho rápidamente, y mientras cruzaba el patio vi a Arthur McCann. No me detuve y él corrió hacia mí, apurando el paso para no quedarse atrás.

—¿Fern, qué te has hecho en el pelo? ¿Tienes un ojo morado?

—Tengo que salir de aquí, Arthur.

—¿Estás bien, Fern? He oído lo de Mammy. Había pensado en volver a pasarme por tu casa. Para verte, digo. Mierda, ¿estás bien?

—Tengo que irme.

Vi la confusión en su cara cuando dejó de correr para no perderme el paso. Me sentía mal, pero no podía pararme allí a charlar con él después de lo que había sucedido en el despacho. Abandoné los terrenos de la mansión por donde había llegado, a través de aquellos jardines malsanos donde solo eran hermosos los setos de rododendros.

Y los rododendros florecían pronto aquel año. Me pregunté qué significaría aquello.

25

Al día siguiente aguardé en el exterior de la casa de Judith a que esta volviera después de las clases. No esperé a que terminara de girar la llave en la cerradura para contarle lo que había sucedido con Chas.

—¿Qué? ¡¿Qué?! —dijo. No podía creerlo. Me dijo que no era posible —. Fern, estás muy afectada por lo de Mammy. No tiene sentido.

—De acuerdo —dije—. Ahora que veo dónde están tus lealtades me largaré.

Me marché de allí mientras Judith me llamaba para que regresara.

La noche de mi clase salí del pueblo preparada para hacer dedo hasta Leicester, cuando apareció la furgoneta de Chas.

Seguí caminando y lo ignoré. Él avanzó un poco más antes de girar y detenerse cruzado sobre la hierba, bloqueándome el paso. Salió y se puso delante de mí.

—He estado hablando con Judith. Tenemos que hablar.

Lo aparté a un lado.

—¿Qué narices te hace pensar que quiero hablar contigo? Me cogió del brazo y me retuvo con brusquedad.

—Es acerca de lo que le has dicho. De lo que le has contado. —Le miré la mano con la que me sujetaba. Al final me soltó—. Pero es que no es cierto —dijo—. No es cierto.

Seguí caminando.

—¿Adónde vas, Fern?

—Voy a Leicester. Déjame en paz.

—Déjame llevarte en la furgoneta. Podemos hablar de camino.

No pude sino maravillarme. Me detuve, esperé algunos segundos y después me giré para encararme con él.

—Eres un auténtico maestro, ¿no? Crees de veras que voy a subirme a tu furgoneta. ¡Lo crees de verdad! Me dejas sin palabras. Es realmente asombroso que puedas pensar algo así.

—Lo que pienso es que crees que ha sucedido algo.

—¡Que «creo» que ha sucedido algo! ¡Que «creo»!

—Pienso que crees que ha sucedido algo. Pero estás equivocada, Fern. Creo que estás tan afectada por lo que ha sucedido últimamente que te has hecho un lío en la cabeza.

Aquello ya era suficiente. Me di la vuelta y empecé a caminar en dirección a Leicester, tratando de contener el sabor de la hiel en la garganta y la furia que me animaba a romper algo por el camino. Estoy segura de que no resultaba una proposición de viaje atractiva para que nadie se detuviera, con aquel pelo rapado, el ojo morado y la mirada furiosa y llorosa. A un lado de la carretera había un banco bajo un viejo olmo, y en él me senté durante algunos minutos a llorar.

Al final conseguí que alguien se parara, y aunque llegué algunos minutos tarde a mi clase aquella noche, no me importó. Me tapé la cabeza rapada con una bufanda, entré silenciosamente y me senté al fondo, al lado de Cotorra. La sonrisa de bienvenida de esta se le congeló en los labios.

—¿Estás bien, patito? Pareces Myra Hindley, versión Leicester.

No había acabado de decir aquello cuando vi que lamentaba el comentario. Tuve que pensar en lo que quería decir.

Myra Hindley estaba a punto de ser procesada por torturar a unos niños y enterrar sus cuerpos en los páramos. Había escuchado a un sacerdote en la radio decir que aquello era lo que sucedía en las sociedades cuando la gente tomaba drogas, se daba al sexo y hacía cuanto quería sin ningún tipo de freno.

MMM, con los labios apretados y pestañeando desde detrás de sus gafas, dio una clase sobre anestesia epidural y apenas reparó en mí. Y no lo hubiera hecho si Cotorra no hubiera comenzado con sus habituales objeciones. Primero empezó a revolverse en su asiento mientras MMM nos presentaba el nuevo Evangelio de la partería. Después comenzó a dar

golpecitos con el lápiz sobre el pupitre de madera. Se cogió un mechón del pelo.

Al final no pudo resistirlo.

—Discúlpeme —gritó—. ¡Discúlpeme!

—¿Qué pasa ahora? —respondió MMM. A base de divagar había terminado por hablar del empuje durante el parto.

—Discúlpeme, pero yo nunca le he dicho a ninguna mujer que empuje en la segunda fase. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Eso solo lo haría alguien que tiene la mirada fija en el reloj.

MMM enrojeció. Era algo que le sucedía a menudo. Quizá había llegado a una fase de su vida en la que enrojecer era frecuente, pero con ella se trataba de algo de lo más visible. Yo sabía que algún día perdería las formas con Cotorra y sus interrupciones. Me pregunté si no sería aquel, precisamente.

—Cotorra, las comadronas, como todas las enfermeras, llevan un reloj. Es parte del equipo reglamentario. ¿Para qué crees que llevamos un reloj, si no es para utilizarlo? ¿Cómo vamos a saber si el parto se está prolongando demasiado?

—Eso no es lo que estoy diciendo —replicó Cotorra—. Estoy hablando de esos hospitales en los que solo quieren que el paciente se largue cuanto antes, de modo que la comadrona y los médicos puedan marcharse a casa a descansar los pies. De esos hospitales que son como fábricas de salchichas. Estoy hablando de las prisas excesivas, a eso me refiero con lo del reloj. A las prisas.

—¿Ya has terminado?

Cotorra se encendió con aquello.

—Ni por asomo —dijo—. Lo que quiero es dejar claro que hacer empujar a una mujer en la segunda fase no ayuda a nadie. Incluso podría ser contraproducente. Como poco se pondrá nerviosa, porque pensará que no lo está haciendo bien. Y entonces se pondrá tensa, lo que siempre es una fuente de problemas.

—Sí, Cotorra. Todas sabemos que tienes opiniones muy claras acerca de absolutamente todo. —Las dos ya habían discutido agriamente acerca de los

partos por cesárea y las bondades respectivas del pecho y el biberón—. Pero tenemos que seguir adelante.

Pero Cotorra no estaba dispuesta a soltar la presa.

—Pero bueno, ¿es que estamos aquí para ponernos boca arriba a que nos rasquen la barriga? ¿Es eso? Si usted dice algo, ¿tenemos que estar todas de acuerdo? Sé que otras alumnas de esta clase están de acuerdo conmigo al cien por cien en estas cosas, lo que pasa es que no dicen nada.

—Aquí Cotorra desvió la atención de MMM al resto de la clase. Sus ojos ardieron de furia al buscar por toda el aula el apoyo que sabía que no recibiría—. A ver, ¿alguna piensa ponerse de mi parte? ¿Qué hay de ti, Dawn? ¿Maria? ¿O tú, Fern?

Bajé la mirada.

—Eso es todo, ¿no es así? —siguió Cotorra—. Bajáis la cabeza y no decís nada para poder recoger vuestro certificado. No queréis hacer aquello para lo que venimos aquí, que es aprender, mediante la discusión si es necesario. Nos dan de comer a través de un tubito, de un tubito gubernamental, ¡como si ese fuera el único modo de hacer las cosas! Yo no soy un robot. Y las mujeres con las que trabajamos tampoco son robots.

—Nadie está diciendo que lo sean —respondió MMM, tratando de recuperar el control de la clase.

—¡Nadie dice nada de nada! —protestó Cotorra—. ¿Es que no hay ni una mujer en esta clase que esté de acuerdo conmigo?

Ninguna dijo nada, aunque es probable que todas estuviéramos de acuerdo con ella en aquel punto.

Cotorra parecía atónita. Entonces recogió sus papeles y su lápiz y abandonó el aula. Después de un momento, la mujer llamada Dawn sonrió levemente a MMM y salió detrás de Cotorra. MMM, incrédula, trató de recuperarse.

—Que no se diga que no admito la discusión —dijo con un tono de advertencia—. Que no se diga. Dejémoslo por hoy y discutamos el asunto, si es una discusión lo que se quiere.

El problema era que nadie, llegados a aquel punto, quería discutir nada. Se produjo un silencio canceroso. Pasado un momento la puerta se abrió y entró Dawn, pero sin Cotorra. Yo ya sabía que no regresaría. Cotorra había

renunciado a aquel complicado asunto de ayudar a las mujeres a tener hijos. Como Mammy, se había situado al margen. Había roto en dos su entrada y había abandonado su puesto en el portal de la vida.

—Dawn, estábamos discutiendo todo este asunto de empujar o no empujar —dijo MMM con ferocidad—. Si tienes algo que añadir...

Dawn volvió a sonreír débilmente.

—La verdad es que no.

Oí las palabras de Mammy susurrarme en la cabeza, de modo que hablé.

—Yo no pediría a una madre que empujara en la segunda fase —me oí decir.

Todas se giraron para observarme. Era como si me hubiera quitado la bufanda para que pudieran verme la cabeza afeitada. Pero no lo había hecho. Aunque era lo que parecía.

—Bien —dijo MMM—. Está bien, Fern. Si esa es tu opinión y la tienes clara, aunque yo no la comparto, estás en tu perfecto derecho de ceñirte a ella. ¿Por qué llevas esa bufanda?

Bajé la mirada hacia mi pupitre. Alguien, en una clase anterior, había tallado algo en la madera. Decía: «Pero ella, ¿sí o no?» MMM no esperó a mi respuesta, sino que siguió hablando de la anestesia epidural. Toda la clase tomó muchas más notas de lo que era habitual.

Aquella noche regresé a casa pensando: *pero ella sí o no... ¿qué?*

26

—¿Le gustan las natillas de huevo? —dijo el extraño desde la puerta a la mañana siguiente. Se quitó el sombrero y, sin invitación, me apartó para entrar en la casa. Yo estaba tan sorprendida que me hice a un lado—. Es que me encantan las natillas de huevo, y en la tahona las tenían frescas y no he podido resistirme. Tienen un olor maravilloso, ¿no cree?, con la canela y todo lo demás. A usted también le gustarán, ¿no?

Le dije que me daban igual.

—Lo cierto es que esperaba, y espero también que no piense mal de mí por ello, que pudiéramos tomarnos una taza de té acompañada con unas natillas. ¿No resulta una petición demasiado maleducada?

Le respondí que no pensaba eso, y entonces le dije:

—¿Quién es usted?

—¿Le importaría que tomara asiento? —preguntó—. Tengo unos horribles dolores reumáticos en las piernas si me quedo de pie mucho rato. La edad. No, pasaba por aquí y pensé en llamar a ver qué tal le iba.

Además de la bolsa de papel con las natillas de huevo, llevaba un maletín de cuero desvencijado. Colocó las natillas sobre la mesa y el maletín junto a una silla. Después se quitó las gafas y se frotó los ojos cerrados con un nudillo. Reparé en lo velludo que era el dorso de sus manos. Llevaba un anillo de plata en el dedo meñique.

Después de devolver a su sitio las gafas sonrió ampliamente. Entonces se quitó el abrigo y lo colocó sobre el respaldo de otra silla, antes de sentarse. Cogió su maletín, abrió los cierres metálicos, rebuscó entre los contenidos y volvió a cerrarlo. Estoy segura de que se había afeitado

aquella mañana porque pude oler en él el dulzor de la loción, pero su pelo era tan oscuro que parecía uno de esos hombres con una permanente sombra azul alrededor del mentón.

—¿A qué se refiere con lo de «pensé en llamar»?

—Tómese unas natillas —dijo él—. Me sentiría muy culpable si me las comiera yo todas. —Y entonces soltó una risita similar a la de una chica.

No sé cómo, pero me descubrí preparando una tetera.

—¿Vende usted algo?

—¡Santo Dios, no! —gritó—. ¡Esta no es más que una visita social!

De repente me di cuenta de quién era. Se trataba de Montague Butts, el colega de Bennett, el profesor de Cambridge. Debería haberlo adivinado por su forma de hablar, que como la de su compinche era todo jabón.

—¡Oh! Ha venido usted por el...

—En efecto, señorita Cullen, en efecto. Quería ver cómo marchaban las cosas.

La tetera empezó a hervir y preparé el té. Mientras me dedicaba a ello, él volvió a trastear con su maletín y sacó un sobre amarillo y un cuaderno. Del bolsillo de la chaqueta extrajo una gruesa pluma estilográfica, negra pero con ondas ambarinas. Le serví el té y un plato pequeño para las natillas. Lo colocó todo en el suelo y apoyó el sobre y el cuaderno sobre las rodillas.

—¿Que cómo marchan las cosas? Las cosas marchan razonablemente bien —dije.

—¿Y se maneja bien, ahora que está sola en la casa?

—Cuesta. Pero hace poco alguien saldó todas mis deudas.

—¡Pero qué amabilidad por parte de esa persona! —respondió con una sonrisa conspirativa, y me pregunté si habían sido Bennett y él mismo los que habían pagado el alquiler atrasado—. ¿Qué tal diría usted que se conduce?

—¿Conducirme?

—Con el luto.

No se me había ocurrido preguntarle cómo había sabido de la muerte de Mammy.

—Todo va a resultar más difícil. Eso ya lo sé.

—Así es —dijo, mientras escribía algunas palabras en su cuaderno y apretaba los dientes—. ¿Por qué se ha cortado el pelo, señorita Cullen?

Mi mano voló hacia la cabeza.

—Oh, esto.

—Sí, su pelo. —Me miró por encima de las gafas.

—Resulta un tanto embarazoso... —respondí—. Tenía muchos piojos. Era el modo más sencillo de librarme de ellos.

Volvió a anotar en su cuaderno.

—¿Dónde se los pegaron?

—Los niños de por aquí.

—¿De veras? ¿Y qué estaba haciendo con los niños de por aquí?

Aún seguía mirando su cuaderno pero, aunque trataba de ocultarlo, estaba más que interesado en mi respuesta a su extraña pregunta. Empecé a sentir picores. Al instante me puse en guardia de nuevo.

—Solo estaba ayudando a una familia. Y claro, si las cabezas se juntan demasiado, pues saltan, ¿no es así?

—Desde luego. ¿Cree que la gente está contra usted?

—¿Contra mí? ¡Bueno, pues algunas personas sí! ¿Qué importa eso?

—¿Oye voces alguna vez?

Lo miré fijamente.

—¿Todo esto es por el libro? ¿Es para el libro?

—¿El libro? Podría ser.

—¿Qué está escribiendo?

—Oh, no es más que una evaluación, solo eso. Entonces, ¿oye voces?

—La suya la oigo perfectamente. ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Solo estoy de visita.

—¿Viene usted de la universidad de Cambridge?

—No, yo soy hombre de ladrillos rojos.^[5] ¿Es que tiene muchos visitantes de la universidad de Cambridge?

Me quedé mirando la sombra azul de su barbilla y el grueso hongo gris que era su labio inferior, y de repente sentí mucho frío y mucho miedo.

—Si no me aclara por qué está aquí voy a terminar enfadándome —le dije.

—¿Ha reparado en si se enoja a menudo?

—No especialmente.

—Pero el otro día estalló en las oficinas de la Sociedad de la Edificación, ¿no es así?

—¿Quién lo ha enviado aquí?

—Sólo alguien que se preocupa por su bienestar. Un amigo preocupado. No sé por qué se contraría usted.

—¿Y de qué amigo estamos hablando?

—¿Acaso importa?

—¿Es usted médico?

—¿Sabe?, lo cierto es que me encantaría que me contara usted por qué se ha cortado el pelo.

Mammy, pensé. Mammy sabría qué hacer en estas circunstancias. ¿Por qué no tenía yo su poder para encargarme de aquellos sacerdotes y doctores, a los que Mammy llamaba «hombres *yuyu*»? Me quedé mirándolo con expresión neutra, regulando la respiración mientras él se sentaba con su estilográfica brillante preparada sobre el cuaderno, y supe que cualquier cosa que allí escribiera podría utilizarse en mi contra. Sus ojos tenían una fuerza mesmérica, y parecían flotar y hacerse más grandes detrás de sus gafas.

—Me encantaría quedarme a hablar con usted, pero tengo muchísimo trabajo que atender —dije.

—¿Qué trabajo? Usted no tiene un trabajo de verdad, ¿lo sabe?

—Tengo de sobra.

—¿Como qué?

—Coso. Hago coladas. Todo lo que ve tendido en el jardín. Tengo que devolverle la ropa a la gente. Justo ahora. De modo que tendrá que marcharse.

—Pero seguro que aún no está seca.

—Seca como un hueso. Es evidente que me levanto antes que usted. —Me incorporé para indicarle que era la hora de irse—. Puede ayudarme a doblarla si lo desea.

Devolvió el cuaderno a su maletín.

—No, tengo recados propios que atender. Ya me marchó.

Ya en la puerta, le entregué su bolsa de natillas de huevo.

—Llévese esto.

Aceptó la bolsa y se despidió. Pero cuando ya se marchaba por el camino del jardín se detuvo, y con toda intención estiró la mano para tocar una de las sábanas allí tendidas. La frotó entre el pulgar y el índice gordos, pútridos, antes de seguir su camino.

Yo sabía que estaría seca.

Se estaban acercando.

Algún tiempo después de que aquel médico que no admitía serlo se marchara, salí al jardín. Allí había una vieja mesa de piedra con un reloj de sol cuyo gnomon estaba oxidado, y en la que solía dejar migas de pan duro en invierno para los pájaros. En un extremo de la losa de piedra, donde podía caer la sombra del gnomon, coloqué una piedrecita negra por cada persona que podría haber llamado a aquel médico contra mí. Había seis piedrecitas. En el otro borde de la losa, colocadas frente a las otras como las damas en un tablero, alineé piedras blancas que representaban a aquellos que podrían haber saldado mi deuda. Sumaron seis. Tres personas aparecían representadas en ambos bandos, de modo que las cambié por piedrecitas marrones.

Decidí acercarme a la comisaría de policía para ver si podía descubrir algo.

La residencia policial de Bill Myers estaba justo a las afueras del pueblo. Se trataba de una casa curiosa con un ojo de buey a cada lado de la puerta principal. Sobre la puerta había un gran escudo esmaltado, blanco y negro, con las armas del condado: el toro, la oveja y el zorro. La mujer de Bill Myers, Peggy, a la que yo apenas conocía, abrió la puerta. Tenía el pelo lleno de rulos de plástico, y el olor de la laca fijadora era insoportable. Se había quitado la dentadura postiza, de modo que tenía la boca un poco hundida. Me reconoció de inmediato. Me invitó a pasar con una expresión de simpatía y se colocó rápidamente la dentadura para decirme que Bill volvería en unos minutos para su descanso.

Me dejó sentada en una cocina muy desordenada. Los Myers tenían cuatro hijos, todos en edad escolar, y por todas partes había ropa colocada

para secarse, colgada de un gran tendedero y de cuerdas atadas entre las paredes.

Al final llegó Bill, y para entonces la señora Myers ya se había quitado los rulos y se había adecentado. Bill lanzó su gorra de policía por los aires y la hizo aterrizar en una silla, y entonces se besaron como si hiciera semanas que no se veían, y no unas pocas horas. Abrazó a su mujer y después reparó en mí.

—Hola, Fern. ¿Qué te trae aquí? Ya sabes que sentí mucho lo de Mammy. Muchísimo.

—Está sucediendo algo —le dije.

—¿Queréis pasar a la otra habitación? —dijo Peggy Myers. Ya estaba ocupada preparando algo de comida para Bill.

Le dije que no, que no me importaba que ella lo escuchara; no sé por qué lo hice. Le hablé a Bill de la visita del médico desconocido. Le hice ver que sabía para qué había acudido aquel hombre.

—¿Qué te hace pensar que alguien intenta quitarte de en medio, Fern? —dijo Bill con tranquilidad.

Pero fue Peggy la que respondió por mí, dándose la vuelta desde el fregadero, con un cuchillo en la mano.

—Porque eso es lo que hicieron con Mammy. Fue en los años treinta, ¿no es así, Fern? La encerraron en la granja, ¿no es así? Aunque no le pasaba absolutamente nada.

Asentí.

—La madre de Bill me lo contó hace años —dijo Peggy—. Se hizo algunos enemigos. Tenían miedo de Mammy. Miedo.

—Estamos en 1966 —respondió Bill—. Ahora ya no se hacen esas cosas.

—¡Ja! —replicó Peggy—. ¡Y un cuerno!

Bill se rascó la cabeza.

—Y unas narices —dijo.

Comenzaron entonces una discusión acerca de si aún se podía encerrar de ese modo a la gente. Así descubrí que lo único que hacía falta era el dictamen de un médico, especialmente al vivir yo sola. Entonces Bill arrugó el ceño y se giró hacia mí.

—Pues ahora tendrás que andarte con pies de plomo, Fern, porque ya ha habido una queja respecto a ti, ¿sabes?

—¿Una queja? ¡Pero si no he hecho nada!

—Eso dices tú. Pero lord Stokes asegura que él otro día apareciste en su mansión y causaste problemas, y que...

—¡Problemas!

—Y después está el administrador de la Sociedad de la Edificación, que dice que estuviste por allí y que tiraste folletos por todas partes...

—¡Eso no es verdad!

—Y después está el chico de los Cormell, que le dijo a su profesora en el colegio que te había visto sentada en los setos con toda la cara embadurnada...

El estómago me dio un vuelco.

—Y la profesora creyó adecuado contármelo, y bueno, aquello resultaba tan extraño que fui a hablar con el padre del chico, que me dijo que él también te había visto, aunque les caes muy bien a esos Cormell, y el hombre me dijo que no estabas haciendo nada malo, que solo estabas sentada en el seto.

Traté de hablar, pero no conseguía articular palabra. Tenía la lengua pegada al velo del paladar y me daba vueltas la cabeza. Miré a Bill. Sus labios se movían y conseguía escuchar sus palabras, pero era como si lo hiciera debajo del agua.

—Así que, ¿qué estabas haciendo en el seto, Fern? —me preguntó Bill. Sacudí la cabeza.

—Estoy seguro de que hay alguna explicación para estas cosas. Pero no me importa decirte que estamos un poco preocupados por ti —dijo—. Quiero que hagas algo, Fern: quiero que me mires a los ojos y me asegures que no has estado tomando drogas en la granja de los Croker.

—No lo he hecho —respondí.

—¿Me lo juras?

—Juro que no he tomado drogas en la granja de los Croker.

—Porque empiezas tomando drogas en la granja de los Croker y terminas por raparte la cabeza, sentarte entre los setos y vaya usted a saber

qué más. Eso es exactamente lo que sucede con los drogadictos. Ya lo he visto antes.

—No la presiones —intervino Peggy.

—Éste es un pueblo pequeño, Fern. Debes saber que la gente habla de ti. Lo ve todo.

Nos quedamos callados. Quizá me limpié una lágrima con la mano. Entonces Peggy dijo:

—¿Quieres comer algo?

Le respondí que no, que tenía cosas que hacer, y me levanté para marcharme. Los dos me acompañaron hasta la puerta.

—El funeral de Mammy es mañana por la tarde, ¿no es así? —preguntó Peggy—. Allí estaremos.

Después de que Bill me leyera la cartilla, volví caminando a casa con el ánimo ensombrecido. No sabía si había conseguido algo con mi visita al policía, aunque al menos me había hecho una idea exacta de cómo se me veía en la comunidad: como una pequeña loca que se afeitaba la cabeza, dispensaba remedios naturales y tenía pataletas en las oficinas de los demás.

Era muy injusto.

27

El motor de la aspiradora gañía desde algún lugar de la casa, aumentando y disminuyendo en intensidad, y pensé que debía llamar más fuerte. La aspiradora se detuvo, pero cuando Judith abrió la puerta no mostró la menor alegría al verme. Su expresión era neutra. Se había recogido el pelo en un moño de rizos, a los que dio un golpecito con la mano.

—Quiero hablar —le dije.

Me dejó entrar y cerró la puerta a mi espalda, antes de volver con la aspiradora y encenderla.

—Habla, entonces —me indicó por encima del ruido mientras pasaba aquel artefacto por la alfombra.

Era como ver arar un campo. Pasaba la máquina en líneas perfectamente rectas, desde un extremo de la pieza hasta el otro. Después daba media vuelta y volvía de nuevo, muy lentamente, con gran precisión, asegurándose con meticulosidad de que cada pasada se solapaba unos dos centímetros con la anterior. Resultaba hipnótico.

—Pues no estás hablando mucho —me gritó sobre el zumbido del motor—. Creí que habías dicho que venías a hablar.

—Y así es —respondí.

—¿Qué?

—He dicho: «y así es».

—¿Qué?

Aparté la mirada. Judith siguió recorriendo la alfombra arriba y abajo, con una lentitud enervante. Eché un vistazo a la obsesiva limpieza de su

casa, y al mobiliario a juego. Todo era muy moderno, igual que ella. Era evidente que se sentía muy orgullosa del aspecto de su pequeña propiedad, mientras que yo nunca había pensado en mi casa más de dos segundos seguidos.

Pasados varios minutos, y para mi alivio, apagó la aspiradora. Después la desenchufó, enrolló cuidadosamente el cable y guardó la máquina en un armario, que cerró con una diminuta llave de plástico. Solo entonces me invitó a sentarme, y cuando me dispuse a hacerlo en el sofá protestó y me indicó que lo hiciera en una silla dura que había junto a la mesa, donde se sentó conmigo. Me miraba como haría un gato con una araña; el azul de sus iris quedaba comprometido por una mancha verdosa.

Y entonces se lo conté todo, pero esta vez no me dejé nada fuera.

Mientras que antes solo le había hablado del ataque de Chas, esta vez le ofrecí toda la historia de la Petición. Le hablé de lo que había sucedido. De que había sido vista en el seto. De que me había mordido el perro. De Chas, y de lo que me había hecho. Y durante toda mi exposición, en todo el tiempo que empleé para narrarle la historia completa, juro que Judith no parpadeó ni una sola vez. Me miraba fijamente con aquellos ojos tan abiertos.

—Tendrías que haber estado conmigo, Judith.

—Lo sé. Te dejé desprotegida.

—Entonces, ¿me crees?

—Creo que tú lo crees.

—Eso significa que no. Estás enamorada de él. No puedes creer que me haya hecho algo así, y no estás dispuesta a aceptar nada de lo que se diga contra él.

Judith se cruzó de brazos y miró a la pared.

—Muy bien —dije—. No he venido por eso.

Cuando le hablé de la visita del doctor, se quedó demudada. Después de un momento se levantó, se acercó al armario, abrió la llave, sacó la aspiradora, desenrolló el cable, lo enchufó y encendió el motor. Comenzó de nuevo a repasar meticulosamente la alfombra arriba y abajo. Yo ya no lo soportaba más. Me levanté y le tiré del codo.

—¿Pero qué debería hacer, por el amor de Dios? ¿Qué debería hacer?

—Siéntate —me gritó para hacerse escuchar por encima del ruido—. Estoy pensando.

Tras varios minutos más de aspirar arriba y abajo toda la habitación, apagó el artefacto, lo desenchufó, enrolló cuidadosamente el cable y lo devolvió al armario. Después de cerrar con llave, dijo:

—Tenemos que ir a ver a William.

El sol, como un disco rojo colgado de las ramas tiznadas de un árbol, ya descendía tras la casita de William cuando llegamos. Yo solo había estado allí una vez. En el jardín ardía una hoguera pequeña y humeante, y William estaba fuera trabajando en sus colmenas. No sé si lo imaginé, pero me pareció oír a las abejas zumbear en sus cajas blancas. El humo las apaciguaba y hacía que se zamparan la miel, en caso de que el fuego representara una amenaza real. Era casi como si pudiera oírles hablar. William se dio la vuelta y nos miró a través de su casco protector, como si sus amigas le hubieran advertido de nuestra presencia. Entonces volvió a su trabajo. No pensaba apresurarse cuando se trataba de sus abejas.

Judith abrió la puerta de la casa y entramos. El reloj de carillón seguía con su tictac. La sala olía a las hierbas que colgaban de las vigas. La insufrible baraja de William descansaba sobre la mesa de roble, junto a la ventana. Las dos nos sentamos en un incómodo silencio y esperamos a que William se nos uniera.

Al final, pasados quizá veinte minutos, entró. Se había quitado el casco y se rascaba el dorso de la mano.

—¿Te han picado? —le preguntó Judith.

—No puedo tener abejas y esperar que no me piquen —dijo, cruzando hacia la cocina. Entonces se detuvo abruptamente y me miró con dureza—. ¿Me has escuchado?

Le devolví la mirada. Procedió a lavarse las manos y después se unió a nosotras y se sentó a la mesa de roble.

—Normalmente soy inmune —le dijo a Judith—. La verdad es que ya ni lo siento, ¿sabes? Así que cuando lo hago es porque quieren decirme algo. —Entonces se giró hacia mí—. ¿Y qué es lo que quieren decirme?

Viejo bastardo irritante, pensé. Le miré las manos, la suciedad bajo las uñas, y tuve ganas de salir de allí.

—En cualquier caso, me habéis ahorrado un viaje. Iba a deciros a las dos que esta noche tenéis que estar preparadas. Pasaremos a por vosotras a la una en punto. Tendréis que esperarnos sentadas y listas.

—¿Para qué?

—Ya lo veréis. Simplemente estad ya listas, cotí el abrigo en la mano.

Confusa, miré a Judith. Pero ella me dijo:

—No te preocupes. Cuéntale a William lo que me has contado a mí.

Entonces me escuché repitiendo la historia que le acababa de relatar a Judith. Solo que añadí algunos detalles. Le hablé de las avefrías en el campo y de las cosas que la liebre me había contado con la voz de Mammy, y acerca del sacrificio, y acerca de Chas y del día de la redada en su granja. Después de un rato William cerró los ojos, pero no estaba dormido. Los abrió de vez en cuando para hacerme saber que seguía atendiendo. Y cuando hube terminado, afuera ya había caído la noche. Judith debía de haber encendido las lámparas bajas, aunque yo no había notado que se levantara.

William arrugó el ceño.

—Ya te lo advertí, ¿no es así?

—Sí, lo hiciste.

—Eso te ha sucedido porque no tienes la suficiente fortaleza mental para enfrentarte a estas cosas. Te falta un hervor. ¿Qué esperabas conseguir?

—Quería ayuda. La pedí. Y la conseguí.

—¿Solo porque alguien te ha pagado el alquiler? ¿Piensas que es eso? Te falta un hervor. Además, no te lo crees.

—Creo en algunas cosas. Más que antes, ahora que las he visto.

William se giró hacia Judith e inclinó un poco la cabeza hacia atrás. Era un pequeño gesto de renuncia y disgusto. Como si quisiera decir: «¿Qué esperas de esta chica?»

—¿Para qué te crees que sirve?

—¿La Petición? Solo sé lo que Mammy me dijo.

—¿Y qué es lo que te dijo?

—Me dijo que lo único que puedes hacer es llamar a la puerta. Que puedes pedir ayuda, pero que eso es todo. Me dijo que podías plegar los acontecimientos a tu voluntad, pero que no es posible romper lo que debe ser.

William chasqueó los labios, como si alguien se los hubiera untado con mostaza.

—Sí, no hay duda de que esas son las tonterías de Mammy. El asunto es que conseguiste lo que querías, ¿no es así?

—¿El alquiler? ¿Te refieres a que la deuda ha sido saldada?

—No estoy hablando solo del alquiler.

Me sentía confusa. Miré a Judith, pero ella enrojeció y apartó la vista. Comprendí de qué me estaba hablando.

—Oh, sí —dijo William—. Eso es lo que te dije antes de que te marcharas y lo hicieras. No lo tenías claro, ¿no es así? No limpiaste la cabeza antes de lanzarte, ¿no es así? La próxima vez, si es que la hay, quizá pienses un poco más en ello.

Reflexioné acerca de lo que estaba diciendo sobre Chas y mis sentimientos por él. No me gustaba hacia dónde se dirigía todo aquello. En sus palabras había una horrible lógica circular.

—Pero William —protesté—, ¿estaba en los setos o en mi casa? Quiero decir..., ¿cómo es que los Cormell pudieron verme entre los setos? ¿Cómo es eso posible?

—Porque no te disfrazaste lo bastante bien, por eso. Deberías haber tenido más cuidado.

—Pero en realidad no estaba allí, ¿no? En los setos, quiero decir. No estaba de verdad ahí.

—¿Pero de qué está hablando? —preguntó William a Judith, que se encogió de hombros.

—De lo que hablo es de que yo estaba en mi casa, soñándolo todo. O al menos estaba mi cuerpo.

—Judith, ve a por un médico —dijo William.

Judith rió. Se burlaba de mi incomodidad. Era la primera vez que la veía sonreír desde que le informé del ataque de Chas. Y no tenía gracia.

—¿Quieres decir que de verdad estaba allí, en el campo? ¿Y que estaba soñando que mi cuerpo se encontraba en la casita? ¿Es eso lo que sucedió?

—¡Enfermera! —gritó William, y Judith volvió a carcajearse.

—Admito que estaba tan confusa —dije— que no sabría decir si estaba en un sitio soñando con el otro, o al revés.

La sonrisa desapareció de la cara de William.

—¿Estás intentando hacerte la graciosa, chica?

Recuerdo que me ruboricé.

—A ver, quiero decir que si estaba en el seto y no en la casita, entonces quizá imaginé lo de Chas. Eso es posible, ¿no es así? En cuyo caso he cometido un terrible error al acusarlo.

—¿Es que Mammy no te enseñó nada en todo el tiempo que estuvisteis juntas?

Me sentía confusa, desequilibrada.

—¿Acerca de qué?

William miró a Judith.

—Cuéntaselo tú.

Judith se cruzó de brazos.

—Yo no pienso hacerlo. No es mi trabajo.

El anciano inclinó la cabeza a un lado y volvió a mirarme con severidad, pasándose la lengua por el interior de la mejilla. Yo estaba convencida de que disfrutaba con aquello, aunque simulaba parecer contrariado. No dijo nada. El silencio resultaba insoportable, de modo que lo deshice.

—Déjame hacerte una pregunta: realicé todos los preparativos con sumo cuidado y me senté en una silla en mi casa. Entonces, ¿me levanté y salí, o todo fue una alucinación?

—Te levantaste y saliste.

—Sí, pero lo que quiero saber es esto: si me hubiera encadenado la pierna al suelo, ¿hubiera sido capaz de salir y sentarme en el seto?

—Habrías acabado en el seto con la pierna encadenada al suelo. Obviamente —respondió William.

—Obviamente —añadió Judith.

—No sé por qué —protesté amargamente—, pero a mí no me resulta tan obvio.

—Eso es porque tú vives en un mundo en el que las cosas son o no son. Y no deberías haber entrado en ese mundo en el que las cosas son y no son al mismo tiempo. Es culpa de Mammy. Debería haber entendido cómo eres y haberte ordenado que no lo hicieras. No estabas preparada. No todo el mundo puede hacerlo.

Los miré a los dos. Albergaba una repentina sospecha.

—¿Por qué me tratáis con tanta severidad? ¿Es porque Mammy me pasó a mí la lista de nombres y no a ti, Judith? ¿Es por eso?

Aunque no respondieron, aquello les cerró la boca, lo que era respuesta suficiente. William recogió las cartas y comenzó a barajarlas con sus manos artríticas.

—¿Quién crees que ha enviado a ese médico? —me preguntó.

—Pueden ser seis personas.

William parecía conocer a algunos de mis sospechosos sin tener que decírselos.

—Deja fuera a Judith. Es una de nosotros, digas lo que digas. Deja fuera al vicario. Es un cretino, pero no quiere hacerte daño. ¿Quiénes son los otros cuatro?

Le di los cuatro nombres. William sacó las cuatro sotas de la baraja y las extendió sobre la mesa. Giró un comodín, lo dejó sobre la superficie de roble y me lanzó una mirada. Supe que aquella carta, el loco, me representaba a mí, pero no iba a darle el placer de decírselo. Entonces la colocó boca abajo y me dijo que pusiera un dedo encima. Me resistí. Me cogió la mano con los dedos huesudos y la depositó sobre la carta.

—¿Eres una loca o una sota? —me preguntó.

—Ninguna de las dos.

—Gírala.

Giré mi carta, que se había transformado en una sota. Miré las cuatro sotas y vi que una de ellas se había convertido en la reina de corazones. Entonces me pidió que la girara de nuevo y que esta vez mantuviera el dedo encima, mientras él ponía un dedo suyo sobre el otro extremo de la carta.

—¿Loca o sota? —dijo.

—Ninguna de las dos —repetí, y deslizó la carta de repente, de modo que pasó bajo una de las sotas. Mantuve el dedo encima, pero cuando me pidió que levantara el naipe comprobé que se había transformado en una reina de corazones, y que la sota volvía a encontrarse en su antiguo lugar.

—Así que te convertiste en una liebre —dijo— ¿No es así?

—Sí —respondí, y deslizó la carta con cegadora velocidad bajo la siguiente sota, aunque esta vez no estuve segura de no haber dejado de tocarla con la punta del dedo. Pero cuando la giré se había convertido en el as de tréboles.

—La loca se transforma en una dama; la dama se transforma en una liebre —dijo William—. ¿Estás preparada?

Esta vez estaba decidida a mantener el dedo sobre el naipe. William era rápido. Deslizó la carta bajo la siguiente sota. La giré, pero ahora era el dos de picas. No podía sino admirar aquel truco.

—¿Qué hizo la liebre cuando se vio acorralada? —preguntó.

—Corrió directamente hacia el cazador.

—Aquí está tu respuesta —dijo William.

—¿Mi respuesta? ¿Qué respuesta? —Me sentía desconcertada, y no solo por los gnómicos comentarios acerca de la liebre, sino también por su habilidad con las cartas—. ¿Cómo has hecho eso? —le pregunté.

Empezó a reír.

—¿Que cómo lo he hecho? —Se giró hacia Judith, que también estaba riendo—. ¿Pero cómo la eligió Mammy? ¿Eh? ¡Es como una niña de cinco años! ¿Que cómo lo he hecho? ¡Es un truco de cartas, chica! ¡Un truco de cartas!

Y después los dos empezaron a carcajearse, a gritar, a partirse de risa. Me quedé mirando a aquel hombre marchito y a aquella joven inadaptada, y no por primera vez me pregunté con qué clase de gente me había dejado Mammy.

28

No me costó nada quedarme esperando hasta la madrugada, ya que mi cabeza no dejaba de darle vueltas al funeral del día siguiente. En cierto sentido me sentí aliviada de que William se hubiera encargado por completo de los preparativos, si bien es cierto que tenía la sensación de que me habían dejado al margen. Carecía de experiencia en aquellas cosas, pero creía que era responsabilidad mía encargarme de Mammy.

Había dejado la casita de William de muy mal humor por las risas que esos dos se habían echado a mi costa. Por si eso fuera poco, la distancia que me separaba de Judith no hacía sino aumentar. Me sentía cada vez más enfadada y aislada. Antes de irme, William me había dicho que dejara encendida una vela en la ventana para que pudieran verla, aunque no conseguí sacarle nada de lo que se preparaba. Hice un fuego en la chimenea, me senté y aguardé.

Exactamente a la una de la madrugada llegaron William y Judith. Ella no abrió la boca y evitó que nuestras miradas se encontraran. William se negó a contarme a dónde íbamos. Me dijo que me pusiera el abrigo. Me puse la chaqueta de cuero de Arthur con la calavera en la espalda. William la miró y dijo: «por el amor de Dios». Judith también parecía levemente ofendida.

Los seguí en silencio por un sendero entre los campos, y llegamos al bosque. La Luna aún bregaba en su último cuarto, pero se había camuflado tras las nubes y su luz era débil. La hierba estaba húmeda y el aire nocturno calaba hasta los huesos. Yo temblaba y me sujetaba la chaqueta y la bufanda, mientras seguíamos la conocida trocha que se introducía en las

profundidades del bosque. Las campánulas estaban a punto. Aún no habían florecido, pero ya emanaban su dulce perfume. También había mariposas blancas por todas partes: revoloteaban entre los nuevos helechos y los árboles, alteradas por el paso del cortejo, y una vez las dejábamos atrás volvían a posarse. Llegamos a un pequeño claro protegido por robles y fresnos, y oculto por algunos acebos. Había otras personas, quizá unas doce en total, ya reunidas, aunque al principio no pude reconocer a ninguna en la oscuridad, y dudo que la luz del día me hubiera ayudado mucho. William se colocó entre ellos y dispensó gruñidos a modo de saludo. Aunque llevaban linternas eléctricas, alguien había encendido unos cirios que ardían en botes de mermelada colocados a los pies de un roble.

Para mi asombro, vi que cerca de los cirios alguien había cavado una profunda fosa. Me recorrió un escalofrío de terror al pensar en que me iban a matar y a enterrarme en los bosques. Entonces vi una camilla de aspecto militar abierta cerca de la fosa, y comprendí que ya tenían un cuerpo que enterrar. El cadáver estaba cubierto con una sábana de muselina.

—¡Mammy! —dije en un suspiro—. ¡Oh, Mammy!

William se acercó de inmediato hacia mí. Me tomó la cara delicadamente con sus viejas manos correosas y me miró con ojos amables.

—¿Comprendes? —dijo—. ¿Comprendes?

No podía hablar. Asentí, y él dio un paso atrás y se unió a los que esperaban junto a la fosa abierta. Habían cogido grandes ramilletes de campánulas verdes con la raíz todavía intacta y los habían depositado en montones ordenados. Había más mariposas blancas revoloteando, excitadas por la luz de los cirios y los olores del suelo removido. Me acerqué a la fosa. Quería mirar la tierra negra, el pozo terroso en el que todos acabábamos. De haber podido, hubiera iluminado el viaje de Mammy.

Estaba demasiado oscuro para ver siquiera el fondo. Habían empleado una pala maravillosamente afilada, tan precisos y lisos eran los lados de la fosa fresca. Había una hermosa eficacia en aquellos cortes. Se podía ver una enredada masa de fibra vegetal blanca, similar al algodón, y la raíz de un árbol. La tierra negra del borde de la tumba brillaba con la humedad. El olor que ascendía desde el agujero era fermentado y extrañamente dulce.

Levanté la mirada y vi a Judith al otro lado del hoyo. Intentó una sonrisa comprensiva.

—Hazte a un lado —dijo una voz desconocida, y comprendí que me hablaba a mí. Los hombres habían levantado a Mammy de la camilla y estaban esperando a proceder con la ceremonia. Entonces la voz dijo—: Que lapiden a un cuervo... ¿Pero qué demonios te has puesto?

William miró al hombre y sacudió con disgusto la cabeza pálida.

Los hombres habían pasado cuatro cuerdas bajo el cuerpo de Mammy. Eran cuerdas nuevas, blanqueadas y con elaborados nudos a intervalos regulares. Las echaron sobre la fosa y los demás dolientes dieron un paso adelante y las cogieron. Judith me hizo un gesto para indicarme que podía compartir su cabo. Reconocí a una mujer, pero en aquel momento no fui capaz de situarla. Compartía su extremo de cuerda con otra que se pasaba los dientes por el labio inferior. Los demás presentes me resultaban desconocidos. Conté las cabezas. Éramos trece, yo incluida.

Mammy fue colocada en posición y bajada cuidadosamente hacia el hoyo negro. Los pies que se movían alrededor de la fosa aumentaron el olor del humus, e hicieron que decenas de mariposas blancas volaran por todas partes y se posaran sobre la muselina que cubría el cuerpo. Cuando este llegó al fondo de la fosa, soltamos las cuerdas y las dejamos caer dentro.

William se aclaró la garganta y simplemente dijo:

—Mammy Cullen ha vuelto a ti.

Yo no sabía si los demás teníamos que repetir las palabras, como en la iglesia, pero nadie añadió nada. Lo único que sucedió fue que todos dieron un paso atrás, como si la declaración de William fuera una señal. De ser así, no me enteré. Quizá me esperaba más, pero eso fue todo. Un hombre con una pala relleno la fosa mientras los demás mirábamos en silencio. Cuando terminó, él y William cogieron los ramilletes de campánulas y los transplantaron cuidadosamente a la tierra removida. Entonces las mariposas blancas volaron desde los alrededores formando una pequeña nube; cada una de ellas era un diminuto punto luminoso. Su número era tal que me quedé asombrada. No pude contenerme.

—¡Las mariposas!

William detuvo su trabajo de replantado y me miró con displicencia antes de proseguir. Cuando terminó, solo una cuidadosa inspección de la tierra hubiera revelado señal alguna de la tumba. Se incorporó con un crujido de las articulaciones y se limpió la tierra de las manos. Había concluido. Los dolientes comenzaron a perderse entre los árboles.

William se acercó a mí, aún limpiándose. Me pareció que la pierna se le había quedado insensible por el tiempo que había pasado arrodillado, ya que se bamboleaba como un borracho.

—¿Es que no sabes cuándo te está hablando Mammy?

—¿Qué? —dije.

—Malgasto el aliento, ¿no? No sabes nada de nada.

—Déjala en paz —dijo Judith—. Está apenada. —Me cogió de la mano. La suya estaba caliente—. Volveré a casa contigo y nos sentaremos. No querrás dormir en lo que queda de noche.

Miré a mi alrededor para ver qué planeaban hacer William y los demás. Pero ya se habían marchado, desvanecidos en el bosque. No veía ni oía a ninguno de los presentes que momentos antes se habían congregado alrededor de la fosa. Se habían volatilizado como espíritus. Los cirios también habían desaparecido. Las campánulas tenían el aspecto de haber estado siempre allí. Incluso las mariposas estaban quietas. El único sonido era el del enorme roble sobre la tumba de Mammy, que crujía levemente mecido por la brisa.

El sonido de aquel árbol nunca me ha abandonado.

Judith me acompañó hasta la casita, pero cuando llegamos allí la convencí de que prefería estar sola. Tenía cosas que hacer, y ya había demasiada distancia entre nosotras. Me dio un leve beso en la mejilla y se marchó.

Una vez dentro, encendí la lámpara y saqué un cuaderno. Puse *Green Onions* en el tocadiscos y lo dejé sonando muy bajo, con el brazo quitado de modo que se repitiera una y otra vez. Entonces me senté en la mesa y escribí. Lo escribí todo. Todo cuanto Mammy me había contado acerca de las personas a las que conocía, y acerca de aquellos a los que no conocía. Al

principio solo apuntaba notas aisladas, y aun así llené varias páginas con nombres. Y entonces volví a empezar, pero esta vez escribí frases, párrafos enteros.

Comencé con los nombres de aquellos situados más arriba y procedí hacia abajo. Y tenía tantas, tantísimas cosas que decir...

Escribí durante toda la noche, con *Green Onions* como única compañía. La Luna en su último cuarto brillaba clara y fría a través de la ventana. Oí, por encima de la música suave, el ulular de los búhos en el exterior. Oí ladrar al perro y toser al tejón. Llené tres cuadernos con mi caligrafía pequeña y apretada. No hubiera creído posible que se pudiera escribir durante tanto tiempo sin descansar. Solo me detuve para masajearme la mano dolorida y atender a la llamada de la naturaleza. Escribía todavía cuando todo quedó en silencio, y seguí escribiendo con los primeros trinos, y tras morir el coro del amanecer.

Mi bolígrafo susurraba a la página, vertía en ella todo su dolor. Y aunque lo que hacía era escribir poseída por una especie de furia, por un estado febril en el que atacaba con saña las hojas de los cuadernos, a mí me parecía estar corriendo, como si disfrutara de una repentina libertad, como si volara a través de los campos, dejando con mis patas sobre la tierra huellas y rastros que transmitían todo su significado.

Al final, después de un extenuante maratón, caí rendida. Me despertó el sonido de alguien que llamaba a la puerta. Era Greta. Me incorporé a trancas y barrancas.

Ya volvía a sonreír, malditos fueran sus ojos.

—¡Vaya, Fern, parece como si acabaras de despertarte!

—Y así es.

—¡Pero si ya es mediodía!

—Es verdad. Será mejor que entres.

Recordé los cuadernos que había dejado sobre la mesa. Los retiré y los coloqué en el estante escondido, detrás de la cajita del té, junto al frasco secreto con el pelo y las uñas de Mammy.

—¿Qué has estado haciendo? —me soltó Greta. Le respondí con un gruñido y me dijo—: ¿Cosas de bruja?

No estaba segura de lo que quería decir con eso, pero no pensaba animarla. Aún estaba medio adormilada. Además, tenía que pensar en el «funeral» de aquella tarde. Le pregunté qué la había traído aquí.

—Esto no va a resultarme sencillo —empezó.

Sospeché al instante que Chas la había enviado a llorar en su nombre. Quería hacerme saber lo buen hombre que era, y que estaba por encima de esa clase de comportamiento. Iba a asegurarme que yo había cometido alguna clase de error.

—Suéltalo —dije.

—Muy bien. De acuerdo. Voy a contártelo sin rodeos. Voy a decirlo sin andarme por las...

—¡Greta!

—De acuerdo. Estoy embarazada. Quiero que me libres de él.

Me desperté de golpe. La había malinterpretado. Quizá estaba perdiendo mi habilidad para ver el interior de la gente. Pero allí estaba ella, sonriendo como si tuviera delante una tarta llena de velas en la fiesta de su cumpleaños, mientras me decía que quería practicarse un aborto.

—Lo del otro día no eran dolores de la regla, ¿no? ¿De cuánto estás? No me mientas. —Esto lo dije de forma automática.

—De diez a doce semanas —me dijo.

Pensé: *¡Deja de sonreír!*

—¿Es de Chas? —Pensé que aquello complicaría todavía más mis sentimientos, pero negó con la cabeza—. ¿No?

—De Luke.

—¿Estás segura? Creía que me habías dicho que Chas era..., que también era tu novio.

—Sí. Bueno, dije que también era mi amante. Pero no es de Chas.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Una mujer sabe esas cosas, Fern.

Su sonrisa comenzaba a parecer ridícula, además de profundamente irritante. Sospeché que tenía alguna noción místico-feérica del momento en que había concebido. Las mujeres siempre te sueltan cosas así, y son estupideces. Acerca de este asunto, Mammy siempre decía que no puedes confiar en ti misma ni en tu corazón, porque el corazón solo te dice lo que

él quiere decirte. Yo sabía que el único modo de estar segura en tales circunstancias era un análisis de sangre, y así se lo dije. Por fin la sonrisa se le cayó de la cara, y quise lanzar un «hurra».

—En algunos aspectos eres muy astuta, Fern —me dijo con aspereza—, pero en otros pareces una niña pequeña. No puede ser hijo de Chas porque él tiene problemas en ese apartado.

—¿Qué? —dije, verdaderamente sorprendida.

—Que no se le levanta. Que no se empalma, ¿cómo quieres que te lo explique?

Me quedé perpleja. Aquello no podía ser posible. Tuve que levantarme de la silla y darle la espalda a Greta durante un momento. Traté de ocultar mi asombro haciéndole algunas preguntas acerca de Luke: ¿lo sabía él?, ¿cuál era su opinión al respecto?, aunque apenas prestaba atención a las respuestas.

Luke lo sabía, me dijo, y quería tener el niño. Pero ya tenía dos hijos en la comuna, de mujeres diferentes, y otros dos repartidos por el país. Era una persona tan maravillosa como irresponsable, me dijo; decente pero débil de carácter.

La mujer tenía derecho a decidir, opinó. Yo estaba bastante de acuerdo con aquello. Siempre había sido así y siempre lo sería. Después me aseguró que odiaba librarse del niño, pero que tenía que hacerlo porque se había cansado de la vida en la comuna. Me dijo que estaba harta de las drogas, harta de vivir sin rumbo, herida por la ruina emocional que era la promiscuidad y furiosa por el modo en que aquellos *hippies* disfrutaban de sus «nenas» y de sus hijos en la comuna, pero libres de las más básicas obligaciones organizativas y emocionales. No bastaba con dejarse el pelo largo, me explicó. Ella buscaba otra clase de vida, no quería sumirse en la conformidad. No, no iba a seguir dándole cuerda a la máquina: quería una vida en la que construiría lo que llamó un «nuevo *ethos*». Dejaría de ser una extraña, una ajena al sistema, para «luchar desde dentro»; sería algo radical y desafiante; sería una nueva alternativa bohemia que sacaría lo mejor de la gente.

Fue todo un discurso. Sonaba como Juana de Arco. Y durante toda la perorata no sonrió ni una vez. Aunque me encantaba escucharla, no podía

evitar que mi cabeza volviera a lo que me había dicho acerca de Chas.

—¿Qué te ocurre? —me dijo—. Pareces estar a kilómetros de aquí. ¿Vas a ayudarme o no? Sé que puedes.

No se me ocurrió preguntarle cómo sabía que yo podía ayudarla. Era una información peligrosa. Muchas de las mujeres del pueblo y los alrededores sabían lo que hacía Mammy y podían suponer que yo había heredado el oficio. Aunque muy pocas se lo contarían a los hombres. Era un medio-secreto, si es que puede existir algo así. Pero me puse a trabajar de inmediato.

Greta me observó mientras mezclaba las hierbas abortivas.

—A Mammy nunca le gustó esto —le dije—, y a mí tampoco. No quiero que pienses que lo hago a la ligera.

—No lo pienso. Me he jurado que jamás volveré a ser tan descuidada.

Estoy segura de que resoplé al oír aquello, pero supongo que en ese momento lo decía en serio. Cuando lo tuve todo preparado le di instrucciones de cómo tomárselo, y le dije que viniera a verme si se sentía muy mal.

—La última chica a la que se lo dimos murió —le dije.

Se me quedó mirando. Bueno, ¿y qué hubieras hecho tú? ¿No?

—No va a pasarte nada —le dije—. En cualquier caso, o es esto o la enana de Leamington y sus agujas de coser.

—¿Estás enfadada conmigo por algo, Fern?

—No, contigo no. Es que creo que me estoy volviendo loca. Y hay gente en el mundo a la que le encantaría ver cómo me vuelvo loca. Es mejor que te marches. No quiero que le cuentes a Luke, a Chas o a nadie lo que te he dado. Puedes contárselo a Judith, pero a nadie más.

—¡Pero quién te crees que soy! ¿Y has oído lo de Judith?

—¿El qué?

—Es posible que la expulsen de la escuela.

—¿Y por qué?

—Por ser vista con indeseables, sin duda.

No sabía si con aquel comentario Greta se refería a mí o a la gente de la granja de los Croker. Pensé a toda velocidad.

—Ahora, si no te importa, me gustaría prepararme para el funeral de Mammy de esta tarde.

—Ésa es otra —dijo Greta—. ¿Podemos ir Chas y yo?

OceanofPDF.com

29

Fue muy extraño presenciar la inhumación de un ataúd que sabía vacío. Eso y escuchar los ritos y exequias, aunque el reverendo Miller presidió toda aquella vacuidad de modo muy hermoso. Me sentía mal porque se hubiera tomado todo aquel trabajo, porque hubiera pagado una tumba y encargado una sencilla lápida solo para enterrar un cajón lleno de ladrillos.

William estaba allí, y Judith, que por supuesto había conseguido parecer más *sexy* y atractiva que nunca con la ropa negra de luto, un sombrero de ala ancha y unos *pantys* oscuros. A otros los reconocí de la noche anterior, aunque no me hicieron señal alguna al respecto. Aún me sorprendía todo aquello. Ya sabía que Mammy no deseaba ser enterrada en sagrado, que no sentía la menor afinidad por la iglesia local y que pensaba que el lugar adecuado para descansar estaba en algún lugar de lo que quedaba del viejo bosque. Era el grado de organización lo que me sorprendía, la maquinaria del engaño, la dedicación con que los pocos defendían su alternativa.

Y, por supuesto, había presentes muchos que no sabían nada al respecto. Bill Myers con su uniforme de policía y la gorra debajo del brazo, y Peggy con aspecto sombrío. Los Cormell, con Bunch llorando a lágrima viva y la cara enrojecida. Emily Protheroe, que pronto se comería su tarta nupcial, y su madre. También estaban representadas una o dos familias más, aunque en absoluto todas a las que Mammy había ayudado a lo largo de los años. Ni de lejos. Pero a todos los que acudieron les dejé bien claro que ni Venables ni la hacienda habían querido que Mammy fuera enterrada en la iglesia. Que, en 1966 como estábamos, así era como se comportaba aquella gente. Quise que todo el mundo supiera lo despreciables que eran.

Y estaba Greta, con su sonrisa beatífica, y Chas el desarrapado, ajeno a toda concesión a la etiqueta funeraria, vestido con un chaleco de cuero debajo de una chaqueta de pana. Aunque Bill se removió nervioso cuando Chas se acercó a él, me alegré al ver que ninguno de los dos quería más que estar presente y mostrar sus respetos.

Pero fue cuando el reverendo Miller dijo: «y mis días fueron más ligeros que la lanzadera del tejedor», que algo empezó a sucederme.

Me derrumbé.

Y de nuevo más tarde, cuando leyó el salmo: «El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció». Sé que es ridículo porque Mammy no estaba allí, y porque no había derramado una sola lágrima durante la noche de su auténtico entierro, pero el llanto comenzó a fluir y sentí que me tambaleaba, incapaz de reconciliar la idea de Mammy en la tierra y los astronautas en el espacio y Judith con su brazo alrededor del de Chas, y sé que si Bill Myers no se hubiera acercado para sujetarme del codo me habría desplomado sobre la caja de ladrillos, y entonces Peggy me sostuvo del otro brazo.

La gente se acercó a mí al acabar la ceremonia. Bunch Cornell, aún llorosa, me abrazó con cariño. Bill y Peggy me besaron. Otros me dieron la mano. Greta me dio un beso.

Chas se acercó sonriente y me dijo: «sé que siempre pensaré en ella cuando esté en el retrete». Entonces Judith intentó abrazarme, pero le dije: «sí, eres más ligera que la lanzadera del tejedor», y ella me dijo, «¿qué?», y yo le dije «sí, ¿cómo pudiste ser tan, tan descuidada?». Y me respondió que era yo la que no había tenido suficiente cuidado, y entonces la cogí del pelo y la ataqué, y mis uñas le arañaron el cuello, y ella respondió y de repente Bill, Peggy y Chas se interpusieron entre las dos.

—¡Los ánimos se están encrespando! —gritó el vicario con asombrosa obvedad. Levantó los brazos hacia el cielo—. ¡Los ánimos se están encrespando!

Y entonces me apartaron de Judith y de la tumba, y al final dejé de resistirme y lloré con todas mis fuerzas, y pensé que había expulsado hasta la última gota de humedad que había en mi interior, y que me había vuelto tan frágil que podría agrietarme y romperme.

Pero dejé de llorar y al final todos terminaron por marcharse, y tras rechazar sus invitaciones me quedé sola. Le di las gracias al vicario. Fue muy amable y me permitió usar la sacristía para recomponerme un poco antes de marcharme, ya que tenía cosas importantes que hacer.

Aún vestida con el luto, me dirigí caminando hasta la mansión, aquel horrible montículo jacobiano. Recorrí el camino de gravilla, dejé atrás el pestilente estanque de lentejas acuáticas y me deslicé entre los rododendros como una sombra. Esta vez no me dirigí al despacho de Venables, detrás de la casa. Entré tranquilamente por la puerta principal, donde me topé con un lacayo, uno de los criados encorvados y resecos de lord Stokes. El hombre no tenía un solo pelo en la cabeza. Parecía vestir las sobras desechadas de su amo. Juro que vi cómo le caía una mosca muerta del cuerpo mientras se dirigía hacia mí.

—¿Tiene usted cita? —me preguntó con educación.

—Dígale que soy la hija de Mammy Cullen y que tengo cierta información que necesita.

—Sé quién es usted —dijo el viejo lacayo—, pero su señoría no va a recibirla. Si tiene algún asunto, debe llevarlo ante el administrador de la hacienda.

Justo en ese momento pasó por allí Arthur McCann.

—Fern, aquí estás otra vez. —Era una especie de pregunta. Después añadió—: Ya me encargo yo, Geoffrey.

Y, ante esto, la puerta principal se me cerró en la cara. Arthur me alejó de la entrada.

—No me han dejado cogerme la tarde libre para acercarme —me dijo—. Si no, habría ido.

—Ya lo sé. No pasa nada, Arthur.

—Ya sabrás que tu nombre no está muy bien visto por aquí, Fern. Nada bien visto.

—Eso también lo sé. Tengo que ver a lord Stokes. He encontrado algo en la casita que debe conocer. Algo que dejó Mammy. Información sobre la gente. Necesito su consejo respecto a qué hacer con ella.

—¿Qué clase de información?

—No puedo contártelo, Arthur. Pero es algo realmente serio.

Arthur parpadeó.

—Espera aquí, pero mantente oculta. Veré si puedo conseguirte cinco minutos.

Con esto, salió disparado hacia el jardín vallado que había detrás de la casa. Regresó poco después.

—Te recibirá ahora mismo. Más vale que sea bueno, Fern.

—Oh, vaya si lo es —le aseguré.

Arthur me guió hasta una puerta de cristal que daba a una maravillosa biblioteca en la parte trasera de la casa. Abrió la puerta y me hizo pasar, pero él se quedó fuera tras cerrar.

Lord Stokes estaba sentado en un elegante sofá, con una pierna echada sobre la tapicería y un codo por encima del asiento. Aunque era un día caluroso, el fuego ardía en el hogar. Sobre el sofá había un periódico abierto por las páginas de las carreras. Su señoría me valoró lentamente con unos ojos rojizos, lamiéndose los extremos zarrapastrosos de su bigote amarillento. La quijada rosada tembló un poco.

—Mffffff —dijo.

Yo no sabía si aquello era una orden o una expresión de desprecio. Era consciente de que no debía sentarme hasta que me lo indicaran, pero no parecía que fuera a llegar ninguna invitación al respecto. La baja aristocracia siempre se ha contado entre la más maleducada de las gentes.

—Mffffff —dijo de nuevo.

—No sé qué significa «mffffff» —solté.

Su expresión se oscureció. Sus cejas blancas se movieron en direcciones opuestas.

—¿*Quéquieres?*—Hablabla arrastrando las palabras.

—He venido a pedirle consejo.

—¿Consejo? ¿*Quéconsejo?*

—Usted conocía a Mammy Cullen, por lo que tengo entendido. Mammy vivía en la casita de usted, junto al bosque. —Asintió—. Yo soy su hija adoptiva. Cuando murió hice limpieza, y he encontrado algunos viejos escritos con sus ideas. —Le enseñé mis cuadernos.

—¿*Qué tieneso queveronmigo?*

—Contienen información delicada. Sobre gente de todo el distrito.

Sin ofrecerse a incorporarse, levantó una mano llena de manchas.

—*Déjamechar* un vistazo.

Crucé la estancia y le ofrecí uno de los cuadernos. Ensanchó las fosas nasales y palmeó el sofá, evidentemente para buscar sus gafas. Mientras lo hacía, reparé en el pequeño anillo plateado que llevaba en el dedo meñique, como el del doctor que sé había colado en mi casa. Al final encontró las gafas en una mesilla que había cerca del sofá. Le llevó un año pasarse las patillas por detrás de las orejas. Entonces volvió a derrumbarse en el sofá y leyó la página por la que le había abierto el cuaderno.

Lo observé con suma atención. Sus labios se movían ligeramente al leer. La luz del fuego se reflejaba amarillenta en sus ojos reumáticos. Hacía pequeños ruidos incomprensibles a medida que progresaba en la lectura.

—Mm... Eh... Fffff... Mmm...

Al final dejó caer el cuaderno sobre el sofá. Después me miró por encima de las gafas.

—Monsergas —dijo.

—¿Pero qué hay de los nombres? —insistí, aunque en voz baja.

—¿Nombres? —Recogió el cuaderno y volvió a escrutarlo. Sacudió levemente la cabeza. Entonces leyó una parte en alto, con una voz que podría haber arrancado el óleo del retrato ancestral que había sobre la chimenea—. «El mejor modo de elaborar una tarta es el que voy a describir. Señor, cuánta gente hay que no se entera de nada. *¿Tiene alguien idea de la receta?*, me pregunto algunas veces. Un consejo acerca de la preparación, para empezar, es que hay que poner mucho amor en todo el proceso. Niño o grande, eso lo sabe todo el mundo. Secreto, ese es el secreto. Mammy Cullen sabe que ese es el principal truco, por encima de todos los demás. Además, vigila tu humor. Se lo recomendé así a una amiga, y no me hizo caso. Deshizo un buen intento por albergar pensamientos desagradables antes de preparar esta tarta. De esto hablaremos más tarde. Otro consejo es que hay que vigilar la posición de la Luna antes de empezar...» *¿Quéstupideces* me cuentas de nombres, chica? *¿Qué tieneso* que ver con el precio *las* patatas?

—Tiene que mirar con más atención.

—¡Maldita chica!

—Tiene que leer la primera palabra de cada frase. Solo la primera palabra.

Volvió a mirar, leyendo en silencio esta vez. Dos veces. Era cortito, muy cortito, pero lo comprendió. Vaya si lo comprendió. A ver si aquello no era más interesante que la tercera carrera de Ascot, pensé. Después se quedó mirando intensamente la página, aunque ya no leía. El silencio resultaba insoportable. Cambié el peso de pie. Un hermoso reloj antiguo que había sobre el manto de la chimenea cobró vida y señaló la hora con un tintineo delicado.

—¿Hice lo correcto al traérselo?

—Mffff.

—Es que no sabía qué debía hacer con ello.

—Mffff. Y se *mencionatros* hombres, ¿no?

—A muchísimos. Al doctor. Al presidente del Partido Conservador. Al jefe de la Cámara de Comercio. Al...

—Ya basta. Lo he comprendido. Mmmm.

—No hay en todas las páginas. Hay que saber buscar.

—Ya veo.

Me mordí el labio.

—Entonces, ¿está todo bien?

—¿Todo bien? —Mire, es que vino ese hombre de la universidad de Cambridge, el señor Bennett, y él no se dio cuenta. Y ni siquiera alguien tan inteligente como usted se ha percatado. De modo que no creo que haya ningún problema en darle el visto bueno y publicarlo.

—¿Publicarlo? ¿Publicarlo?!

—Sí, ese hombre de Cambridge. Está interesado en la medicina natural. Curas herbales para distintas enfermedades. Medicina natural. De eso hablan estos cuadernos. Quiere publicarlos.

Lord Stokes me devolvió su atención, como si solo ahora me viera por primera vez. Y, para variar, habló de forma clara y mostró algo de emoción.

—¿Es que estás completa, condenadamente loca? ¿Y bien? ¿Es así?

Me sentía harta de llorar después de aquella tarde, pero logré componer una expresión cariacontecida. Hice que me temblara el labio inferior. Logré que se me saltaran gruesas lágrimas. Hasta yo quedé impresionada.

—Pero si ni siquiera usted se ha dado cuenta, y el hombre de Cambridge me dijo que si llegábamos a publicarlo me pagaría lo suficiente para cubrir el alquiler de la casita... y... y... y... —Los sollozos me impidieron continuar.

Se puso rojo por la furia y la perplejidad. Sus blancas pestañas y el bigote pálido parecieron estallar en llamas y su frente se cubrió de arrugas, como si fuera el viejo lecho de un río reseco.

—¿Casita? ¿Mi casita? ¡Qué más me da esa maldita casita! ¡No puedes publicar este engendro maldito y asqueroso, estúpida, palurda de tres al cuarto!

—¡Pero es que el señor Venables quiere echarme! —gimoteé.

—¡Geoffrey! —rugió su Señoría—. ¡Geoffrey! —Después de un siglo, el lacayo de la puerta apareció en la biblioteca—. Tráeme a Venables, Geoffrey, y que sea a-ho-ra-mis-mo.

La idea de que el viejo cadáver de Geoffrey hiciera algo rápido casi me hizo reír. Me controlé y me enjuagué las lágrimas con un pequeño pañuelo. Lord Stokes me taladraba con una mirada perversa. Cuando Venables apareció, Stokes le preguntó:

—¿Conoces a esta chica?

—Sí. Ocupa una de las casitas junto al...

—La vas a dejar en paz. Sin alquiler. Todo eso. Hasta que yo indique lo contrario.

—Pero si ya hemos...

—Me da igual. Es mi propiedad y yo decido. Eso es todo. Márchate.

Venables se dio la vuelta y se largó sin mirarme siquiera.

Stokes sacudió el cuaderno en mi dirección.

—¿Es esta la única copia?

—Miraré por casa para asegurarme.

—Hazlo. Y no dejes de informarme. Buena chica. Ahora vete, y si ves a ese hijo de mala madre de Cambridge husmeando por ahí, ya sabes lo que tienes que decirle, ¿no es así?

—Sí, su señoría.

—Pues entonces, marchando.

Salí de la biblioteca por donde había entrado. Oí otro rugido procedente del interior. Arthur me esperaba fumándose un cigarrillo. Lo apagó con el zapato, se acercó y me cogió del brazo para acompañarme hasta la salida.

—¿En qué andas metida, Fern?

—En nada.

—¿En nada? Pues por aquí vuelan chispas. Acabo de ver a Venables hecho un basilisco. —Arthur me acompañó por el camino de gravilla y rodeamos los rododendros. Pensé que iba a empezar a gritarme, pero entonces dijo—: Oye, ¿te importa que me pase alguna vez?

Le dije que me gustaría. Estaba un poco asustada después de lo que acababa de hacer, y sabía que me vendría bien tener algún amigo. No cerramos ningún detalle. Me prometió «pasarse cualquier noche».

30

Mammy siempre me había dicho que yo tenía buen oído.

—Tienes buen oído, y ese es el motivo de que tengas una buena voz. Eres toda una cantora.

Usaba aquella extraña palabra, «cantora», y decía que ella era una mera cantante. Conocía muchas canciones, sí, pero admitía no saber cantar la mitad de bien que yo.

—Nunca tendrás necesidad, verdadera necesidad, si eres una cantora —me aseguraba Mammy—. Podrás cantar para comer. Podrás cantarle a un hombre para que se siente a tu lado. Podrás cantar para que la gente haga tu voluntad, si tienes suficiente cuidado.

—¿Puedes enseñarme? —le había pedido.

—¡Ni lo pienses! Como todas estas cosas, puede salir mal. Además, ya te he dicho muchas veces que yo no soy cantora. Yo te enseñaré las canciones, y ya descubrirás tú cómo emplearlas.

¡Oh, Mammy, pensé, echaré de menos tus canciones, y la voz temblorosa con la que me las transmitías! Entonces recordé la canción de la liebre el día de mi Petición, y no pude asegurar que me la hubiera enseñado Mammy. Me pregunté si en realidad sí lo había hecho, o si la había aprendido en alguna otra parte gracias a mi buen oído. En determinadas ocasiones, si estabas apurado, podías oír lo que los demás estaban pensando. En otras no era necesario escuchar para saber lo que la gente decía.

A veces me hacía crecer las orejas. Entonces creía poder oír a todos aquellos que se detenían en el camino, o en el mercado, o en la calle

principal. Podía oír los rumores que brotaban de sus labios y sus lenguas. Los recogía directamente del oído de la gente. Las habladurías creaban una vibración que iba mucho más allá de las palabras, como las ondas que alimentaban mi radio a pilas; era una perturbación en el éter, una corriente de aire. Pero era una corriente que podía percibir incluso desde detrás de las paredes de mi pequeña casita, más allá de su alcance normal. Eran las habladurías, que se extendían por todas partes.

También podía escuchar el trino del reyezuelo en el seto, lo que significaba que tenía visita. Venables llegaba pronto.

Había sacado toda la colada. Las sábanas colgaban mojadas y pesadas sobre la cuerda, y el sol de la primavera se filtraba sobre el jardín de la casita. Estaba sentada en el escalón de la entrada, pelando las patatas que sacaba de una cacerola con agua. Oí al gozne de la puerta del jardín advertirme de su llegada, pero no levanté la vista. Solo cuando se situó delante de mí, tapándome el sol, lo miré.

—No has sido muy inteligente —me dijo—. En absoluto.

Saqué una patata de la cacerola. Tenía un ojo, que corté antes de empezar a pelar.

—No sé qué esperas conseguir con esto, pero te equivocas.

Entrecerré los ojos desde mi asiento en el escalón. —Pedí consejo a su señoría, y me lo dio.

—No es tan idiota como te crees.

—¿Y cuán idiota lo creo yo?

—Fuiste tú quien escribió ese cuaderno. De arriba abajo.

—¿De veras? ¿Y también escribí el nombre de usted todas esas veces?

—Cogí el cuchillo de mondar y comencé a afilarlo en el escalón de ladrillo, junto a mi trasero. Volví a concentrarme en la patata, que pelé en una única y larguísima monda retorcida. La levanté para que la viera.

Venables me dedicó una media sonrisa.

—Has conseguido empeorar tu situación.

—¿Empeorar? Pues venga a por mi casita, ¿quiere? O envíeme a un médico, ¿quiere?

Se puso en cuclillas, de modo que sus ojos blandos quedaron al mismo nivel que los míos. Después se inclinó hacia mí y habló muy bajo, de forma

confidencial; los movimientos de sus labios apenas conseguían mover el aire.

—Te crees muy lista, pero has cometido un error estúpido. La vieja Mammy Cullen no pudo escribir todo eso. No sabía escribir ni su propio nombre. Era una vieja ignorante, una analfabeta.

Mi mano se cerró sobre la empuñadura del cuchillo de mondar, pero él lo vio. Me aferró la muñeca. Con la otra mano me agarró de la oreja y me empujó la cabeza contra el borde de la pared que tenía detrás.

—Atiende —me dijo—. ¿Oyes eso? —Volvió a golpearme del mismo modo—. Ese es el sonido de tu propia cabeza al golpear la pared de una celda acolchada. Escúchalo de nuevo. Ya estás ahí, encerrada en la celda. Esta conversación no está teniendo lugar. Ya estás ahí metida. Esto no es más que un recuerdo.

—Jane Louth —repliqué, retorciéndome para alejarme de él.

Pero ya se había marchado, desvanecido entre las mortajas blancas que eran las sábanas tendidas.

Oh, aquel fue un día de visitas. Bill Myers apareció por la tarde. Estacionó su coche bien a la vista, en el exterior de la casita, y se quitó el sombrero mientras se acercaba por el camino. Tenía un horrible corte de pelo que hacía que sus orejas parecieran de un color rosa brillante. Aunque no estaba yo como para criticar el pelo de nadie.

Llamó suavemente a la puerta. Me encontró vertiendo el vino de bayas del año anterior en botellas individuales.

—Tienes un montón de colada tendida, Fern.

—Oh, sí. —Detuve el embotellado y me limpié las manos en el mandil. Rechazó la oferta de una taza de té y depositó su gorra de policía en la mesa.

—¿Qué has estado haciendo, Fern?

—¿Haciendo, Bill?

—Sí, haciendo. Fuiste a la gran casa, ¿no es así?

—No voy a negarlo.

—Amenazaste a lord Stokes con cierta información.

—Eso no es cierto. Lo...

—Silencio —me cortó con aspereza. Su expresión se endureció—. Ahora cállate, Fern, porque esto es muy grave. La palabra que se emplea es «chantaje». ¿Sabes lo que es eso?

Asentí.

—No puedes ir por ahí amenazando a la gente. Es un delito muy grave.

—Pero es que ellos sí que pueden saltarse la ley, Bill. Pueden hacer lo que se les antoje. Pueden acostarse con chicas solo por ser quiénes son y después pagarles para que se sometan a un aborto ilegal y lavarse así las manos, pero después empiezan a dar saltos y a decir «la ley, la ley». ¿Y qué le queda entonces a una? ¿Es que va usted a...?

—Fern.

—¿... meterlos en la cárcel por pagar abortos? No, no va a hacerlo, lo que va a hacer es dejarlo estar y perseguir a las que practican los abortos, no a los que los financian, y cuando alguien hace eso se vuelve tan despreciable como ellos; o incluso peor, porque empieza a dar saltos en su nombre. ¿Para eso está la policía, para dar saltos en nombre de aquellos que detentan el poder?

—Para, Fern.

—¿Y bien?

—Ahora escucha. Siempre me has caído bien, pero eso se ha acabado. Sé lo que hiciste aquella vez en la granja de los Croker y lo dejé estar, ¿no es así? Bueno, pues no pienso dejarlo estar ni una vez más. No puedo. Voy a contarte una cosa acerca de lord Estiércol, allá en su mansión: puede tener pinta de idiota, incluso puede ser un idiota, pero tiene poder. Y si me dice que te acuse te acusaré, y no sabrás ni por dónde te las están dando.

—¿Le ha dicho que me detenga?

—Aún no se ha decidido.

—Es decir, que no quiere arriesgarse.

Bill se puso en pie y montó un numerito para encajarse la gorra en la cabeza.

—Estás mordiendo más de lo que puedes tragar, Fern. No puedo seguir ayudándote. Deberías preguntarte si quieres seguir en este pueblo, ahora que Mammy ya no está.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que he dicho.

—Usted no es policía, Bill. Es el encargado de recoger las entradas.

Sacudió la cabeza sin comprender mi comentario. Entonces salió de la casita y cruzó el jardín con grandes zancadas. Lo vi marcharse desde detrás de las sábanas tendidas. Vi cómo encendía el motor, comprobaba el espejo retrovisor y desaparecía por la carretera.

Aquel era el día de los hombres. Mi tercer visitante fue un adusto William. Estaba vestido con camisa, corbata y un traje oscuro con una cadena de oro que colgaba del chaleco. Las botas negras estaban resplandecientes.

—¿Por qué tienes ese aspecto tan sombrío? —me dijo tras encontrarme en el jardín.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—Yo siempre parezco sombrío. Es mi tarjeta de presentación. ¿Qué excusa tienes tú?

Me dijo que había tenido que venir a Keywell por negocios, aunque no me reveló de qué clase de negocios se trataba. Palpé la colada tendida en las cuerdas. Ya estaba seca.

—Haz algo útil y ayúdame a doblar estas sábanas.

Amagó una sonrisa ante la petición y agarró las esquinas de la sábana que le entregué.

—Eso ha sonado a Mammy.

—¿A qué has venido, William?

—Quería enterarme de qué son esas tonterías entre tú y Judith.

—Estoy enfadada con ella porque se puso del lado de alguien contra mí. Se ha pasado al bando de los guarros.

—Judith se enfrenta a la inclusión en la lista 99. ¿Sabes lo que es eso? Una lista del Departamento de Educación y Ciencia que incluye a los profesores con antecedentes penales, y a aquellos sospechosos de actos deshonestos e inmorales.

—¿*Deshoqué?*

—Deshonestos. Los que abusan de los niños y cosas así. Los consumidores de drogas. Esa gente. Alguien de su colegio ha dicho que se

la ha visto hablando o «juntándose» con conocidos drogadictos. No sé ni quién la ha visto ni quién ha pensado que eso era lo bastante importante como para informar al Departamento de Educación y Ciencia. Pero podría perder su empleo.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Tú eres otra persona con la que se le ha dicho que no debe verse.

Solté la sábana, que cayó sobre el barro.

—¿Qué?

—Así es. Así que si te mantienes apartada de ella le estarás haciendo un favor. Aunque conozco a Judith. Si quiere hacer algo, o ver a alguien, lo hará. Al menos sabe quiénes son sus amigos.

—Ella no es amiga mía.

William se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—El motivo por el que Judith no te cree es que Chas es incapaz de tener una erección, al menos con ella. No me oculta ningún secreto. Ninguno. Como he dicho, sabe quiénes son sus amigos. ¿Puedes tú decir lo mismo?

Miré la colada fresca y blanca, lavada con lejía y secada por el sol. Entonces corrí contra ella y la arrastré por toda la cuerda, agarré tantas sábanas como pude y las arrojé a la tierra mojada que había junto a la bomba del agua. Chillé y pisoteé el lino blanco. Grité, caí de rodillas y restregué las hermosas sábanas con barro hasta que estuvieron repugnantes. Después aullé e intenté desgarrarlas con las manos. Al final caí sollozando sobre la pila arruinada.

William se acercó a mí y sacó el labio inferior, pero miraba hacia la puerta del jardín. Estaba abochornado.

—Venga, Fern. Levántate.

—¿Me estoy volviendo loca, William? ¿Estoy perdiendo el juicio?

—Venga. Levántate.

—Odio esta colada —sollocé—. La odio.

—Ya lo sé. Levántate. Vamos adentro. Tenemos que hacer un poco de humo.

—¿Humo? ¿Para qué?

—Para calmar a las abejas —respondió.

Me sentía muy desdichada. No podía dejar de gimotear y tuve que preguntarle:

—William, ¿fuisteis Mammy y tú amantes alguna vez?

—Puede que sí. Todos hemos sido jóvenes. Después tuvimos nuestras diferencias. Y ya sé lo que estás pensando, y te aseguro que no: no soy tu maldito padre.

Me puse en pie.

—¿Y eres el padre de Judith?

—Hasta el punto en que un hombre puede estar seguro de tales cosas, estoy convencido de que podría serlo. —William reunió el enorme montón de colada arruinada en un fardo y lo llevó dentro de la casita—. Te va a tocar lavar otra vez todo esto.

31

Al terminar la siguiente clase de partería, MMM me llamó aparte y me golpeó con una noticia devastadora: en administración habían comprobado mis referencias y no habían podido encontrar ningún certificado de cualificación mínima en enfermería. Esas credenciales eran uno de los requisitos del curso. MMM tenía mi formulario original y me enseñó una casilla, claramente marcada, que indicaba que yo era una enfermera cualificada. Una caja adyacente pedía mi número de referencia, pero estaba en blanco.

Admití que debía de haber marcado la casilla por error. No estaba acostumbrada a rellenar formularios, le expliqué.

MMM parecía atónita. Se quitó las gafas y se quedó mirándome con los ojos entrecerrados. Después se metió en la boca la patilla de sus gafas. Era imposible, me aseguró, «imposible». Y tan desagradable, me dijo, al ser yo una de sus alumnas más prometedoras... Aquel último comentario no resultó una sorpresa, por supuesto, pero tampoco me sirvió de nada. Le pregunté si a pesar de todo podía seguir acudiendo a las clases, pero me dijo que no tenía sentido. Sin cualificación básica nunca conseguiría el diploma.

Fue un largo viaje de vuelta a casa. Quizá se reflejara en mi cara, porque nadie quiso llevarme. Aunque aquella era una hermosa noche de primavera y los mirlos volaban entre los setos oscuros, no pude sentir alegría alguna. Cuando llegué a la casita me encontré a Arthur sentado en el escalón de entrada, fumándose un cigarrillo. Me animé al verlo. Necesitaba distraerme de mis preocupaciones.

—¿Cuánto llevas aquí esperando?

—Un rato. ¿Quieres dar un paseo hasta el Lion?

Nunca había entrado en el Red Lion, aunque había pasado muchas veces por delante y siempre me había preguntado cómo sería, de modo que acepté. Era un sitio muy tranquilo. Había dos hombres ya canosos sentados en las esquinas; bebían pintas de cerveza tibia y se ignoraban con pasión. En una mesa había una pareja cogiéndose de la mano y susurrando. En una pared había un enorme lucio disecado en una vitrina de cristal. El dueño parecía conocer muy bien a Arthur. Yo no sabía qué me apetecía beber. El dueño inclinó la cabeza hacia delante y dijo que a muchas de sus clientas les gustaba el Babycham,^[6] así que eso fue lo que pedí. Arthur pidió una pinta de cerveza negra.

Nos sentamos en una mesa. Arthur depositó su jarra sobre un posavasos y yo lo imité. Cuando Arthur bebía de su cerveza, yo bebía de mi Babycham. Era burbujeante y muy dulce, y quizá aquello me puso en la cabeza una idea acerca de Arthur.

Me reí por primera vez desde la muerte de Mammy.

—¿Qué?

—Nada —dije.

—¿Qué?

Sacudí la cabeza. En realidad estaba pensando en lo que había sucedido aquella noche, y me preguntaba si había llegado a bajarle la erección.

—¿Te gusta el Babycham?

—Está bastante bueno. Aunque tampoco es que me vuelva loca.

—No tiene por qué volverte loca.

—No, claro que no.

Di otro sorbo para mostrar a Arthur que no me importaba. Entonces eché un vistazo al local. Uno de los hombres mayores me miraba desde detrás del borde espumoso de su pinta. Me pasé una mano por el pelo esquilado.

Arthur me contó sus buenas noticias: había sido elegido para llevar una de las tres «botellas», los barriles de cerveza del desfile de Pascua de Hallaton. Hallaton era la sede de un viejo festival anual conocido como la «Rebatiña del pastel de liebre y el partido de botellas». El puesto de

portador de botella era muy valorado por los chicos locales. Arthur me lo contó henchido de orgullo.

—¡Eso está genial, Arthur!

—Sí. La verdad es que sí, ¿no crees?

—Maravilloso.

Volvimos a mirar a nuestro alrededor, a los otros clientes. Entonces Arthur se aclaró la garganta.

—Van a por ti, Fern.

—No me digas —respondí a la ligera.

—Deberías tener a alguien a tu lado. Alguien que te proteja.

—¿Y tú harías eso, Arthur? ¿Te pondrías de mi lado?

—Sí que lo haría, Fern. —Dio un sorbo a su cerveza. La cremosa superficie le manchó el labio superior—. Lo haría si supiera cómo.

—Eres muy amable. —Se produjo un silencio que quedó roto por una risa procedente de una sala que había al otro lado de la barra—. No sabía que había otra sala.

—La de fumadores. Allí la cerveza es un penique más barata. Algunas noches voy ahí con mis compañeros de moto.

—Apuesto a que es una risa.

—Pues sí. —No captó mi ironía, y siguió contando—: ¿Ves esa sala de atrás? Puedes ponerte ahí, fuera de la vista, y escuchar todo lo que se dice aquí. Una vez escuché a Venables hablando con Jane Louth. ¿Sabes qué? La había dejado preñada y ella le dijo que había ido a ver a Mammy. Y va él y le responde: «eso no sirve de nada. Tienes que tomarte esto». Iba a contártelo la noche en que fui a tu casa. Pero no pudo ser. —El recuerdo de aquella noche le hizo fijar la mirada en su cerveza.

—¿Pero qué era? ¿Qué fue lo que le dio?

—Ni idea. Podía escuchar, pero no ver. Pero le oí decir que funcionaba al cien por cien.

Contemplé las burbujas de mi Babycham. Se me ocurrieron algunas cosas que podría haberle dado. Pero sobre todo pensé en la pobre Mammy, porque ahora estaba segura de que no había cometido ningún error, y se había ido a la tumba pensando que así era.

—¿Otro Babycham? —preguntó Arthur.

—No. Uno es suficiente para cualquiera.

Después de terminar las bebidas, Arthur me acompañó de vuelta a la casita. Nos quedamos un rato en la puerta del jardín. Convenimos que era una noche muy hermosa. Levanté la mirada hacia las estrellas y Arthur me preguntó qué estaba mirando.

—Satélites. *Sputniks* y cosas así.

Me dijo que acababan de lanzar al espacio el primer satélite comercial. Yo no sabía lo que eso significaba.

—Que no es gubernamental, Fern. Que es para negocios. Privado.

Me sentí horrorizada.

—¿Quieres decir que cualquiera puede poner uno de esos ahí arriba?

—Si es lo bastante rico, sí.

—¡Pero eso es terrible!

Arthur se encogió de hombros. Iba a hablarle de los perros y los monos muertos en el espacio, pero parecía de lo menos romántico, y me daba la impresión de que iba a intentar besarme. Pero no lo hizo. Me sentí algo defraudada cuando me dio las buenas noches.

A la mañana siguiente llegó otra carta. Creí entenderla, pero no estaba segura de cómo responder, de modo que me la llevé para que la viera alguien que pudiera confirmármelo. En la granja de los Croker, Chas, Luke y otros dos *hippies* seguían construyendo el gigantesco invernadero. Chas estaba sellando algunos vidrios cuando me acerqué a él. Tenía las manos manchadas de masilla gris. Inspiré profundamente.

—Aún no estoy segura de haberme equivocado —le dije—, pero si es así te pido disculpas. Lo siento muchísimo. Pero aún no estoy segura. — Después me di la vuelta sobre los talones y empecé a alejarme.

—¿Eso es una disculpa? —le oí decir a mi espalda, pero lo ignoré y fui dentro. Pregunté a una mujer dónde estaba Greta, y me dirigió a un dormitorio de la planta alta.

La encontré tumbada en un colchón tendido directamente sobre el suelo, con la cabeza levantada sobre varias almohadas. Estaba leyendo un libro, y aunque me pareció un poco pálida no presentaba muy mal aspecto. La habitación apestaba a incienso. Levantó la mirada, y con solo el más leve rastro de su vieja e insoportable sonrisa me dijo:

—Hola.

Me senté en el suelo y le cogí la mano.

—¿Cómo estás?

—No muy mal. Tengo náuseas todo el rato.

—Se te pasará. Bebe mucha agua. Y el incienso no es bueno. Esos olores no son los adecuados. Voy a apagarlo. Te he traído un té de limón y verbena...

—Hierba de Gracia —dijo Greta.

—Así la llamaba mi madre. Y ten, mira. Voy a ponerte un ramillete encima de la cama. —Clavada a la pared había una postal, y usé la chincheta para fijar la verbena—. Esto evitará que tengas más pesadillas.

—¿Cómo sabías que tenía pesadillas?

—¿Cómo puedes hacerme esa pregunta?

Comenzó a llorar.

—Vamos, Greta, tomaste una decisión. Ahora defiéndela con fortaleza. —Aquellas eran palabras de Mammy. Siempre decía que para que hubiera una auténtica elección debía existir sufrimiento. Le dije que iba a prepararle un poco de té con la verbena y el limón.

Cuando regresé con la taza, dejó de llorar y pareció algo más animada. Al menos se mostró agradecida por el té.

—Cuéntame qué tal te ha ido a ti —me dijo—. A ver si se me va el asunto de la cabeza.

—Mis problemas a cambio de los tuyos —respondí, y le enseñé la carta. Arrugó el ceño mientras la leía. Sus cejas subían y bajaban.

—Es de la autoridad sanitaria local. Aquí dice que van a realizarte una valoración. ¡Dios mío! ¿Pero pueden hacer esto?

—Para eso te la he traído, Greta. Como has estudiado derecho y todo eso...

—Bueno, supongo que poder, pueden —me dijo—. Supongo que así es como se hace.

—¿Y qué es lo que pretenden?

—Pues te quieren meter en un saco y arrojarte al río —respondió—. Por así decirlo.

—Por así decirlo.

Greta me devolvió la sonrisa, pero sin demasiadas ganas.

OceanofPDF.com

32

Por la noche me acerqué a la tumba de Mammy; no a la tumba falsa sino a la verdadera, la de los bosques. Me senté con la espalda contra el gran roble y hablé con ella. La Luna brillaba fuerte y clara, y si entrecerraba los ojos podía ver a Mammy claramente, sentada con la espalda contra un roble cercano, hablando conmigo bajo aquella luz de plata, bajo la Luna.

Lo cierto es que en aquella época me estaba volviendo un poco loca, y no estoy segura de si la vi en realidad o si simplemente así es como lo recuerdo. O quizá al recordarlo lo veo todo de nuevo. ¿Qué diferencia hay entre la memoria y la imaginación, si no hay nadie que pueda decirte si algo ha sucedido o no? Mammy hablaba conmigo acerca de mi voz, me decía que era una cantora y que tenía que ocultar mi don.

—Fíjate en esos pequeños niños —me dice—. ¿Qué es lo primero que hacen en cuanto asoman las orejillas?

—Lloran —le respondo.

—Así es —me dice—, lloran porque les duele el mundo, porque observan y cobran conciencia ante la repentina violencia de la luz. Pero después de un rato paran, porque el dolor remite y solo ven la belleza, aunque no saben lo que es. Pues eso es lo que sucede cuando tú cantas.

—¿El qué? ¿Que siento dolor?

—Sí. Lloras, pero estás en el camino de arreglarlo. De lograr que el dolor remita. Todo canto nos habla de un dolor ¿no es cierto? Oh, sí, por aquí y por allá hay canciones divertidas, pero incluso en ellas hay dolor, si te fijas bien Y aunque la canción no pueda restañarlo, puede conseguir que

remita durante un momento, para así dejarte ver lo que hay detrás. Eso es lo que puede ofrecer a la gente una buena cantora como tú.

Le dije que lo comprendía. Y quizá era verdad.

Pero Mammy nunca permanecía seria durante demasiado tiempo. Se puso en pie y se sacudió los zapatos.

—Vamos, Fern, canta para mí. Un último bailecito antes de marcharnos. Un último bailecito.

También me levanté y, bajo la luz de la Luna que se derramaba por los bosques y fluía entre los árboles, di palmas para contar los tiempos y le ofrecí una animada interpretación de *Marrowbones*, que siempre había sido su canción favorita. Mammy se levantó la falda hasta las rodillas y bailó, con tal expresión de felicidad y alegría que apenas pude evitar reír.

—¡Mira estos viejos huesos! —me gritó mientras lanzaba las piernas sobre las campánulas—. ¡Mira a este viejo saco de huesos bailando bajo la Luna! ¡Y no nos importa lo que piensen de nosotras!

Y di palmas, y apenas evité que la canción se convirtiera en una carcajada. La Luna brillaba sobre el claro. Mammy parecía atraer su fulgor, que la empapaba mientras hacía cabriolas y bailaba. La luz llovía sobre ella. Era su manto. Nunca la quise más que en aquel momento.

Y de repente me encontré sola bajo el árbol en el que estaba enterrada. Mammy había desaparecido, y yo no sabía si acababa de llamar a su sombra de vuelta o si solo estaba recordando algo que había sucedido en realidad. Y comprendí que aferrarse a una idea tal podía llevarte más allá del límite.

Aquella misma noche, alguien profanó la tumba de Mammy en la iglesia. Habían roto la lápida y pintado en ella palabras horribles, después de esparcir todas las flores que se le habían puesto. Me informó de ello una mujer de la zona a la que apenas conocía. Se mostró llena de simpatía. No podía comprender cómo alguien podía albergar tanto odio. Mammy había ayudado a mucha gente, me dijo. ¿Pensaba yo que podía ser uno de esos gamberros melenudos de la granja de Croker? Le dije que no, que la gente de la granja de Croker no eran malos tipos, y que sabía que ninguno de ellos haría algo así. Me preguntó si quería que se encargara ella de buscar gente

para limpiar la tumba. Le di las gracias y le dije que ya me encargaría yo de hacerlo.

Tenía otras cosas en que pensar. Greta me había sugerido que encontrara a gente que hablara en mi favor durante la evaluación, de modo que fui a ver a Bill Myers y le enseñé la carta. Me senté con Peggy y con él para discutir el asunto, pero no antes de que los dos expresaran su ultraje por lo que había sucedido en la tumba de Mammy. Bill estaba pálido y dijo que si descubría a los responsables los iba a dejar nuevos, y Peggy añadió que ella lo ayudaría. Los dos me dijeron que ya tenía que soportar bastante, como para encima tener que pasar por aquello. Querían saber si ya había ido a la iglesia para arreglar el desaguizado, y tuve que admitir que aún no lo había hecho.

Pero la simpatía tenía un límite. Cuando llegó el momento de hablar de la carta y de la evaluación pendiente, Bill me dijo que no podía hablar en mi favor.

—Estoy entre la espada y la pared, Fern. Los amigos de los policías suelen descubrir antes o después que el respeto a la ley se encuentra por delante de la amistad. Por eso somos gente rechazada, Fern, nosotros los policías. Tenemos obligaciones.

Peggy dijo que yo no quería escuchar todo aquello, sino si hablaría en mi favor o no. Y Bill respondió que no podía ser, porque podía llegar el caso de que fuera formalmente acusada de algo, y que entonces él tendría que obedecer. «Eso es quedarse al margen», dijo su mujer. «Bueno, puede ser», dijo Bill, pero esa era la situación en la que se encontraba. «Le debes la vida a Mammy Cullen», dijo entonces Peggy, «desde el día en que naciste». «¿Y qué tenía aquello que ver con Fern?», quiso saber Bill. «Ella te trajo de entre los muertos», insistió Peggy.

Peggy me miró y me dijo que Bill había sido dado por muerto por el médico, pero que en secreto alguien había ido a llamar a Mammy y que ella llegó y escupió un aceite de hierbas (yo sabía de qué se trataba) en la garganta del bebé, y que la propia Mammy había aspirado el aceite y el tapón de flema de la garganta de Bill, lo había sumergido en agua fría y le había puesto aceite de mostaza entre los hombros, trayéndolo de vuelta de entre los muertos. Y allí estaba, crecido y estupendo.

Bill se quedó pensativo. Sentí que algo se rompía entre ellos dos, y no quería que eso sucediera. Les di las gracias y me levanté para marcharme. Me pareció que Bill estaba triste.

Peggy me acompañó hasta la puerta.

—Quieren encerrarme. Igual que hicieron con Mammy —le dije.

—Hay una diferencia —respondió Peggy—. Cuando encerraron a Mammy, o eso me dijo mi madre, era cierto que llevaba un tiempo un poco loca. Primero había perdido a su marido y después a su hijo. Se pasó una temporada tratando de concebir, sin importarle un bledo quién fuera el padre. Pero una vez la metieron en ese horrible lugar..., bueno. ¿Sabes que la esterilizaron mientras estuvo allí dentro?

Me quedé atónita.

—No sabía eso.

Peggy asintió.

—Mira, quizá Bill no pueda defenderte —me dijo mientras salía—, pero conozco a alguien que sí lo hará.

La miré a los ojos para tratar de descifrar sus palabras, pero me cerró la puerta con delicadeza.

Mientras me dirigía hacia la casita, otra mujer me paró y me expresó el horror que le producía lo sucedido en la iglesia. Me dijo que no sabía a dónde iba a parar el mundo si ni siquiera a los muertos se los dejaba en paz. La profanación había soliviantado a todo el mundo.

Aquella noche recibí la visita de William, Peggy Myers y una mujer a la que no había visto nunca, una anciana que padecía cifosis y que llevaba gafas de culo de vaso. Yo ni siquiera sabía que William y Peggy se conocieran. El llevaba las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de su formal traje oscuro, del que colgaba la cadena de oro del reloj. Se conducía como si no me hubiera visto en toda su vida. No dijo nada, y se comportó como si todo le importara un pimiento. Los invité a entrar.

Cuando estuvieron sentados, Peggy Myers se portó con cordialidad. William parecía estar aburrido y revisaba la casita con un aire de leve desaprobación. Creí mejor no dar a entender que ya lo conocía. Fue la

mujer de la espalda deforme la que se lanzó al asunto, mientras se frotaba los dedos artríticos:

—Hemos venido por el pastel, cariño.

—¿El pastel?

—Sí, el pastel. Bueno, en los años pasados fue Mammy la que digamos que... —Aquí se detuvo y tiró de algo invisible que tenía en la punta de la lengua—. Sí, era Mammy la que ayudaba con el pastel. Aunque últimamente declinó la oferta en algunas ocasiones, ya que la elaboración da muchísimo trabajo. Así que desde hace un tiempo recurrimos a la tahona de Carlton, aunque nadie parece quedarse nunca muy satisfecho y este año vamos a volver a prepararlo nosotros.

—¿Ustedes?

—Nosotros tres somos del comité, por así decirlo. Yo soy la presidenta. Y hemos pensado en pedírtelo a ti.

—¿A mí?

—Queremos pedirte que nos ayudes con ello, cariño. No lo harías tú sola, pero sí podrías poner algo de Mammy en la preparación. Qué vergüenza, ese asunto en el camposanto. Qué vergüenza.

Estaba atónita. Se me habían llenado los ojos de lágrimas.

—¿Ves? —dijo Peggy—. Ya te dije que diría que sí. El pastel de este año será el mejor de todos los tiempos.

—¿Pero estará esta chica a la altura del trabajo? —gruñó William—. Quiero que alguien me asegure que no nos entregará una porquería.

—¡Pues claro que puede hacerlo! —respondió Peggy con otro gruñido.

William apretó los dientes, se cruzó de brazos y apartó la mirada.

—¿Y bien? —dijo la presidenta del comité, que aún se frotaba los nudillos artríticos.

—¿Y bien? —fue mi patética respuesta.

—¿Puedes hacerlo?

—Sí. Puedo.

—Pues ya está, cariño.

Con esto, el comité se puso en pie. Peggy y la presidenta parecían satisfechas consigo mismas. William tenía el aspecto de alguien desautorizado por una instancia superior. Cuando ya salían, William se giró

y me miró sin una palabra, sin un solo gesto de su cara vieja, adorablemente agria.

Cuando se hubieron marchado, me volví a sentar en mi silla y pensé en lo que acababa de suceder. Me habían ofrecido unirme a la elaboración del pastel.

El pastel de liebre.

Aquel pastel de liebre. En Hallaton llevaban tanto tiempo preparando el pastel para el festival que ya nadie recordaba cuándo había comenzado la tradición. La Iglesia aún intentaba acabar con ella. La Iglesia la odiaba.

Mammy me había contado que, hacía bastante más de cien años, habían conseguido pararla, pero que entonces comenzó de nuevo. Algunos aseguraban que la tradición tenía solo una centuria, pero otros hablaban de un párroco del siglo XVIII que había tratado de acabar con el pastel, y al que los feligreses le rompieron todas las ventanas y escribieron «Sin pastel no hay parroquia» en la pared de la rectoría. La tradición regresó al instante.

No lo sé. Creo que es una de esas cosas que no tienen comienzo y que no tendrán final. Siempre habrá pastel de liebre y nunca hubo pastel de liebre. Pero lo que había dicho la vieja acerca de que Mammy se había cansado de hacer el pastel no era cierto. Se lo habían impedido. U otro párroco, o un vicario, se lo había impedido. Ocurrió después de que la tuvieran encerrada todos aquellos años. No le dejaron volver a entrar en la cocina. Pobre Mammy. Y cómo le gustaba hornear. «Cómo te odian si eres siquiera un poquito diferente», me decía. «Cuánto te odian». A lo que añadía: «Y no hay necesidad».

Pero acababan de venir a pedírmelo a mí. Lo habían hecho los tres, y me daban ganas de decir: «¿y qué hago? ¿Le pido a la liebre el pastel de liebre?» Pero no dices nada, claro. Te piden algo así y tú te atas el mandil y te pones a hornear. Eso es lo que haces.

Pero lo que yo sabía, porque Mammy me lo había contado, era que hacía muchos años que ese pastel no llevaba liebre. «Es ternera y jamón. Ternera y jamón. ¿Qué clase de pastel de liebre es ese?» Mammy se ponía muy triste, porque el día del pastel de liebre es el único del año en el que puedes comer liebre sin sufrir una maldición. Ahí está su sentido. Por eso tenemos permiso. Yo nunca comería liebre fuera del lunes de Pascua. Si lo

haces cualquier otro día quedas maldito con la cobardía. Eso lo sabe todo el mundo. Pero de algún modo, por alguna razón que escapaba a mi comprensión, aquel año la tarea había recaído en mí, y lo que les daría sería un pastel de liebre. Ni más ni menos.

Y lo primero que hice fue salir a los bosques para contárselo a Mammy.

Arthur no tardó en enterarse, y el miércoles ya estaba llamando a la puerta. Como él iba a llevar uno de los barriles de cerveza para el partido con botellas, los dos teníamos ya un papel en el festival de Pascua. Estaba contento como unas castañuelas y yo tenía mucho, muchísimo trabajo.

—¿Ya has ido a limpiar la tumba de Mammy? —me preguntó, enarcando las cejas.

—Todavía no —respondí.

—Es la comidilla. Me gustaría ponerle las manos encima al responsable.

Tenía muchísimas otras cosas en las que pensar. Tenía que preparar un gigantesco pastel para el lunes de Pascua.

También estaba el asunto de mi «evaluación», que tendría lugar al día siguiente, el anterior al Viernes Santo. Y lo único en que podía pensar era: *Si me encierran, ¿cómo voy a preparar el pastel?* Me preguntaba si alguien había tenido eso en cuenta.

Me pasé limpiando la noche anterior a la evaluación. Greta me había recomendado que dejara el lugar como los chorros del oro, que quitara de las vigas los manojos de hierbas de aspecto extraño y que retirara de los estantes las botellas y frascos más pegajosos. Me parecía un insulto hacia Mammy, pero hice lo que Greta me indicó y lo escondí todo. Incluso bajé el frasco con las uñas y los cabellos de Mammy del estante oculto, aunque no fui capaz de tirarlo y lo devolví a su sitio.

Quitó el polvo y saqué brillo a todos los recovecos. Fregué el suelo y las paredes. Lavé la tapicería de las sillas y el mantel, y lo coloqué todo del modo más ordenado posible. Trabajé muy duro.

Aunque me había agotado con la limpieza, aquella noche no dormí bien. No dejaba de pensar en Mammy, en cómo había ido perdiendo el juicio con

el tiempo, en el día que me habló de la temporada que había estado encerrada en aquel lugar espantoso. Pensé en la esterilización no consentida.

Por la mañana puse sobre el mantel blanco un jarrón con flores frescas, entre las que incluí algunas fáfara de color amarillo brillante, para transmitir paz. Seguía arreglando las flores cuando una mujer de aspecto oficioso, vestida con un traje elegante, apareció en el umbral de la puerta abierta. Llevaba unas gafas de media luna y en la mano sostenía una carpeta. Tenía el pelo echado hacia atrás y recogido en un moño.

El corazón me dio un vuelco cuando comprendí quién era.

—¡Greta! ¡Vaya traje!

Greta entró y se sentó.

—El lugar tiene buen aspecto. —Depositó la carpeta y un bolígrafo sobre la mesa—. Ya sabes, Fern, lo importante es la función.

—No, no lo sabía. ¿De dónde has sacado esos trapos?

—Lo tenía guardado por ahí. Hacía casi dos años que no me lo ponía.

—Me miró por encima de las gafas, y de no conocerla me hubiera sentido intimidada—. ¿Repasamos un poco las cosas?

A las diez en punto el doctor Bloom, el médico de familia que había llevado a Mammy al hospital poco antes de su muerte, llegó acompañado de otro médico: el que había conseguido colarse en mi casa con unas natillas de huevo. Los seguía una mujer alta y enjuta. Esta tenía la cara rubicunda y agrietada, como si se expusiera demasiado al viento de los páramos. Su cabello era del color del peltre y lo llevaba corto, contrario a la moda. Se presentó como Jane Cavendish, «trabajadora social».

Yo había oído en ocasiones el término «trabajador social», pero no sabía a qué se dedicaban exactamente. Estaba a punto de preguntarle cuál era su función cuando escuché a Greta decir que todo el mundo estaría más cómodo sentado a la mesa, y que había una silla para cada uno.

El doctor de las natillas de huevo echó un vistazo a las sillas, como si estuvieran pegajosas.

—¿Y usted quién es? —preguntó.

—Soy Greta Dean. Estoy aquí para aconsejar y asesorar a Fern durante el proceso de su evaluación.

—No sabía nada de esto —respondió el doctor de las natillas, mirando a los demás.

Greta se sentó y sacó una silla a su lado para Jean, trabajadora social. La mujer aceptó el asiento, lo mismo que Bloom.

Al final el doctor de las natillas también se sentó, mirando a Greta con suspicacia.

—Es bastante sencillo: Fern me ha contratado para asegurar la legalidad de todo el proceso.

—¿Contratado? ¡Mucho me sorprendería que pudiera permitirse siquiera un procurador!

—Sin duda, eso es asunto de Fern. —Y con esto Greta mostró una de aquellas sonrisas que siempre me habían puesto furiosa. Me alegré tanto de verla empleada contra aquel hombre que se me levantó el ánimo—. ¿Puedo pedirle que se presente?

—Esto parece demasiado formal, ¿no cree? Hemos... —Fern se refiere a usted como «el doctor de las natillas de huevo», ya que con unas natillas se presentó usted aquí. Y puedo asegurarle que se me pone por delante referirme a usted como «el doctor de las natillas de huevo».

Aquello provocó una risita de la trabajadora social y un bufido de Bloom.

—Creo —dijo Jane— que lo más adecuado es que todos nos presentemos de forma apropiada.

Así que procedimos alrededor de la mesa. El doctor de las natillas de huevo dijo que se llamaba Glaister y que trabajaba para el Departamento de Sanidad del condado, «ayudando en aquellos asuntos». *Seguro que sí*, pensé. Yo fui la última, después de Greta:

—Soy Fern, y no estoy chiflada.

Greta se me quedó mirando. Me había advertido que no debía hacer referencia a aquello, pero lo había olvidado. Entonces Glaister trató de tomar el control de la reunión. Sin que nadie dijera nada, decidió que él era el director de todo el proceso.

—¿Empezamos, pues? Antes de nada, Fern, quiero decirte que esta es una reunión informal y amistosa para establecer algunas cosas, eso es todo.

Solo vamos a hacerte algunas preguntas, así que puedes responderlas con tranquilidad.

Greta intervino de inmediato.

—Aunque es importante que comprendas, Fern, que aunque esta es una reunión informal, el propósito expreso de los señores Bloom y Glaister, y de la señora Cavendish, es realizar una evaluación de tu equilibrio mental. Al final de la reunión podrían decidir que te resultaría beneficioso un tratamiento, hospitalario. De ser así, tienen poderes legales completos para obligarte a ello. ¿Comprendes eso?

—Sí —respondí.

—En ese caso —dijo Greta—, es necesario que entiendas que, aunque esta reunión es informal, no debes considerarla completamente amistosa.

—¿Tiene usted alguna titulación en derecho? —preguntó Glaister.

—Por supuesto —respondió Greta.

—¿Puede enseñarme su acreditación?

—Le mostraré la mía si usted me enseña la suya. —Y desenfundó su sonrisa dentada.

—Para ya, George —dijo Jean a Glaister. Era evidente que lo conocía desde hacía muchos años—. Sigamos con esto.

Y entonces comenzó el interrogatorio.

Y mientras se desarrollaba pensé en Mammy y en los años que habíamos estado juntas, y en su dulzura, y en su ocasional mal humor. Me pregunté en ese momento si me había adoptado porque le habían quemado los ovarios. Ella misma me había contado que me había traído de un hospital en el que otra paciente no era capaz de hacerse cargo de su hija. Ahora comprendía de qué clase de hospital se trataba. Mi madre natural era otra paciente del manicomio. Como posiblemente lo fuera mi padre. No tenía mucho sentido darle vueltas al asunto. Lo cierto es que me daba igual. Mammy era mi verdadera madre al cien por cien. La sangre puede ser más espesa que el agua, sí, pero la generosidad es más espesa que la sangre.

Recordé una ocasión en que había asistido con Mammy a un parto difícil. La madre era apenas una niña, aunque a mí ya me parecía una mujer madura. Yo acababa de pasar mi primera regla y Mammy me había contado cómo funcionaban las cosas. Me dijo que mirara bien, que a lo que iba a ver

conducía todo. Bueno, pues acudimos a casa de aquella mujer y la encontramos sufriendo hasta tal punto que Mammy tuvo que emplear toda su habilidad y su saber, y pasamos juntas en aquella casa todo el día y buena parte de la noche. La chica lloraba y aullaba. Y cuando todo acabó, cuando tuvo en los brazos a aquella cosita gordita y preciosa, ya a salvo, dijo: «nunca jamás, nunca jamás».

«Ja, todas decís eso», le contestó Mammy. Pero la chica insistió. Dijo que no iba a permitir que aquel tipo se le volviera a acercar, nunca jamás. Prefería tener que alejarlo con un hacha a dejar que aquello volviera a suceder, y le pidió a Mammy algo para el dolor. Entonces comenzó a llorar de nuevo, y lo que para muchas mujeres debería ser alegría y alivio, para ella, como para tantas otras, no fue más que pesadumbre y dolor, porque en su casa no había amor.

Mammy le dio uno de sus preparados especiales y, pasado un rato, la chica se calmó un poco. Deseó amargamente que su madre estuviera allí, pero había muerto algunos años atrás. Bueno, Mammy era la única madre disponible en ese momento, así que mientras la chica acunaba a su hijito en los brazos, Mammy se acercó y la acunó a ella, y le susurró, y la apaciguó, y vertió en su oído todo su amor. «¿Sabes?», le dijo. «Hay algo dentro de nosotras que nos hace olvidar el dolor, y entonces empezamos de nuevo y volvemos a las andadas. Pero el dolor desaparecerá, te lo prometo».

Recuerdo que en aquel momento me dejó perpleja ver a Mammy haciendo de madre de aquella chica ya adulta. Ahora que sé mucho más, no me sorprende en absoluto. Mammy no dejó de hablarle con dulzura y de acariciarle el pelo, pero mientras lo hacía era a mí a quien miraba. «Ya lo verás. El dolor y el sufrimiento desaparecerán».

—¿Puedes responder a la pregunta, Fern? —dijo Jean.

—¿Fern? —intervino Greta.

Estaba tan distraída que tuve que pedir que me la repitieran.

—¿Oyes voces?

—Oigo la voz de Mammy. Me ayuda en los momentos difíciles.

Greta se encogió visiblemente. Me había insistido en que no dijera cosas así, pero de nuevo lo había olvidado en la distracción del momento.

—¿Crees en los actos mágicos? —preguntó Bloom.

—Va a tener que definir a qué se refiere con «mágicos» —protestó Greta.

—No puedo imaginar a nadie que viva sin la esperanza o la expectación de la magia —respondí.

—¿Tías practicado alguna vez un aborto a alguien? —preguntó Glaister.

—¿A qué viene eso? —terció de nuevo Greta—. No guarda relación alguna con nuestro asunto.

—Sí, no sé a dónde quieres llegar, George —dijo Jean Cavendish.

—¿Sería posible saber, doctor Glaister —preguntó Greta mientras lo miraba por encima de sus gafas—, cómo llegó a involucrarse en este caso en particular?

—¿Disculpe?

—Puedo ver cómo se involucraron el doctor Bloom y la señora Cavendish, ya que el asunto queda dentro de sus respectivas áreas profesionales, pero no estoy segura de cómo llegó usted a interesarse por Fern.

—Solicitaron mi ayuda. Mi ayuda profesional.

—¿Y quién lo hizo?

—Eso no es asunto de nadie, y no tengo por qué decirlo.

Reparé en el anillo de plata que Glaister llevaba en el rechoncho dedo meñique. Era igual que el que había visto a lord Stokes.

—Son masones —dije—. Lord Stokes, el doctor Glaister aquí presente, el señor Venables y tantos otros.

Bloom miró al techó y resopló.

—¡Por el amor de Dios! —saltó Glaister.

Jean Cavendish me clavó la mirada.

Mammy me había contado que los hombres que la habían encerrado antes y durante la guerra eran masones. Decía que era imposible demostrarlo. Aseguraba que formaban una banda secreta de hombres, a menudo en posiciones de autoridad, que trabajaban para ayudarse los unos a los otros, y que si te cruzabas en el camino de uno de ellos, los otros hacían

piña con él y le solucionaban el trabajo sucio. «Espesos como ladrones», decía. Recuerdo haberle preguntado si era cierto que existían sociedades secretas, a lo que me contestó: «¿y qué somos nosotros?» Y aunque nunca había pensado en los pocos de ese modo, porque no llevábamos una insignia, ni realizábamos juramentos, ni teníamos apretones de manos secretos ni nada de eso, supongo que aquello era exactamente lo que éramos. «Aunque nunca debes tratar de nombrarlos», me dijo. Y cuando le pregunté por qué, me dijo que cuando alguien los amenazaba se inventaban que estaba mal de la cabeza, loco, y conspiraban para quitarlo de en medio.

Yo sabía quién era masón porque Mammy me había hecho un listado, que yo había codificado en mi cuaderno. Allí aparecían todos los hombres de negocios, políticos locales, oficiales de policía (no, Bill Myers no era masón, por lo que yo sabía), dignatarios civiles y empleados de la administración local (ya había pensado en que quizá por eso se habían comprobado mis credenciales en el Colegio de comadronas) cuya adscripción conocíamos. Eran nuestros opuestos, nuestras sombras, una especie de burla, solía decir Mammy.

—Fern, ¿crees que la gente conspira contra ti? —dijo el doctor Bloom.

—Yo diría que, en este caso —intervino rápidamente Greta—, no hay duda de que hay gente dispuesta a manipular a Fern.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó cortante Glaister.

—Sí —dijo Jean Cavendish—. Después de todo, estamos actuando por el bien de Fern.

—Lo que quiero decir es que el ser paranoico no excluye el que realmente haya gente conspirando contra uno.

—Entonces ¿admite que su clienta es una paranoica? —preguntó Glaister.

—¿No somos todos un poco paranoicos? —maniobró Greta—. Por ejemplo, su propia reacción a mi anterior comentario ha sido ciertamente paranoica, ¿no cree?

—Esto está llegando al ridículo —dijo Bloom—. Estoy seguro de haber oído ya suficiente, como para empezar ahora con estas tonterías de los masones.

Jean Cavendish se frotaba la barbilla con la mano. Parecía melancólica. Ladeó la cabeza y miró a Bloom.

—Pues yo no lo tengo tan claro.

Greta pareció aliviada. Bloom y Glaister ya tenían su decisión tomada mucho antes de que comenzara aquella parodia de juicio, y todos lo sabíamos. Cavendish era mi única esperanza.

Entonces empezaron a hablar sin parar. Las preguntas se hicieron interminables. Me preguntaron acerca de mi niñez y mi relación con Mammy cuando era pequeña. Glaister intentó sacar de nuevo los abortos, pero Jean Cavendish le prohibió que siguiera aquella línea. No podía concentrarme. No era capaz de mantener la atención. Aunque sabía que era crucial atender a las conversaciones, no dejaba de divagar.

Entonces oí voces, pero al otro lado de la puerta. Alguien llamó y Greta se levantó para responder. Cuando volvió, anunció que había pedido a algunas personas que ofrecieran su testimonio a la reunión. Aquello no me sorprendió porque Greta y yo ya lo habíamos hablado, pero no sabía quién se encargaría de defenderme. Glaister no estaba en absoluto de acuerdo, pero Jean Cavendish dijo que no veía qué podía haber de malo en ello. Greta salió y volvió con Peggy Myers.

Peggy se presentó como la mujer del policía del pueblo y dio de mí las mejores referencias posibles. Me ruboricé al escuchar algunas de las cosas que dijo. También mencionó que mi posición en la comunidad era lo bastante buena como para haber recibido el encargo del pastel de liebre. Después dio un buen discurso acerca de la profanación de la tumba, cuya responsabilidad parecía querer achacar a alguno de los presentes.

Cuando Peggy se marchó, Greta anunció a un segundo testigo de mis aptitudes. Decidió interpretar aquello como si fuera un tribunal de justicia, para exagerar el efecto. Pero nadie se sorprendió más que yo cuando apareció la compareciente. Era MMM.

Entró con paso rápido y se sentó muy recta. Consiguió que los otros se sintieran como si les estuviera haciendo un enorme favor al estar allí, pero volvió esta impresión en mi favor cuando les explicó que no había dudado en renunciar a su precioso tiempo con tal de apoyarme. Les dijo que yo era una de sus alumnas más prometedoras y que para mi edad poseía unos

vastos conocimientos sobre el trabajo de una comadrona, aunque algunas de mis ideas fueran un poco anticuadas. Insistió en que tenía todos los tornillos de la cabeza en su debido sitio.

Las cosas se volvieron algo más peliagudas cuando reveló el problema de mi formulario de ingreso. Glaister la presionó para que dijera si pensaba que había tratado de engañar deliberadamente al rellenar el impreso. MMM respondió que el formulario era complicado, y que en su experiencia no existía la menor relación entre las aptitudes burocráticas y el buen hacer junto a la cama de una parturienta. Dijo que nunca dejaría de recomendarme, siempre que antes me sometiera al período formativo apropiado.

Me conmoví casi hasta las lágrimas con aquel homenaje inesperado, y MMM me saludó brevemente con la cabeza antes de marcharse. Miré a Greta, ya que el alistarla en el colegio había sido por completo idea suya. Cuando MMM se marchó, Jean Cavendish me mostró la primera señal de ánimo. Lo hizo apretando los labios y mirándome mientras enarcaba las cejas, como si por primera vez en aquel día estuviera preparada para admitir que yo no era una completa imbécil.

Quise darle una bofetada.

Me quedé todavía más sorprendida cuando Judith apareció como mi tercera defensora. Greta y yo la habíamos descartado debido a la amenaza de despido que pendía sobre ella. Si se la veía apoyándose su posición sería aún más comprometida, sobre todo si la evaluación se decidía en mi contra. Yo no tenía derecho a esperar nada de ella después del modo inexcusable como la había tratado. Pero allí estaba, y tanto me avergonzó su presencia que tuve que apartar la mirada.

Aunque me perturbó lo que sucedió cuando hizo su aparición. Precisamente porque todas las miradas salvo la mía estaban fijas en ella cuando entró en la casita, nadie más lo vio. Era Bloom. Se puso rojo al instante. Judith, que había acudido con su ropa de trabajo más conservadora, se sentó, y mientras me defendía atravesaba a Bloom con una mirada dominante. De hecho, no apartó los ojos de él ni por un instante. Mientras que Peggy y MMM se habían dirigido a mis tres interrogadores, Judith solo miró a Bloom durante todo el tiempo que estuvo hablando. No

era lo que podía llamarse una mirada furiosa o colérica. Era demasiado calmada como para eso. Pero él se la devolvía con el aspecto de un ciervo sorprendido y preparado para buscar refugio a la menor ocasión.

—Soy una maestra de la localidad y estoy aquí para defender el carácter y la disposición de esta joven, Fern Cullen —dijo Judith—. Es una joven perfectamente normal y respetable. Ahora está un poco alterada porque la mujer que fue una madre para ella durante toda su vida acaba de morir. La aflicción puede provocar el retraimiento en cualquiera. En cualquiera.

»Su madre, Mammy, fue una mujer excepcional que realizó muchísimos servicios por las mujeres de este distrito. Ayudó a muchas mujeres desesperadas, y quiero decir desesperadas de verdad, y lo hizo de formas que en ocasiones tuvieron que quedar sin el agradecimiento debido. Por su parte, ella nunca recibió la ayuda de algunos hombres cobardes que se ocultaron tras el manto de la autoridad al llegar las vacas flacas.

»Pero, por suerte, estos son otros tiempos. Mammy fue una mujer fuerte, y me atrevería a asegurar que Fern la echa muchísimo de menos. Bueno, cada uno lleva su pesar de un modo diferente, ¿no es así? Algunos lo muestran. Otros no, solo para descubrir que las lágrimas llegan más adelante, en los momentos más extraños. Otros lo guardan dentro, y para ellos se convierte en una especie de furia.

»Fern no es diferente de los demás. No sé a qué viene todo esto. He oído habladurías acerca de su estado mental, pero hablar es muy fácil. Hablando se puede arruinar una reputación. Todos ustedes tienen trabajos importantes. Pero si toman hoy aquí la decisión equivocada, muchos cobardes podrían verse justificados. La reputación de Mammy fue echada a perder de un modo muy similar, y tuvo que luchar durante toda su vida para recuperarla. Unas palabras inapropiadas, dichas fuera de lugar, pueden acabar fácilmente con la reputación... de cualquiera.

»Fern tiene aquí a un gran grupo de amigos que la ayudarán a superar el difícil momento del luto. Mi propia madre, Doll, era amiga de Mammy, aunque cuando mi padre eligió entre ellas dejaron de hablarse. De no ser así, yo podría haber sido una buena amiga de Fern todos estos años. No se equivoquen. Ahora la ayudaremos y estaremos con ella. Lo haremos. Esto es cuanto tengo que decir.

Se puso en pie, echando hacia atrás su silla con un horrísono chirrido. Salió de la casita, dejando a su espalda un atónito silencio. Bloom se rascó suavemente el pabellón de la oreja. Cavendish, que tenía la mano en la barbilla, miraba alternativamente a los dos hombres.

Glaister se colocó las gafas en el puente de la nariz.

—Pues muy bien, pero no he entendido ni una palabra de lo que ha dicho.

—Yo estoy satisfecho con las cosas que he escuchado —dijo Bloom—. Creo que la chica estará mucho mejor dentro de la comunidad.

—¿Qué? —saltó Glaister. Cavendish ladeó la cabeza hacia Bloom.

—La mujer del jefe de policía, una preparadora de comadronas y una respetada maestra. Es evidente que se la tiene en buena estima.

—Menuda voltereta acaba de hacer, doctor Bloom —respondió Cavendish.

—¿En buena estima? —porfió Glaister. Parecía incrédulo—. También se estimaba a Lucrecia Borgia.

—Fern no es una envenenadora —saltó Greta.

—¿Ah, no? —replicó Glaister—. No es eso lo que he escuchado.

—Bueno, ¿pero esto qué es? —saltó Bloom—. ¿El tribunal de la Inquisición? Yo estoy satisfecho.

—Yo no —respondió Glaister.

—Yo creo que sí —terció Cavendish, cerrando la carpeta que tenía delante—. Desde luego que sí.

Greta me miró por encima de las gafas con aquella ridícula sonrisa angelical. Me permití devolverle una sonrisa nerviosa, pero en ese momento no dejaba de pensar en Judith y Bloom. *Judith, también tú has conocido la tristeza. Pobre Judith. Maravillosa Judith.*

33

No volví a saber nada más desde que se marcharon. Nunca. No me escribieron, ni me comunicaron en modo alguno sus *conclusiones*. Aunque *aquellas* tres personalidades habían decidido no ejercer su poder informal de declararme loca y encerrarme en la misma casa de los horrores que atormentó a Mammy, tampoco me declararon cuerda. Sospecho que había terminado en la categoría de los dudosos.

Afortunadamente, tenía otras cosas en las que ocupar la cabeza, como por ejemplo el enorme pastel que tenía que tener horneado y listo para el lunes por la mañana. Pasaría el Viernes Santo reuniendo todos los ingredientes; el sábado cortando y preparando; el domingo cocinando. Iban a ayudarme con la elaboración del hojaldre (una habilidad muy delicada y subestimada) otras dos mujeres, que traerían la gigantesca bandeja y tenderían la masa. Como nuestros hornos caseros no tenían el tamaño necesario, después se encargarían de llevarse el pastel a la tahona para que el Lunes de Pascua estuviera listo.

Y, mientras tanto, tenía otros dos asuntos que atender. Primero fui al cementerio. Alguien de la iglesia había arreglado la lápida y se había encargado de limpiar lo peor. Yo terminé con la limpieza y borré las desagradables palabras que habían pintarrajeado, pues sabía que solo había que rascar un poco. Coloqué flores nuevas en un jarrón y, cuando terminé pensé que cualquiera que se preocupara lo encontraría todo de lo más decente.

Tenía también asuntos pendientes en la granja de los Croker. Me lavé la cara y me arreglé el pelo. Ya me volvía a crecer y, aunque no parecía gran

cosa, casi me gustaba así. Incluso me puse una pizca de maquillaje en los ojos, y lápiz de labios. Pero solo una pizca.

Cuando llegué a la granja, el sol calentaba bastante y una modesta brisa soplaba desde el oeste. Los setos se contoneaban y enroscaban de forma hermosa, y las acequias eran una *mêlée* de nomeolvides, primulas y alverjanas. Todo aquello me dio confianza. Chas y Luke estaban sentados junto al nuevo invernadero, liando y fumando. La construcción ya había terminado y estaba lista, con todos los cristales en su sitio. Había también otro hombre al que no había visto nunca. Llevaba gafas oscuras, lo que resultaba ridículo porque, aunque había sol, ni de lejos el día era tan brillante como para eso. Quizá él tampoco fuera muy brillante. Me miró con la boca abierta.

Chas levantó la mirada.

—Ey —dijo suavemente.

Luke me saludó con una mano perezosa.

—¿Qué cultiváis aquí? —pregunté.

—Hierbas —respondió Luke—. Últimamente hay mucho interés por las hierbas.

Por algún motivo, todos rieron.

Me ruboricé y le pregunté a Chas si podía hablar con él. Se levantó, se limpió el trasero de los vaqueros con unas manos manchadas de tierra y me hizo una señal para que nos apartáramos de los otros dos hombres. Mientras nos alejábamos, oí que el hombre de las gafas de sol decía: «bombón». Después vi a Luke llevarse un dedo a los labios a modo de advertencia.

Cuando nos alejamos lo bastante para que no nos oyeran, Chas me dijo:

—He oído que estás preparando un pastel. ¿Pueden los forasteros ir a la cosa esa del lunes?

—Viene gente de todas partes. Hay pastel para todos. He venido a disculparme. Esta vez, de forma apropiada.

—Oh...

—Creo que cometí un error.

—Creo que sí.

—Quizá era algo que quería que sucediera, y que tú querías que sucediera, pero que ninguno de los dos pensaba permitir. Quizá fuera algo

que surgió entre nosotros, pero en otro lugar. —En algún punto de mi cabeza oí a Mammy decir: *el diablillo de la diferencia*. Creo que lo repetí en alto.

—¿El qué?

—Mammy decía siempre que los sentimientos entre las personas hacen que sucedan cosas en otro lugar, y que no podemos controlar eso. Cuando algo debería suceder pero no es posible. —Me sentí enrojecer—. Ese «diablillo de la diferencia». Eso es lo que decía Mammy. Vete a saber.

Chas sonrió.

—¿Has estado comiendo setas rojas de esas?

—No te burles.

—Lo siento.

—No, soy yo la que lo siente. Te he vilipendiado y te pido disculpas. He venido a resarcirte.

—No tienes por qué.

—Claro que sí. Voy a darte permiso para atrapar dos liebres. ¿Sabes, ese pastel? Pues es un pastel de liebre pero siempre lo hacen con ternera, lo que no sirve de nada a nadie. Y solo en Pascua podemos comer liebre. Y te doy permiso. Es algo muy especial. En este momento especial, la liebre no se molestará.

Chas se rascó la cabeza.

—¿Y tú puedes otorgar esos permisos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Mammy me dio su permiso.

—¿Y por qué a ti?

—Eso solo lo sé yo. ¿Lo harás?

—¿Pero las liebres no hay que tenerlas tres días colgadas?

—No es imprescindible.

—¿Y esta es tu manera de disculparte? ¿Mandarme a correr detrás de un par de liebres?

—Sí. Eres un buen cazador, y como muy tarde las necesito para el domingo a mediodía.

—Mira que eres rara, Fern.

—Pero es que eso no tiene por qué ser malo.

Dejó escapar algo de aire entre los dientes.

—Qué hermosa —dijo en un susurro. No sé si pretendía que yo lo escuchara. Se dio la vuelta y se dirigió hacia Luke, y entonces silbó para llamar a sus perros. Dos viejos galgos y un cruce de galgo llegaron corriendo desde la casa ladrando, con la lengua fuera y los ojos resplandecientes de avidez.

—¿Qué sucede, amigo? —dijo el nuevo *hippie*, el de las gafas oscuras.

—Me voy de caza. Voy a comprobar las trampas. ¿Vienes, Luke?

No, me quedo aquí. Tengo cita con el relax —respondió Luke, en mitad del proceso de liar otro porro.

Chas ya se había puesto en camino.

—Toma ya —dijo el hombre de las gafas de sol, con la boca todavía abierta—. No me digas.

Pasé el sábado cortando verdura; abrí de par en par todas las puertas y ventanas de la casita y puse *Green Onions* a todo volumen, para que cualquiera pudiera escucharlo. Corté sobre todo patatas y cebolletas (sí, cebolletas, tenían que ser cebolletas), y preparé un buen montón. Me llevó muchísimo trabajo. Corta, corta, corta. Varios kilos de cada cosa. Afilaba constantemente el cuchillo en el escalón de piedra del umbral. También corté hierbas. Y había otras cosas que preparar, cosas estupendas y secretas que tenía que pulverizar todo lo posible. Desaté los manojos que colgaban de las vigas. Bajé viejos frascos de las estanterías y piqué sus contenidos tanto como pude.

Por la tarde, un carnicero de cara sonrosada y animosa llegó en una furgoneta blanca para traerme la ternera que mezclaría con la liebre. La trajo envuelta en un papel marrón manchado de sangre y atado con cordel. Me preguntó dónde quería que la dejara y le pedí que lo pusiera todo en el fregadero.

Después procedí a cortar la carne en pequeños dados. Fue un trabajo arduo. Mientras estaba con aquello llegaron la harina y el sebo. El tendero

estaba muy alegre y lo dejó todo sobre la mesa, mientras yo seguía cortando ternera.

—Te están haciendo todo el trabajo —me dijo—. También habían pensado en enviar el aliño ya preparado.

«Dios mío», les dije, «¡el año que viene me pido hacer yo el pastel!» Nos echamos unas risas con eso.

Y ya por la noche, con las cacerolas brillando en el horno, me senté a cortar, picar y moler tanto como pude. Me sobresaltó poco después del anochecer Judith, que se dirigía a la granja a ver a Chas. Le hice pasar y reanudé mi trabajo, pues no había necesidad de esconderlo de ella.

—¿Qué estás haciendo? —dijo con aire inocente. Entonces vio el tarro con los recortes de uñas y el pelo—. Oh.

—¿Te parece mal?

—No. Sigue.

—He ido a ver a Chas —le dije.

—Ya lo sé. No tiene tiempo para mí. Está demasiado ocupado cazando liebres. Para ti.

—¿Sabes qué? —le dije, descansando un momento el cuchillo y el mortero—. Tengo algo por aquí que supuestamente pone bien tieso el lápiz de los tíos. Me lo contó Mammy, y apuesto a que nunca has oído hablar de ello.

—Cuenta.

Y cuando lo hice quedó maravillada, y admitió que nunca había oído hablar de ello.

—Podrías probarlo —le dije.

—No pasa nada por probar...

No sabía cómo mencionar la evaluación sin sacar la cuestión de Bloom. Judith parecía triste. Le pregunté por qué.

—Todo esto de Chas —me dijo—. Me gusta mucho, pero no estoy segura de querer ser una *hippie*. Además, quiero conservar el trabajo en el colegio. ¿Y qué hay de ti? Te han echado del curso de comadronas, ¿no?

Me levanté para atender una cacerola que había empezado a hervir.

—Sí. Ven a ayudarme a colar las patatas.

No podía quedarse mucho.

«Gracias, Judith. Muchas gracias.

Me pasó una mano por el pelo, mirándome con unos ojos que sangraban color, del mismo modo que una planta curativa exuda resina. Se marchó.

Yo seguí cortando y machacando hasta la madrugada.

—Mammy, te equivocaste con Judith.

Recordé a Mammy sentada en su silla, administrándose el rapé. Ante un desafío así, hubiera inspirado el polvo hasta el fondo, hubiera parpadeado y hubiera esperado un poco antes de responder:

—En ocasiones me equivoco —hubiera dicho—. En ocasiones me equivoco.

Chas apareció el domingo por la mañana temprano con mis dos liebres. Las había matado cuando aún estaban cubiertas por el rocío. No, no me entristecía por ellas. Habían decidido sacrificarse. Las cogí de las orejas y las sopesé, una en cada mano. No estaba mal, pensé. No bastarían para un pastel completo, ni siquiera para medio pastel, pero se mezclarían bien con la ternera picada, y ese año la Rebatña del pastel de liebre de Hallaton se libraría por un pastel de liebre de verdad. Le dije a Chas que no lo comentara mucho por ahí, ya que a algunas personas podría no gustarles lo de comer liebre. Me refiero a que, entre otras cosas, circulaban rumores según los cuales después de comerla podías volverte homosexual. No sé de dónde demonios salen estas tonterías, pero no dejan de surgir.

—Me dieron trabajo, las puñeteras —dijo Chas.

—Me da igual. Se van a la cazuela.

—¿Qué más lleva ese pastel?

—Patatas. Cebolletas. Ternera. Eso es todo, básicamente. Ya puedes irte, tengo muchísimas cosas que hacer.

—¿No me merezco ni una taza de té, ni un agradecimiento?

—No. No quiero tenerte en medio.

Se frotó la cara con la mano y no mostró actitud alguna de ir a marcharse.

—He estado hablando con Greta, ¿sabes? Los dos estamos de acuerdo en que, en cierto modo, por extraño que parezca, quienquiera que destrozara

la tumba de Mammy te hizo un favor. Es decir, ha cambiado la opinión de todo el mundo en el pueblo, ¿no?

—¿Dónde he puesto el cuchillo? ¿Has visto el cuchillo?

—Vamos, que no podría haber salido mejor ni aunque lo hubieras hecho tú misma, ¿no crees?

—Aquí está. ¿Quieres que te enseñe a desollar las liebres? —pregunté.

—No, Fern. Te lo dejo todo a ti. Recuerdo que eres la mejor desolladora de los dos.

Y nuestros ojos se encontraron, y aquel diablillo de la diferencia volvió a saltar.

—Es verdad —le dije—. Así es. —Y cuando vio que me disponía a empezar con las liebres se marchó.

Primero cortas las patas y la primera articulación. Después la cabeza a la altura de la primera vértebra, y el pelaje de la barriga desde un punto entre las patas delanteras hasta las traseras. Después ya puedes sacarle la panza. Cuando acabas con eso, abres la piel desde la raja del vientre hasta la espalda, en el lado opuesto. Si agarras la piel de la espalda y tiras de ella primero desde las patas traseras y después desde las delanteras, sale como si fuera una chaqueta. Antes Mammy hacía guantes con la piel de conejo, pero hoy en día ya no los quiere nadie.

Una vez me hizo a mí un par.

Troceé las liebres y las herví, ocultando la carne entre la ternera. Para cuando llegaron las mujeres del hojaldre a casa, ya tenía todo el relleno del pastel burbujeando en dos grandes peroles y había escuchado *Green Onions* tantas veces que no me importaría mucho que alguien llegara y partiera el maldito disco en pedazos.

No las conocía. Eran mujeres calladas, de cabellos blancos, y mostraban sonrisas brillantes y miradas resplandecientes. Tuve la sensación de que llevaban mil años horneando el pastel de liebre. Colocaron su material sin una sola mirada crítica alrededor de la casita, tan concentradas estaban en la preparación del hojaldre. Se adueñaron de mi cocina y me llevaron de un lado a otro, aunque sin hacerme sentir desplazada o inútil. Eran muy amables.

Habían traído sus propios cuencos para mezclar y todos los utensilios necesarios, así como una enorme bandeja metálica para el pastel. Lo dejaron todo en la alacena para que las cosas estuvieran frescas en el momento de utilizarlas. Fue maravilloso verlas mezclar la harina y el sebo, formar la masa poco a poco, extender las láminas con los dedos, trabajar a un ritmo silencioso e hipnótico. Calentaron una sección del fondo del pastel, iluminadas por una extraña luz. Empleando mi horno y aquellas secciones, empezaron a preparar la base sobre la gigantesca bandeja metálica.

Cuando terminaron, dieron un paso atrás y me miraron con aquellos ojos refulgentes.

—Ahora es tu turno —dijo una de ellas.

De repente me sentí nerviosa. Me observaron atentamente mientras yo vertía el relleno del pastel y lo distribuía equitativamente sobre la cama de hojaldre. Me disponía a verter más relleno cuando una de las mujeres me detuvo con un mero gesto de la mano. Entonces añadieron la gruesa capa superior de hojaldre. Cuando estuvieron satisfechas, cubrieron todo el pastel con un paño.

Insistieron en dejarme limpia la cocina, y antes de que hubieran terminado con su tarea aparecieron dos hombres para llevarse el pastel a la tahona. Iba a ser horneado aquella misma noche. Una vez limpia la cocina, las mujeres se quitaron los delantales, se pusieron el abrigo y se llevaron sus utensilios de cocina. Una vez se marcharon, reparé en que no nos habíamos cruzado más de ocho o nueve palabras durante todo el tiempo que estuvieron allí.

Casi empecé a dudar de su existencia.

34

El bebercio ya estaba bastante avanzado cuando llegué a la posada Fox el lunes, a la hora del almuerzo. Habían dispuesto un pabellón para la cerveza sobre la hierba, detrás del estanque de los patos, y el buen tiempo había atraído a un montón de gente. El sol también estaba atareado, aunque cuando soplaba el viento hacía fresco. A pesar de todo, hasta el más pintado hubiera declarado aquel como un día perfecto para la Rebatña de pastel de liebre y el Partido con Botellas de cada año.

Entré en el pabellón de la cerveza para buscar a Arthur. Me había dicho que estaría bebiendo en la posada Fox desde la mañana. Sin duda quería ponerse a tono para el partido, y en cualquier caso el desfile partía de allí para dirigirse a la iglesia de san Miguel. No pude verlo a él pero sí a Venables, que disfrutaba de una pinta de cerveza negra con un par de compinches. Los tres se giraron en mi dirección. Venables hizo algún comentario y todos rieron.

Preferí entrar en el *pub* para ver si encontraba a Arthur, y allí estaba, bebiendo cerveza espumosa con Bill Myers y otros hombres, en una barra atestada de jugadores y gaiteros de la banda. Se sabía que a Bill le gustaba mezclarse en el partido de botellas. A menudo, durante la confusión, se ajustaban algunas cuentas pendientes, y aunque Bill siempre se había portado bien conmigo sabía que era un bruto y un marrullero. Al contrario que Arthur, Bill procedía de un pueblo vecino, de modo que jugaba en el equipo de Medbourne. Tradicionalmente, solo se permitía a los hombres de Hallaton participar en su equipo, mientras que el de Medbourne incluía espadas de todos los pueblos circundantes.

Ya estaban bastante cocidos. Tanto Arthur como Bill gritaron al verme y me indicaron que me acercara a su mesa. Los dos llevaban jerséis de fútbol a rayas y botas industriales sucias; tenían los ojos húmedos y la cara rubicunda. Bill gritó a un amigo en la barra para que me trajera algo de beber. Dije que no, que solo había venido para ver la procesión del pastel, pero Bill insistió y Arthur le dijo que tomaba Babycham, de modo que eso me trajeron.

Los hombres estaban de ánimo bronco, de buen humor pero buscando claramente alguna excusa para liarla. Noté que una pinta de cerveza solo subía a los labios tres o cuatro veces antes de vaciarse, como si para aquellos tipos se tratara de una regla sagrada. Bromeaban, se provocaban, se ponían a cantar a la primera de cambio. Un hombre al que no había visto nunca me acarició el pelo y me pidió un beso.

—¡Apártate de ella o te las verás conmigo! —gritó Arthur, y todos rieron como si aquel fuera el comentario más gracioso de la historia de los comentarios graciosos. Arthur me guiñó un ojo—. ¿Qué tal ese pastel?

—Mi pastel va estupendamente. ¿Y tu botella?

—Aquí la tengo —dijo, y se agachó para levantar un pequeño barril de madera lleno de cerveza, que debía llevar durante la procesión. Al ver el barril, todos los hombres vitorearon y rompieron a cantar. Arthur me miró y se ruborizó. Estaba tan orgulloso de portar la «botella» aquel año... Se había ganado el derecho (tras la retirada de tal honor de un participante de mayor edad) al marcar un gol para Hallaton el año anterior. Había algo en aquella mezcla de orgullo y humildad que me dio ganas de ponerle una mano en el brazo. Lo que hice fue dar un sorbo a la burbujeante Babycham.

Cuando terminaron de cantar, Bill me avergonzó poniéndose en pie.

—¡Caballeros, entre nosotros tenemos un ruiñeñor! Y un ruiñeñor encantador, todo sea dicho. ¡Que nos cante una canción!

Aquel fue mi turno de sonrojarme. Agité las manos a modo de protesta y sacudí vigorosamente la cabeza, pero ya había nueve o diez hombres en pie coreando: «¡Canta una canción, canta una canción, aunque no dure un montón, canta una canción!»

Miré hacia la puerta. Arthur sabía lo que estaba pensando, porque dijo:

—Más te vale darles lo que quieren.

—No hay escapatoria, adorable jovencita —añadió Bill—. No hay escapatoria.

Me puse en pie y los que habían estado vociferando volvieron a sentarse. Un tipo membrudo lo empeoró levantándose por la cintura, como si no pesara más que un alfiler, y colocándose sobre una mesa. Bill tenía razón, no había escapatoria. Sabía que tenía buena voz, pero la vergüenza me resultaba insoportable. Todo el local se calló para mí.

Me aclaré la garganta y justo en ese momento uno de los compinches de Venables entró en la sala. Al verme allí encima, se llevó la mano a la boca y soltó un desagradable eructo. Al instante, todos cuantos me rodeaban se pusieron en pie rugiendo su desaprobación, enseñándole los puños al hombre y agitando los brazos en el aire. De repente parecían una colonia de salvajes sumidos en un frenesí defensor. El amigo de Venables se puso como un tomate y tuvo la astucia de salir por piernas del bar. Con la misma velocidad, todos volvieron a sus asientos y guardaron silencio. Se me quedaron mirando, y durante un momento sentí miedo por la fragilísima naturaleza del interruptor que activaba tanto la alegría masculina como la violencia inmediata.

Pero, una vez restaurado el orden, Bill dijo:

—Vamos a ello, Fern.

Para entonces, los gaiteros y tamborileros de la marcha también se habían callado. Pensé que lo mejor sería una canción alegre, aunque estaba temblando. Sabía que con aquella vergüenza, con aquella sensación de estar expuesta ante todos, solo podía hacer una cosa, y era desviarla hacia otra parte. De modo que concentré mi mirada en Arthur y empecé a cantar. Les ofrecí la vieja *The Brisk Young Butcher*, y les encantó.

Cuando llegó a Leicester entró en una posada, y tras llamar al mozo pasó con gran zancada. Pidió el mejor licor, vividor tal como era y se fijó al instante en la adorable camarera.

Nueve estrofas y Arthur no apartó los ojos de mí en ningún momento, ni yo aparté los míos de él. Los hombres silbaron, patearon y pidieron otra canción, de modo que me arranqué con *The Coal-Black Smith*, que si lo

piensas es una canción un poco verde, y también a esa silbaron, aplaudieron y patearon, pero me bajé de la mesa y les dije que ya iban servidos.

Las cervezas caían una detrás de otra, y prácticamente me forzaron a tomar otra Baby Cham. El modo de Bill de burlarse de Arthur por haberme quedado mirándolo mientras cantaba fue enarcar las cejas, acercarse a él y cogerle la mejilla con sus dedos correosos. A Arthur no pareció importarle, al menos hasta la tercera vez que se lo hizo.

Supongo que entonces empecé a divagar, porque Bill notó que tenía expresión triste.

—Alégrate, Fern. Puede que no vaya a más.

—Oh, es ese Venables. Estaba antes en el pabellón de la cerveza riéndose de mí, para variar.

Bill se quedó pensativo. También reparé en que dos fortachones con camisetas de rugby a rayas rojas se interesaban ante la mención de Venables. Entonces Bill se encogió de hombros.

—Este año Medbourne anda algo corto de efectivos. ¿No es así, muchachos?

—No le vendría mal un tipo o dos más —admitió alguien.

Bill se levantó.

—Salgamos a reclutarlos en el pabellón de la cerveza. —Algunos de sus compañeros de bebercio vaciaron las jarras y salieron dando tumbos detrás de él. Le pregunté a Arthur si deberíamos seguirlos, pero uno de los hombres de camiseta a rayas me puso una mano amable en el brazo.

—No, querida. Tú y Arthur os quedáis un poco aquí, con nosotros.

—Muy bien —dijo Arthur—. Quédate un poco con los hombres de Hallaton.

Y uno de esos hombres se empeñó en invitarme a otra Baby Cham, y no aceptaba un «no» por respuesta. Aunque parecían unos brutos eran buena gente, y simulaban estar interesados en mi canto y en cómo había aprendido aquellas canciones; pero no podía evitar la sensación de que me estaban reteniendo por algún motivo.

A la una y media empezaba la procesión. Todos los gaiteros y tamborileros de la banda vaciaron sus jarras y salieron a prepararse para el desfile, y los demás jugadores salieron también, dejando el bar

inquietantemente silencioso. No podía quedarme allí, de modo que salí para ver la parada, pero primero me pasé por el atestado pabellón de la cerveza. Divisé a Bill Myers y a algunos de sus compañeros junto a Venables. Bill le pasaba un brazo por los hombros y estaban contándose chistes; era evidente que disfrutaban de su mutua compañía. Me sentí dolida por la volubilidad de Bill. Venables, que reía a carcajadas, tenía la cara roja.

—¡Una más antes de irnos! —gritó Bill.

—¡No, estoy que me caigo! —oí protestar a Venables.

Pero uno de los colegas de Bill ya traía más cerveza del bar del pabellón. Vi entonces cómo derramaba deliberadamente parte de una jarra y la rellenaba con un enorme chorro de vodka procedente de una petaca. Después se escondió la petaca en el bolsillo y pasó la cerveza mezclada a Venables. Todos levantaron sus jarras y comenzaron alguna especie de canto alcohólico, que terminaban tragándose la cerveza entera al mismo tiempo. Venables incluido.

Los dejé con sus juegos masculinos y salí a la calle frente a la posada Fox. La procesión estaba dispuesta y lista para salir, y allí, a la cabeza, se encontraba el guardián de la madriguera con su capa verde y su bastón. Tras él, gloria de las glorias, iban dos mujeres jóvenes del pueblo con el gran pastel entre ellas. ¡Mi pastel! Mi pastel de liebre.

Detrás del pastel marchaban los portadores de las tres «botellas», entre ellos Arthur; y tras ellos una turba de dignatarios locales, jugadores diversos y miembros del comité, entre ellos Peggy Myers, la dulce anciana con la espalda retorcida y William. Este no dejaba de comprobar su reloj de cadena y parecía molesto con todo. Me vio y me mostró el más leve indicio de sonrisa que supuse que podía permitirse. Solo había visto aquella media sonrisa una vez, cuando sugirió que debíamos «hacer algo de humo»: la atrocidad del cementerio, que me había valido la simpatía general, había sido idea suya.

A una orden del director, los miembros de la banda se pusieron derechos y atentos, con las baquetas a un pelo del parche de sus tambores, las gaitas preparadas. Los tres portadores de las botellas sostuvieron sus barriles en alto con una mano y el guardián de la madriguera agitó su bastón en el aire.

La banda atacó con estruendo y la procesión se puso en marcha. Se me pusieron todos los pelos de punta.

Contemplé cómo la procesión bajaba la colina hacia la iglesia de san Miguel. Los jugadores rezagados salían a toda prisa del pabellón de la cerveza para alcanzar la cola de la comitiva; entre ellos estaban Bill Myers y Venables. Bill y uno de sus compañeros animaban (u obligaban) a Venables a que se uniera a la procesión. Lo tenían cogido de los brazos, como si lo sujetaran para que no se cayera. Era evidente que estaba muy, muy borracho. Lo oí protestar con tono bien humorado porque no estaba vestido para jugar, pero Bill y los demás reían y le decían que ni hablar, que no había problemas. Nadie parecía reparar en que Venables era un recluta rezagado e involuntario.

Seguí a la procesión hasta San Miguel, donde se detuvo frente a la verja de hierro de la fachada este de la vieja iglesia. Allí estaba el vicario, esperando para realizar su función. Yo había oído que aquello no le gustaba. Había expresado claramente su opinión, y repetidas veces, acerca de lo que consideraba un ritual primitivo. Pero, como tantos vicarios antes que él, sabía de las advertencias del siglo XVIII, y como tantos otros antes que él se vio obligado a mancharse las manos.

Pues su labor era la de trincar el pastel de liebre y ofrecérselo a la gente de la rebatiña. A aquellas alturas ya había cientos de personas de toda la región (ya que se unían turistas y curiosos de todas partes) empujando mientras el vicario partía el pastel. Y entonces, como era tradición, le quitaron los trozos de las manos y empezaron a arrojarlos.

Se produjo un rugido de alegría y la multitud se lanzó hacia delante. El vicario se tambaleó cuando la gente empezó a quitarle el pastel para arrojárselo a los demás: hojaldre, salsa, carne y patata, todo. Las porciones acababan en la cara y el pelo de los presentes. Todos levantaban las manos, y cuando conseguían atrapar un trozo volante de pastel, chillaban y se lo metían a presión en la boca. Los de las filas delanteras volvieron a zarandear al vicario hasta casi derribarlo, mientras imploraban y estiraban la mano para que les diera más pastel. Con un mal humor apenas contenido, el apesadumbrado vicario obedecía y repartía. La gente comía. Después se daban la vuelta para pedir más, empujando a quien tuvieran delante.

Arrojaban más porciones sobre los de atrás. Y mientras veía los trozos de pastel surcando el aire de un lado para otro, susurré:

—¡Vuela a ellos, Mammy! ¡Vuela hacia la gente!
Estaba hecho.

Después de la rebatiña del pastel de liebre venía el partido con botellas. Parte de la procesión dejaba atrás la escena de la rebatiña y subía la herbosa colina del Pastel de Liebre, donde los jugadores se congregaban. El presidente del partido arrojaba una de las «botellas» al aire. Lo repetía dos veces. Cuando el barril tocaba la hierba por tercera vez, los hombres se arrojaban sobre él en una furiosa confusión. Aquel era un juego con pocos iguales. Las líneas de meta estaban representadas por sendos riachuelos en cada uno de los extremos del gran campo, que tenía más de un kilómetro de longitud. Entre ambas corrientes había colinas, setos, zanjas anegadas, calles y vallas de alambre de espino. No había reglas. Los servicios sanitarios de la brigada de ambulancias de St. John, que por su parte ya formaban parte de la tradición anual, esperaban cerca para atender los inevitables cortes, fracturas y demás heridas.

Contemplé cómo la turba se esforzaba, gruñía y pugnaba trabada en combate, sin conseguir ganar ni un palmo de barro para ninguno de los equipos. Había dos clases de jugadores: los locos que se lanzaban al centro de la refriega, arriesgando cada uno de sus miembros, y los que escaramuceaban desde la periferia. Desde una distancia segura vi volar puños y, al final, el barril avanzó un poco (menos de un metro) colina abajo. Sin embargo, aquella ventaja se perdió a los pocos instantes.

Chas, Luke y el hombre de las gafas de sol estaban allí. Se habían apuntado a la batalla, pero permanecían en la resguardada periferia. De hecho, parecían estar totalmente colocados. Por turnos hacían breves y nerviosos avances hacia la *mêlée*, agitando un brazo hacia un barril o un enemigo imaginarios, antes de romper a reír como hienas y retirarse para descansar y fumarse otro porro. A pesar de todo, parecían estar disfrutando.

También vi a Venables, aún borracho y aún protestando, llevado hacia el mismo epicentro de la hecatombe por Bill y uno de los hombres con la

camiseta roja a rayas. Vi brevemente la cara de Arthur, que buscaba aire desesperadamente. Entonces la batalla los engulló a todos. Me di la vuelta y regresé al pueblo. Aquello solo se podía soportar hasta cierto punto.

No tardé en enterarme de que Venables había resultado herido en el partido. No tenía ni idea de cómo había sucedido. De los cincuenta jugadores o más que formaban el núcleo del combate, tampoco nadie parecía tenerlo muy claro. Aquellas cosas sucedían por accidente. Podía imaginarme a un Bill Myers que, al tratar de asegurar su presa sobre la botella, fallaba por poco y terminaba partiendo sin querer la nariz de Venables con el codo. Deseaba que fuera Arthur el que, al tratar de avanzar entre la refriega, había subido inadvertidamente la rodilla hasta la mandíbula de la Anguila de Norfolk, dislocándosela. Supongo que uno o dos de esos gigantones a rayas rojas, que más tarde descubrí que eran hermanos de Jane Louth, fueron los que, en un lance del juego, habían empujado el brazo de Venables con tanta fuerza hacia atrás que le habían roto un hueso. ¿Quién sabe cómo había terminado perdiendo tantos dientes? No tenía sentido darle demasiadas vueltas, y los mayores, gallardos comentaristas del partido, observaron que nunca es recomendable lanzarse al partido anual con botellas demasiado afectado por el alcohol.

Todo el mundo sabía que el que se apuntaba lo hacía bajo su propia responsabilidad. Y lo que es más, señalaban los observadores más avezados y experimentados, nadie había pretendido nunca que aquel fuera un deporte para señoritas.

35

Alguien ganó el partido, pero lo cierto es que a nadie le preocupaba demasiado recordar el marcador. Lo que siempre ha importado es el acontecimiento. Quiénes eran los vencedores, quién había marcado los escasos tantos y qué había sucedido en el campo embarrado era un tema de eterno debate en los *pubs* de Hallaton y en los pueblos vecinos durante toda esa noche. Arthur me dijo que Medbourne había ganado dos a cero, aunque parecía totalmente feliz pese a la derrota. De hecho, todos los hombres (Arthur, Bill, los hermanos Louth) que habían combatido cuerpo a cuerpo parecían felices. Como si se hubieran sacado algo de encima. O quizá como si se hubieran metido algo.

Me convencieron para que aquella noche bebiera con ellos, y acepté con la condición de que no tuviera que seguir tragando aquel horrible Babycham. Le dije a Judith que se apuntara para tener algo de compañía femenina, pero había quedado con Greta, que le había prometido su ayuda en el oscuro asunto de la lista 99 y su carrera como maestra. Greta se estaba convirtiendo en toda una abogada popular. De todos modos, no me terminaba de imaginar a Chas y a su banda de cíngaros trasegando pintas y contando chistes con gente como Bill Myers. Sea como fuere, aquella noche terminamos bebiendo tanto en la posada Fox como en el Bewicke Arms, en Hallaton. Los hombres del pueblo bebían alegres con los del equipo de Medbourne, a los que hacía pocas horas habían estado dando patadas en el hígado. Arthur tenía un hermoso ojo morado, justo ahora que el mío comenzaba a desaparecer. Bill presentaba tres horribles marcas de uña en la cara. Todos se reían de sus heridas.

—Qué lástima lo de este Venables —dijo Arthur un poco bebido cuando nos sentamos en un rincón del Bewicke Arms.

—Sí, una pena —contestó Bill—. Con lo majo que es.

—Sí —terció uno de los hermanos Louth—. Qué lástima lo de este Venables.

—A pesar de todo —dijo Bill, levantando una jarra de negra espumosa —, salud para todos los jugadores.

—¡Salud!

—¡Salud!

Yo también brindé por ello. Bebía medias pintas de cerveza negra. No sé qué hubiera pensado Mammy de verme en *pubs*, bebiendo cerveza con varios hombres. Pero decidí que aquello me gustaba.

También decidí que me gustaba Arthur. Y cuanto más bebía de mi jarra, más aumentaba mi aprecio. La verdad es que hasta me hacía tilín ese ojo morado. Me daban ganas de besar aquella piel hinchada, violeta y amarillenta, y llevarme su dolor.

—Y vosotros dos, ¿os pensáis pasar toda la noche echándoos miraditas? —dijo Bill en un momento dado—. Porque me vais a cortar la cerveza. — Me sonrojé, de modo que me ahorró la vergüenza cambiando de tema—. ¿Qué vas a hacer ahora que no puedes terminar el curso de comadrona? — me preguntó.

Le expliqué que MMM me había hablado de una beca a la que podía optar, y con la que podría estudiar y conseguir una diplomatura en enfermería. Después de ello podría volver a realizar el cursillo de comadrona. Parecía el camino correcto.

—Entonces parece que todo se endereza, más o menos —dijo.

—Sí.

—¿Y qué hay de la casita? ¿Vas a quedarte allí?

—Lucharé por ella. Y trataré de encontrar un modo de devolverle el dinero, Bill.

Bill se quedó congelado durante un segundo. Después dijo que necesitaba más cerveza. Reunió las jarras vacías y se apresuró hacia la barra. Pero lo hizo demasiado tarde, pues yo ya había comprobado que era su turno de sonrojarse.

Llegada la hora del cierre, Arthur se ofrecida acompañarme a casa. Aunque hacía fresco, era una noche clara y adorable, de modo que fuimos a campo través en vez de por la carretera. Yo no tenía mucho frío, protegida por la chaqueta de cuero con calavera que Arthur parecía haber olvidado que le pertenecía. Pasamos junto a la iglesia y los campos arados. Nos sentamos en un montículo, y fue mientras yo buscaba algún satélite en el cielo nocturno cuando Arthur me besó. Y siguió besándome. Cuando terminamos, miré hacia el pueblo iluminado y oí mi propia sangre corriendo por las venas.

—¿Estás bien? —me preguntó Arthur.

—Estoy estupendamente.

Seguimos caminando y me cogió de la mano, y no creo que se diera cuenta de que yo estaba temblando. Cuando llegamos a la casita, volvió a besarme en la puerta del jardín y se preparó para marcharse.

—No, Arthur. Quiero que pases.

—¿Cómo?

—He dicho que quiero que pases.

—No, si ya te he oído.

—¿Y?

Cuando entramos, se quitó la chaqueta.

—Tengo recuerdos extraños de la última vez que estuve aquí —dijo.

—Desnúdame.

Tragó saliva, pero subimos y me desnudó. Era todo dedos. Entonces se quitó él la ropa, y no supe si sentirme defraudada o aliviada cuando comprobé que no llevaba el mango de escoba de la otra vez. Nos metimos en mi pequeña cama. Parecía agitado.

—Es por el partido con botellas, Fern. Llevo todo día corriendo de un lado para el otro, y no sé si me queda algo de energía.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada y reí con fuerza.

—¿Qué?

—No me río de ti. De verdad. No pasa nada. Te lo aseguro. Ya habrá otras veces. Tan solo abrázame y bésame.

No tardó en quedarse dormido. Ni yo.

Desperté con la luz grisácea que precede al amanecer. Él dormía pero su polla volvía a estar dura, y la sentía apretándome el muslo. No sabía qué hacer, de modo que salí de la cama. Retiré las sábanas para poder verlo. Me senté desnuda en una silla y me limité a contemplar a aquel hombre dormido, con su enorme erección.

Después lo tapé, y como no estaba segura de lo que querría hacer él cuando despertara, me vestí. Le dejé una nota y salí a dar un paseo. Era una mañana esplendorosa, y el sol ya asomaba sobre la colina del este. Recorrí los campos, justo como habría hecho con Mammy, y en la cima de una ondulación vi a una multitud de liebres jugueteando. Me acerqué tanto como pude. Al final advirtieron mi presencia, pero en vez de salir disparadas se quedaron muy quietas. Así, inmóviles, podían pasar por un círculo de piedras en la colina.

Entonces, a una señal inaudible, se dispersaron y desaparecieron. Me dirigí a la cima de la colina y miré hacia abajo. Recordé las palabras de Mammy. Ella decía que había que ver más allá de lo que te hacía daño. Decía que había que escuchar los sonidos que se ocultan tras los sonidos. Que al final el dolor siempre desaparece, y que lo único que queda tras él es belleza.

Fin

OceanofPDF.com

Este archivo fue creado
con BookDesigner
bookdesigner@the-ebook.org
29 de octubre de 2010

OceanofPDF.com

Notas

OceanofPDF.com

[1] En inglés, *forest* significa «bosque», y *fern*, «helecho». (N. del T.)[<<](#)

OceanofPDF.com

[2] *Mrs. Marlene Mitchell*, en inglés. (N. del T.)[<<](#)

[OceanofPDF.com](#)

[3] *Green Onions* («Cebolletas»), de Booker T. & the MG's, 1962. (N. del T.)[<<](#)

[OceanofPDF.com](#)

[4] Juego intraducible entre el sonido del trino de esos pájaros y la palabra inglesa *bewitched*. (N. del T.)<<

OceanofPDF.com

[5] *Redbrick*, término con que se hace referencia a todas las universidades de Inglaterra aparte de Oxford y Cambridge. (N. del T.)[<<](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

[6] Bebida alcohólica de baja graduación popular en los años 60 y 70, y cuya campaña publicitaria se dirigía principalmente a las mujeres. (*N. del T.*)<<

OceanofPDF.com